

LAS GLORIAS DE MARÍA

**Primera parte:
EXPLICACIÓN DE LA SALVE REGINA**

**POR
SAN ALFONSO M.^a DE LIGORIO
Doctor de la Iglesia**

DECIMA EDICION

**TRADUCCIÓN DEL
P. RAMÓN GARCÍA
de la Compañía de Jesús**

***Editorial* APOSTOLADO MARIANO**

Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

ISBN: 978-84-7770-332-7

- Depósito legal: GR 1-1997

Impreso en España - *Printed in Spain*

Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

NOTA DE LOS EDITORES

Razón tuvieron los ilustres jesuitas redactores de la «Civiltà Cattolica» en dejar en ella asentado que San Alfonso M.^a de Liguorio sobrepuja con gran ventaja a todos los escritores eclesiásticos de estos últimos siglos. (B. A. C.: OBRAS ASCÉTICAS DE SAN LIGORIO, pág. 4.)

Respecto a *Las Glorias de María*, decía el P. Stocchi, S. J. que no están escritas con palabras, sino con fuego; y el cardenal Deschamps, que despiden tanta luz y rebosan tal unción, que no es posible leer una sola de sus páginas sin sentirse hondamente conmovido. (Ibid., pág. 516.)

Pero lo que mejor puede demostrar la aceptación que esta obra ha tenido entre los amantes de la Virgen es la cantidad de ediciones que han sido precisas para atender su demanda.

Hasta ahora podemos contar con 111 ediciones italianas, 82 alemanas, 36 inglesas, 60 españolas,

328 francesas, 64 holandesas y 80 de otras diversas lenguas. (Ibid., pág. 517.)

Y que la obra sigue en plena actualidad se demuestra por la reciente encuesta realizada entre los religiosos españoles sobre cuáles son los mejores libros, quedando *Las Glorias de María* en el segundo puesto, inmediatamente después del *Nuevo Testamento*.

ADVERTENCIA EDITORIAL

Preparando estábamos nuestra edición de LAS GLORIAS DE MARÍA cuando vino casualmente a nuestras manos la magnífica edición crítica italiana de dos hermosos volúmenes, impresa en Roma (*Via Merulana*, 31), 1936-1937. Muchas son las rectificaciones que la serena investigación de los beneméritos editores introducen respecto a la paternidad literaria de las obras, tan copiosamente alegadas por el santo Doctor. En adelante, no será posible seguir reproduciendo las citas de los autores en la forma inexacta en que se ha venido haciendo durante dos siglos.

Por eso, desde esta edición, hemos procurado, ante todo, no atribuir a ningún escritor texto alguno que, según la edición crítica, no le pertenezca. Cuando en ella se cita, verbigracia, a San Bernardo, sepa el lector que el texto es de San Bernardo, y no de otro escritor alguno. Esta lealtad creemos deber a la buena fe de nuestros lectores.

Pero es el caso que en la edición romana queda un buen número de escritos marianos o anónimos, o adjudicados a escritores más o menos oscuros de los siglos medios, cuyos nombres nada significan para el gran público, e intercalados en el texto recargarían pesadamente la lectura. En razón de aligerarla, el autor de la versión que publicamos, Padre Ramón García, suprimió no pocas repeticiones (el santo Doctor suele alegar los textos latinos y traducirlos más o menos libremente), y por la misma razón, omitió muchas autoridades que, a su juicio, poco o nada añadían, antes estorbaban la marcha desembarazada del pensamiento; creemos que, en general, con ventaja para la fácil lectura de esta obra incomparable, que si algo perdió en exactitud material, lo ganó, sin duda, en interés y popularidad.

Muy adelante llevábamos la pesada labor de resumir las citas y rectificaciones de la edición romana, cuando una reflexión vino a paralizar nuestra pluma: destinando nuestra modesta edición, no a teólogos que trabajan en grandes bibliotecas y pueden acudir a las fuentes, sino al gran público piadoso, que sólo aspira a beber en arroyo cristalino la verdadera devoción a la Madre de Dios, ¿no sería más bien un estorbo esta balumba de aparato crítico, al cabo harto parcial e incompleto? O todo o nada. Con esto decidimos suprimirlo totalmente, persuadidos que en ade-

lante cualquiera que pretenda investigar las fuentes de LAS GLORIAS DE MARÍA habrá de acudir a la edición romana.

Al principio de la nuestra reproducimos la *Súplica a Jesús y María* y la *Introducción* del autor, omitidas en ediciones anteriores; así como también las *Oraciones* que van después de la primera parte, pero hemos suprimido la segunda parte de la obra, porque creemos que la primera (la explicación de la Salve Regina) cumple el deseo que nos hemos propuesto de extender la devoción a la santísima Virgen en el pueblo sencillo.

Ardientemente deseamos que nuestra humilde edición vaya por el mundo privilegiadamente mariano de la hispanidad inflamando los corazones en el amor de la celestial Señora, por cuyo medio reciban de lleno las influencias del Corazón divino.

SUPLICA DEL AUTOR A JESUS Y A MARIA

Amantísimo Redentor mío y Señor Jesucristo: Sabiendo yo, miserable siervo vuestro, cuánto os complacéis con quien procura glorificar a vuestra santísima Madre, que tanto amáis y deseáis que sea amada y reverenciada de todos, he pensado dar a luz este libro que trata de sus GLORIAS. No sé, en verdad, a quién puedo recomendarlo mejor que a Vos, que tanto apreciáis la gloria de esta divina Madre. A Vos, pues, le dedico y recomiendo. Aceptad, Señor, este corto obsequio tributado al amor que os tengo a Vos y a vuestra amantísima Madre. Acogedlo bajo vuestro amparo, derramando sobre sus lectores la luz de la confianza y llamas de amor hacia esa Virgen inmaculada, en la que habéis colocado la esperanza y el refugio de todos los redimidos. Y en gracia de mi leve trabajo, concededme, os pido, aquel amor hacia María, que deseo ver encendido en el corazón de cuantos leyeren esta obra.

A Vos me dirijo también, oh dulcísima Señora

y Madre mía, María. Vos sabéis que, después de Jesús, en Vos he depositado toda mi esperanza de alcanzar la salud eterna; porque todos mis bienes, mi conversión, mi vocación de dejar el mundo, y las demás gracias que he recibido de Dios, reconozco que me han sido concedidas por vuestra intercesión. Vos sabéis, Señora, que, deseoso de excitar en los demás un amor conforme a vuestros merecimientos, y para daros alguna prueba de agradecimiento por los beneficios que me habéis hecho, he procurado ensalzar vuestro nombre en todo tiempo y lugar, pública y privadamente, insinuando a todos vuestra dulce y saludable devoción. Espero continuar practicándolo hasta el último momento de vida que me queda; pero conociendo que, por mi avanzada edad y quebrantada salud, se acerca el fin de mi peregrinación y mi entrada en la eternidad, por esto he pensado antes de morir dejar al mundo este libro, en el cual, continuando a ensalzaros, animaré a los demás a publicar vuestras glorias y la piadosa acogida que dispensáis a vuestros devotos. Confío, amantísima Reina mía, que esta pequeña ofrenda, muy leve comparada con vuestro mérito, será agradable a vuestro amabilísimo corazón, porque es ofrenda toda de amor. Tended, pues, sobre ella vuestra dulcísima mano con la que me habéis libertado del mundo y del infierno, y aceptadla y protegedla como cosa vuestra. Pero, Señora, por este pequeño obsequio también pido recompensa:

cífrase ésta en acrecentar de aquí en adelante mi amor hacia Vos; en inflamar con el mismo amor a todos aquellos en cuyas manos caiga este libro, avivándoles el deseo de amaros y de veros amada también de los demás, y de emplear todo fervor en publicar y promover cuanto puedan vuestras alabanzas y la confianza en vuestra poderosa intercesión. Así lo espero y así sea.

INTRODUCCIÓN

Amado lector y hermano en María: Ya que la devoción que me ha estimulado a escribir este libro, y te mueve a ti a leerlo, nos hace a entrambos hijos felices de esta buena Madre; si por ventura oyeres decir que podía yo haber excusado este trabajo, habiendo ya tantos libros doctos y célebres que tratan de este asunto, respóndele, te ruego, con las palabras que dejó escritas el abad Francón en la Biblioteca de los Padres, a saber: que la alabanza de María es un manantial tan abundante que, cuanto más se dilata, tanto más se llena; y cuanto más se llena, tanto más se dilata: con lo cual viene a decir que esta Virgen bienaventurada es tan grande y sublime que, cuanto más la alaban, tanto más queda en que alabarla. De manera que, dice San Agustín, no bastan para alabarla cuanto Ella se merece todas las lenguas de los hombres, aun cuando todos sus miembros se convirtieran en lenguas.

No se me oculta el considerable número de

libros de todos tamaños que tratan de las glorias de María; considerando, empero, que o eran raros o voluminosos o no conformes a mi intento, por eso he procurado, de cuantos autores han llegado a mis manos, recopilar sucintamente, como lo he hecho en este libro, las sentencias más selectas y sustanciales de los Santos Padres y de los teólogos, a fin de facilitar a los devotos, con poco trabajo y gasto, el inflamarse, con su lectura, en el amor de María, y especialmente a fin de dar materia a los sacerdotes para promover con sus sermones la devoción hacia esta Madre divina.

En el mundo suelen los amantes hablar a menudo y alabar a las personas que son el objeto de su amor para que éste obtenga también alabanzas y aplausos de los demás. Sobrado escaso, pues, debe suponerse el amor de aquellos que se precian de amantes de María si anduvieren poco solícitos en hablar de Ella y en hacerla amar también de los demás. No lo hacen así los verdaderos amantes de esta amabilísima Señora, que, ansiosos de alabarla por todas partes, y verla amada de todo el mundo, por eso siempre que pueden, ya pública, ya privadamente, procuran encender en todos los corazones aquellas felices llamas de amor a su amantísima Reina de que ellos están abrasados.

Por lo demás, a fin de que quede persuadido

cada cual de lo mucho que interesa, tanto al bien público como al particular, promover la devoción de María es del caso atender a lo que sobre esto dicen los doctores. Dice San Buenaventura que cuantos se ocupan en publicar las glorias de María tienen asegurado el Cielo. Y lo confirma otro autor, diciendo que el honrar a esta Reina de los ángeles es lo mismo que granjear la vida eterna. Porque la agradecidísima Señora se empeñará en honrar en la otra vida al que se empeña en honrarla en ésta. Y ¿quién ignora la promesa que hizo María a los que cuidan de hacerla conocer y amar en este mundo? *Los que me dan a conocer a los demás obtendrán la vida eterna* (cuyas palabras del *Eclesiástico* le aplica la Iglesia en la festividad de su inmaculada Concepción). Regocíjate, pues, dice el **SALTERIO MARIANO**, regocíjate, alma mía, y alégrate alabando a María, porque muchos son los bienes que están preparados para los que la alaban. Y ya que en todas las divinas Escrituras, añadía, se habla en alabanza a María, procuremos con el corazón y con la lengua celebrar siempre a esta divina Madre, para que nos lleve algún día al reino de la bienaventuranza.

Refieren las revelaciones de Santa Brígida que acostumbrado el Beato Emingo, obispo, dar principio a sus sermones por las alabanzas de María, se apareció un día la misma Virgen a la Santa, y le dijo: Dile a aquel prelado que suele comenzar sus

sermones por mis alabanzas, que Yo quiero ser su Madre, y que presentaré su alma a Dios y tendrá buena muerte. Y de hecho murió en olor de santidad, orando y con una paz celestial. A otro religioso dominicano, que concluía sus sermones hablando de María, se le apareció también en la hora de la muerte, le defendió de los demonios, le confortó y se llevó consigo su alma dichosa. El devoto Tomás de Kempis nos presenta a María recomendando a su Hijo al que publica sus alabanzas, así: *Hijo, apiádate del alma del que te ama a Ti y me alaba a Mí.*

Y en cuanto a la utilidad de los pueblos, dice un discípulo de San Anselmo, que habiendo sido el sacrosanto vientre de María la vía de salvación para los pecadores, es imposible que éstos no se conviertan y se salven con los sermones sobre las alabanzas de María. Y si es verdadera la sentencia, como por verdadera e indubitable la tengo, conforme probaré en el capítulo V de este libro, que todas las gracias sólo por mano de María se dispensan, y que todos los que se salvan no lo consiguen sino por la mediación de esta divina Madre, por necesaria consecuencia puede decirse, que de elogiar a María, y de la confianza en su intercesión, depende la salvación de todos. Sabemos que así San Bernardino de Sena santificó a Italia; y Santo Domingo convirtió muchas provincias. San Luis Bertrán en todos sus sermones

nunca dejaba de exhortar a la devoción de María, y así otros muchos.

El célebre misionero Padre Pablo Señeri *junior*, en todas sus misiones hacía siempre el sermón de la devoción a María, y a éste le llamaba su sermón predilecto. Y nosotros, en nuestras misiones, en las que tenemos por regla indefectible no omitir jamás el sermón en loor de nuestra Señora, podemos atestiguar que ningún sermón produce, por lo común, tanto provecho y compunción como el de la misericordia de María. Digo *de la misericordia de María*, porque, según San Bernardo, aunque alabemos su humildad y admiremos su virginidad, como somos pobres pecadores, más nos atrae y agrada el oír hablar de su misericordia; porque ésta es la que abrazamos con más gusto, la recordamos más a menudo y con más frecuencia la invocamos.

Por eso en este libro, dejando para otros autores el describir las demás prerrogativas de María, me he propuesto tratar especialmente de su grande misericordia y de su poderosa intercesión; habiendo recopilado del modo que he podido, con el trabajo de muchos años, todo lo que los Santos Padres y los autores más célebres han dicho acerca de la misericordia y del poder de María. Y porque en la hermosísima oración de la *Salve*, aprobada tiempo ha por la misma Iglesia, y mandada rezar

la mayor parte del año por todo el clero regular y secular, se hallan maravillosamente descritos la misericordia y el poder de la Santísima Virgen, me he propuesto, en primer lugar, explicar en distintos capítulos esta oración. Y he creído complacer en gran manera a los devotos de María, añadiéndoles las *lecciones*, o llamémosles *discursos*, para sus fiestas principales, y sobre las *virtudes* de esta divina Madre; poniéndoles al fin la práctica de los *obsequios* más usados por sus siervos y que mayor aprobación de la Iglesia han merecido.(1)

Devoto lector: si por ventura te agrada esta obrita, como lo espero, ruégote me encomiendes a la Santísima Virgen, para que me infunda una grande confianza en su protección. Pide para mí esta gracia, que yo te prometo pedirla también para ti, sea el que fuere quien me haga esta caridad.

¡Dichoso el que se halla asido por el amor y con la confianza a estas dos áncoras de salvación!, digo, a Jesús y a María, porque ciertamente no se perderá. Digamos, pues, entrambos de todo corazón, lector mío, con el devoto San Alonso Rodríguez: *¡Jesús y María, dulcísimos amores míos, padezca por vosotros, muera por vosotros; sea todo vuestro, nada mío!* Amemos a Jesús y a María y

(1) En esta edición se ha suprimido esta segunda parte de que habla el autor. Véase la Advertencia editorial.

santifiquémonos, pues es la mayor fortuna que podemos pretender y esperar.

Adiós, hasta que nos veamos un día en el Cielo a los pies de esta dulcísima Madre, y de este amantísimo Hijo, para alabarlos y darles gracias y amarlos juntamente, cara a cara, por toda la eternidad. Amén.

CAPITULO I

DIOS TE SALVE, REINA Y MADRE DE MISERICORDIA

1.º — *De la confianza que debemos tener en la Virgen, por ser Reina de misericordia.*

Con justa razón venera la santa Iglesia a la Virgen María, exhortando a los fieles a invocarla bajo el título glorioso de REINA, por haber sido ensalzada a la dignidad de Madre del Rey de los reyes. Si el Hijo es Rey, justo título tiene también la Madre para llamarse Reina. Desde el instante en que dio su consentimiento para ser Madre del Verbo eterno, dice San Bernardino de Sena, mereció ser proclamada por Reina de todo lo criado. Si la carne de María no fue diversa de la de Jesús, ¿cómo puede la Madre ser ajena de la monarquía del Hijo? Así es que, entre ambas, la dignidad real no es común comoquiera, sino una misma. Y añade: Todas cuantas son las criaturas que sirven a Dios, otras, tantas deben igualmente servir a María, pues que estando los ángeles y los hombres, y todas las cosas, sujetos al imperio de Dios,

lo están, del mismo modo, al dominio de María. De aquí es que, hablando un piadoso autor con la soberana Señora, le dice, lleno de afecto: Seguid, Señora, disponiendo a vuestra voluntad de todos los bienes de vuestro santísimo Hijo, porque siendo Madre y Esposa del Rey del universo, pertenece a Vos, como Reina, el dominio de todas las criaturas.

Es REINA, pues, María. Pero nunca olvidemos, para nuestro consuelo, que es Reina dulce, Reina clemente, Reina siempre inclinada a favorecer a los miserables pecadores. Por esto quiere la santa Iglesia que la saludemos llamándola *Reina de misericordia*. El mismo nombre de Reina está diciendo piedad y clemencia, pues como observaron Séneca y San Alberto Magno, la magnificencia de los reyes consiste especialmente en aliviar y consolar a los infelices, causa por que distan entre sí tanto *tirano* y *rey*, pues el tirano se propone su propia utilidad, pero el rey debe tener por fin el bien de los vasallos. Y por eso a los reyes, cuando los consagran, les ungen la cabeza con aceite, símbolo de misericordia, para darles a entender que han de abrigar en el pecho, más que otra cosa, pensamientos de piedad y beneficencia.

Cierto es que los reyes no pueden desentenderse del justo castigo de los malhechores. Pero María no es Reina de justicia para castigar, sino

solamente de misericordia, siempre dispuesta para usarla con los pecadores, por lo cual la santa Iglesia quiere que la invoquemos con tan glorioso título. Considerando el canciller de París Juan Gerson aquellas palabras del Profeta Rey (*Ps. 61, 12*): *Dos cosas oí, y fueron: que en Dios hay potestad y misericordia*, dice que, consistiendo el gobierno de Dios en justicia y misericordia, le dividió, reservando para Sí la justicia y cediendo a su Madre la misericordia, para que todos los beneficios que se dispensen a los hombres pasen por sus manos virginales y Ella los reparta según quisiere.

Constituyó el Eterno Padre a Jesucristo Rey de justicia, haciéndole Juez universal, como cantó el Profeta (*Ps. 71, 2*): *Oh Dios, da tu juicio al Rey, y tu justicia al Hijo del Rey*; sobre cuyas palabras dice un docto intérprete: «Señor, a vuestro Hijo Rey disteis la justicia, y la misericordia a la Madre del Rey»; cuyo texto acomoda el SALTERIO MARIANO, diciendo acertadamente: «Señor, da tu juicio al Rey, y tu misericordia a la Madre del rey.» Por esta razón, el Real Profeta predijo que el mismo Dios había de consagrar a María, por decirlo así, como Reina de misericordia (*Ps. 44, 8*), *ungiéndola con óleo de alegría*, para que nosotros, miserables hijos de Adán, nos alegrásemos al considerar que tenemos en el Cielo a esta santísima Reina llena de unción, de piedad y misericordia.

¡Cuán bien se aplica a este propósito la historia de la reina Ester, figura de María! Leemos en el libro de Ester (c. 4) que, reinando Asuero, salió una orden que mandaba quitar la vida a todos los judíos cautivos en sus estados. Al instante acudió Mardoqueo a Ester, su sobrina, suplicándole con insistencia que se interpusiese con el rey para obtener la revocación de la sentencia. Ester lo rehusaba, temiendo indignar más el ánimo del rey; pero Mardoqueo replicó que *no pensase en salvarse a sí sola*, habiéndola Dios elevado al trono para bien de todos los judíos. Así dijo Mardoqueo a la reina Ester, y así podemos decir nosotros a nuestra Reina sacratísima, si es que alguna vez rehusase alcanzarnos el perdón de las penas justamente merecidas por nuestros pecados: Señora, no creáis que sólo para gloria vuestra os haya Dios ensalzado a la dignidad de Reina del mundo, sino para que, constituida en tan alto lugar, podáis mejor ampararnos y favorecernos. Luego que el rey Asuero vio a Ester en su presencia, le preguntó afablemente qué quería, y respondió la reina (7, 3): *Mi rey y señor, si he hallado gracia en tus ojos, dame a mi pueblo; esto es lo que pido*. Asuero accedió, mandando al instante revocar la sentencia. Ahora bien: si este rey, porque amaba a su esposa, le concedió la gracia, ¿cómo podrá Dios, amando infinitamente a María, dejar de oír los ruegos que le presente en favor de los pecadores que recurren a su patrocinio, cuando Ella le diga:

«Señor y Dios mío, *si hallé gracia en tus ojos* — y bien sabe que la halló, bien sabe que es la bendita, la bienaventurada, la única que halló la gracia perdida por el hombre; bien sabe que es la amada del Señor, y mucho más amada que todos los ángeles y santos juntos — ; *si me amas, Señor, dame estos pecadores por quienes te ruego?* ¿Es posible que Dios no escuche tan amorosas palabras? ¿Quién no sabe la eficacia que tienen los ruegos de su Madre? *Lex clementiae in lingua ejus* (Prov., 31, 26). Toda súplica suya es como una *ley* que Dios ha dado para que se use *de misericordia* con todos aquellos por quienes interceda. ¿Preguntas por qué la Iglesia la llama Reina de misericordia? «Para que sepamos, dice un piadoso autor, que Ella es la que abre los tesoros infinitos de la misericordia divina a quien quiere, cuando quiere y como quiere; tanto, que no hay pecador, por grande que sea, que se pueda perder si le protege María.»

Pero viéndonos tan pecadores, ¿se podrá temer que se desdeñe de interponerse en nuestro favor? O, siendo tanta su santidad y majestad, ¿esto nos ha de retraer acaso de echarnos a sus pies e implorar su poderoso valimiento? «De ninguna manera, dice San Gregorio; pues cuanto más santa es y en lugar más elevado está, tanto es más dulce y piadosa con los pecadores arrepentidos que recurran a su protección.» Aquella majestad

de que están rodeados los reyes de la tierra causa temor en los vasallos, y muchos no se atreven a estar en su presencia. «Pero, ¿qué temor, dice San Bernardo, puede nadie tener en presentarse a esta Reina de misericordia, cuando en ella nada hay que sea terrible y austero, sino que toda es dulzura y afabilidad? A todos se nos ofrece y da *leche y lana*; *leche* de misericordia, para animarnos a la confianza, y *lana* de refugio, para defendernos de los rayos de la ira divina.

Cuenta Suetonio que Tito, emperador no acertaba a negar cosa alguna de cuantas le pedían; antes bien, que a veces prometía mucho más, diciendo que el príncipe no es bien que despida descontento a nadie. Con todo, ni decía siempre la verdad, ni cumplía siempre sus promesas. Pero nuestra poderosísima Reina, que no puede mentir, tiene en sus manos in gotables tesoros que dispensar, y es de un corazón tan benigno, que no le sufre despedir a nadie, descontento de su presencia. ¿Ni cómo podríais, Señora, desechar a los miserables, siendo Vos la Reina de la misericordia? ¿Quiénes son los súbditos de la misericordia, sino los miserables? Pues siendo Vos la Reina de la misericordia, y yo el más infeliz de vuestros esclavos, se sigue que debéis tener más cuidado de mí que de todos los demás.

Usad, pues, de clemencia con nosotros, ¡oh

Reina de misericordia!, para que nos salvemos. No digáis: «No puedo», viendo la multitud de nuestros pecados, porque mayor que todos ellos es vuestro poder y la piedad de vuestro corazón. No hay cosa que pueda resistir a vuestro poder, porque el Criador, que os honra como Madre, estima como propia la gloria vuestra, siendo indudable que, si es infinita la obligación que tenéis para con vuestro Hijo, por la dignidad a que os elevó, también es grande la suya para con Vos, de quien recibió el ser humano; y por eso, ahora que gozáis de su gloria, os concede por especial honor todo cuanto le pedís.

¡Cuánta, pues, debe ser nuestra confianza en esta dulcísima Reina, sabiendo lo que puede con Dios y la abundancia de su misericordia! No hay persona en la tierra que no participe de sus favores. Así lo reveló a Santa Brígida la misma Virgen, diciendo: «Yo soy la Reina del Cielo, Madre de misericordia, alegría de los justos y puerta de salvación para los pecadores; ni vive en la tierra pecador alguno tan infeliz que esté del todo privado de mi bondad y misericordia, porque, los que menos, logran por mi intercesión no ser molestados de tentaciones, como sin mi favor lo serían. Nadie, sino el que ya es maldito — se entiende con la maldición final e irremediable de los condenados —, se ve tan desechado por Dios que, si me invoca, no encuentre propicia mi propensa

misericordia. Todos me llaman Madre de misericordia, y verdaderamente, lo que usa Dios con los hombres hace que Yo también sea con ellos tan misericordiosa como soy. Por lo mismo, el que pudiendo acudir a Mí, no lo haga, será infeliz en esta vida, y en la otra lo será para siempre.»

Acudamos, pues, acudamos siempre todos a los pies de esta Reina dulcísima, si queremos salvarnos con seguridad; y cuando la multitud de nuestros pecados nos desaliente, acordémonos que fue elegida *Reina de misericordia* para salvar con su protección poderosa a los pecadores, por grandes que sean, que acudan a Ella. Estos han de ser en el Cielo su corona, como se lo prometió en los Cantares su divino Esposo (4, 8): *Ven del Líbano, Esposa mía; ven del Líbano, ven, y serás coronada... de las cuevas de los leones, de los montes de los leopardos*. Y éstos, ¿quiénes son sino los pecadores, cuyas almas se hacen, por el pecado, cuevas de monstruos espantosos? Pues estos mismos, Reina soberana, salvos por vuestro medio, os han de servir en el Cielo de diadema de gloria, porque su salvación será corona vuestra, corona propia, corona digna de la Reina de misericordia.

Aquí viene bien el siguiente

EJEMPLO.

María la pecadora, convertida en la hora de la muerte.

Se cuenta en la *Vida* de Sor Catalina de San Agustín que en el pueblo donde moraba había también una mujer llamada María, que habiendo sido escandalosa en la juventud, no era mejor siendo ya vieja, por lo cual la echaron del pueblo y se refugió en una cueva, donde al cabo murió medio podrida, sin sacramentos y abandonada de todo el mundo, y así, la enterraron en el campo como a una bestia. Sor Catalina, aunque acostumbrada a encomendar a Dios muy de veras las almas de todas las personas que allí morían, habiendo sabido la desgraciada muerte de la vieja, no pensó en pedir por ella, teniéndola, como ya todos la tenían, por condenada. Al cabo de cuatro años se le aparece de pronto un alma en pena, que le dice: «Catalina, ¿he de tener yo tan mala suerte? Tú encomiendas a Dios a todos los que mueren aquí, y sólo de mi alma no tienes compasión.» «¿Quién eres?», le preguntó la sierva de Dios. «Soy María, la que murió en la cueva.» «¿Cómo!, ¿tú en carrera de salvación?» «Sí — volvió a decir el alma —, lo estoy gracias a la misericordia de la Reina del Cielo. Oye cómo fue. Cuando ya vi cerca la muerte, mirándome tan abandonada y llena de pecados, volví los ojos a la Madre de Dios, diciendo: Señora, no hay quien me valga en

este último trance; pero Vos acogéis a todos los desamparados, Vos sois mi única esperanza, Vos sola me podéis ayudar; tened compasión de mí. No se hizo sorda la Virgen sacratísima; me alcanzó de Dios la gracia de hacer un acto de verdadera contrición, morí entonces, y así me salvé. Ahora, en el purgatorio, me ha obtenido también el favor de que se me abrevie la pena, haciendo que sufra con más intensidad lo que hubiera tenido que padecer por muchos años, y sólo me falta que se celebren algunas misas por mi alma, las cuales te pido que me mandes decir, y yo te prometo rogar siempre en el Cielo por ti a Dios y a su santísima Madre.» Cuidó Sor Catalina que al instante se aplicasen las misas, y a los pocos días se le volvió a aparecer el alma más resplandeciente que el sol, dándole gracias por el beneficio, y diciendo que iba a la gloria a cantar para siempre las misericordias del Señor y a rogar por ella.

ORACIÓN.

Aquí me tenéis, Señora, delante de Vos, como un pobre andrajoso y lleno de llagas en presencia de una Reina poderosa; aquí estoy delante de la Reina del Cielo y de la tierra. Desde ese trono tan elevado no os desdengéis de volver a este miserable pecador vuestros ojos misericordiosos. Dios os colmó de tantas riquezas para que socorráis a los pobres, y os hizo Reina de misericordia para que amparéis a los miserables. Miradme, pues, y compadeceos de mí. Miradme, y no me dejéis hasta mudarme enteramente de pecador en justo. Bien conozco ser indigno de todo favor, y aun merezco ser privado, por mis ingratitudes, de todos los beneficios que por vuestro medio he recibido de la mano divina;

pero Vos, como Reina que sois de la misericordia, no buscáis méritos, sino miserias para remediarlas. Pues ¿dónde habrá en el mundo otro más necesitado que yo?

¡Oh Virgen excelsa! Siendo Vos la Reina de todo el universo, sois también Reina mía, por lo cual me ofrezco a servirlos con más empeño que hasta aquí, para que en todas las cosas dispongáis de mí según fuere vuestro mejor agrado; y así os diré con San Buenaventura: Regidme y gobernadme, Señora; regidme, y nunca me dejéis a mi discreción. Mandad y decir lo que tengo que hacer, y si falto alguna vez, castigadme como queráis, porque para mí será muy saludable cualquier castigo que venga de vuestra piadosa mano. En más estimo ser vuestro esclavo que señor de toda la tierra: *tuus sum ego, salvum me fac*. Recibidme, Virgen soberana, como cosa vuestra, y cuidad continuamente de mi salvación. Ya no quiero ser mío, todo me entrego a Vos. Si hasta ahora, por mi desgracia, os he servido mal, si he dejado perder tantas ocasiones en que pude agradaros, propongo ser en adelante uno de vuestros siervos más leales. No, no quiero ya que ninguno me aventaje en amaros y servirlos, ¡oh Reina mía amabilísima! Así os lo prometo, y así espero cumplirlo con vuestro auxilio poderoso. Amén.

2.º — Que debemos tener aún mayor confianza en la Virgen María, por ser nuestra Madre.

No en vano llaman sus devotos MADRE a la santísima Virgen María, ni parece que aciertan a invocarla de otra manera, sin cansarse nunca de darle tan dulce nombre. Madre, sí, porque verdaderamente lo es, no carnal, sino espiritual, de nuestras almas, para conseguirmos, con amor de Madre, la eterna salvación.

Cuando por el pecado perdimos la gracia divina, fue perder la vida del alma: estábamos muertos miserablemente; vino al mundo nuestro

divino Redentor, y muriendo en cruz, con exceso grande de misericordia y amor, nos recobró la vida que habíamos perdido, según Él mismo aseguró (*Jn.*, 10, 10): *Vine para que tengan vida y más abundante*. Más abundante, porque dicen los teólogos que fue más el bien que Jesucristo nos trajo con la redención que el mal que Adán nos había causado con la desobediencia. De este modo, el Señor, reconciliándonos con Dios, se hizo *Padre de nuestras almas en la nueva ley*, conforme a la predicción del Profeta Isaías (9, 6). Pero si Jesús es Padre de nuestras almas, María es Madre; porque, habiéndonos dado a Jesús, nos dio la verdadera vida, y habiéndole ofrecido en el monte Calvario por nuestra salvación, fue como darnos a la luz, o hacernos nacer a la vida de la gracia.

Dos veces, pues, se hizo nuestra Madre espiritual, dicen los Santos Padres: la primera fue cuando mereció concebir en sus purísimas entrañas al Hijo de Dios, pues al dar para ello su consentimiento, empezó a pedir con afecto ardentísimo nuestra salvación, y se dedicó de tal suerte a procurárnosla, que desde entonces nos llevó en su seno como amorosísima Madre. Refiriendo San Lucas (2, 7) el nacimiento del Señor, dice que María *dio a luz a su hijo primogénito*. Luego si fue su primogénito, se debe inferir, añade San Alberto Magno, que tuvo después más hijos. Pues siendo artículo de fe que hijo carnal no tuvo

ninguno, fuera de Jesús, se sigue claramente que los demás fueron hijos espirituales, y éstos somos todos nosotros. Lo mismo reveló el Señor a Santa Gertrudis, la cual, leyendo un día en el Evangelio aquellas palabras, quedó confusa, sin alcanzar cómo podía ser que, no habiendo tenido la Virgen más Hijo que a Jesús, allí se dijese que fue su *primogénito*. Dios le explicó que Jesucristo había sido primogénito de María según la carne, y los demás hombres los segundos hijos según el espíritu.

Así también se entiende lo que se dice de María en los Cantares (7, 2): *Tu vientre es como un montón de trigo cercado de azucenas*. Lugar que explica San Ambrosio diciendo que, aunque en el seno purísimo de María hubo solamente un grano, que fue Jesucristo, no obstante, se le llama *montón*, porque en aquel grano estaban encerrados todos los escogidos, de los cuales María había de ser Madre. Y por esta razón, al dar a luz al Salvador del mundo, nos dio también a todos la vida y la salud.

La segunda fue cuando en el monte Calvario ofreció, con gran dolor de su corazón, el Eterno Padre, la vida de su Hijo por nuestra salvación; y así, dice San Agustín que, habiendo entonces cooperado con tanto amor a que los fieles naciesen a la vida de la gracia, se hizo igualmente

Madre espiritual de todos nosotros, que somos miembros de Jesucristo, nuestra cabeza; y es precisamente lo que testifica en los Cantares (1, 5) la misma bienaventurada Virgen: *Me puso a guardar sus viñas; pero la mía no la guardé*. Para salvar nuestras almas, sacrificó la vida de su dulcísimo Hijo. Porque, ¿cuál es el alma de María? ¿Quién es su vida y su amor, sino Jesucristo? Que por eso le anunció Simeón (Lc., 2, 35) que había de llegar un día en que su pecho se viese *traspasado con cuchillo de gran dolor*, como lo fue la lanza que abrió el costado de Jesús, donde vivía *el alma* de la Madre. Entonces fue cuando, con sus dolores, nos dio la vida, y vida eterna; y así podemos todos llamarnos justamente *hijos de sus dolores*. Siempre estuvo esta Madre amorosa conforme en todo con la divina voluntad, y de aquí reflexiona San Buenaventura que, viendo el infinito amor del Padre para con los hombres en querer que su Hijo amantísimo muriese por ellos, y el del mismo Hijo en aceptar la muerte, dio también su consentimiento, uniéndose con rendida y entera voluntad al beneplácito divino por la salud del hombre. Es verdad que en el negocio importante de nuestra salvación quiso el Señor ser solo, como dice Isaías (63, 3): *Yo solo pisé el lagar*. Mas viendo el deseo ardentísimo que tenía también su piadosa Madre del humano remedio, dispuso que con el sacrificio y oferta de su mismo Hijo cooperase a nuestra salvación, y así viniese a ser Madre de nuestras

almas. Esto es lo que nuestro Salvador significó cuando, poco antes de expirar, mirándola desde lo alto de la cruz, y mirando al discípulo amado, dijo a María (*Jn.*, 19, 26): *Ese es tu hijo*; como si le dijese: Ves ahí el hombre que, en virtud del ofrecimiento que por su salvación haces de mi vida, ya nace a la vida de la gracia; y dirigiéndose después al discípulo, añadió: *Esa es tu Madre*, con cuyas palabras, dice San Bernardino de Sena, quedó constituida por Madre, no sólo de San Juan, sino también de todos los hombres, a quien tanto amó; siendo por esto muy de advertir, añade el Padre Silveira, que el Evangelio no pone el nombre de Juan, sino *el discípulo*, para dar a entender que el Salvador la dio por Madre a todos los que por la profesión de cristianos son discípulos suyos.

Yo soy la Madre del Amor Hermoso (*Eccli.*, 24, 24), dice María; porque su amor, al mismo tiempo que hace a las almas hermosas a los ojos de Dios, le estimula a recibirnos por hijos como amorosa Madre. ¿Y qué madre ama tanto a los suyos? ¿Qué madre mira por ello con tanta solicitud como Vos lo hacéis, Reina y Madre dulcísima?

¡Felices los que viven bajo la protección de Madre tan amante y poderosa! El Profeta David, aunque en su tiempo no hubiese aún nacido María, ya se daba por hijo suyo, y esto alegaba a Dios para que le salvase, diciendo (*Ps.*, 85, 16): *Salva,*

Señor, al hijo de tu esclava. «¿De qué esclava?», pregunta San Agustín. De la que dijo al ángel: «Aquí está la esclava del Señor.» Y añade San Roberto Belarmino: «¿Quién tendrá la osadía de arrancar a sus hijos de aquel seno maternal, habiéndose refugiado ellos allí para librarse de los golpes de sus enemigos? ¿Qué furia infernal, o qué pasión, por violenta que sea, podrá nunca vencer a los que han puesto toda su confianza en el patrocinio de esta gran Madre?

Cuentan de la ballena que, si por la furia de alguna tempestad, o por temor de los pescadores, ve a sus hijos en riesgo, abre la boca y los guarda dentro del seno mientras pasa el peligro. A este modo, nuestra dulce Madre, cuando ve a sus hijos expuestos al furor de las borrascas que levantan las tentaciones, ¿qué hace? Movida de su grande amor, los esconde dentro de sus entrañas, y allí los tiene y protege hasta colocarlos en el puerto de la gloria eterna. ¡Oh Madre amantísima!, ¡oh Madre piadosísima! ¡Bendita seáis para siempre, y bendito sea el Señor, que os dio a nosotros por Madre y seguro refugio de todos los peligros de esta vida!

Reveló la misma Virgen a Santa Brígida que, a la manera como una madre viese a sus hijos entre las espadas del enemigo, haría todos los esfuerzos posibles por librarlos, así, dice, lo hago y haré yo por los míos, por más pecadores que sean, siempre

que recurran ellos a mí. Fiémonos, pues, en su palabra, seguros de que en todas las luchas que sostengamos con los enemigos infernales saldremos vencedores, con sólo acudir invocándola y repitiendo: «Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios.» ¡Oh, cuántas victorias han alcanzado del infierno los fieles con esta breve pero efficacísima oración! ¡Así vencía siempre a los demonios una gran sierva de Dios del Orden de San Benito!

Alegraos, pues, los que sois hijos de María, y alegrémonos todos, sabiendo que adopta benígnamente por hijos a cuantos lo quieren ser. Alegraos, y no temáis perderos, pues con todo su poder os defiende y protege vuestra Madre poderosísima. Si la amáis de todo corazón, si ponéis en Ella vuestra confianza, bien podéis cobrar ánimo y decir con San Buenaventura: ¿Qué temes, alma mía? La causa de tu salvación no se puede perder, porque la sentencia está en manos de Jesús, que es hermano tuyo, y de María, que es tu querida Madre. Con este mismo pensamiento, que alegra tanto a los corazones, nos exhorta San Anselmo a la confianza: La Madre de Dios es mi Madre; ¿con cuánta seguridad no debo esperar, pues mi salvación depende de mi buen Hermano Jesús y de mi piadosa Madre María? Oigamos, pues, las voces de nuestra Madre, que, como a niños tiernos, amorosamente nos llama (*Prov.*, 9, 4): *Si quis*

est parvulus, veniat ad me. Los niños tienen siempre en la boca la palabra «madre», y a cualquier susto o peligro claman al momento: «¡Madre, madre!» ¡Oh Madre amorosísima! Esto es lo que Vos deseáis: que cual niño os llamemos y corramos a Vos, porque ciertamente queréis favorecernos y salvarnos, como lo habéis hecho siempre con todos vuestros hijos.

EJEMPLO.

Conversión y santa muerte de un protestante.

Se cuenta en la historia de la fundación de la Compañía de Jesús en el reino de Nápoles que hubo un joven escocés llamado Guillermo, pariente del rey Jacobo, nacido y criado en la herejía, el cual, ilustrado con los rayos de la divina luz, que le iba descubriendo sus errores, vino a Francia, donde por los consejos de un Padre de la Compañía, y mucho más por la intercesión de la Virgen nuestra Señora, conoció, al fin, la verdad, abjuró los errores y se convirtió a la fe. Pasó de allí a Roma, donde, hallándole un día muy afligido y lloroso un amigo suyo, y preguntándole la causa, respondió que se le había aparecido la noche antes su madre difunta y condenada, diciéndole: «Hijo, dichoso tú que has entrado en el seno de la verdadera Iglesia; yo estoy condenada por haber muerto en la herejía.» De resultas de esta triste visión

comenzó a enfervorizarse en la devoción de la Virgen Santísima, eligiéndola desde entonces por única Madre, la cual le inspiró el deseo de entrar en religión, y el joven hizo de ello un voto. Habiendo caído enfermo, fue a Nápoles a mudar de aires, y allí murió, pero ya religioso, porque desahuciado a poco de llegar, fueron tantos sus ruegos y lágrimas, que al fin los superiores le recibieron, y delante del Santísimo Sacramento, cuando le llevaron el Señor por viático, hizo los votos religiosos y quedó agregado a la Compañía. Después de lo cual enternecía los corazones de todos con los devotísimos afectos con que, sin cesar, daba gracias a la sacratísima Virgen de haberle sacado de las tinieblas de la herejía y traídole a morir en el seno de la Iglesia y de la religión, entre los brazos de sus hermanos, y así exclamaba: «¡Oh, qué gloria es morir en medio de estos ángeles!» Le exhortaban a que no se fatigase, pero respondía: «No, ya no es tiempo de reposar, que está cerca mi fin.» Poco antes de expirar dijo: «Hermanos míos, ¿no veis aquí a los ángeles del Cielo, que me asisten?» Y preguntándole uno de aquellos religiosos qué era lo que estaba diciendo entre dientes, le respondió que el ángel de la guarda le acababa de revelar que estaría muy poco en el purgatorio, y que al instante volaría su alma al Cielo. Empezó de nuevo a trabar dulces coloquios con la Reina de los ángeles, y diciendo dos veces: «Madre, Madre», como un niño que se echa a dormir en los brazos de su

querida madre, expiró plácidamente. Y de allí a poco supo un devoto religioso, por revelación, que estaba ya en la gloria.

ORACION

¡Oh Madre santísima! ¿Cómo es posible que teniendo una Madre tan santa sea yo tan pecador?. ¿una Madre abrasada en el amor divino, y ame yo tan locamente a las criaturas?. ¿una Madre riquísima en virtudes, y me vea yo tan pobre y desnudo de todas ellas? Verdaderamente, Señora, no soy digno de llamarme hijo vuestro, y así me tendré por feliz en que siquiera me contéis como el menor de vuestros esclavos, que por sólo ese título renunciaría gustoso todos los reinos de la tierra. No me privéis de la dicha de poder, a lo menos, deciros Madre. Este nombre dulcísimo me llena de tanta confianza, que, aunque, por otra parte, me aterran mis pecados y el rigor de la divina justicia, me conforta y alienta el pensar que sois Madre mía. Permitidme, pues, que os llame Madre, y Madre amabilísima. Así quiero llamaros, y así os llamaré siempre. Después de Dios habéis de ser toda mi esperanza, refugio y amor, mientras viva en este valle de lágrimas, y cuando llegue la hora de mi muerte, pondré mi alma en vuestras manos benditísimas, diciendo con toda seguridad: Madre mía, Madre mía, vuestro soy; amparadme y tened misericordia de mí. Amén.

3.ª — *Del grande amor que nuestra Madre nos tiene.*

Si, pues, María es nuestra Madre, consideremos ahora cuánto es el amor que nos profesa. No pueden dejar los padres de amar a sus hijos; razón por la que, habiendo impuesto la divina Ley, como reflexiona Santo Tomás, obligación estrecha de amar a los padres, para éstos no hay mandamiento escrito, por estar impreso en la misma

naturaleza tan fuertemente como aun en las fieras se ve, dice San Ambrosio. Y así, refieren las historias que ha habido casos en que, oyendo los tigres rugir a sus hijos, han ido nadando hasta la nave donde los llevaban. Pues si aun los tigres hacen esta demostración, ¿cómo podrá olvidar a sus hijos una Madre que tiene el corazón tan tierno y amoroso? *¿Puede la mujer olvidarse del hijo que salió de sus entrañas? Pues dado por imposible que alguna madre se olvidase del suyo, dice María: Yo jamás me olvidaré de ti (Is., 49, 15).*

María es nuestra Madre, no según la carne, como antes dijimos, sino Madre por amor: *Yo soy la Madre del Amor Hermoso (Prov., 24, 24).* Por amor se hizo Madre nuestra, y de ello se gloria, siendo tanto el que nos tiene, aunque sin merecerlo, que no lo alcanza la imaginación, y tan ardiente, que deseó con vivas ansias morir por nosotros juntamente con su Hijo santísimo, inmolada en el ara de la cruz a manos de los verdugos. «Colgado estaba el Hijo de la cruz, y la Madre se ofrecía a los verdugos por nosotros.»

Pero consideremos los motivos que tiene para amarnos, a así vendremos mejor en conocimiento de la grandeza de su amor.

1. El primero nace del que tiene a Dios. Porque el amor a Dios y al prójimo están enlaza-

dos y contenidos en un mismo precepto, como enseña el evangelista San Juan (*I Jn.*, 4, 21); de manera, que, a medida que el uno crece, crece también el otro. Por esta causa, los Santos, como amaban tanto a Dios, ¿qué no hicieron por amor del hombre? Exponer y aun perder la libertad y la vida por la salvación de cualquiera. Sabemos los trabajos que pasó en las Indias San Francisco Javier, donde a veces, buscando las almas, se encaramaba por las breñas, entre mil peligros, hasta encontrar a los miserables en las cavernas, donde habitaban como fieras, y traerlos al conocimiento del verdadero Dios. Sabemos lo que hizo por convertir a los herejes de la provincia de Chablais San Francisco de Sales, que durante un año estuvo cada día atravesando el río, por cima de un madero cubierto de hielo, con el peligro que se deja entender. Sabemos que San Paulino se vendió como un esclavo por rescatar al hijo de una pobre viuda. Sabemos que San Fidel dio gustoso la vida predicando en otra parte a los herejes para ganarlos a Dios. Y así todos los santos, como tenían tan grande amor de Dios, hicieron por el prójimo cosas heroicas y admirables.

Ahora bien: ¿quién hubo que amase a Dios más que María? ¿Qué digo más, si en el primer instante de su ser excedía ya con mucho en el amor al de todos los Santos y ángeles juntos en todo el discurso de su vida? (Esto después lo

probaremos detenidamente.) Reveló la misma Virgen a una ferviente religiosa que era tan grande su amor para con Dios, que con él se pudieran abrasar y consumir los cielos y la tierra, siendo en su comparación como un hielo todo el amor de los serafines. Por este motivo, así como ni entre los espíritus bienaventurados hay quien más ame a Dios que María, así tampoco podemos tener nosotros quien más nos ame, siendo tan ardiente su amor, que si en un pecho se acumulase todo el de los padres y esposos, y también el de todos los Santos a sus devotos, no llegaría ni de lejos al que la Virgen sacratísima tiene a cualquier alma. Confirmando esta verdad, escribe el P. Nieremberg que, en la misma comparación, todo el amor de las madres para con sus hijos es una sombra, pues que la Virgen nos ama sola más que todos los ángeles y santos juntos.

2. Además, nos ama tan ardientemente nuestra Señora porque Jesús, antes de expirar, nos encomendó a su maternal Corazón, como hijos, en la persona de San Juan (*Jn.*, 19, 26) *Mujer, éste es tu hijo*; que fue la postrera palabra dicha a su afligida Madre. Los últimos recuerdos que nos dejan a la hora de la muerte las personas a quienes mucho amamos, son los que más se estiman y más impresos quedan en la memoria.

3. Además, nos ama tanto porque fue mucho

lo que le costamos, como sucede a todas las madres, que aman comúnmente más a los hijos cuya vida les costó más trabajo y dolor. Mas nosotros somos aquellos hijos por los cuales sufrió la pena indecible de ofrecer la vida de su amantísimo Jesús, y la de verle morir al rigor de los tormentos, con cuya oferta nos alcanzó la vida de la gracia. Así, pues, somos hijos suyos, y muy queridos, porque fue mucho lo que le costamos. Y si el amor del Eterno Padre para con el mundo llegó a tal extremo que por él entregó a la muerte a su unigénito Hijo (*Jn.*, 3, 16), de María también se puede decir: de tal modo nos amó María, que nos dio a su unigénito Hijo. Mas Ella, ¿cuándo lo entregó? Cuando, como dice el Padre Nieremberg, le dio licencia para ir a padecer; cuando, de todos los demás abandonado, por odio o por temor, hubiera podido defenderle delante de los jueces, y no lo hizo. Que bien es creíble que las palabras de una Madre tan amante y discreta hubieran bastado a inclinar en su favor el ánimo de aquellos hombres, especialmente de Pilato, que conoció y confesó públicamente la inocencia de Jesús; pero la Madre no despegó sus labios por no impedir la muerte del que pendía la redención del mundo. Finalmente, le entregó mil veces al pie de la cruz, porque durante tres horas de agonía no cesó de ofrecer la vida de su querido Hijo por nuestro remedio, con sumo dolor, pero también con tal resolución y constancia, que San Antonino llegó a

decir (¡cosa que pasma!) que por sí misma le hubiera inmolado, a ser así la voluntad expresa del Eterno Padre. Porque si la fortaleza de Abrahán fue tan grande, que iba ya a sacrificar a su hijo por cumplir el divino mandato, mucho más santa y obediente que Abrahán fue María. ¡Oh, qué agradecidos debemos estar a su excesivo amor! ¿Con qué se puede pagar una fineza semejante? Dios no dejó sin premio la obediencia del gran Patriarca; mas nosotros, ¿qué podíamos retribuir a la Madre por la vida de aquel Hijo incomparablemente más amado y excelente que Isaac? Muy obligados nos tenéis, Señora, dice San Buenaventura, pues que nadie nos amó jamás tanto, habiendo ofrecido tan a costa vuestra, por nuestro bien, al Hijo a quien amabais más que a la propia vida.

4. De aquí nace otra de las razones de su amor, y es el ver que fuimos comprados con el precio de la sangre de Jesucristo. ¡Cuánto estimaría una madre a un cautivo rescatado por un hijo suyo a costa de veinte años de cárceles y trabajos! Mucho más nos aprecia María, que sabe muy bien que sólo por rescatarnos con su vida vino al mundo nuestro divino Redentor, según Él mismo lo dijo (*Lc.*, 19, 10): *Yo vine a salvar lo que había perecido*; y para salvarlo tuvo a bien entregar la propia vida. Por lo cual, si esta Señora nos amase poco, no sería mostrar toda la estimación

debida a tan preciosa sangre. Santa Isabel de Hungría, terciaria franciscana, tuvo revelación de que la Virgen, desde el día que se consagró a Dios en el templo, no cesó de pedir por nosotros, solicitando con instancia la pronta venida del Mesías. Pues ¿cuánto más debemos creer que nos ame ahora, después de vernos tan estimados y ya redimidos a tanta costa por su Hijo amantísimo?

Y como todos lo fuimos igualmente, no excluye a ninguno de su amor, ni a nadie deja de favorecer. *Vestida del sol la vio San Juan (Apoc., 12, 1), porque así como no hay en la tierra cosa que pueda esconderse del calor del astro (Ps., 18, 7), así no hay viviente privado del calor de María, esto es, de su amor. ¿Quién podrá comprender el cuidado que tiene de todos, siendo Madre tan amorosa? A todos, dice San Antonino, nos ofrece y dispensa su misericordia inagotable; a todos nos deseó la salvación eterna, cooperando eficazmente para que la alcanzásemos. Por esto es utilísima la práctica de algunos devotos, los cuales, como atestigua el jesuita Padre Salazar, tienen la costumbre de decir a Dios en sus oraciones: «Señor, dadme lo que pide por mí la santísima Virgen María»; y hacen bien en ello, dice el mismo autor, pues que nuestra Madre nos desea beneficios mucho mayores que los que nosotros podemos desear; y por igual razón le aplica San Alberto Magno aquellas palabras de la Sabiduría (6, 14):*

Praeoccupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat. Se anticipa y viene a buscar aun a los que no la buscan. Antes de llamarla ya está allí.

Pues si es tan benigna aun con los ingratos e indolentes, que la aman poco, y no se cuidan de acudir a Ella, ¿cuál será su amor para con los que fervientemente la aman y de continuo la invocan? *Fácilmente se deja ver de los que la aman (Sap., 6, 13).* ¡Qué dulzura para nosotros hallarla tan llena de piedad y amor! *No puede dejar de amar viéndose amada (Prov., 8, 17),* mayormente a los que corresponden a su amor con mayor ternura; que bien conoce los que son, bien sabe distinguirlos entre los demás, llegando hasta presentarse a servir a los que le sirven, en expresión de un sabio religioso. Hallábase próximo a la muerte, como cuenta la Crónica, Leonardo, de la Sagrada Orden de Predicadores, el cual había tenido la práctica de invocarla doscientas veces al día. De pronto, ve a su lado a una Reina hermosísima, que le dice: «Leonardo. ¿quieres venir conmigo donde mi Hijo está?» «¿Quién sois Vos?», preguntó el religioso. «La Madre de misericordia —respondió la Virgen—, y pues que tantas veces me has llamado, ahora vengo por ti; vente conmigo al Cielo.» En esto expiró el religioso, dejando prendas tan envidiables de salvación.

¡Oh dulcísima Reina! ¡Felices los que os

aman! Decía San Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús: «Si amo a María, puedo estar seguro de la perseverancia, y todo cuanto quiera lo alcanzaré de Dios.» Por todo esto, el devotísimo joven no se cansaba nunca de repetir: «Quiero amar a María.» Mas, aunque sus devotos la amen cuanto alcancen sus fuerzas, María los ama mucho más. Ámenla tanto como San Estanislao de Kostka, cuyo amor era tan ferviente, que en empezando a hablar de la Virgen comunicaba su fervor a todos los presentes; tan ingenioso, que siempre estaba inventando nuevos nombres y títulos con que venerarla; tan continuo, que no empezaba ninguna cosa sin pedirle antes su bendición; tan afectuoso, que cuando rezaba su Oficio o el santo Rosario, u otras oraciones, parecía que la estaba viendo; tan tierno, que de sólo oír cantar la Salve se le inflamaba el pecho y el semblante; tan filial, que si le preguntaban que si le amaba mucho, respondía: «¿Cómo no la he de amar, si es mi Madre?», acompañando estas expresiones con aspecto y semblante de ángel. — Ámenla tanto como el Beato Hermán, que le decía su amada esposa, con cuyo dulce nombre le había honrado la misma soberana Señora. — Tanto como San Felipe Neri, que sólo de pensar en Ella se llenaba su alma de consuelo, llamándola su delicia. — Tanto como San Buenaventura, que le decía, no sólo Madre y Señora, sino su corazón y su alma. — Ámenla tanto como aquel su finísimo

amante Bernardo, que con la fuerza del amor la llegó a llamar robadora de corazones, asegurando que el suyo de cierto se lo había robado. — Lláménla su querida, como San Bernardino, el cual iba diariamente a una capilla suya, y allí pasaba con Ella las horas enteras en amoroso coloquio. — Ámenla tanto como San Luis Gonzaga, que de sólo oírla nombrar se le encendía el corazón y el rostro. — Ámenla tanto como San Francisco Solano, que algunas veces, como fuera de sí, llevado de una santa locura, se ponía a cantar coplas cariñosas delante de una imagen, a semejanza de lo que hacen de noche los amantes del mundo. — Ámenla tanto como la amaron todos sus siervos, los cuales ya no sabían qué hacer en prueba de su amor: como el Padre Juan de Trejo, de la Compañía, que se llenaba de júbilo al considerarse esclavo suyo, y en testimonio de esclavitud iba muchas veces a visitarla a las iglesias, y allí bañaba el suelo con abundancia de lágrimas, besándole y limpiando el polvo con la cara y la lengua, por ser casa de su amada Señora; como el Padre Diego Martínez, también de la Compañía, que, en premio a su gran devoción a la celestial Señora, en todas sus festividades le llevaban los ángeles al Cielo, a que viese la solemnidad con que allí se celebraban, y al subir iba diciendo a voces: «Quisiera tener todos los corazones de ángeles y santos para amar a María; quisiera tener las vidas de todos los hombres para

darlas todas en obsequio de María»; protestando que de muy buena gana hubiera sufrido los mayores tormentos por que María no hubiese perdido (bien que no podía) un solo gramo de toda su grandeza, y que si ésta hubiera estado en su mano, toda se la hubiera cedido, por ser Ella incomparablemente más digna. Amémosla como Carlos, hijo de Santa Brígida, que aseguraba no haber en el mundo cosa que más le llenase de gozo que el saber lo mucho que Dios amaba a María; o como San Alonso Rodríguez, que deseaba ardientemente dar la vida por Ella; o como Francisco Binans, religioso, y Santa Rade-gunda, reina, que se esculpieron en el pecho su dulce nombre. Lleguen hasta a marcársele a fuego, como hicieron, arrebatados de amor, Juan Bautista Arquinto y Agustín Espinosa, ambos jesuitas. Hagan, finalmente, todo lo que el amor más apasionado y ardiente les pueda inspirar, que nunca llegarán sus amantes a quererla tanto como Ella los ama. «Sé muy bien, Señora —decía un discípulo de San Bernardo—, que sois amantísima y que en el amar no os dejáis vencer de nadie.» Se hallaba una vez delante de una imagen suya San Alonso Rodríguez, y sintiéndose abrasado en su amor, le dijo: «Madre mía, ¡si Vos me amarais tanto como os amo yo!» A lo cual respondió la Virgen: «Eso no, Alonso: que, aunque es grande el amor que me tienes, es mucho más lo que yo te amo.» Tiene razón el piadoso autor del *Salterio*

Mariano para exclamar: «¡Felices los que son firmes en el amor de esta amabilísima Señora!» Felices, porque siendo tan agradecida, no deja que nadie la exceda en el amor, imitando en esto, como en todo lo demás, a su Hijo santísimo, que en pago de cualquier obsequio vuelve duplicados los favores. Exclamaré yo también, con San Anselmo: Derrítase mi corazón en el amor de Jesús y María. Haced, Señor; haced, Madre mía, que llegue a amaros tanto como merecéis. ¡Oh Dios, enamorado de los hombres!, pues que disteis voluntariamente la vida por ellos, ¿podréis negar ahora vuestro amor a quien pide amaros con todo el corazón a Vos y a vuestra dulce Madre?

EJEMPLO.

Santa muerte de una pastorcita.

Una pastorcilla que guardaba ganado tenía puesta toda su afición y delicia en ir muchas veces a una ermita de nuestra Señora, edificada en el monte, y pasar allí el tiempo en obsequios y amorosos coloquios con su dulce Madre. Y por no estar la imagen, que era de bulto, tan adornada como convenía, le hizo con mucha fatiga un manto decente. Un día trajo una guirnalda de flores silvestres, y subiéndose al altar, se la puso, diciendo: «Madre mía, yo quisiera que fuese una corona de oro y piedras preciosas; pero como pobre os

ofrezco esta guirnalda de flores; aceptadla en testimonio de lo mucho que os amo.» Con estos y otros obsequios semejantes procuraba venerarla y servirla.

Veamos ahora cuál fue la recompensa de parte de la tierna Señora para con esta su querida hija. Habiendo caído enferma de peligro, sucedió que yendo por allí de viaje dos religiosos, y habiéndose sentado a descansar a la sombra de un árbol, tuvieron una visión, el uno en sueños y el otro despierto. Vieron que se acercaba una compañía de doncellas muy hermosas, y una entre todas mucho más hermosa y llena de majestad, a la que preguntó uno de ellos: «Señora, ¿quién sois y a dónde vais por estos caminos?» «Soy la Madre de Dios — respondió —, que con estas santas vírgenes voy a visitar aquí cerca a una pastorcilla que se está muriendo, pues ella me ha visitado muchas veces a Mí.» Y dicho esto, desaparecieron. Los dos religiosos siervos de Dios se dijeron uno a otro: «Vamos también nosotros.» Y llegando a la choza, hallaron a la moribunda echada en la paja. La saludaron, y ella les dijo: «Hermanos, pedid a Dios que os abra los ojos del alma para que veáis la compañía que me asiste.» Se arrodillaron y vieron a la Virgen, que, con una corona en la mano, estaba consolándola. En esto comenzaron las vírgenes a cantar, y al mismo tiempo se desató del cuerpo aquella alma dichosa. María le puso la corona, y

tomándola en sus dulces brazos, se la llevó consigo al Cielo.

ORACION.

¡Oh Señora, os diré como San Buenaventura, oh amabilísima Señora, que amando y dispensando gracias robáis los corazones de los hombres!: llevaos también el mio, pues, aunque miserable, desea amaros ardientemente. Vos, Madre mía, con vuestra belleza enamorasteis al mismo Dios, y le trajisteis del Cielo a vuestro seno purísimo; ¿cómo podré yo vivir sin amaros? Igualmente os diré con aquel otro vuestro amante hijo San Juan Berchmans: «No descansaré hasta conseguir un amor muy afectuoso a mi dulcísima Madre», un amor tierno y constante, pues que fue tan grande el vuestro para conmigo, sin merecerlo, antes bien, a no haber sido por él y por las muchas misericordias que de Dios me habéis alcanzado, ¿qué sería ya de mí? Si, pues, aun entonces, que no os amaba, Vos me amabais tanto, ¿qué no debo esperar de la bondad de vuestro corazón ahora que ya os amo? Os amo, Madre mía, si, os amo, y quisiera juntar en mi pecho el amor de cuantos infelices hay en el mundo que no quieren amaros. Quisiera tener millares de lenguas para dar a conocer vuestra grandeza, vuestra santidad, vuestra misericordia y el amor grande con que correspondéis a todos los que os aman. Si tuviere riquezas, todas las emplearía en vuestro honor y culto; si tuviese vasallos, a todos los quisiera obligar a ser vuestros amantes. Quisiera dar la vida por Vos, siendo necesario. Os amo, Madre mía, pero, por otra parte, temo que el mio no es amor verdadero, pues dicen que el amor hace semejantes a las personas que se aman. Y así, viéndome tan diferente a Vos, lo tengo por señal de no amaros como debo. Vos tan pura, yo tan inmundo; Vos tan humilde, yo tan soberbio; Vos tan santa, yo tan pecador. Mas esto es lo que hoy humildemente os pido, que ya que vuestro amor para conmigo es tan grande, que me hagáis semejante a Vos. Poder tenéis para mudar los corazones; aquí está el mio: tomadle en vuestras manos sacratísimas y trocadle enteramente, dando a conocer al mundo lo mucho que podéis en favor de los que amáis, y haciéndome de este modo santo e hijo digno de tan alta Madre, como lo espero con toda confianza por vuestra bondad. Amén.

4.º — *María también es Madre de los pecadores arrepentidos.*

La misma piadosísima Virgen aseguró a Santa Brígida que no sólo es Madre de los inocentes y justos, sino también de los pecadores, con tal de que propongan enmendarse. ¡Oh, y con qué benignidad recibe a sus pies esta Madre de misericordia a cualquier pecador arrepentido! Así lo escribía San Gregorio VII a la princesa Matilde: «Pon fin al pecado y encontrarás a María más amorosa que una madre carnal; te lo prometo con toda certidumbre.» La condición que nos pide para ser sus hijos es dejar la culpa. Sobre aquellas palabras de los Proverbios (31, 28): *Se levantaron sus hijos*, reflexiona un escritor devoto que antes puso *se levantaron* y después los llama *hijos*; porque no puede ser *hijo* de María quien primero no *se levanta* del estado de la culpa donde había caído. En efecto, si mis obras son contrarias a las de María, niego con ellas ser *hijo suyo*, o es lo mismo que decir que no lo quiero ser. ¿Cómo es posible que uno sea su *hijo* y al mismo tiempo soberbio, deshonesto, envidioso? ¿Quién tendrá el arrojo de llamarse *hijo suyo* dándole con las malas obras tantos disgustos? Le decía una vez cierto pecador: «Señora, muestra que eres Madre»; y la Virgen le respondió: «Muestra que eres hijo.» Y a otro que le invocaba como Madre de misericordia, le dijo: «Vosotros, cuando queréis que os favorezca, me

llamáis Madre de misericordia; pero con tanto pecar, me hacéis Madre de miseria y dolor.» Dice el Señor en el libro del *Eclesiástico* (3, 18): *Maldito es de Dios el hombre que exaspera a su Madre; es decir, a su Madre María, como explica el mismo autor, porque Dios, sin duda, maldice al que con su mala vida y obstinación aflige a una Madre tan buena.*

Otra cosa es cuando, a lo menos, se esfuerza el pecador por salir de su mal estado, y se vale para ello del favor de María; que entonces no dejará, por cierto, esta piadosa Madre de socorrerle, para que, al fin, recobre la gracia y amistad de Dios. Así los oyó Santa Brígida una vez, de boca del mismo Jesucristo, que dijo a su Madre amantísima estas palabras: «Al que se esfuerza por volver a mí, Tú, Madre mía, le ayudas, sin dejar privado a nadie de consuelo.» Si el pecador se obstina, no puede merecer el amor de María; pero si aunque alguna pasión le tenga cautivo, sigue encomendándose y pidiéndole con humildad y confianza que le ayude a salir de su mal estado, sin duda le dará la mano, siendo Madre tan misericordiosa, y romperá sus prisiones y le pondrá en camino de salvación.

El sagrado Concilio de Trento (sess. 6, c. 7) condenó como herejía el decir que las oraciones y demás buenas obras hechas por la persona que está en pecado son pecados. No lo son, porque si bien

«la oración en la boca del pecador no es *hermosa*», como dice San Bernardo, por no ir acompañada de la caridad, es, por lo menos, útil y fructuosa para salir del estado de la culpa; y aunque tampoco es *meritoria*, Santo Tomás enseña que sirve para alcanzar la gracia del perdón, supuesto que la virtud para conseguirla no se funda en los méritos del que ruega, sino en la bondad divina y en la promesa y merecimientos de Jesucristo, que dijo en el Evangelio (Lc., 11, 10): *Todo el que pida, recibirá*. Y lo mismo debe entenderse en orden a la Madre de Dios. Si el que pide no merece ser oído, los méritos de María, a quien se encomienda, harán que lo sea. Por lo cual, exhorta San Bernardo a todos los pecadores a dirigirse a María en sus oraciones con gran confianza. «Porque te habías hecho indigno de recibir la gracia, se concedió a María que por Ella recibas cuanto has menester.» Este es su oficio, oficio de Madre, y de tan buena Madre. ¿Qué no haría cualquiera madre por reconciliar a dos hijos suyos que se aborreciesen y buscasen para matarse? María es Madre de Jesús y Madre del pecador; y como no puede sufrir verlos enemistados, no descansa hasta ponerlos en paz. Dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA: «Oh María, Tú eres la Madre del reo, tú la Madre del Juez; y siendo Madre de ambos, no puedes tolerar que haya discordia entre tus dos hijos.» Sólo exige del pecador que él se lo ruegue y tenga propósito de enmendarse. Cuando le ve pidiendo a sus pies

misericordia, no mira los pecados que trae, sino el ánimo con que viene. Si viene con buena intención, aunque haya cometido todos los pecados del mundo, le abraza, y sin desdeñarse de tanta miseria, le sana las heridas del alma, siendo, como es, *Madre de misericordia*, no sólo en el nombre, sino en las obras y en el amor y ternura con que nos recibe y favorece. En estos mismos términos le dijo a Santa Brígida la misma Señora: «Por mucho que uno peque, al punto le recibo; no miro a los pecados que trae, sino a la intención con que viene; no me desdeño de ungir y curar sus llagas, pues me llamo y soy en verdad Madre de misericordia.»

María, pues, es Madre de los pecadores que desean convertirse, y como tal, no sólo se compadece de ellos, sino que parece que siente como propio el mal de sus hijos. Cuando la Cananea rogó al Señor que librase a su hija de un demonio que la atormentaba, dijo (*Mt.*, 15, 22): *Ten misericordia de mí; una hija mía es molestada por el demonio*. Si la hija lo era y no la madre, parece que debió haber dicho: «Señor, compadeceos de mi hija.» Pero la mujer habló bien, porque las madres sienten como propios los males de sus hijos. Pues así es, puntualmente, como pide a Dios María por cualquier pecador que se acoge a Ella, y podemos creer que le dice de esta manera: «Señor, esta pobre alma, que está en pecado, es hija mía; ten misericordia, no tanto de ella como de Mí, que soy su Madre.»

¡Ojalá que todos los pecadores recurriesen a tan dulce Madre! Todos alcanzarían perdón. «¡Oh María! — exclama, maravillado, el autor del ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA —, Tú abrazas con afecto materno al pecador que todo el mundo desecha, sin que le dejes hasta verle reconciliado con el supremo Juez.» Quiere decir que, cuando el hombre, por el pecado, se ve aborrecido y desechado de todos; cuando aun las criaturas insensibles, como el fuego, el aire y la tierra, quisieran castigarle y vengar el honor de su Criador ofendido, María le estrecha en sus brazos con afecto de madre, si él llega arrepentido a sus pies, y no le deja hasta reconciliarle con Dios y volverle a la gracia perdida.

Se echó a las plantas de David, como cuenta el libro II de Samuel (14, 6), una mujer de Tecua, celebrada por su discreción, y le dijo así: *Señor, yo tenía dos hijos, los cuales, por desgracia mía, riñeron, y el uno mató al otro, y después de haber quedado sin el uno, ahora quiere la justicia quitarme el otro. Tened compasión de mí y no permitáis, Señor, que me vea privada de mis dos hijos.* El rey, compadecido, perdonó al delincuente, y se lo mandó volver libre. Pues esto viene a ser lo que dice María cuando ve a Dios airado contra el pecador que la invoca: Dios mío, Yo tenía dos hijos, que eran Jesús y el hombre; éste ha dado a Jesús la muerte, y vuestra justicia quiere castigar al culpable; pero, Señor, tened compasión de Mí, y si perdí al uno, no

consintáis que pierda al otro también. ¡Ah! ¿Cómo Dios le ha de condenar, amparándole María y pidiéndole por él así, cuando el mismo Señor le dio por hijos a los pecadores? «Yo se los di por hijos, parece que dice Su Divina Majestad, y Ella es tan solícita en el desempeño de su oficio, que a ninguno deja perecer de cuantos tiene a su cargo, especialmente si la invocan, sino que hace los mayores esfuerzos para restituirlos a mi amistad.» Y ¿quién podrá comprender la bondad, misericordia y caridad con que nos recibe siempre que imploramos su ayuda y favor? Postrémonos a sus sagrados pies, dice San Bernardo, abracémoslos con toda confianza, y no nos apartemos de allí hasta lograr que nos bendiga y nos reconozca por hijos. Nadie desconfíe de su amor, sino díglele con todos los afectos del alma: «Madre y Señora mía, bien merezco por mis pecados ser desechado de Vos y recibir de vuestra mano cualquier castigo; pero aunque supiera perder la vida, no he de perder la confianza de que me habéis de salvar. Toda mi esperanza la pongo en Vos, y con sólo que me concedáis morir delante de una imagen vuestra, implorando vuestra misericordia, no dudaré conseguir el perdón y volar al Cielo a bendeciros en compañía de tantos siervos vuestros que murieron implorando vuestro auxilio y fueron salvos por vuestra poderosa intercesión.»

Léase el ejemplo siguiente, y véase si podrá

ningún pecador desconfiar de la misericordia y amor de esta buena Madre, siempre que la invoque de corazón.

EJEMPLO.

Ernesto, el monje bandolero.

Cuenta el P. Carlos Bovio, S. J., que en la ciudad de Radulfo, en Inglaterra, hubo un joven de casa noble, llamado Ernesto, el cual, habiendo repartido sus bienes a los pobres, abrazó la vida religiosa en un monasterio, donde vivía con tal observancia y perfección, que los superiores le estimaban grandemente, en especial por su singular devoción a la Virgen nuestra Señora. Tanta era su virtud, que habiendo entrado una epidemia en aquella ciudad, y acudiendo la gente al monasterio para solicitar de los religiosos asistencia y oraciones, mandó el abad a Ernesto que fuese a pedir favor a la Virgen, delante de su altar, sin apartarse de allí hasta que le diese respuesta. Ernesto obedió, y a los tres días de perseverar en esta disposición, le ordenó la Virgen ciertas oraciones que se habían de decir, y así cesó la peste.

Pero después se entibió, y el enemigo empezó a molestarle con varias tentaciones, especialmente contra la castidad, y con la sugestión de que huyese del monasterio. El infeliz, por no haberse encomendado a la Virgen, se dejó al cabo vencer,

determinado a descolgarse por una pared. Pero pasando con este mal pensamiento delante de una imagen que estaba en el claustro, le habló la piadosísima Virgen, diciéndole: «Hijo, ¿por qué me dejas?» Sobrecogido y con gran compunción, respondió: «¿No veis, Señora, que ya no puedo resistir más? ¿Por qué Vos no me ayudáis?» «Y tú — replicó la Virgen —, ¿por qué no me invocas? Si te hubieras encomendado a Mí, no te sucedería eso; hazlo en adelante, y no temas.» Fortalecido con estas palabras, se volvió a la celda.

Allí le asaltaron de nuevo las tentaciones, y como ni entonces acudió a la Virgen, finalmente se escapó del monasterio, y a poco se dio a todos los vicios, viniendo a parar, de pecado en pecado, hasta hacerse salteador de caminos. Después alquiló una venta, donde, por la noche, por robar a los pasajeros, les quitaba la vida. Entre las muertes que hizo, mató a un primo del gobernador, quien por varios indicios empezó a formarle proceso. Entre tanto llegó al mesón un caballero joven, y luego que anocheció, el huésped fue donde dormía, con ánimo de asesinarle, según costumbre. Se acerca, y en lugar del caballero, ve tendido en la cama un Santo Cristo, que, mirándole benignamente, le dice: «Ingrato, ¿no te basta que haya muerto por ti una vez? ¿Quieres volverme a quitar la vida? Pues extiende la mano y hiéreme.» Admirado y confuso, Ernesto empezó a llorar amarga-

mente, diciendo así: «Vedme aquí, Señor: ya que usáis conmigo de tan grande misericordia, quiero volverme a Vos.» Y sin diferirlo un instante, salió con dirección al monasterio. Pero en el camino fue preso por los ministros de la justicia y llevado al juez, delante del cual confesó todos sus delitos, por los que fue condenado a la pena de horca, y tan ejecutiva, que ni siquiera le dieron tiempo de confesión. El se encomendó entonces de veras a la Virgen misericordiosa, y al tiempo de echarle los cordeles al cuello, la Virgen le detuvo para que no muriese, y después soltó la cuerda y le dijo: «Vuelve al monasterio, haz penitencia, y cuando me vuelvas a ver con una cédula en la mano, en que estará escrito el perdón de tus pecados, disponte a morir.» Así lo hizo: contó al abad todo lo sucedido, hizo penitencia rigurosa por muchos años, al cabo de los cuales vio a la Virgen dulcísima con el papel en la mano, se acordó del aviso, se dispuso para la última partida y acabó santamente.

ORACIÓN

¡Oh Reina soberana, digna Madre de Dios! El conocimiento de mi vileza y la multitud de mis pecados debieran quitarme el ánimo de acercarme a Vos y llamaros Madre. Pero aunque es tanta mi infelicidad y miseria, es mucho también el consuelo y confianza que siento en llamaros Madre. Merezco, bien lo sé, que me desechéis: pero humildemente os ruego que miréis lo que hizo y padeció por mí vuestro divino Hijo, y entonces, si podéis, despedidme. Es cierto que no hay pecador que haya ofendido tanto como yo a la divina Majestad: pero estando el mal ya hecho, ¿qué recurso me queda

sino acudir a Vos, que podéis ayudarme? Si, Madre mía, ayudadme.

No digáis «no puedo», porque sois omnipotente y alcanzáis de Dios todo cuanto queréis. No respondáis tampoco «no quiero», o bien decidme a quién he de acudir pidiendo el remedio de mi desventura. A Vos y a vuestro Hijo os diré con San Anselmo: Señor, compadeceos de este infeliz, y Vos, Señora, intercede por mí o mostradme otros corazones más piadosos a quienes pueda recurrir con más confianza, pero, ¡ah!, que ni en la tierra ni en el Cielo se encuentra quien tenga de los desdichados más compasión, ni quien mejor los pueda socorrer. Vos, Jesús mío, sois mi Padre; Vos dulce María, sois mi Madre. Cuanto más infelices somos los pecadores, más nos amáis y con mejor solicitud nos buscáis para salvarnos. Yo soy reo de muerte eterna, yo soy el más miserable de todos los hombres; pero con todo, no es menester buscarme, ni es esto lo que ahora pretendo, pues voluntariamente corro a vuestros pies. Aquí me tenéis; no seré desdichado, no quedaré confundido; Jesús mío, perdonadme; Madre mía, interceded por mí.

CAPITULO II

VIDA Y DULZURA

1.º — *María es vida nuestra, porque nos alcanza el perdón de los pecados.*

Para conocer el motivo por qué la santa Iglesia llama a la Reina de los ángeles *vida nuestra*, es de saber que así como el alma es la que da vida al cuerpo, así la divina gracia es la vida del alma. Porque un alma sin la gracia de Dios tiene nombre de viva; pero, en verdad, está muerta, como se dijo en el *Apocalipsis* (3, 1), a uno: *Tienes nombre de vivo; pero estás muerto.* Y María es la que, alcanzando a los pecadores la divina gracia, les restituye la vida verdadera. Así lo enseña la santa Iglesia, que le pone en la boca estas palabras de los *Proverbios* (8, 17): *Los que madruguen para venir a Mí, me hallarán.* Y el *madrugar* quiere decir acudir al instante que puedan. Los setenta intérpretes traducen: *Hallarán la gracia*; de manera que es lo mismo hallar a María que recobrar la gracia de Dios. Y poco más abajo dice el mismo libro de los

Proverbios (8, 35): El que me encuentre, hallará la vida y recibirá de Dios la salvación. «Oíd — dice el SALTERIO MARIANO —, oíd, los que deseáis el reino de Dios: honrad a la Virgen María y hallaréis la vida y la salud eterna.»

Llegó a decir San Bernardino de Sena que si Dios no aniquiló a los hombres después del pecado, fue por el amor especial con que ya miraba a esta futura Hija suya; y que no dudaba que por Ella sola había concedido perdón y hecho todas las misericordias que usó con los pecadores en la antigua Ley. Por esto nos exhorta San Bernardo a buscar la gracia, y buscarla por medio de María, porque Ella fue quien la encontró, y así la llama el Santo: *la que halló la gracia: inventrix gratiae*; de lo cual la cercioró el ángel San Gabriel, diciéndole, para consuelo nuestro (*Lc.*, 1, 30): *No temas, María, que has hallado gracia*. Pero, ¿cómo podía decir el ángel esto, si María nunca la había perdido? Una cosa dícese con verdad, que la encuentra quien antes no la tenía; y la Virgen siempre estuvo con Dios, siempre con la gracia, y aun llena de gracia, según el mismo Arcángel testificó diciendo: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo*. Pues si para sí no la encontró, por haber estado siempre *llena*, ¿para quién fue? Para los pecadores que la habían perdido. Corran, pues, a María los pecadores que han perdido la gracia y la hallarán seguramente; corran y díganle con un piadoso

escrito: «Señora, las cosas deben restituirse a quien las pierde; nosotros perdimos esta joya preciosa, a nosotros se ha de devolver.» Como que agradó siempre a Dios, y le agradará eternamente, si acudimos a Ella, sin duda ninguna hallaremos lo que buscamos. Dice en los *Cantares* (8, 10) la misma Señora: *Yo soy muro y mis pechos como una torre*; y añade: *Desde que fui en sus ojos como la que halla paz*. Es decir, que Dios la puso en el mundo para que fuese nuestro muro y defensa. Con cuyas palabras alienta San Bernardo al pecador y le dice: «Ve, y busca la Madre de la misericordia, y muéstrale las llagas de tu alma, que Ella pedirá a su Hijo santísimo que te perdone, por aquel licor precioso con que le alimentó; y el Hijo, que la ama tanto, no dejará de oírla.» Con este espíritu nos manda la santa Iglesia pedir en aquella oración que decimos frecuentemente: «Ayuda nuestra fragilidad, ¡oh Dios misericordioso!, para que por la intercesión de nuestra Madre, cuya memoria renovamos, nos veamos libres de nuestras iniquidades.»

Motivo tenía, pues, San Lorenzo Justiniano para llamarla «Esperanza de malhechores», por ser Ella la única que les alcanza el perdón. Motivo San Bernardo para llamarla «Escala de pecadores», porque Ella es la que da la mano a todos los caídos, sacándolos del precipicio y levantándolo de nuevo a Dios. Motivo tenía San Agustín para llamarla «Unica esperanza de los pecadores», pues sólo por

su medio podemos esperar la remisión de todos nuestros pecados. Motivo San Juan Crisóstomo para saludarla así en nombre de todos: «Dios te salve, Madre de Dios y Madre nuestra, cielo donde Dios reside, trono en que dispensa toda suerte de gracia; pide siempre a Jesús por nosotros, a fin de que por tus oraciones obtengamos el perdón en el día de la cuenta, y después la eternidad feliz.» Motivo hay, pues, para llamarla *Aurora* (*Cant.*, 6, 9), porque así como la aurora es fin de la noche y principio del día, dice el Papa Inocencio III, así la Virgen Santísima fue extirpación y fin de todos los vicios. Aquellos admirables efectos que produjo en el mundo cuando nació, los produce siempre que en un alma nace su devoción, pues disipa las tinieblas de nuestros pecados y nos pone en el camino de la virtud. Por eso dice San Germán: «¡Oh Madre de Dios! Vuestra defensa es inmortal, vuestra intercesión es vida, vuestro nombre, a quien le pronuncia con devoción, es señal de tener ya vida o de haberla de recibir en breve.»

Anunció María en su Cántico (*Lc.*, 1, 48) que *todas las generaciones habían de llamarla bienaventurada*. «Sí, Señora — repite San Bernardo — ; todas las generaciones ahora y siempre os han de llamar bienaventurada, porque para todas habéis engendrado la vida y la gloria, y por Vos han de hallar los pecadores misericordia, y los justos, gracia.» Pecador, no desconfíes aunque hayas cometido todos

los pecados imaginables, sino acude a María, y verás sus manos llenas de misericordia, y conocerás por experiencia que es mayor su deseo de usarlas contigo que el tuyo de recibirlas.

San Andrés Cretense llama a María «Fianza del perdón divino y prenda de nuestra reconciliación». Siempre con el bien entendido que nos hemos de valer de su amparo para reconciliarnos con Dios, pues de este modo es como el Señor promete perdonarnos, y lo asegura con una prenda. ¿Y cuál es la prenda? María, a quien Él mismo nos dio por abogada, y por cuya intercesión, unida a los méritos de Jesucristo, perdona Dios a cuantos recurren a Ella. Santa Brígida oyó de boca de un ángel que ya en tiempos antiguos se alegraban los Profetas al saber que por la humildad y pureza de esta Virgen preciosa había Dios de aplacarse y reconciliar consigo a los pecadores, que tenían provocada su justa ira.

Nunca, pues, debe temer el pecador que le despida María cuando la invoca, porque es Madre de misericordia, y como tal, desea que se salven aun los más miserables, como que es arca de refugio y ninguno de cuantos se acogen a Ella padecerá el naufragio de la eterna perdición, dice San Bernardo. En el Arca de Noé, hasta los animales se libraron de las aguas del Diluvio, y bajo el manto de María quedan salvos los pecadores. Una

vez la vio Santa Gertrudis con el manto extendido, bajo el cual se habían refugiado muchas fieras: leones, osos y tigres; y María, lejos de echarlos de Sí, los recibía y acariciaba con grandísimo agrado, entendiendo por aquí la Santa que cuando los pecadores más perdidos buscan a María, no son desechados, sino acogidos y libres de la muerte eterna. Entremos, pues, en esta arca saludable, refugiémonos bajo este manto sagrado, y hallaremos misericordia y lograremos la salvación.

EJEMPLO.

Elena, convertida por rezar el rosario

Cuenta el P. Bovio, S. J., que una mala mujer, por nombre Elena, entró una vez en la iglesia, donde oyendo predicar un sermón de las excelencias del santo Rosario, al salir compró uno, pero de vergüenza le llevaba escondido. Empezó, con todo, a besarlo, y aunque al principio lo hacía sin devoción, después le infundió la Virgen tal consuelo y dulzura, que ya quería estarle siempre rezando. Con esto concibió un horror tan grande de su mala vida, que no podía sosegar, sintiéndose como impelida a ir a confesarse. Hízolo con extraordinarias muestras de arrepentimiento y admiración del confesor. Acabada la confesión, fue a dar gracias a la Virgen Santísima delante de un altar; allí rezó el Rosario, y la Señora le habló así desde aquella imagen: «Elena, basta ya de ofensas; desde

hoy muda de vida y Yo te favoreceré.» Confusa con estas palabras, respondió: «¡Ah, Señora, es cierto que hasta aquí he sido muy mala; pero Vos, que todo lo podéis, ayudadme; en vuestras manos me pongo; haré penitencia todo lo que me queda de vida.» Salió de allí con esta firme resolución; vendió cuanto tenía, lo repartió a los pobres y emprendió una vida muy penitente. Tenía tentaciones, y muy terribles; pero acudiendo a la Virgen, salía victoriosa. Así llegó con el tiempo hasta merecer favores sobrenaturales, como visiones, revelaciones y profecías. Finalmente, antes de morir (de que ya tenía aviso de María Santísima) se le apareció la misma Señora en compañía de su divino Hijo, y al tiempo de expirar vieron algunas personas que el alma de aquella pecadora volaba a los Cielos en figura de una paloma muy hermosa.

ORACIÓN

¡Oh Madre de Dios y única esperanza mía! Ved aquí a vuestros pies a un pecador miserable, que implora vuestra clemencia. A una voz os dice toda la Iglesia Madre de pecadores. Pues si lo sois, a Vos me acojo; Vos me habéis de salvar. Bien sabéis cuánto desea vuestro amantísimo Hijo mi salvación y lo mucho que padeció por ella. Hoy os ofrezco todas sus fatigas y dolores, el desabrigo del pesebre, los trabajos de la huida a Egipto, el cansancio y sudor, la sangre derramada y las penas con que expiró en la cruz a vuestra presencia. Dad a conocer a todo el mundo, favoreciéndome, lo mucho que la amáis, pues por el amor que le tenéis imploro vuestro valimiento. Dad la mano a un caído digno de compasión. Si yo fuese justo, no pediría misericordia; pero como soy pecador, os busco a Vos, que sois Madre de piedad; y pues vuestro amoroso corazón se alegra de favorecer a los miserables que no se obstinan, hoy le podéis dar este

gusto y a mí un gran consuelo, que, aunque pecador y digno de las penas eternas, no estoy obstinado todavía, por la divina misericordia. Decidme, Señora, qué tengo que hacer, y alcanzadme fuerza para ello; por mi parte, dispuesto me hallo a todo lo que fuese menester para recobrar la gracia perdida. Bajo vuestro manto me acojo. Vuestro Hijo santísimo quiere que acuda a Vos, que sois su Madre, para que por la virtud de su sangre y de vuestros ruegos poderosos, sea de ambos la gloria de haberme salvado. Él me envía para que Vos me socorráis. Aquí me tenéis; en Vos confío. Ya que pedis por otros, decid también por mí siquiera una palabra. Decid al Señor que deseáis mi salvación, y me salvará. Decid que soy vuestro, y me basta.

2.º — *La Virgen también es nuestra vida, porque nos obtiene la perseverancia.*

Es la perseverancia final don tan alto y precioso, que ningún hombre lo merece, sino que es del todo gratuito, como tiene la Iglesia declarado en el Concilio de Trento. Con todo, San Agustín enseña que se puede alcanzar con la oración, y aun infaliblemente. Añade el Padre Suárez: «... con tal que no cesemos de pedirlo hasta el fin»; pues, en expresión de San Roberto Belarmino, cada día se debe pedir para que cada día se pueda obtener. Ahora bien: conforme a la opinión común, y cierta para mí, como probaré en el capítulo V, si es verdad que dispensa Dios, por mano de María, todas las gracias que concede a los hombres, no habrá duda en que también alcanzaremos por su medio el don de la perseverancia, que es la gracia suprema. Sí, la alcanzaremos pidiéndosela siempre con toda confianza. Ella misma lo promete

a cuantos la sirvan con fidelidad; y la santa Iglesia, que es infalible, le pone en la boca las palabras que lo aseguran (*Eccli.*, 24, 30): *Los que se guían por Mí no pecarán; los que me dan a conocer obtendrán la vida eterna.*

Para perseverar en gracia hasta la muerte necesitamos fortaleza espiritual con que resistir a los asaltos del enemigo, la cual sólo se alcanza por medio de María (*Prov.*, 8, 14): *Mía es la fortaleza.* En mi mano ha puesto el Altísimo este don, para que le dispense a mis devotos. *Por Mí reinan los reyes.* Con mi fervor rigen mis siervos sus sentidos, dominan sus pasiones y se hacen dignos de reinar después eternamente. ¡Oh, qué esfuerzo sienten en sí los siervos de esta gran Señora para vencer todas las tentaciones! María es aquella *torre inexpugnable ceñida de escudos y defensa*, donde tienen las almas fieles *armas en abundancia* para pelear y vencer a todos sus contrarios (*Cant.*, 4, 4).

También se llama *plátano* (*Eccli.*, 24, 19), porque el plátano tiene las hojas grandes y parecidas a un escudo; esta propiedad explica bien la protección y firmeza con que María defiende a los suyos; o bien, dice el Beato Amadeo, porque así como los viajeros se guarecen de la fuerza del sol y la lluvia bajo las hojas de este árbol, así los hombres bajo el manto de María hallan refugio contra el ardor de las pasiones y la violencia de la tentación. ¡Desdi-

chado de aquel que se aparta de tan segura defensa! ¡Desdichado del que olvida su devoción y no recurre a Ella en los peligros! ¿Qué sucedería si llegase a faltar el sol?, dice San Bernardo. ¿Qué sería entonces el mundo, sino un caos tenebroso y horrendo? Pierda el alma la devoción de María, y luego se cubrirá de tinieblas, de aquellas tinieblas donde sólo habitan fieras terribles, cuales son el pecado y el diablo (*Ps.*, 103, 20). ¡Ay de aquellos que se ofenden de la luz de este sol, que desprecien la devoción de María! Con sobrado motivo dudaba mucho San Francisco de Borja de la perseverancia de aquellos en quienes no veía una devoción especial a esta soberana Señora. Preguntó una vez a ciertos novicios cuáles eran los Santos de su mayor devoción, y advirtiéndole que algunos de ellos no la tenían particular con la Virgen Santísima, avisó al Maestro de novicios que estuviese alerta; y fue así que, al fin, aquellos desdichados salieron de la religión.

También tenía San Germán motivo para llamar a la Santísima Virgen «Respiración y aliento de todo cristiano»; porque si el cuerpo sin respirar no puede vivir, tampoco el alma puede conservar la vida de la gracia, sino por medio de María, que nos la consigue seguramente. Tuvo un día el Beato Alano una gravísima tentación, y por no haberse encomendado a la Virgen, poco le faltó para ser vencido y perecer; pero la Soberana Señora se le

apareció, y para que otra vez fuese más advertido, le dio una bofetada y le dijo: «Si hubieses acudido a Mí, no te hubieras visto en semejante peligro.»

Al contrario, dice María: *Dichoso el que oye mi voz, y va todos los días a pedir a las puertas de mi misericordia luz y socorro (Prov., 8, 34)*. Abundancia de luz y pronto socorro le dará María para salir de sus vicios y volver al camino de la virtud.

Inocencio III la llama hermosamente «Luna en la noche, y Aurora temprana, y Sol al mediodía». *Luna*, al que vive ciego en la oscuridad del pecado, iluminando su alma, para que vea su infeliz estado y el peligro en que se halla de condenarse; *Aurora*, al que comienza a conocer el riesgo, para ayudarle a recobrar la gracia; y *Sol clarísimo*, al que ya está en gracia de Dios, para que no vuelva a caer en el precipicio.

Aplican a María los Doctores sagrados aquellas palabras de la Escritura santa (*Eccli., 6, 31*): *Sus lazos son ataduras saludables. ¿Y por qué lazos y ataduras?* Porque liga a sus devotos para que no huyan y se extravíen por los campos del vicio. Añade el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA: *María descansa en la plenitud de los Santos (Eccli., 24, 16)*, porque vive en medio de los Santos, y los detiene para que no vuelvan atrás, y les conserva la virtud para que no descaezcan, y sujeta con su poder al diablo para que no les haga daño.

Todos sus devotos tienen dos vestidos (Prov., 31, 21); es decir, las virtudes de Cristo y las de María, como explica doctamente Cornelio a Lápide; y así vestidos viven bien y acaban bien; por lo cual exhortaba tantas veces San Felipe Neri a sus penitentes, diciéndoles: «Hijos, si queréis perseverar, sed devotos de la Virgen Santísima»; y lo mismo aseguraba San Juan Berchmans, como ya dijimos. Es hermosa la reflexión de un piadoso abad a propósito de la parábola del hijo pródigo. Dice que si hubiera tenido madre, aunque tan díscolo, no se hubiera ido de la casa paterna, o hubiera vuelto mucho antes; dando a entender que el que tiene la dicha de ser hijo de María, o no se aparta nunca de Dios, o, si le acontece tal desgracia, vuelve pronto por medio de la Madre amantísima.

¡Oh, si amasen a esta benignísima y amorosísima Señora todos los hombres! Si luego que sintiesen la tentación corriesen a sus brazos, ¿quién caería jamás?, ¿quién se perdería? Sólo se pierde quien no la invoca. San Lorenzo Justiniano le aplica aquellas palabras de la Escritura: *Anduve sobre las olas del mar*; como si dijese: «Yo me hallo con mis siervos en medio de las tempestades, para asistirlos y librarlos de la perdición eterna.»

Cuenta el Padre Bernardino de Bustos que a un pajarillo le enseñaron a decir *Ave María*, y vinien-

do una vez a cogerle un gavián, dijo: *Ave María*, y el gavián quedó muerto. Pues si el ave, sin entender lo que decía, se libró de la muerte, mucho más debe esperar esto una persona racional si invoca de corazón su dulce nombre cuando le asalte el enemigo de las almas. Al sentir la tentación, dice Santo Tomás de Villanueva, no hay que discurrir ni hacer otra cosa sino acogernos al instante bajo el manto de María, como los polluelos bajo las alas de la madre cuando el milano viene. Vos, Madre y Señora, nos defenderéis, porque no tenemos otro amparo ni otra esperanza y protección en quien, después de Dios, podemos confiar.

Concluyamos con aquellas palabras tan afectuosas de San Bernardo: «¡Oh tú, quienquiera que seas, advierte que en esta vida, más bien que andar por tierra firme, vas navegando entre peligros y borrascas! Si quieres no quedar sumergido, mira la estrella, llama a María. En los peligros de pecar, en las tentaciones porfiadas, en las dudas, piensa que María te puede socorrer, y llámala de contado. No falte jamás su nombre en tu corazón con la confianza, ni de tu lengua con la invocación. Si la sigues, noerrarás el camino de la salud. Si acudes a Ella, no desconfiarás. Si te tiene de su mano, no caerás. Si te protege, nada temerás. Si te guía llegarás al puerto sin trabajo. En una palabra: si María toma a su cargo defenderte, alcanzarás la bienaventuranza. *Hazlo así y vivirás* (Lc., 10, 28).

EJEMPLO.

Conversión de María Egipciaca.

Es famosa la historia de Santa María Egipciaca, como se cuenta en el libro primero de las *Vidas de los Padres del yermo*. A los doce años se escapó de casa de sus padres, y se fue a Alejandría, donde con su mala vida era el escándalo de toda la ciudad. Pasados otros dieciséis, salió de allí y vagando llegó a Jerusalén, a tiempo que se celebraba la fiesta de la Santa Cruz, y viendo entrar en la iglesia mucha gente, quiso también entrar en ella, más por curiosidad que por devoción; pero en la puerta sintió que una mano invisible la detenía. Hizo otra vez por entrar, y le sucedió lo mismo, hasta tercera y cuarta vez. Entonces la infeliz, retirándose a un rincón del atrio, conoció con luz superior que su mala conducta la echaba de la iglesia. Alzó los ojos y vio allí cerca, por dicha suya, una imagen de María Santísima, a la cual empezó a decir, llorando, de esta manera: «¡Oh Madre de Dios, tened piedad de esta pecadora! No merezco que me miréis, pero Vos sois el refugio de los pecadores: amparadme y favorecedme por el amor de Jesucristo, vuestro Santísimo Hijo. Haced que pueda entrar en la iglesia, y mudaré de vida, y me iré a hacer penitencia donde Vos me digáis.» Entonces oyó una voz interior, como de la Virgen, que le decía: «Pues que acudes a Mí con propósito de enmendarte, ya puedes entrar.» Entró, adoró la

Santa Cruz con abundancia de lágrimas, volvió a la imagen, y le dijo: «Vedme pronta, Señora: ¿dónde queréis que me retire?» «Pasa el Jordán —le respondió la Virgen—, y allí encontrarás tu descanso.» Confesó y comulgó, y, pasando el río, llegó al desierto, y entendió que allí era donde se debía quedar.

Los diecisiete años primeros tuvo que sufrir terribles asaltos de los demonios; pero acudía siempre a la Virgen, y la Virgen Santísima le alcanzaba fuerzas para resistir y vencer. Finalmente, habiendo pasado en aquella soledad cincuenta y siete años, siendo ya de edad de ochenta y siete, la encontró por divina providencia San Zósimo, abad, a quien refirió todo el relato de su vida, suplicándole que volviese al año siguiente con la sagrada Comunión. Hízolo así, y le pidió lo mismo para otro año, al cabo del cual volvió, pero la halló ya muerta, aunque rodeada de un gran resplandor, y con estas palabras escritas de su mano: «Entierra aquí el cadáver de esta pecadora y pide a Dios por su alma.» Vino corriendo un león, hizo un hoyo con las garras, el Santo la sepultó, y volvió al monasterio, contando a todos las misericordias que Dios había obrado con aquella felicísima penitente.

ORACIÓN

¡Oh Madre de piedad, Virgen sacratísima! Ved aquí a vuestros pies al pecador ingrato que, menospreciando tantas veces la gracia

divina, hizo traición a Dios y a Vos; pero mi gran miseria no me quita la confianza, antes bien, me la aumenta, porque espero que así también serán mayores las muestras de vuestra misericordia. Dad a conocer a todo el mundo que, del mismo modo que sois para cuantos acuden a Vos clemente y generosa, igualmente lo sois para conmigo. Basta, Señora, que me miréis y os compadezcáis de mí, porque, mirándome, no podréis dejar de protegerme. Y si Vos me protegéis, ¿qué podré temer? Nada; ni a mis pecados, porque Vos podréis remediar el daño hecho; ni a los enemigos infernales, porque sois más poderosa que todo el infierno; ni tampoco la ira justa de vuestro Hijo, indignado contra mí, porque una palabra que Vos le digáis será suficiente para aplacarle. Sólo temo dejar por mi culpa de encomendarme a Vos en las tentaciones y perderme así. Pero esto es lo que hoy os prometo, solicitando al mismo tiempo que me ayudéis a cumplirlo con fidelidad. Ved qué hermosa ocasión se os presenta de dar contento a vuestro piadoso corazón favoreciendo a un miserable. En Vos coloco toda mi esperanza; alcanzadme gracia de llorar mis pecados con verdadero arrepentimiento y fortaleza, para no volver a pecar. Enfermo estoy, pero tenéis a vuestra disposición la medicina del Cielo. Si mis pecados me han hecho débil, vuestra protección me puede hacer fuerte y robusto. En fin, todo lo espero de vuestra mano, porque todo lo podéis para con Dios.

3.º — *Maria hace dulce la muerte a sus devotos.*

El amigo ama en todo tiempo y en la adversidad se conoce el hermano, dicen los Proverbios (17, 17). Pero los amigos del mundo, como no suelen ser verdaderos, sólo duran mientras hay prosperidad; luego que nos ven en desgracia, y mucho más a la hora de la muerte, nos abandonan. No lo hace así María con los suyos. En todos los trabajos de la vida, y especialmente en las angustias de la muerte, que son los mayores que puede haber en este valle de lágrimas, no se aparta de sus queridos siervos, y

si nuestro proceder correspondió a la profesión de cristianos, nos proporciona una muerte dulce y feliz. Porque desde aquel gran día en que con tanta pena asistió en el Calvario a la muerte del Señor y caudillo de todos los predestinados, adquirió el derecho de asistir a la muerte de todos ellos, y por esta causa nos enseña la santa Iglesia a decir frecuentemente en el Avemaria: *Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.*

Grandes son las angustias de un moribundo, ya por los remordimientos que dejan los pecados de la vida pasada, ya por el temor del juicio cercano, ya por las dudas de la salvación. Todo el infierno se arma y acomete con más violencia que nunca para arrebatarse aquel alma en las puertas de la eternidad, *viendo que le quedan pocos instantes (Apoc., 12, 12)*, y que si la pierde, la pierde para siempre, y el tentador, que en vida nos persiguió tan obstinadamente, no se contenta entonces con venir solo, sino que trae consigo otros muchos compañeros y tentadores. *Y sus casas, dice Isaías (13, 21), se llenarán de dragones.* Diez mil se dice que vinieron a tentar a San Andrés Avelino a la hora de su muerte, habiendo tenido con ellos un combate tan recio y porfiado, que hacía temblar a los buenos religiosos que le asistían, como en su *Vida* se lee, pues vieron hinchársele la cara hasta ponerse negra, estremecerse sus miembros, crujir los hue-

sos, caerle un torrente de lágrimas y dar con la cabeza violentas sacudidas, señales todas de la batalla espantosa que estaba sufriendo. Todos lloraban de compasión, redoblaban el fervor de las súplicas, y al mismo tiempo estaban espantados de ver morir a un Santo de aquella manera, aunque, por otra parte, se consolaba advirtiéndole que de cuando en cuando levantaba la vista, como pidiendo socorro a una devota imagen de María Santísima, que tenía delante, y acordándose de que había dicho muchas veces que en aquel trance sería esta Señora su amparo y refugio. Plugo, finalmente, a la divina Bondad que acabase la lucha con gloriosa victoria; porque, cesando la conmoción del cuerpo, y deshinchado y vuelto a su primer color el semblante, fijó los ojos amorosamente en aquella imagen; hizo, como en acción de gracias, devota inclinación a María (que se le apareció en el acto, según se cree), y expirando dulcemente en sus brazos maternos, voló para siempre a los gozos del Paraíso. Y al mismo tiempo una religiosa capuchina, que estaba también en la agonía, se volvió a las monjas que la asistían, y les dijo: «Recemos un Avemaría, porque ahora acaba de morir un Santo.»

¡Oh, qué cierto es que a la presencia de María huyen los rebeldes! Si en aquella hora la tenemos de nuestra parte, ¿qué temor nos podrán causar todos los enemigos del infierno? Temeroso David

de las angustias de la muerte, se confortaba con la confianza en el Redentor que había de venir y en los méritos de la que había de ser su Madre; dice (*Ps.*, 22, 4): *Cuando camine por la sombra de la muerte, tu vara, Señor, y tu báculo me consolarán.* Explica Hugo, Cardenal, por el *báculo* el árbol de la Cruz, y por la *vara*, la intercesión de María, vara florida que anunció el profeta Isaías (11, 1), diciendo: *Saldrá una vara o vástago de la raíz de Jesé* (es decir, de la familia de David, hijo de Jesé), *y de ella brotará una flor.* Es, ciertamente, María *vara* de gran poder, *vara* que vence y quebranta toda la violencia de los enemigos infernales. Y si Ella está por nosotros, ¿quién se nos opondrá?

Hallándose el Padre Manuel Padial, de la Compañía de Jesús, cercano a la muerte, se le apareció la celestial Señora, llenándole de gozo, y diciéndole: «Ya, finalmente, llegó la hora de que te den los ángeles el parabién, cantando así: ¡Oh trabajos dichosos! ¡Oh mortificaciones remuneradas!» Y al mismo tiempo salió de allí, huyendo, un ejército de enemigos, que iban rabiosamente gritando: «¡Ay que nada podemos! ¡Le defiende la que no tiene mancha!» También fue asaltado en aquel trance el Padre Gaspar Hayevod, de la Compañía, con una gran tentación contra la fe; pero acudiendo a la Virgen fervorosamente, se le oyó decir en alta voz: «Gracias os doy, Señora, de que vengáis a socorrerme.»

El autor del ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA afirma que la Virgen manda en aquella hora al príncipe San Miguel, con toda su celestial milicia, para que defiendan a sus devotos, reciban sus almas y las suban a los Cielos en triunfo. Y aunque, como dice Isaías (14, 9) todo el *infierno se pone también en movimiento y envía a los peores diablos*, con orden de tentar al alma primero, y de acusarla después en el divino tribunal; con todo, si es alma que María haya tenido bajo su protección, no se atreverá a tanto, sabiendo que nunca se condenó ni condenará ninguna de las que Ella patrocine. Escribe San Jerónimo a la virgen Eustoquia que María no sólo socorre a los moribundos, sino también les sale al encuentro para acompañarlos al tribunal divino, amparándolos bajo su manto, con lo que seguramente logran sentencia de salvación.

Así lo hizo con Carlos, hijo de Santa Brígida, de cuya muerte estaba la madre temerosa, por haber muerto lejos de su presencia y en el ejercicio peligroso de la milicia; pero nuestra Señora le reveló que se había salvado por el amor que siempre le había tenido, para lo cual Ella misma le había asistido al tiempo de morir, sugiriéndole todo lo que entonces debe hacer un cristiano. Vio al mismo tiempo al Juez sentado en su trono, y que el demonio tuvo atrevimiento de presentarle dos quejas contra su Santísima Madre: la primera, que le hubiese estorbado tentar a Carlos cuando estaba

para morir; la segunda, que le hubiese llevado Ella delante del Juez, alcanzándole de este modo la salvación, sin darle siquiera lugar a que expusiese las razones que le asistían para probar que aquella alma era suya. Pero el Señor le echó de su presencia, y el alma de Carlos entró triunfante en la gloria.

Sus lazos son ligaduras saludables, y en la última hora encontrarás en Ella descanso (Eccli., 6, 31). ¡Dichoso tú, hermano mío, si aquella hora te encuentra ligado con las dulces cadenas del amor de María! Estas son *cadenas de salvación*, que te aseguran la eterna felicidad, y te darán a gustar por anticipación aquella paz envidiable, principio del eterno descanso. Refiere el Padre Binet, en su libro *DE LAS PERFECCIONES DE NUESTRA SEÑORA*, que estando él ayudando a bien morir a un hombre muy devoto de María Santísima, le dijo el moribundo, poco antes de expirar: «Padre. ¡si usted supiese qué alegría siento en esta hora de haber servido a la Madre de Dios! No hallo palabras con que explicarlo.» Y el Padre Suárez, por haberlo sido también (tanto, que aseguraba hubiera trocado todo su saber por el mérito de un Avemaría) murió con tanto gozo, que, expirando como estaba, decía: «Nunca hubiera pensado fuese cosa tan dulce el morir.» Igual contento sentirás tú, sin duda, devoto lector, si amas ahora a esta buena Madre: la cual no podrá entonces dejar de mos-

trarse correspondida con los hijos amantes que la hubieren fielmente servido, visitándola con frecuencia, rezando su santo Rosario, ayunando en su honor, y, especialmente, dándole sin cesar gracias y alabanzas por sus continuos favores, y encomendándose de veras a su poderoso patrocinio.

Ni el haber sido pecador algún tiempo te quitará este consuelo, si desde hoy quieres enmendarte y empezar a servirla con fervor; y en las tentaciones y angustia que fraguará el demonio para desalentarte, Ella, que es agradecida y benigísima, te confortará con su auxilio y aun vendrá en persona para asistirte en aquella hora. Cuenta San Pedro Damián que, temeroso un día un hermano suyo, llamado Martín, de los pecados de la vida pasada, se puso delante de un altar de la Virgen, dedicándose por esclavo suyo, y atándose por señal una cinta al cuello, dijo: «Señora y espejo de pureza: yo, pobre pecador, ofendí a Dios y a Vos, mancillando la castidad. Ya no me queda otro remedio que ofrecirme por vuestro esclavo. Vedme aquí; a Vos me dedico para siempre; recibid a este rebelde pecador, y no me desechéis.» Y luego puso en la peana del altar unas monedas, con promesa de traer cada año otras tantas, en señal de tributo. Así llegó, en fin, la hora de su muerte, cuando, de pronto, empezó a decir: «Levántense todos y hagan acatamiento a mi Señora»; añadiendo después: «¡Oh, qué favor, Reina del Cielo,

que os dignéis visitar a este pobre esclavo! Bendecidme, Señora, y no permitáis que se pierda mi alma después de haberme favorecido con vuestra soberana presencia.» En esto, llegó su hermano, a quien refirió todo lo sucedido, quejándose de que no se hubiesen levantado los circunstantes al entrar la Virgen, y a poco expiró plácidamente en el Señor. Tan dichosa como ésta será tu muerte, piadoso lector, si hubieses sido fiel a María; y aunque en el tiempo pasado hayas ofendido a Dios, tendrás, arrepentido ya, una muerte dulce y feliz con su amparo maternal y asistencia amorosa.

Si te desalientan los pecados de la vida pasada, te asistirá, como lo hizo con Adolfo, conde de Alsacia, el cual, habiendo trocado el mundo por la religión de San Francisco, fue muy devoto de la Madre de Dios, como se refiere en la Crónica de la Orden; y estando ya en los últimos días de su vida, acordándose de los años mal empleados en el siglo, y temeroso del rigor del tribunal divino, comenzó a desconsolarse y dudar de su salvación. Pero he aquí que María, la cual no duerme en las angustias de sus devotos, acompañada de muchos Santos, se le aparece, le conforta y le dice estas tiernas palabras: «Amado Adolfo, ¿cómo siendo mío temes la muerte?» Al instante se disipó todo el temor, y murió con indecible gozo.

Animémonos también nosotros, aunque peca-

dores, esperando que, si ahora la servimos con fidelidad, se dignará entonces venir y asistirnos y consolarnos con su amabilísima presencia, como Ella misma lo prometió a Santa Matilde, diciéndole: «A todos los que piadosamente me sirven quiero fidelísimamente asistirles como Madre piadosísima y consolarlos y ampararlos.» ¡Oh Dios mío, y qué dulce consuelo tendremos cuando, ya cercanos a las puertas de la eternidad, y en aquel momento en que se ha de sentenciar la causa de nuestra salvación o condenación eterna, veamos a nuestro lado a la Reina del Cielo asistiéndonos, animándonos y prometiéndonos su protección!

Hay de estos otros ejemplos innumerables. Favor tan señalado hizo a Santa Clara de Asís, San Félix de Cantalicio, Santa Clara de Monte-Falcó, Santa Teresa, San Pedro Alcántara. Pero contemos otros pocos para nuestro consuelo.

Refiere el Padre Crasset, de la Compañía de Jesús, que Santa María Oñacense vio una vez que la Virgen Santísima estaba a la cabecera de la cama de una devota viuda de Villebroek, consolándola y mitigándole el ardor de una calentura muy ardiente. — San Juan de Dios, estando para morir, esperaba que llegase esta Señora, de quien había sido devotísimo; pero viendo que se tardaba, empezó a afligirse y a quejarse quizá. Pero cuando fue tiempo se le apareció, y como reprendiéndole

de su poca confianza, le dijo estas dulces palabras: «Juan, no dejo Yo a los míos en esta hora»; como si le dijese: «¿Pensabas, acaso, que te había Yo de abandonar? ¿No sabes que a la hora de la muerte no desamparo a los que me aman? No he venido antes porque no era tiempo; ahora que ya lo es, veme aquí, que vengo a llevarte conmigo al Cielo.» A poco expiró el Santo, y voló a la gloria, donde estará dando gracias eternas a su amantísima Madre y Señora.

EJEMPLO.

Maria asiste a una pobre moribunda desamparada.

Demos fin a este discurso con otro ejemplo que descubre igualmente la ternura de tan buena Madre para con sus hijos queridos en aquella hora.

Estaba ayudando a bien morir el párroco de cierto lugar a un hombre rico, en una casa muy bien puesta, con asistencia de muchos criados, parientes y amigos; pero veía también a los diablos que, en forma de perros hambrientos, estaban cerca esperando su alma; y así fue que al instante que acabó de expirar se la llevaron, por haber muerto en pecado mortal.

En el interin fue el cura mandado llamar a casa de una pobre que estaba también para morir y pedía los Santos Sacramentos. Mas no pudiendo a un tiempo asistir a los dos, envió a otro sacerdote

con el Viático, el cual no halló en la estancia de aquella buena mujer ni criados ni muebles preciosos, y acaso estaba echada por su pobreza en un poco de paja; pero vio el cuarto lleno de resplandor, y cerca de la moribunda, a la Reina de los ángeles, consolándola y enjugándole con un lienzo el sudor de la muerte. Por respeto a tan gran Señora, no se atrevía a entrar; pero la Virgen le hizo señas que entrase, y le mostró un banquillo para que, sentado en él, oyese la confesión de su sierva, la cual se confesó, recibió con gran devoción el Santísimo Sacramento y a poco entregó su alma dichosamente en brazos de María.

ORACIÓN.

¡Oh dulcísima Madre! ¿Cuál erá la muerte de este miserable pecador? Cuando pienso en el último instante de mi vida y en aquel tribunal y estrecha cuenta que me aguarda; cuando reflexiono que con mis pecados tengo merecida sentencia de condenación, me lleno de espanto.

En la sangre de mi Redentor y en vuestra intercesión poderosa pongo toda mi esperanza. Aunque sois Reina del Cielo, Señora del mundo y Madre de Dios, que es de todas la mayor dignidad, tanta grandeza no os aleja de nosotros, antes bien, os inclina más a tener compasión de nuestra miseria, porque Vos no hacéis como los amigos del mundo, que si los levanta la fortuna, se olvidan de lo que fueron y no se dignan mirar siquiera a sus amigos antiguos caidos en desgracia. Vuestro noble corazón, al contrario, donde ve mayor necesidad, allí acude más pronto. Luego que os invocamos, y aun antes, venís. Nos consoláis en nuestras aflicciones, disipáis las tempestades, vencéis a nuestros enemigos, y en toda ocasión procuráis nuestro bien.

Sea para siempre bendita la mano divina que en Vos ha juntado tanta majestad y ternura, tanta grandeza y amor. Doy al Señor

gracias porque en vuestra felicidad consiste la mía, y de vuestra suerte pende mi suerte.

¡Oh consoladora de los afligidos! Consolad a uno que viene a buscaros. Los remordimientos me atormentan, así por los muchos pecados que cometí como por saber si los he ya llorado debidamente. Veo que todas mis obras han sido malas, que los enemigos infernales esperan mi muerte para acusarme y que la divina Justicia, ofendida, pide satisfacción. ¡Ay, Madre amorosa! ¿Qué ha de ser de mí? Si Vos no me amparáis me doy por perdido. ¿Qué decis? ¿Que me protegeréis? Decid que sí, Virgen piadosísima, y alcanzadme un verdadero dolor de mis pecados, gracia para enmendarme y firmeza en el servicio del Señor los pocos días que me quedan de vida. Y cuando llegue la hora de la muerte y me veáis en aquellas angustias, no me abandonéis, esperanza mía, sino ayudadme entonces mucho más para que no desespere, acordándome de la multitud y gravedad de mis pecados y viendo a mis enemigos en orden de batalla para acometerme.

Más os quiero pedir, y perdonad mi atrevimiento: Venid Vos en persona a consolarme con vuestra presencia. Este favor, que a tantos habéis hecho, yo también lo reclamo. Si es grande mi audacia, mayor es vuestra bondad. Madre sois, y siempre buscáis a los más necesitados para llenarlos de consuelo. En Vos confío. Sea gloria vuestra el haber salvado a un infeliz merecedor del eterno castigo y haberle abierto las puertas del reino celestial, donde, al veros, correré a vuestros pies para adoraros, rendiros gracias, bendeciros y amaros por toda la eternidad. Amén.

CAPITULO III

ESPERANZA NUESTRA

1.º — *María es esperanza de todos.*

Los herejes modernos no pueden sufrir que, invocando a María, la llamemos *esperanza nuestra*, porque dicen que esto sólo es propio de Dios, el cual maldice a quien pone su confianza en las criaturas (*Jerem.*, 17, 5); y siéndolo María, ¿cómo en Ella se podrá colocar? Así hablan los herejes; pero la santa Iglesia, regida por el Espíritu Santo, manda que cada día los eclesiásticos y religiosos, en su nombre y en el de los demás fieles, la saluden, alzando la voz con el dulce título de *esperanza nuestra*, esperanza de todos.

En contraposición a la falsa y pestilente doctrina de los herejes, hagamos aquí una reseña de lo que dicen a una voz los Santos y Doctores de la Iglesia católica.

«De dos maneras, dice el Doctor Angélico, podemos esperar en una persona: o como principal, o como medio.» El que pide al rey una gracia, la espera del rey como soberano y del ministro como intercesor; y si la consigue, ya sabe que, aunque viene del soberano principalmente, el conducto ha sido el ministro, en el cual, como medianero, puso, con razón, su esperanza. Dios, que es bondad infinita, desea sumamente enriquecernos con su gracia: pero como para ello exige confianza de nuestra parte, para animarnos a tenerla nos dio a su misma Madre por Madre y Abogada, depositando en sus manos los tesoros de su poder, a fin de que la salvación y cualquier otro bien, de Ella lo esperemos. Los que la colocan en las criaturas sin dependencia de Dios, como hacen los pecadores, que por granjear el favor de un hombre disgustan al Criador; éstos son a los que les cae propiamente la maldición divina. Mas los que confían en el valimiento de aquella Madre de piedad, criatura tan privilegiada y poderosa para alcanzarnos la gracia y vida eterna, son benditos y agradables a los ojos de Dios, que quiere se le dé honor, porque en la tierra le honró y amó Ella más que la multitud de todos los ángeles y Santos.»

Con razón, pues, llamamos a la Virgen *esperanza nuestra*, confiando, como enseña el Santo Cardenal Belarmino, que por su intercesión hemos de alcanzar de Dios lo que por nuestra súplicas no

pudiéramos. «Pedímosle, añade el Padre Suárez, que interceda por nosotros, a fin de que su dignidad de medianera supla nuestra miseria; y esto no es desconfiar de la divina misericordia, sino conocer y temer nuestra propia vileza.» Doctrina conforme a las palabras del *Eclesiástico* (24, 24), que le aplica la Iglesia: «Madre de santa esperanza.» Madre de quien esperamos, no los bienes del mundo, transitorios y viles, sino los celestiales y eternos.

San Efrén: «Dios te salve; esperanza del alma; Dios te salve, auxilio del cristiano, refugio de pecadores, defensa de corazones fieles, salud de todo el mundo.» Así lo dice el Santo, y considerando que en el orden de la providencia con que Dios nos gobierna tiene determinado que nadie se haya de salvar sino por medio de María, como probaremos largamente después, añade: «No hay para nosotros otra esperanza sino en Vos, oh Virgen fidelísima.» Santo Tomás de Villanueva sostiene lo mismo.

San Bernardo da la razón de lo que vamos diciendo con estas palabras: «Vean aquí los hombres los designios de Dios, que son de piedad: habiendo de redimir al género humano, puso en manos de María todo el precio de la redención para que le reparta Ella como quisiere.»

Un piadoso autor moderno, explicando lo que

se refiere en el capítulo 25 del *Exodo* sobre aquel propiciatorio o trono de gracia que Dios mandó a Moisés fabricar de oro acendrado, para hablarle desde allí, dice que María es este propiciatorio para bien de todas las gentes; que desde él habla Dios lleno de piedad al corazón del hombre, da respuesta de clemencia y perdón, concede toda suerte de dones y nos colma de bienes.

San Ireneo: «Antes de encarnar el Verbo divino en el seno purísimo de María, mandó al Arcángel a pedir su consentimiento, porque a Ella quiso debiese el mundo el alto misterio de la Encarnación.»

El sabio Idiota: «Todo bien, todo auxilio, toda gracia que de Dios recibieron y recibirán hasta el fin del mundo los hombres, todo fue y todo será por intercesión de María.»

Blosio: «¡Oh Señora! Siendo Vos tan amable y agradecida con todos los que os aman, ¿quién por su desdicha será tan necio que deje de amaros? Vos, en las dudas y confusiones, dais luz a los que a Vos acuden; Vos consoláis a los que en Vos confían; Vos los libráis de los peligros; Vos socorréis a los que os llaman; Vos, después de vuestro Hijo, sois la salud de vuestros fieles siervos. Salve, esperanza de los desdichados, refugio de los desamparados. Sois omnipotente, pues que vuestro Hijo hace sin tardanza cuanto Vos queráis.»

San Germán: «¡Oh Señora mía! Vos sois mi consuelo, dado por Dios, guía de mi camino, fortaleza de mi debilidad, riqueza de mi gran miseria, medicina de mis llagas, alivio de mis dolores, libertad de mis cadenas, esperanza de mi salvación. Oye mis ruegos, compadécete de mis suspiros, Señora mía, refugio mío, vida mía, auxilio, confianza y fortaleza mía.

San Antonino: «Bien puede el mundo tenerla por fuente y madre de todo bien, y decir (*Sab.*, 7, 11): *Con Ella he recibido toda suerte de bienes.*»

El sabio Idiota: «Quien halla a María, halla toda la felicidad, halla la gracia y la virtud, porque su poderosa intercesión le alcanza todo cuanto necesita, enriqueciendo su alma con la gracia divina, como lo hace saber Ella misma, asegurando que en su mano tiene todas las riquezas del Cielo; es decir, todas las misericordias de Dios, conforme a lo que se le aplica en el capítulo 8 (v. 18) de los *Proverbios*: *Yo poseo tesoros en abundancia para enriquecer a los que me aman.*»

El autor del ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA: «Todos debemos tener puestos los ojos en las manos de María, para recibir los bienes que deseamos.»

¡Y qué bienes tan preciosos! ¡Cuántos soberbios hallan la humildad en la devoción de María!

¡Cuántos iracundos, la mansedumbre! ¡Cuántos ciegos, la luz! ¡Cuántos desesperados, la confianza! ¡Cuántos descarriados, la salvación! Así lo prometió por su boca dulcísima, diciendo a su prima, cuando llegó a visitarla (*Lc.*, 1, 48): *Desde hoy, todas las generaciones me han de llamar bienaventurada.*

«Sí, comenta San Bernardo, todas las generaciones lo dirán, porque a todas disteis la vida y la gloria; porque en Ti los pecadores encuentran perdón, y los justos, gracia perdurable.»

El devoto Lanspergio: «Hombres (dice en boca de Dios), honrad a mi Madre con singular veneración. Yo os la di para ejemplo de pureza, refugio segurísimo y asilo en las tribulaciones. Nadie recele acercarse a Ella, pues la crié tan benigna y misericordiosa para que a ninguno deseché, a ninguno se niegue, a todos abra el seno de su piedad y a nadie despidas desconsolado.»

¡Qué tiernos sentimientos de confianza para con Jesucristo y su bendita Madre abrigaba el autor desconocido que escribió el *Estímulo de amor*: «Aunque parezca que me tiene Dios ya reprobado, sé que no se puede negar a Sí mismo. Me abrazaré a Él hasta que me bendiga, y sin mí no se podrá ir. Me esconderé en sus llagas, y de este modo fuera no me encontrará. Me echaré a los pies

de su bendita Madre, pidiendo perdón; como es tan buena, no podrá dejar de apiadarse de mí, o, al verme tan desdichado, inclinará en mi favor, compadecida, la indulgencia de su Hijo Santísimo.»

Concluyamos, pues, diciendo con el monje Eutimio: «Poned en nosotros, ¡oh piadosa Madre!, vuestros ojos de misericordia. Siervos vuestros somos, y en Vos hemos colocado toda nuestra esperanza.»

EJEMPLO.

Resucitada por la oración del marido.

Se cuenta en el TESORO DEL ROSARIO que un caballero casado y muy devoto de la Madre de Dios, habiendo hecho en su palacio un oratorio, pasaba en él mucho tiempo delante de una imagen de la misma Señora, no sólo de día, sino también de noche, quitándose del sueño. Su mujer, que le sentía levantarse a deshora, salir del cuarto y volver tarde entró en sospechas, y con esta inquietud un día se atrevió a preguntarle resueltamente si, fuera de ella, amaba a alguna otra mujer. El respondió, sonriéndose, que amaba a una Señora, la más amable del mundo, a quien había dado todo su corazón, y que primero moriría que dejar de quererla. «Tú misma, si la conocieses —añadió—, me estimularías a tenerle más

amor aún», entendiéndolo de la Virgen Santísima, a quien realmente amaba con ternura. Entrando su esposa entonces en mayores recelos, para acabar de asegurarse, le volvió a preguntar si cuando salía de la alcoba iba acaso a buscarla. El caballero, que no sabía lo que pasaba por el interior de su mujer, respondió que sí. Con esto, persuadida de lo que no era, una noche, luego que se vio sola, tomó un cuchillo, y, desesperada, se degolló. Cuando el caballero volvió, después de sus devociones, notó que la cama estaba muy humedecida. Llamó a su mujer, y no respondió; la mueve, pero está insensible. Busca una luz, y ve el lecho bañado en sangre y muerta a la infeliz, con la cuchilla en la garganta. Entonces conoció que los celos la habían arrebatado a cometer aquella maldad. Echa la llave, vuelve a la capilla, y, postrado delante de la Virgen Santísima, comenzó a llorar amargamente y a decir: «Madre mía, ya veis en qué aflicción tan grande me veo. Si ahora Vos no me consoláis, ¿a quién he de acudir? Por mi devoción he tenido este infortunio de ver a mi mujer muerta y condenada. ¡Vos, Señora, podéis remediarlo: hacedlo por vuestra bondad!»

¡Oh, y cuán cierto es que todo el que acude a esta Madre de misericordia halla el consuelo y remedio que desea! Al acabar la súplica, oye la voz de una criada, diciéndole que le estaba llamando la señora. Apenas, de alegría, lo podía

creer, y le mandó que se enterase bien si era cierto. Ella volvió asegurándolo, y que viniese pronto, pues la señora le esperaba. Va corriendo, abre la puerta y halla viva y sana a su mujer, la cual, llorando se le echa a los pies y pidiéndole mil perdones le dice: «¡Ah esposo mío! Por tus ruegos me ha librado del infierno la Madre de Dios.» Empezó él también a llorar, y fueron juntos a la capilla a dar a la Virgen las debidas gracias. Al otro día hubo convite, al que asistieron todos los parientes, en cuya presencia le mandó el marido que contase lo que había pasado. Ella lo hizo, mostrando la cicatriz que había quedado en el cuello para testimonio de la verdad, y a vista de tan gran prodigio, todos sintieron en sus corazones nuevos deseos y estímulos al amor y devoción para con la Sacratísima Virgen.

ORACION

¡Oh Madre del Amor Hermoso! ¡Oh vida, refugio y esperanza nuestra! Bien sabemos que vuestro Santísimo Hijo, no contento de ser continuamente nuestro abogado para con el Padre, quiso que Vos también lo fueseis, para que con vuestra poderosa intercesión nos alcancéis las misericordias divinas, el logro de todo justo deseo, y después la salvación eterna. A Vos recurre, pues, este pecador miserable; a Vos que sois la esperanza de los desvalidos. Por los méritos de mi Señor Jesucristo y vuestra poderosa mediación espero salvarme con tanta confianza, que, si estuviese en mi mano la salvación, la pondría en las vuestras, porque más confío en vuestra misericordia y protección que en mis propias obras. ¡Oh Madre y esperanza mía, no me abandonéis, aunque lo tengo merecido! Mirad las miserias que me cercan y moveos a compasión de mi alma, para que no se pierda. Conozco que por mis culpas he

cerrado la puerta muchas veces a las luces, auxilios y gracias que Vos me procurabais. Pero vuestra piedad con los infelices y el valimiento que tenéis para con Dios es mucho más que el número y malicia de mis pecados. Los cielos y la tierra publican que a quien Vos protegéis no puede perecer. Olvidese todo el mundo de mí, con tal de teneros a Vos. Decid al Señor que soy vuestro, decidle que corro de vuestra cuenta, y me salvaré. En Vos, Señora, confío y quiero vivir, y espero morir diciendo que mi única esperanza es Jesús, y Vos después de Jesús.

2.º — *María es la esperanza de los pecadores.*

Dos lumbreras puso Dios en el Cielo: el sol, para que iluminase el día, y la luna, la noche (Gen., 1, 16). El sol, dice Hugo, Cardenal, que es símbolo y figura de Jesucristo, cuya luz reciben los justos y viven en gracia; y la luna, figura de María, por quien son iluminados los que viven en la noche de la culpa. Siendo, pues, María luna tan propicia para todos los pecadores, si alguno, dice el Papa Inocencio III, yace en la noche de la culpa, mire a esta luna, invoque a María. Ya que perdió la luz del sol, perdiendo la gracia divina, no le queda más que volverse a mirar a María que le dará el resplandor y conocimiento para ver su infeliz estado, y también fuerzas para que salga de él; como que por sus ruegos piadosos, dice San Metodio, se convierten muchos a cada hora.

Uno de los dictados con que la santa Iglesia quiere que la invoquemos, y de los que más nos esfuerzan y alientan, es el de *Refugio de pecadores*.

Hubo en Judea ciudades de asilo, donde se refugiaban los delincuentes. Ahora, entre nosotros, no hay tantas: pero tenemos a María, que vale por muchas, de quien se dice en un salmo (86, 3): *Cosas de mucha gloria se dicen de Ti, ¡oh ciudad de Dios!* Y con otra ventaja muy principal: que no era el asilo para todos los reos, cuando bajo el manto de María todo pecador halla abrigo y absolución de cualquier crimen que haya cometido, por ser para todos ciudad de refugio, dice el Damasceno.

Ni es menester que uno hable por sí. Ella se encarga de la defensa. Si nos falta el ánimo para pedir perdón al Señor. Ella hará nuestras veces. Adán, Eva y todos los hijos que habéis provocado la ira de Dios, acudid a María, que es vuestra Madre, ciudad de asilo y única esperanza.

Dios te salve, abogada única de los pecadores y amparo segurísimo de los desvalidos. Decía David (Ps., 26, 5): *El Señor me protegió escondiéndome dentro de su tabernáculo.* ¿Qué tabernáculo es éste, propio de Dios, pregunta San Andrés cretense, tabernáculo en que sólo entró el Señor para cumplir en él el soberano misterio de la redención humana, sino María? Acudamos, pues, a María, como van los enfermos *al hospital general*, a cuya beneficencia tiene un desdichado tanto más derecho cuanto más pobre y miserable se ve.

Cuanta más sea la miseria, menos los méritos y mayores las llagas del alma, que son los pecados, más motivo parece que tiene cualquier pecador para decirle: Señora, pues que sois la salud de los enfermos, y yo el más enfermo de todos, tengo más necesidad que nadie de que me admitáis y me sanéis. Digámosle, con Santo Tomás de Villanueva: «Los pecadores no conocen otro refugio fuera de Vos. Vos sois su abogada y única esperanza; en vuestras manos nos ponemos.»

En las revelaciones de Santa Brígida es llamada «Lucero que sale delante del sol», para que entendamos que cuando en un alma pecadora empieza a nacer su devoción, es señal infalible de que dentro de poco vendrá Dios a iluminarla con su gracia. EL SALTERIO MARIANO, después de comparar el estado del pecador con un mar agitado por la borrasca, donde los infelices se ven caídos de la nave, que es la gracia de Dios; combatidos por las olas y remordimiento de la conciencia, temerosos de la ira divina, sin luz, sin piloto, sin esperanza y próximos a perecer, los anima, con todo, a confiar, y señalando a María, les dice: «No os desalentéis, pecadores, sino alzad los ojos y mirad aquella hermosa estrella del mar, que ella os sacará, sanos y salvos, a puerto de salvamento.»

Esta era también la exhortación de San Ber-

nardo: «El que no quiera quedar sumergido, mire la estrella, llame a María.» Sí, porque «Ella, dice Blosio, es el único amparo de los que han ofendido al Señor, el esfuerzo de todos los tentados y atribulados, y su misericordia y dulzura se extiende, no a los justos sólo, sino a los pecadores, aunque se vean al borde del precipicio, a los cuales acoge benignamente, alcanzándoles el perdón de su divino Hijo al instante que ellos imploran su ayuda y favor; llegando a tanto la bondad de su corazón, que muchas veces aun a los más obstinados y desamorados con Dios los previene, despierta, solicita y saca del abismo profundo de los vicios, alcanzándoles la gracia y después la gloria. Dios le dio un natural tan piadoso y blando, para que nadie desconfíe de acudir a valerse de su intercesión. Finalmente, no es posible que ninguno se pierda que con humildad y esmero aspire a su devoción.»

Lamentábase el profeta Isaías (64, 5-7) y hablando con el Señor le decía: *Estás enojado porque nosotros pecamos, y no hay uno que se ponga de por medio y detenga tu brazo.* Y «era, dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, porque entonces aún no había nacido María.» Pero si ahora se llega Dios a irritar contra un pecador, y María toma a su cuidado protegerle», aplaca el enojo de su Hijo y salva al pecador. Ni ¿quién podrá mejor detener con su mano la espada de la divina justicia e impedir que

se descargue el golpe? No desconfíes, pecador, sino acude a María en todas tus necesidades, y siempre la encontrarás dispuesta a socorrerte; porque Dios se complace de que sea Ella la que en toda urgencia y necesidad nos ampare a todos. Y como tiene entrañas de tanta misericordia y deseo tan grande de la salvación de los pecadores, por perdidos que estén, los anda buscando, y si por su parte la buscan también ellos, pronto halla medio de hacerlos aceptos al Señor.

Deseaba el patriarca Isaías comer carne de caza, y prometió a su hijo Esaú, luego que se la trajese, darle su bendición. Rebeca, que oyó la conversación, deseando que más bien la recibiese su querido Jacob, le dijo (*Gen.*, 27, 9) que fuese corriendo y le trajese dos cabritos para guisarlos al gusto del anciano padre. Según San Antonio, fue Rebeca figura de María, que dice a los ángeles: «Id y traedme pecadores, figurados en los cabritos, que yo sé disponerlos (con alcanzarles dolor y propósito) de manera que vengan a ser agradables al gusto del Señor.» La misma Señora reveló a Santa Brígida que ninguno hay en la tierra tan enemigo de Dios, que si acude a Ella, no llegue a recobrar la gracia. Una vez oyó la misma Santa, de la boca de Jesucristo, hablando con su Madre Santísima, que hasta para el enemigo infernal habría remedio si se humillase a pedir perdón por medio de la Virgen. Nunca lo hará él, por su

obstinación y soberbia; pero si esto fuera posible, tanto es el poder de María y tanta la fuerza de sus ruegos, que, sin duda, le alcanzaría misericordia y gracia. Mas, lo que sucederá con el demonio, se está verificando diariamente con los pecadores que se valen del patrocinio en su piedad soberana.

Figurada estuvo María en el arca de Noé, porque así como en ella se salvaron todos los animales, así bajo su manto se libran todos los pecadores, que por los vicios de sensualidad son comparados a los brutos; mas !con la diferencia, dice un escritor mariano, que los animales no mudaron de naturaleza con entrar en el arca; pero bajo aquel manto prodigioso el lobo se convierte en cordero, y el tigre en paloma». Cierta día vio Santa Gertrudis bajo el manto extendido de María muchas fieras de diversas especies: leopardos, osos, leones; y vio que la Virgen no sólo no los echaba de Sí, sino que los acariciaba con su mano. Y entendió que estas fieras eran los pecadores, que al implorar el favor de María eran acogidos por ella con amor y benignidad. ¡Oh Señora! No tenéis asco de ningún pecador, por inmundo que esté, si a Vos recurre; no os desdeñáis en extender vuestra mano piadosa para sacarle del abismo de la desesperación, si él os llama. Sea mil millares de veces bendita y ensalzada la misericordia del Señor, Madre amabilísima, por haberos criado tan benigna y dulce hasta con los pecadores infelici-

simos. Desdichado del que no os ame; desdichado del que, pudiendo, no acude a Vos, porque para él no habrá remedio; así como de cuantos en Vos confíen, ninguno se perderá.

Permitió Booz a la joven Rut (2, 3) que recogiese las espigas que caían de manos de los segadores. Así Dios concede a la Doncella purísima que *halló gracia en sus ojos* que vaya recogiendo otras espigas de más valor, que son las almas. Los segadores son los operarios evangélicos, misioneros, predicadores y confesores, los cuales, con sus fatigas, están siempre cultivando la heredad del Señor y ganándole almas. Pero hay algunas como espigas abandonadas, tan duras y rebeldes, que sólo la Virgen piadosísima, con su poderosa mano, puede recogerlas y ponerlas en salvo. ¡Ay de aquellos que ni de mano tan santa se dejan coger! Bien se pueden dar para siempre por abandonadas y perdidas; así como una y mil veces serán felices las que no resistan. «No hay en el mundo, dice Blosio, pecador alguno tan perdido y enfangado, que sea aborrecido de María», porque, si acude a su amparo, Ella tiene en su mano el poder, el saber y el querer para alcanzarle la gracia y amistad de Dios.

Razón sobrada tenían los Santos para dirigiros, Señora, la voz, y llamaros a boca llena Refugio único de pecadores, Esperanza de malhecho-

res, Esperanza de desesperados. ¿Quién, oyendo esto, no pondrá en Vos toda su confianza? ¿Quién dudará conseguir perdón y cuanto pida, sabiendo que protegéis aun a los que se ven caídos en el abismo de la desesperación?

Refiere San Antonino que cierto pecador creyó hallarse ya delante del tribunal de Cristo. El diablo le acusaba y la Virgen le defendía. El enemigo presentó contra el reo todo el proceso de su mala vida, el cual pesaba mucho más que las buenas obras. ¿Qué hizo entonces su celestial Abogada? Puso la mano en el peso y le inclinó en favor del acusado, dándole a entender que le alcanzaba el perdón con que él mudase de vida, y así lo hizo desde aquel día con verdadera enmienda.

EJEMPLO.

Perdonado por intercesión de María.

Un hombre casado vivía en desgracia de Dios; la mujer era buena, y no pudiendo apartarle del mal camino, le rogó que, a lo menos, siempre que hallase alguna imagen de la Virgen le rezase una Avemaría. El tomó el consejo, y yendo una noche a ofender a Dios vio una lámpara encendida delante de una de sus imágenes con el Niño en los brazos. Le rezó su Avemaría; pero, al acabarla, notó que el Niño estaba todo llagado, y de las

heridas corriendo sangre. Admirado y compungido por conocer que sus culpas eran la causa, empezó a llorar; pero viendo que el Señor le volvía las espaldas, lleno de confusión se dirige a la Virgen, diciendo: «Madre de misericordia, vuestro Hijo me desecha, pero en Vos, que sois Madre suya y tan compasiva, tengo abogada. Favorecedme y pedidle por mí.» La Virgen le respondió desde la imagen: «Madre de misericordia me llamáis los pecadores; pero me hacéis Madre de miseria renovando la Pasión de mi Hijo y mis dolores.»

Con todo, como Ella no acierta a Jespedir desconsolado a ninguno de los que llegan a su puertas, se puso a pedir a su Santísimo Hijo que se dignase perdonarle. Mostraba el Señor repugnancia, pero la benignísima Señora dejándole en el nicho, se le puso de rodillas, diciendo: «Hijo mío, no me levanto de aquí hasta que perdones a este pecador.» Entonces respondió Jesús: «Madre mía, nada puedo negaros; pues queréis que le perdone, le perdono por amor vuestro. Traedle a que bese mis llagas.» Con esta licencia se acercó él, y, conforme las iba besando, se iban cerrando y quedando sanas. Al fin de todo le dio el Niño un abrazo, y desde aquella hora mudó el hombre de vida, pasando santamente lo restante de ella y amando con ternura a su Protectora, por quien alcanzó gracia tan especial.

ORACION

Purísima Virgen María, adoro vuestro santísimo corazón, donde tuvo el Rey de los Cielos su descanso y delicia. Yo, pecador miserable, vengo a vuestra presencia con el mío lleno de manchas, y así no alego méritos ni virtudes, antes bien, sé que por mis vicios no merezco más que tormentos eternos. Pero ahora que siento deseos vivos de enmendarme, me valgo con toda confianza de vuestra bondad y misericordia. Mirad, Señora, lo que vuestro dulcísimo Hijo padeció por mí, y de esta suerte no podéis desecharme. Os ofrezco todas las penas de su santísima vida, el desabrigo del pesebre, los trabajos de la huida a Egipto, la pobreza, agonía, sudor de sangre y muerte afrentosa con que a vuestra presencia expiró en la cruz. Por todas estas penas y por el tierno amor que le tenéis, os pido me deis la mano para conseguir mi salvación. Madre mía, no creo que me abandonéis ahora que, arrepentido, acudo a Vos e imploro vuestro valimiento. Si otra cosa pensara, haría injuria a vuestra misericordia, que siempre busca a los más infelices para salvarlos. No, no negaréis vuestra piedad a quien Jesús no negó su preciosa sangre; pero como sus méritos no se aplican si Vos no intercedéis, así lo espero de vuestra piedad. No son riquezas, honores, ni otros bienes del mundo lo que solicito. Pido la gracia de Dios, su amor santísimo, el cumplimiento de su voluntad, y después, la gloria, para amarle eternamente. ¿Será posible que me escuchéis? Sí, ya me escucháis; ya me recibís bajo vuestro manto; ya rogáis por mí; ya me alcanzáis lo que deseo. Sea así, Madre mía, y no me dejéis nunca ni ceséis un instante de pedir por mí hasta verme salvo en el Cielo, donde, postrado a vuestras plantas, no me cansaré de bendeciros y ensalzaros eternamente. Amén.

CAPITULO IV

A TI CLAMAMOS LOS DESTERRADOS HIJOS DE EVA

1.º — *María ayuda prontamente a todos los que la invocan.*

Desterrados y peregrinos, vamos caminando por este valle de lágrimas los hijos de Eva, reos de su misma culpa, condenados a la misma pena y siempre lamentando los males que sufrimos de cuerpo y alma. Feliz el que entre tantas miserias vuelva con frecuencia los ojos al consuelo del mundo, al amparo de los afligidos, a la Madre de Dios. *Feliz, dice María (Prov., 8, 34), quien oye mis consejos y viene de continuo a las puertas de mi piedad solicitando mi patrocinio.*

Bien nos enseña la santa Iglesia la solicitud y confianza con que hemos de acudir continuamente a nuestra amorosísima Protectora ordenando venerarla con un culto muy especial: tantas festividades, el sábado de cada semana, tres veces al día,

y los eclesiásticos en el Oficio divino a cada hora, por sí y a nombre de los demás fieles, sin contar las novenas, oraciones, procesiones y peregrinaciones a sus imágenes y santuarios en tiempo de aflicción o calamidades. Esto es lo que la misma Señora pretende, recibiendo nuestros obsequios, aunque tan mezquinos, con el fin de consolarnos y socorrernos al ver nuestra confianza y devoción.

Dice el ESTÍMULO DE AMOR que de María Santísima fue en los tiempos antiguos figura muy expresa aquella mujer llamada Rut, nombre que en su lengua significa *la que ve y la que se apresura*; porque luego que ve nuestras miserias, viene *con celeridad* a remediarlas, siendo tanto el deseo que tiene de hacernos bien, que no lo difiere para después; y como, por una parte, no es avara de sus beneficios, y, por otra, es Madre amorosísima, corre a dispensarnos los tesoros de su liberalidad.

¡Oh y cuán veloz corre a favorecer a todos los que la invocan de corazón! *Tus dos pechos son como dos cabritillos mellizos (Cant., 4, 5)*. Sobre estas palabras dice Ricardo de San Víctor que los pechos de María están prestos a dar leche de misericordia a quien se la demanda, como para correr son veloces los cabritos. La piedad de la Virgen se derrama sobre quien la implora, aunque sólo sea rezando un *Avemaría*. Y no sólo corre, sino vuela, a semejanza del Señor, que para responder a

quien le llama y conceder lo que se le pide, en cumplimiento de su promesa, vuela veloz. De este modo se entiende quién es aquella Mujer insigne del *Apocalipsis* (12, 14), *a quien dieron alas de águila*, expresión que el Padre Ribera explica del amor con que siempre voló hacia Dios; pero otros dicen, más a nuestro propósito, que significa velocidad mayor que vuelo de serafín, con que acude a socorrer a todos sus hijos. Por esto dice San Lucas en su Evangelio (1, 39) que cuando fue a visitar a su prima y a llenar de bendición aquella casa, *iba con gran ligereza*. Por lo mismo se dice también en los *Cantares* (5, 14) *que sus manos fueron hechas a torno*; porque así como el arte de tornear es más fácil y pronto que los demás, así más pronto es María que ningún Santo en favorecer a sus devotos. Según es el deseo que tiene de consolarlos, así es la prontitud con que acude luego que se siente llamar. Por eso el *SALTERIO MARIANO* la llama *Salud de los que la invocan*; y, al decir de los Santos, basta llamarla para ser uno amparado, basta invocarla para salvarse; siendo mucho mayor su voluntad de dispensarnos favores, que la nuestra de recibirlos.

Ni la muchedumbre de nuestros pecados debe hacernos desconfiar cuando nos llegamos a sus pies, porque es *Madre de misericordia*, y la misericordia no ha lugar cuando faltan miserables. Al modo que una madre natural no deja de atender a

la cura de un hijo tiñoso, aunque le cause asco, así María no nos desecha cuando la buscamos, a pesar la fealdad de nuestros delitos. Esto significó la piadosa Señora cuando, como vio Santa Gertrudis, extendía su piadoso manto para cubrir a los que venían buscando refugio en él, o mandaba a los ángeles que los defendiesen del enemigo.

Es tanta la clemencia con que nos mira y tanto el amor que nos tiene, que no espera nuestras súplicas para socorrernos, pues (*Sab.*, 6, 14) *nos alcanza los favores divinos antes que nosotros los solicitemos. Hermosa como la luna* es llamada, no sólo por la apacibilidad con que sale iluminándonos y alegrándonos, sino porque, llevada de su entrañable amor, se anticipa a nuestras súplicas y deseos. Esta bondad proviene, dice Ricardo de San Víctor, de tener un pecho santísimo tan lleno de piedad, que de suyo difunde misericordia, sin poder oír que un alma se halle en necesidad y no correr al punto a su remedio.

Bien lo dio a conocer en aquella boda del Evangelio, estando todavía en carne mortal. Luego que advirtió el sonrojo de los esposos, por habérseles acabado el vino, sin que nadie se lo rogase, y únicamente movida de sus piadosísimas entrañas, se acercó a su Hijo querido y le pidió que hiciese el milagro y consolase a aquella familia. *No tienen vino*, dijo; y el Señor, para consolar a los esposos, y

mucho más dar gusto a su Madre, lo hizo benigne-
namente. Pues si favorece así aun a los que de Ella
no se valen, ¿cuánto más pronto se mostrará en
socorrer a los que la llaman con devoción?

Si alguno lo pone en duda, oiga el testimonio de
los Santos que dice: ¿Quién jamás acudió a María,
y dejó de encontrar amparo? ¿Quién, oh Virgen
Santa, recurrió a valerse de vuestro patrocinio, con
el cual podéis aliviar a todo miserable y salvar a
todo pecador, y le abandonasteis? No, nunca
sucedió ni sucederá que habiendo alguno acudido
a Vos, le hayáis faltado. Y si esto se ha visto alguna
vez, «no se hable más de vuestra misericordia»,
dice San Bernardo.

«Antes faltarán los cielos y la tierra, añade
Blosio, que María en socorrer a los que la invoquen
sinceramente, poniendo en ella su confianza.» Y
aun a veces seremos oídos más pronto recurriendo
a Ella que si acudiésemos al Señor.

No porque la Madre sea más poderosa que su
Hijo, puesto que bien sabemos que nuestro único
Salvador es Jesucristo, sino porque recurriendo al
Señor, y considerándolo como Juez, a quien tam-
bién pertenece castigar, puede suceder que nos
falta la confianza necesaria para ser oído; pero
yendo a María, que otro oficio no tiene más que el
de la misericordia para defendernos como aboga-
da, parece nuestra confianza mayor y más segura.

Y así, vemos que muchas cosas pedimos a Dios, y no las alcanzamos. Las pedimos a María, y las alcanzamos. ¿Por qué? No porque sea más poderosa, sino por la razón ya dicha, y también porque Dios quiere de esta manera honrar a su Madre Santísima.

Dulce es la promesa que acerca de esto oyó Santa Brígida de boca del Señor, cuando, hablando una vez a su querida Madre, le dijo así: «Pídeme cuanto quieras: nada te negaré. Y todos los que por tu medio busquen misericordia, con propósito de enmendarse, alcanzarán la gracia.» Lo mismo oyó Santa Gertrudis otra vez en que Jesús dijo a María que Él, por su omnipotencia, le había concedido el que usase de misericordia con los pecadores, de cualquier modo que quisiese.

Repitamos todos con gran confianza: Acordaos, Señora piadosísima, que a ninguno jamás habéis desechado. Y así, perdonadme si me atrevo a decir que no quiero ser yo el primer desdichado que deje de hallar clemencia recurriendo a Vos.

EJEMPLO.

San Francisco de Sales, socorrido por rezar el «Acordaos».

Bien experimentó la eficacia de esta oración San Francisco de Sales, como en su *Vida* se cuenta. Tenía el Santo diecisiete años, y hallándose en

París dado al estudio y juntamente a la devoción y amor de Dios, en cuyo trato gozaba su alma delicias indecibles, permitió el Señor, para probarle y unirle más consigo, que el demonio le hiciese creer que todo cuanto bien hacía era inútil, porque estaba ya reprobado. Al mismo tiempo le dejó el Señor en gran oscuridad y aridez de espíritu, pues quedó como insensible a toda buena consideración, aunque fuese de la dulzura y bondad divina, con lo que la tentación tuvo más fuerza para afligir el ánimo del santo joven, en términos que perdió apetito, sueño, color y alegría, causando compasión el mirarle. En medio de esta deshecha borrasca, todos los pensamientos y palabras del Santo eran de confianza y dolor, prorrumpiendo en estos o semejantes afectos: «¿Conque he de vivir privado de la gracia de mi Dios que antes se mostraba conmigo tan suave y amoroso? ¡Oh amor, oh belleza infinita, a quien he consagrado toda mi alma! ¿Se acabaron para mí vuestras consolaciones? ¡Oh Virgen purísima, Madre de Dios, la más hermosa de las hijas de Jerusalén! ¿Conque jamás he de ver en el Cielo vuestro hermoso rostro? ¡Ah Señora! Si ha de ser tan grande mi desgracia, a lo menos no permitáis que en el infierno diga blasfemias contra Vos.» Tales eran los tiernos afectos de aquel amor afligido y enamorado de Dios y de su santísima Madre.

Un mes duró la prueba, al cabo del cual tuvo el

Señor por bien librarle por medio del consuelo del mundo, María Santísima, a quien el Santo había consagrado su virginidad, y en quien decía tener colocada toda su esperanza. Se volvió una tarde a casa y de paso entró en una iglesia, donde vio una imagen de la Virgen, y escrita al pie la oración de San Bernardo, que empieza: *Memorare*, etc. «Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen!, que nunca se oyó haber sido abandonado ninguno de cuantos acudieron a refugiarse a Vos.» Se postra allí delante, dice esta oración con íntimo efecto, renueva el voto de virginidad, promete, además, rezar el santo Rosario todos los días, y añade: «Reina y Señora mía, valedme de abogada con vuestro Santísimo Hijo, a quien no me atrevo yo a recurrir. Madre mía, si es que en el otro mundo he de tener la suma desgracia de no amar a un Señor tan digno de ser amado, alcanzadme, a lo menos, que en éste le ame todo cuanto yo pueda. Esta es la gracia que os pido y espero de Vos.» Acabada esta súplica, quedó como quien descansa en los brazos de la divina Providencia, resignado enteramente en la voluntad de Dios. Y en el acto mismo se sintió libre de la tentación por mano de aquella Madre dulcísima. Volvió la serenidad a su alma y juntamente la salud corporal. Siguió siendo devotísimo de María, cuyas misericordias y excelencias no cesó de publicar en sermones y libros todo el tiempo que le duró la vida.

ORACIÓN.

¡Oh Madre de Dios, Reina de los ángeles y esperanza de los hombres! Vos, que escucháis a todo el que os llama, quienquiera que sea, ved aquí postrado a vuestros pies a un desventurado que hasta ahora fue cautivo del demonio, pero que ya desea consagrarse del todo por esclavo vuestro, ofreciendo honraros y servir os en adelante lo que le dure la vida. Bien conozco que, habiendo ofendido a vuestro Hijo Santísimo, poco es el honor que os puede resultar de que os sirva, un esclavo tan vil y rebelde como he sido yo; pero Vos tenéis poder para trocarme en otro hombre distinto, y si lo hacéis, el honor será debido a vuestra sola misericordia. No rehuséis esta oferta, Madre mía. Ovejas perdidas vino a buscar el Verbo eterno, y por salvarlas se hizo Hijo vuestro. ¿Cómo habéis Vos de desechar a esta ovejuela que por vuestro medio vino buscando el buen Pastor? Ya se dio el rescate por mi remedio; ya mi Redentor derramó aquella sangre preciosa que pudiera redimir infinitos mundos. Sólo falta que a mí también se me aplique, y esto a Vos os toca, Virgen benditísima, pues, como San Bernardo nos enseña, Vos sois la que dispensáis a quien os agrada todo su valor y merecimiento. Vos salváis a todo el que queréis, añade San Buenaventura. Conque, Señora, Vos me habéis de valer, Vos me habéis de salvar. En vuestras manos pongo mi alma, Vos la salvaréis.

2.ª — Poder de Maria contra las tentaciones.

No sólo del Cielo y de los Santos es Maria Santísima Reina poderosa, sino que también tiene dominio sobre el infierno y los enemigos infernales, por haberlos vencidos valerosamente con las armas de sus virtudes. Ya desde el principio del mundo anunció Dios a la serpiente maligna que *una Mujer la quebrantaría la cabeza (Gen., 3, 15)*. Y esta Mujer única fue Maria, que, con la fuerza de su humildad y demás virtudes, alcanzó del enemi-

go completa victoria. Y para que nadie se equivocase, no dijo Dios: *Pongo*, sino *Pondré enemistad entre ti y la mujer*; no creyese alguno que era Eva la victoriosa. El triunfo se reservaba, dice San Vicente Ferrer, a una Virgen descendiente de Eva, por cuyo medio habían de alcanzar nuestros primeros padres y todos sus hijos un bien mucho mayor que el que ellos perdieron por el pecado. Dudan algunos si aquellas palabras *quebrantará tu cabeza* pertenecen a María o a Jesucristo, porque el texto de los Setenta intérpretes dice: *El quebrantará*; pero en la *Vulgata* latina, que en la Iglesia tiene tanta autoridad, como declaró el sagrado Concilio de Trento, la palabra es *Ella*, no *Él*; y así lo entendieron San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, San Juan Crisóstomo y otros muchos. Mas sea como quiera, o la Madre por virtud del Hijo, ambos vencieron al diablo, que, como prisionero de guerra, quedó bajo los pies de esta Virgen benditísima. Añade San Bruno: «Eva fue vencida, y nos acarreó tinieblas y muerte; María venció, y nos trajo la luz y la vida, dejando a su contrario atado tan fuertemente, que ya no puede hacer el más mínimo daño a sus devotos.»

Sobre aquellas palabras de los *Proverbios* (31, 11): *En Ella confía el corazón de su Esposo; no la faltarán trofeos*; dice un escritor mariano que este *Esposo* es Jesucristo, al cual enriquece su Madre con los *despojos* arrebatados al diablo. Y Cornelio a

Lápide dice que puso Dios en manos de María el Corazón de Jesús para que le gane la voluntad de los hombres, y así no le faltarán trofeos; es decir, almas que Ella le conquiste y con que le enriquezcan, arrancadas del poder de los enemigos infernales.

Se sabe que la palma es símbolo de la victoria, y nuestra Reina, como erguida palma, está en medio de los príncipes celestiales: *Quasi palma exaltata sum in Cades (Eccli., 24, 18)*, en señal de la victoria que ganan cuantos se ponen bajo su patrocinio. Hijos — parece que nos está diciendo —, cuando os acose el enemigo, venid a Mí, miradme a Mí y cobrad ánimo, porque en Mí, que os defiende, veréis al instante segura la palma de la victoria. Verdaderamente, el recurso a María es medio segurísimo para salir bien de todos los asaltos del enemigo, pues la Virgen — dice San Bernardino — se llama dominadora de los demonios porque los doma y refrena, y por eso es contra las potestades del infierno *terrible como los reales de un ejército en orden de batalla*.

Pone en su boca estas palabras el Espíritu Santo (*Eccli., 24, 23*): *Doy, como la vid, fruto de olor suave*, porque así como dicen que de la vid, cuando está en flor, huyen las serpientes, así, dice San Bernardo, huyen los demonios de aquellas almas dichosas en quienes sienten el olor de la devoción a Ma-

ría. — Por lo mismo es llamada *cedro*: *Quasi cedrus exaltata sum in Libano* (*Eccli.*, 24, 17), no sólo porque, como el cedro, está libre de corrupción, sino también porque, como el cedro con su buen olor ahuyenta las serpientes venenosas, así María pone en fuga a los demonios.

Los judíos antiguamente alcanzaron muchas victorias llevando consigo el Arca de la Alianza. Con ella venció Moisés, con ella fueron vencidos los filisteos, con ella se ganó Jericó. Y es cosa bien sabida que el Arca era figura de la Virgen; y que así como dentro se guardaba el maná, así en el vientre purísimo de esta Doncella estuvo encerrado el Salvador del mundo, maná del Cielo. Por medio de esta arca mística, se gana victoria, y el día que esta Señora fue ensalzada y coronada en los Cielos quedó enteramente abatido el poder del infierno, dice San Bernardino de Sena.

¡Qué temor tan grande tienen los enemigos a María y a su santo nombre! Se comparan bien (*Job.*, 24, 16) a los ladrones que *andan robando de noche, pero al despuntar la aurora huyen de la luz como de la muerte*. Así, dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, viene el enemigo a despojar las almas cuando viven en las tinieblas de la ignorancia; pero luego que las ve iluminadas por la gracia de Dios y la misericordia de María, huye de allí precipitado. ¡Dichoso, pues, el que en medio de la pelea invoca su santísimo nombre!

En confirmación de esta verdad, fue revelado a Santa Brígida que Dios le ha dado tanto poder sobre aquellos espíritus soberbios, que cuantas veces asaltan a sus devotos y éstos la llaman, a una señal suya huyen despavoridos y con tal espanto, que mejor sufrirán dobladas penas que no el verse vencidos por Ella. Particularmente es eficacísimo el auxilio que presta en las tentaciones contra la castidad, y por esta razón la compara el Esposo divino (*Cant.*, 2, 2) con la azucena entre espinas; a la cual dicen que nunca llega tampoco animal ponzoñoso.

Todos los que tienen la dicha de ser devotos de esta Señora pueden confiadamente decir: «¡Oh Madre mía!, si en Vos espero, no seré vencido; antes bien, con vuestra defensa perseguiré a mis enemigos, y oponiéndoles como poderoso escudo vuestra protección y auxilio omnipotente, quedaré victorioso.» Y ciertamente que lo quedarán, porque tenerla de su parte es lo mismo que tener un arma irresistible contra el poder de todo el infierno junto.

Cuando sacó Dios su pueblo de la cautividad de Egipto, le guiaba por el desierto con *una nube* (*Exod.*, 13, 21), *que de día era reparo contra los ardores del sol, y de noche, columna de luz*; figura de María y de los oficios piadosos que ejercita continuamente. Como nube, nos defiende de los

rigores de la divina justicia, y como columna luciente, de la malignidad de los demonios. Porque no se derrite la cera tan pronto puesta cerca del fuego, como pierden los enemigos infernales toda la fuerza contra las almas que traen presente el santísimo nombre de María y la invocan y procuran imitar.

¡Cómo tiemblan los malignos sólo de oír su nombre sacrosanto! A la manera que los hombres caen a tierra cuando un rayo da cerca de ellos, así los demonios quedan aterrados al oír el nombre de María. ¡Cuántas victorias han alcanzado sus devotos con la invocación de este santísimo nombre! Así los venció San Antonio de Padua, el Beato Enrique Susón y otros muchísimos; entre los cuales hubo un cristiano en el Japón que, acometido visiblemente por ellos en gran multitud, les dijo: «Yo no tengo armas que os puedan infundir temor; si Dios os da licencia, haced de mí lo que más os agrade; pero invoco en mi ayuda los dulcísimos nombres de Jesús y María.» Apenas dicho esto, se abre de repente la tierra y caen precipitados por allí los espíritus infernales. Y por experiencia sabemos que todo el que se vale de igual medio sale con victoria de cualquier peligro.

¡Glorioso y admirable es tu nombre, Señora!, dice el **SALTERIO MARIANO**. Los que a la hora de la muerte se acuerden de invocarle no se espantarán

del infierno, porque los demonios huyen cuando le oyen, siéndole más terrible que un ejército armado. Así es Señora. Vos, con el escudo de vuestro piadosísimo nombre, libráis a vuestros devotos del poder de los príncipes de las tinieblas. ¡Qué dolor que todos los cristianos, en el acto de la tentación, no le invoquen con gran confianza! Cierto que si lo hiciesen, no llegaría ninguno a caer, porque es nombre de tanta eficacia, que al oírle pronunciar tiembla todo el abismo. ¿Qué más diré? Aun del pecador más perdido, apartado de Dios y poseído de los demonios, huyen ellos al instante que, con ánimo de enmendarse, pronuncia este nombre poderosísimo; aunque también es cierto que si no sigue la enmienda, como propuso, vuelven a él con más ímpetu que antes.

EJEMPLO.

Amparado por la Virgen en el tribunal de Cristo.

Vivía en Reisberg un canónigo regular devotísimo de la Virgen María, llamado Arnoldo, el cual, viéndose a las puertas de la muerte, y habiendo ya recibido todos los Sacramentos, llamó a sus compañeros y les pidió no le dejaran solo en aquel punto. Dicho esto, empezó a temblar, y con un sudor frío, los ojos desencajados y voz espantosa, dijo: «¿No veis que los demonios me quieren llevar?» Después dio un grito, diciendo: «Herma-

nos, pedid por mí a María Santísima; en Ella confío.» Se pusieron al instante a rezar la Letanía de nuestra Señora, y al decir: *Santa María, ruega por él*, exclamó el moribundo: «Repetid, repetid muchas veces el nombre de María que ya me hallo en el tribunal divino.» Aquí se detuvo, y a poco dijo, como respondiendo: «Es cierto que lo hice, pero también hice penitencia.» Y volviéndose a la Virgen, imploraba su favor, diciendo: «Señora, si Vos me ayudáis me salvaré.» Le volvieron los demonios a dar otro asalto, pero él se defendía santiguándose con un santo Cristo y llamando sin cesar a su dulce abogada. Así pasó la noche. A la mañana se serenó, y alzando la voz dijo con alegría: «Mi Señora y refugio me ha alcanzado misericordia y salvación.» En esto vio que le convidaba a que le siguiese, y respondió al instante: «Voy, Señora, voy», y hacía fuerza para levantarse; mas no pudiendo seguirla con el cuerpo, expiró dulcemente, y, como esperamos, voló el alma en su compañía al reino de la eterna felicidad.

ORACIÓN

Ved aquí a vuestros pies, ¡oh esperanza mía!, a un pecador miserable que, por culpa suya, fue muchas veces esclavo del demonio. Conozco que el haberme vencido y preso fue por no acudir a valirme de Vos; que si lo hubiera hecho, seguro es que no hubiera caído tan profundamente. Espero que, por vuestro favor, habré yo salido de sus garras crueles y alcanzado la misericordia divina. Pero, en lo por venir, temo me vuelva a prender y a atar con sus cadenas, porque no desconfía de vencerme otra vez, y ya se

dispone a nuevas tentaciones y asaltos. Ayudadme Vos, Reina y Señora mía; tenedme bajo vuestro manto, y no permitáis que de nuevo venga a ser esclavo suyo. Bien sé que me daréis victoria si a Vos acudo. Pero éste es el temor que ahora me aflige, temor de olvidarme de Vos en la ocasión y peligro. Esta, pues, es la gracia que deseo y pido humildemente, Virgen Santísima; no olvidarme de implorar socorro cuando me llegue a ver en medio de la pelea. Clame yo entonces: Madre mía, ayudadme. Mayormente en el último combate, a la hora de la muerte, asistidme propicia y venid a mi memoria para que os invoque sin cesar con el corazón, y con la boca, y así, teniendo vuestro poderoso nombre y el de vuestro dulcísimo Hijo en el alma y los labios, logre la incomparable dicha de ir a veros y bendeciros en la gloria por toda la eternidad. Amén.

CAPITULO V

A TI SUSPIRAMOS, GIMIENDO Y LLORANDO, EN ESTE VALLE DE LÁGRIMAS

1.º — *Cuán necesaria sea para salvarnos la intercesión de nuestra Señora.*

Que el invocar y hacer oración a los Santos, y especialmente a la Reina de todos, María Santísima, para que nos alcancen del Señor gracias y favores, es cosa no solamente lícita, sino útil y santa; es verdad de fe, definida en los Concilios, contra los herejes, que la motejan de injuriosa a Jesucristo, único medianero nuestro. Pues si Jeremías, después de su muerte, ruega por la ciudad de Jerusalén (2 *Macab.*, 15, 14); si los ancianos del *Apocalipsis* (6, 8) presentan a Dios las oraciones de los Santos; si promete San Pedro a sus discípulos (2 *Petr.*, 1, 15) acordarse de ellos después de pasar de este mundo; si San Esteban (*Act.*, 7, 59) ruega por sus perseguidores; si San Pablo (*Act.*, 27, 24) lo hace por sus compañeros; si pueden los Santos

pedir por nosotros ¿por qué no hemos de solicitar su intercesión? El mismo San Pablo (*1 Tesal.*, 5, 25) se encomendó en las oraciones de sus discípulos. Y Santiago (5, 16) nos exhorta a rogar los unos por los otros. Luego bien podemos hacerlo con toda seguridad.

¿Quién niega que Jesucristo sea nuestro medianero de justicia, que con sus méritos nos ha reconciliado con el Padre? Mas ¿no será también cosa impía el decir que desagrada a Dios dispensar mercedes por intercesión de los Santos, y con especialidad por medio de su Madre amantísima, a quien desea grandemente ver amada y venerada de todos? ¿Quién no sabe que el honor tributado a la madre redundará en honor de los hijos? (*Prov.*, 17, 6). ¿Quién ha de creer que se oscurezca la gloria del Hijo alabando a su Madre, sino, al contrario, que cuantos más elogios se le den a Ella, más se le dan a Él? Bendecir a la Reina Madre, dice San Ildefonso, es bendecir al Hijo. No se duda que por los merecimientos de Jesucristo se concedió a María la dignidad de ser medianera de nuestra salud, no de justicia, sino de gracia y de intercesión, como la llaman el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA y San Lorenzo Justiniano. Y, por lo mismo, el acudir a la Virgen para que nos alcance las gracias no proviene, dice el Padre Suárez, de que desconfiemos de Dios y de su misericordia, sino del temor de nuestra propia indignidad y vileza, conociendo la cual

recurrirnos a María para que supla nuestra miseria con sus méritos e intercesión. Que esto sea cosa útil y santa, lo dudará solamente quien no tenga fe.

Mas lo que ahora intentamos probar es que su intercesión es necesaria para salvarnos, si no de una manera absoluta y rigurosa, a lo menos, moralmente, hablando con toda propiedad. Y decimos que esta necesidad dimana de la voluntad positiva de Dios, que ha determinado que todas las gracias que a los hombres dispensa hayan de pasar por manos de María, según la opinión de San Bernardo, que ya es común hoy entre los doctores y teólogos, como lo explica bien el autor del libro intitulado REINO DE MARÍA. Esta es la opinión de Vega, Mendoza, Segneri, Poiré, Crasset, Contenson y otros innumerables. Hasta Natal Alejandro, autor ordinariamente tan mirado en lo que dice, lo asegura sin titubear.

Sólo un escritor moderno (1) ha mostrado ser de diverso sentir, aunque habla con mucha piedad y doctrina cuando explica la verdadera y falsa devoción. Mas con la Madre de Dios ha sido muy avaro en concederle esta prerrogativa, que le atribuyen largamente San Germán, San Anselmo, San Juan Damasceno, San Buenaventura, San Antonino, San Bernardino de Sena y tantos otros

(1) Pasa el santo Doctor a refutar a Ludovico Antonio Muratori en su libro *Della regolata divozione*, cap. 22

doctores sagrados, que sin dificultad aseguran ser la intercesión de María no sólo útil, sino también necesaria. Dice dicho autor que el suponer que Dios ninguna gracia conceda sino por medio de la Virgen es una hipérbole o exageración deslizada al fervor de algunos Santos, la cual, entendida como se debe, quiere decir que de María hemos recibido a Jesucristo, por cuyos méritos lo alcanzamos todo; pues sería error, añade, el creer que Dios no puede concedernos favores sin la intervención de su Madre, enseñando el Apóstol (*1 Tim.*, 2, 5) que los cristianos sólo reconocemos a *un Dios y a un mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo.*

Pero, con licencia de este escritor, una es *mediación de justicia*, por vía de merecimiento; otra *de gracia*, por vía de ruegos. Y una cosa es decir que Dios *no puede*; otra, que *no quiere* conceder sus gracias, sino por medio de María. Nadie niega que Dios, como fuente de todo bien, es dueño absoluto de sus beneficios, ni que María, si nos da, es porque lo recibe graciosamente de Dios. Mas ¿quién pondrá tampoco en duda ser cosa muy puesta en razón que, habiendo amado y honrado a Dios esta criatura excelentísima más que ninguna otra, y sido ensalzada a la dignidad incomparable de Madre del mismo Dios, quiera el Señor que todas las gracias que haya de conceder pasen por sus manos virginales? Confesamos que Jesucristo es el *único* mediador *de justicia*, y por sus méritos alcanzamos

gracia y salvación; pero añadimos que María es mediadora *por gracia*, y que si bien cuantos favores nos impera son en virtud de los méritos del Redentor, y pidiéndolos Ella en nombre del Redentor, pero, al fin, pasan todos por sus benditas manos.

En esto no hay nada que se oponga a los dogmas de nuestra fe; antes bien, es muy conforme a lo que tiene y cree la santa Iglesia, enseñándonos en las oraciones públicas que de continuo acudamos a esta dulce Madre y la invoquemos, llamándola *salus infirmorum, refugium peccatorum, auxilium christianorum, vita, spes nostra*. Y en el Oficio divino, que manda rezar en las festividades de la Virgen, aplicándole una palabras de la Sabiduría (*Eccli.*, 24, 25), nos dice que hemos de poner en Ella *toda la esperanza de gracia, de vida, de salvación eterna*, como medio para preservarnos de pecar, cosas todas que declaran manifiestamente la necesidad que tenemos de su poderosa intercesión.

Y en este creer y sentir nos confirman innumerales teólogos y Santos Padres, de los que no es justo que digamos que por ensalzar a María hablaron con hipérboles y se les cayeron de la boca exageraciones, porque el exagerar y aumentar con exceso es traspasar los límites de la verdad, vicio muy ajeno de los Santos, asistidos en lo que escribían del espíritu de Dios, que es espíritu de verdad.

Y aquí se me permita decir en breve digresión que cuando una opinión tiene algún fundamento y mira de alguna manera el honor de María Santísima, no conteniendo nada que sea contrario a la fe, decretos de la Iglesia o a la verdad en sí, el no admitirla o impugnarla con pretexto de que la contraria puede también ser verdadera, denota poca devoción a la misma Señora. En la lista de los pocos devotos no quisiera estar yo, ni que se contase ninguno de mis lectores; antes bien, que todos no hallásemos comprendidos en el número de los que firmemente creen cuanto sin error se puede creer de su grandeza, pues entre los obsequios que más le agradan, uno es el de creer con firmeza sus excelencias y prerrogativas. Y cuando otra razón no hubiera, bastaría saber lo que enseñan los Santos, que todo cuanto se diga en alabanza de María todo es poco para lo que merece su dignidad de Madre de Dios. Añádase lo que nos propone la santa Iglesia, que en su Misa nos manda decir estas palabras: «Feliz eres, ¡oh sagrada Virgen!; feliz y dignísima de toda alabanza.»

Pero volviendo al punto, veamos lo que dicen los Santos: San Bernardo la llama *Acueducto lleno, de cuya plenitud recibimos todos*. Dice también que antes no había en el mundo esta fuente copiosa; pero que, ya nacida, de ella corre la gracia hasta nosotros continuamente. Por lo que, así como para tomar la ciudad de Betulia mandó romper Holo-

fermes las cañerías que iban a la ciudad, así el demonio, para apoderarse de las almas, procura que pierdan la devoción a nuestra Señora, y si lo consigue, tiene hecho lo demás. ¡Oh alma!, añade el Santo, mira con cuánta devoción y afecto desea Dios ver honrada a su Madre, pues depositó en sus manos todos los tesoros de su bondad para que sepamos que todo cuanto tenemos de esperanza, de gracia y de salvación lo recibimos de María. Y considerando el nombre que la santa Iglesia le da de *Puerta del Cielo*, dice que de allí no viene gracia ninguna que no pase por sus manos benditísimas.

San Antonino asegura que todas cuantas misericordias se han dispensado a los hombres, todas han sido por medio de María. Por eso la comparan con la luna, porque así como la luna se interpone entre el sol y la tierra, y derrama sobre ésta los rayos que recibe del sol, así María es medianera entre Dios y nosotros, y nos transmite la gracia.

San Jerónimo, o quien sea el autor de un sermón de la Asunción inserto en sus obras, confirma esta verdad, diciendo que *en Jesucristo está la plenitud de gracia como en cabeza de quien se derivan los espíritus vitales*; esto es, los auxilios divinos con que se alcanza la salvación eterna, y que *en María está la gracia en plenitud, como en cuello y conducto por donde todo pasa a los miembros*.

San Bernardino de Sena lo trae aún más expresamente, enseñando que por su medio se transmiten a los fieles, que son el cuerpo místico de Jesucristo, todas las gracias de la vida espiritual que desciende del mismo Señor; añadiendo que en el punto en que fue concebido en su seno virginal el Verbo eterno, adquirió la Madre cierto derecho y jurisdicción a todos los dones que proceden del Espíritu Santo, en términos que ya ninguna criatura recibe gracia ni favor que no pase por sus manos virginales, con derecho y autoridad para dispensarlas a quien, cuándo y en el modo que más la agrade.

El Padre Crasset, S. J., explicando aquellas palabras donde anuncia el profeta Jeremías (31, 22) la encarnación del Verbo divino, diciendo: *Una mujer rodeará al Hombre-Dios*, compara las gracias que vienen por su mano a las líneas que salen de un círculo, las cuales han de pasar por la circunferencia; así, de Jesucristo nuestro Señor, que es centro de la gracia, no procede ninguna sin que haya de pasar por medio de María, que en la Encarnación le tuvo en su seno inmaculado.

Por esto el abad de Celles nos exhorta a recurrir a *la tesorera de todas las gracias*, pues únicamente por su medio deben aguardar los hombres todo el bien que pueden esperar.

El Padre Suárez enseña ser hoy sentir de la

Iglesia universal que la intercesión de la Virgen no sólo es útil, sino necesaria. *Necesaria*, vuelvo a decir, no en sentido absoluto, porque precisa y absoluta sólo nos es la de Jesucristo nuestro Señor, sino en sentido moral, por haber Dios determinado no conceder al hombre cosa alguna que no pase por manos de su Madre, conforme a la doctrina de San Bernardo, enseñada mucho tiempo antes por aquel Santo, que, hablando con la misma Señora, dice así: «¡Oh María! El Señor ha dispuesto que por vuestras manos pasen todos los bienes que ha de repartir a los hombres, y para ello os ha confiado todos los tesoros y riquezas de su gracia.»

Otro escritor mariano asegura igualmente que sin el consentimiento de esta purísima Doncella no quiso Dios hacerse hombre, por dos motivos: el uno, para que quedásemos sumamente obligados a tan gran bienhechora, y el otro, para que supiésemos que la salvación de todos quedaba pendiente de la voluntad y arbitrio de la misma Señora.

En fin, el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, comentando aquellas palabras del profeta Isaías (11. 1-3), en que dice que *de la estirpe de Jesé*, padre de David, *brotará un retoño, que es María, y de éste una flor*, que es el Verbo encarnado, dice hermosamente: «Todo el que aspire a conseguir la gracia del Espíritu Santo, busque la flor en su tallo, porque en éste se halla la flor, y en la flor, a Dios.»

Y sobre aquel texto de San Mateo (2, 11): *Hallaron al Niño con María, su Madre*, escribe: «Jamás hallará nadie a Jesús sino por medio de María.»

De todo lo dicho se infiere claramente que cuando estos Santos y Doctores enseñan que todas las gracias del Cielo vienen por sus manos, no han querido decir solamente que sea porque de Ella hemos recibido a Jesucristo, fuente de todo bien, sino porque, además, quiere Dios que cuantos favores y auxilios se han dispensado después a los hombres, y se dispensarán hasta el fin del mundo por los méritos de Jesucristo, todos hayan de ser debidos a la intercesión de su Madre santísima.

Por eso escribe San Ildefonso: «Siervo del Hijo quiero ser; mas porque nadie puede lograrlo sin ser siervo de la Madre, por eso ambiciono serlo de la Madre.»

EJEMPLO.

¡Jamás renegaré de mi Madre!

Un joven a quien su padre había dejado, con la nobleza, muchos bienes de fortuna, por haberse dado a los vicios, vino a ser tan pobre, que tuvo que ponerse a pedir limosna, y al cabo se fue de su patria para vivir con menos vergüenza donde nadie le conociese. Encontró en el camino a un hombre que había sido criado de su casa, el cual, viéndole

tan derrotado y miserable, le dijo que se alegrase, porque él le presentaría a un señor muy poderoso, de quien seguramente podía esperar cuanto necesitase.

Era este hombre, por lo visto, un malvado hechicero, y llevando consigo al mozo por un bosque cerca de una laguna, empezó a hablar con persona invisible. El joven, admirado, le preguntó con quién hablaba y él respondió: «Con el demonio.» Y al mismo tiempo le animaba a no temer, viéndole tan asustado. Siguió conversando, y dijo: «Señor, este joven se ve reducido a extrema necesidad, y quisiera recobrar lo perdido.» «Si está dispuesto a obedecerme — contestó el espíritu infernal — le haré más rico que antes era: pero con la condición que reniegue de Dios.» Al oír esto, el joven se horrorizó; pero instigado por el maldito hechicero, al fin lo hizo, y renegó de su Criador. «No basta — volvió a decir el diablo — ; también ha de renegar de la Virgen, porque ésta es la que nos hace mayor daño. ¡Oh, a cuántos nos arrebató de las manos, volviéndolos a Dios y alcanzándoles la salvación!» «Eso, no — dijo el joven — ; yo no reniego de mi Madre, porque Ella es toda mi esperanza; más quiero ir toda mi vida por el mundo pidiendo limosna.» Dicho esto, huyó de allí.

A la vuelta encontró una iglesia de nuestra

Señora, donde, habiendo entrado, se postró ante una imagen suya, y empezó a suplicar con muchas lágrimas que le alcanzase misericordia y perdón. He aquí que María se pone al instante a pedir a su Santísimo Hijo por aquel infeliz; pero el Señor respondió: «Es un ingrato, que ha renegado de Mí.» La Virgen, a pesar de esto, no cesaba de rogar por él, hasta que al fin le dijo el Señor: «Madre: nunca os he negado nada; quede perdonado, pues que Vos lo queréis.»

Todo esto lo estuvo escuchando a escondidas un hombre rico que era el mismo que había comprado las haciendas del joven, y viendo el favor que la Virgen le dispensaba, le llevó a su casa y le dio por mujer a una hija suya única, haciéndole heredero de cuanto tenía. Así recobró el joven a un tiempo, por medio de la Virgen, la gracia de Dios y los bienes temporales.

ORACIÓN.

Alma mía, conoce la esperanza grande de salvación eterna que el Señor te da con haberte, por su misericordia, puesto bajo el patrocinio de su bendita Madre, después que por tus pecados mereciste mil veces el infierno. Rinde gracias a Dios, y a su dulcísima Madre muy afectuosas por la bondad con que te acoge bajo su manto sagrado, colmándote de favores.

Sí, amorosa Madre mía, de lo íntimo del corazón os doy gracias por todo el bien que me habéis prodigado, siendo yo, como he sido, esclavo del demonio. ¡De cuántos peligros me habéis librado! ¡Cuánta luz y misericordia me habéis impetrado del Señor! ¡Y qué

habéis recibido Vos de mí parte para que así me colmaseis de beneficios? Nada.

Vuestra sola bondad fue la que os movió. ¡Ah Señora!, que aunque diese por Vos la sangre y la vida, todo sería poco, habiéndome librado Vos de la muerte eterna, obtenido, como confío, la divina gracia y siendo el origen de toda mi felicidad. No puedo corresponder con otra cosa que con amor y alabanza. No desechéis los afectos de un miserable pecador que se ha prendado de vuestra bondad. Si es indigno de amaros por verse tan lleno de pasiones e inclinaciones terrenas, purificad y trocad Vos enteramente su corazón. Unidme a Dios con lazo tan estrecho que no vuelva jamás a separarme de su santísimo amor. Esto es lo que Vos me pedis, y esto es lo que yo os pido también a Vos. Alcanzadme esta gracia, que otra cosa no pido ni deseo.

2.º — *Prosigue la misma materia.*

A la manera que un hombre y una mujer causaron nuestra ruina, dice San Bernardo, así fue conveniente que el daño se reparase por otro hombre y otra mujer, que fueron Jesús y María. Suficientísimo era Jesucristo para redimirnos; pero, pues ambos sexos concurrieron al mal, convino, por congruencia, que ambos nos trajesen el bien. Y así, San Alberto Magno llama a María cooperadora de nuestra redención. Y como la misma Señora reveló a Santa Brígida, por una manzana vendieron el mundo Adán y Eva, y con un corazón le rescataron Jesús y su Madre dulcísima. De la nada creó Dios el mundo, añade San Anselmo; pero habiéndose perdido por la culpa, no quiso repararle sin la cooperación de María.

De tres maneras *cooperó* la divina Madre a nuestra salvación, como explica el Padre Suárez: primera, mereciendo con mérito de congruencia la Encarnación del Verbo eterno: segunda, rogando por nosotros instantemente mientras vivió en la tierra; tercera, ofreciendo con pronta voluntad la vida de su Hijo por nuestro remedio. Habiendo, pues, contribuido así, con amor ardentísimo, a la gloria de Dios y a nuestra salvación eterna, tiene decretado el Señor que todos hayamos de conseguirla por su mediación y valimiento.

Se llama *cooperadora de la justificación*, porque Dios ha puesto en sus manos todas las gracias que han de hacer a los hombres; y todos los hombres pasados, presentes y por venir, dice San Bernardo, tienen que mirar a María como el medio de su eterna felicidad y como el centro de todos los siglos. Lo que dijo el Señor (Jn., 6, 44): *Ninguno viene a Mí si mi Padre no le trae*, lo puede también decir de su Madre: Ninguno viene a Mí si, con sus ruegos, no los trae mi Madre. Jesús fue *el fruto bendito de aquel vientre inmaculado* (Lc., 1, 42), como exclamó Santa Isabel cuando la vio entrar por sus puertas; y así, quien apetezca el fruto ha de ir al Arbol: quien quiera hallar a Jesús, tiene que buscar a María, y hallar a uno es hallar al otro. Luego que Santa Isabel la vio, no sabiendo cómo agradecerle aquella fineza tan singular, dijo en alta voz: *¿De dónde a mí, que la Madre de mi Dios venga a visitarme?*

¿Pero acaso ignoraba que allí venía el Señor también? ¿Cómo no dice o no se tiene más bien por indigna de recibirle a Él? ¡Ah, que la Santa entendió muy bien que cuando viene María trae consigo a Jesús, y por eso le bastó dar a gracias a la Madre, sin que fuese menester nombrar al Hijo!

Fue como navío de mercader, que de lejos trae el sustento (Prov., 31, 14), María es aquella nave feliz que nos trajo al Salvador, pan vivo bajado del Cielo, para darnos vida de gracia y gloria, como dijo el mismo Señor (Jn., 6, 51); y así, puede asegurarse que todos los que en el borrascoso mar de este mundo no se refugien a esta nave de salud, perecerán. Por esto siempre que nos veamos en peligro de caer, dirijamos pronto a María nuestros clamores, y digamos (Mt., 8, 25): Socorrednos, Señora, sin tardanza, que perecemos. Nótese aquí, de paso, que el piadoso autor de quien tomamos estas palabras no tiene reparo en decir sálvanos, que perecemos, como lo tuvo el otro que voy rebatiendo (1), fundado en que la prerrogativa de salvar sólo pertenece a Dios. Mas si un hombre que haya sido sentenciado a muerte puede muy bien suplicar a un favorito que, imponiendo su valimiento con el rey, le salve, obteniéndole la gracia de la vida, ¿por qué no ha de poder un cristiano decir a la Madre de Dios que le salve y alcance de Dios la gracia de la

(1) Véase pág. 137.

vida eterna? Ninguna dificultad hallaba el himnógrafo griego en decirle: «Reina inmaculada, Reina purísima, sálvame y líbrame de la eterna condenación; ni el SALTERIO MARIANO en llamarla *Salud de todo el que la invoca*; ni la santa Iglesia en invocarla como *Salud de los enfermos*. ¿Y hemos todavía de tener escrúpulos en suplicarle que *nos salve*, cuando a nadie se da entrada por el Cielo sino por Ella, nadie se salva sino por María, como dijo San Germán? ¿No dicen claramente los Santos que nos es necesario la intercesión de la divina Madre? Decía San Cayetano: Bien podemos buscar la gracia, pero jamás la encontraremos sino por medio de María. Pero sin valerse de Ella, añade San Antonino, es como volar sin alas. Porque así como cuando las gentes, acosadas del hambre pedían pan a Faraón, éste les decía (*Gen.*, 41, 55): *Id a José*, así dice Dios: *Id a María*, pues ha decretado, dice San Bernardo, no conceder a nadie cosa alguna sino por su medio. Nuestra salud está en su mano. La salud de todo el mundo consiste en ser por Ella favorecidos y amparados. San Bernardino de Sena la llama *Dispensadora de todas las gracias*. Al modo que una piedra cae si no tiene cosa que la detenga, así, dice otro escritor, un alma sin el sostén de María cae primero en el pecado, y después en el infierno. El SALTERIO MARIANO añade: Sin su intercesión no salva Dios a nadie. Un niño sin alimento, muere, y un hombre sin amparo de María, perece. Procura, pues, que tu alma tenga

sed de la devoción de María; ásete a Ella y no la dejes hasta que te bendiga. ¡Oh Virgen hermosa!, exclamó San Germán, ¿quién hubiera conocido a Dios sino por Ti? ¿Quién se libraría de los peligros, quién recibiría gracia alguna sino por Ti? ¡Oh Virgen! ¡Oh Madre! ¡Oh llena de gracia!

Para llegar al Padre, dice San Bernardo, no tenemos acceso sino por Jesucristo; y para Jesucristo, el medio más seguro es María Santísima; por Ella nos recibe el que por Ella se nos dio. ¿Qué será, pues, de nosotros, Señora, si nos abandonáis, Vos, que sois la vida de todo cristiano?

Replica el referido autor moderno que si ello es así, que todas las gracias pasan por María, También habrán de recurrir los Santos a la Virgen para alcanzar por su medio los favores que les pedimos. Y esto, dice, nadie lo cree, nadie lo ha soñado.

Respondo que en creerlo no hay error ni inconveniente alguno. ¿Qué inconveniente puede haber si decimos que, habiéndola Dios constituido Reina de todos los Santos y decretado que todo favor pase por sus manos, quiera, para más honrarla, que aun los Santos recurren a Ella, y por su medio alcancen a sus devotos cualquier beneficio? Y en cuanto a que nadie lo ha soñado, yo encuentro que lo afirman terminantemente San Bernardo, San Anselmo, San Buenaventura, y con ellos el

eximio doctor Francisco Suárez, diciendo todos unánimemente que en vano acude a los Santos cuando la Virgen no le favorece ni ayuda.

Lo mismo enseña un piadoso escritor moderno explicando aquellas palabras del Profeta Rey (*Ps.*, 44, 13): *Todos los ricos del pueblo buscarán tu rostro y te pedirán.* Dice que los ricos de aquel gran pueblo de Dios son los Santos, los cuales, cuando desean alcanzar alguna merced para sus devotos, se encomiendan a nuestra Señora para que se la obtenga. Y así, dice el Padre Suárez, aunque entre los Santos no acostumbramos valernos de la intercesión de uno para con otro, pues todos son iguales; pero respecto de la Virgen, con gran razón les pedimos que sean nuestros intercesores para con la que es su Reina y Señora. Prueba de esto es que el Patriarca San Benito, apareciéndosele a Santa Francisca Romana, le prometió *abogar* por ella *delante de la Sacratísima Virgen.* Sin duda, Virgen soberana, exclama San Anselmo, todo lo que los Santos pueden alcanzar unidos con Vos, lo podéis Vos sola conseguir. ¿Y por qué sois tan poderosa? Porque sola sois Madre del Salvador, sois la Esposa escogida del mismo Dios, sois Reina universal de Cielos y tierra. Si Vos no pedís por nosotros, no lo hará ningún Santo; mas si ellos ven que Vos empezáis la súplica, al instante se pondrán a vuestro lado, y pedirán y tendrán empeño en favorecernos. Porque cuando se dirige a orar por nosotros, dice el

ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, como Reina que es de los ángeles y los Santos, le manda juntar sus ruegos con los suyos para inclinar la voluntad del Altísimo.

Así, finalmente, se entiende la razón por que la santa Iglesia nos manda invocar y saludar a esta Madre dulcísima con el título precioso de esperanza nuestra: *Spes nostra, salve*. El impío Lutero decía que para él era cosa insufrible que la Iglesia romana llamase a María su *esperanza*, mal fundado en que sólo Dios y Jesucristo pueden ser esperanza del hombre; tanto, que por Jeremías (17, 5) *maldice Dios al que la coloca en alguna criatura*. Pero la Iglesia que no se engaña, nos dice que la invoquemos sin cesar, llamándola en alta voz esperanza nuestra: *Spes nostra, salve*. El que la pone en alguna criatura independientemente de Dios, será el maldito, porque Dios es la única fuente y dador de todo bien, y la criatura sin Dios, como nada tiene, nada puede dar. Pero el Señor ha dispuesto, como ya hemos probado, que todas las gracias pasen por manos de su Madre, canal de misericordia, y por esto se puede y debe decir que es esperanza nuestra, y que por su mediación recibimos todos los favores del Cielo.

En efecto, Señora, os diré, con San Bernardo, con San Juan Damasceno, Santo Tomás y San Efrén: Vos sois toda mi confianza, toda mi espe-

ranza. Os miro atentamente, y sé que de vuestra mano está pendiente mi dicha. Protegedme bajo las alas de vuestra piedad. Procuremos venerarla con todos los afectos del corazón, pues que así lo quiere Dios, habiéndola constituido medio y canal para dispensarnos todas sus bondades, y siempre que deseemos alcanzar alguna merced de la piedad divina, encomendémonos a María, y no dudemos de conseguirla, que si lo desmerecemos, bien lo merece la que por nosotros interpone sus ruegos; así como si aspiramos a que acepte Dios lo que de nuestra poquedad le ofrecemos, sea María el conducto, y el Señor admitirá la ofrenda benignamente.

EJEMPLO.

Escritura arrebatada al demonio.

Famosa es la historia de Teófilo, escrita por Eutiquiano, patriarca de Constantinopla, testigo ocular, y confirmada por los Santos Pedro Damían, Bernardo, Buenaventura, Antonio y otros, alegados por el P. Crasset.

Era Teófilo arcediano de la iglesia de Adana, ciudad de Cilicia, y tan estimado generalmente, que el pueblo le pedía por obispo, rehusando él por humildad. Con todo, como por acusación de algunos malévolos fuese depuesto de la prebenda, concibió tan gran sentimiento, que, ciego de pa-

sión, fue a buscar a un mago judío, y éste le proporcionó abocarse con Satanás, para que le ayudase en aquella desgracia. Respondió el demonio que para merecer su favor, primero había de renegar de Jesús y María, y ponérselo por escrito. Teófilo firmó la escritura execrable.

Al día siguiente, habiendo conocido el obispo la sinrazón, le pidió excusa y le repuso en el ejercicio de la dignidad. Entonces conoció Teófilo lo grave de su crimen, y con gran remordimiento comenzó a llorar amargamente. ¿Qué hacer? Se va a una iglesia, se postra delante de una imagen de nuestra Señora, y con abundancia de lágrimas le dice: «Madre de Dios, no quiero caer en desesperación teniéndooos a Vos, que sois tan clemente y me podéis valer.»

Con esta súplica estuvo cuarenta días, siempre llorando a los pies de la Virgen, hasta que una noche se hace la Señora visible, diciéndole: «¿Qué es lo que has hecho, Teófilo? Me has negado a Mí y a mi Hijo. Y ¿a quién has vendido tu alma? A mi enemigo y tuyo.» «Vos, Señora — respondió —, me habéis de perdonar y obtener perdón de vuestro Santísimo Hijo.» Viendo María tanta confianza, le volvió a decir: «Consuélate, que pediré por ti.»

Animado con esto, dio mayor rienda a los sollozos, penitencias y ruegos, sin desviarse de la

vista de aquella sagrada imagen, y al cabo de otros nueve días se le volvió a aparecer, diciendo: «Teófilo, alégrate, que he presentado en el acatamiento divino tus plegarias y han sido bien oídas, y ya Dios te ha perdonado. De hoy en adelante séle fiel y agradecido.» «No basta, Señora —replicó Teófilo—; tiene todavía el enemigo aquella escritura abominable, y Vos podéis hacer que se me devuelva.»

Tres días pasaron, y la tercera noche despertó y se halló con el papel en el pecho. A la mañana siguiente, estando el obispo en el templo, con gran concurso de gente, fue allá Teófilo, se le echó a los pies, contó cuanto había pasado, y hecho un mar de lágrimas le puso en las manos el papel, que se quemó allí en público, llorando todos de alegría con bendiciones y alabanzas a Dios y a su Madre, por la misericordia que había usado con aquel pecador, el cual se volvió desde allí a la iglesia de su abogada, donde tres días después murió, lleno de gratitud y júbilo.

ORACIÓN

¡Oh Reina y Madre de misericordia, que dispensáis los favores con liberalidad de reina y amor de madre, hoy acudo a Vos, viéndome tan falto de méritos y virtudes y tan alcanzado en deudas con la divina justicia! Vos, Señora, que tenéis la llave de todas las misericordias, no os olvidéis de mi gran miseria, ni me dejéis en esta pobreza y desnudez. Siendo con todos tan generosa, que dais siempre mucho más de lo que os piden, sedlo también conmigo.

protegiéndome y amparándome, que es todo lo que pretendo y pido. Si Vos me protegéis, nada temo. No temo al demonio, porque sois mucho más poderosa que todo el infierno; no a mis pecados, porque me podéis alcanzar el perdón con sólo una palabra que digáis; ni aún temo la cólera del Juez airado, porque una súplica vuestra basta para aplacarle. En suma: valiéndome de Vos, todo lo espero, porque todo lo podéis. Madre de misericordia, sé que vuestro gusto es favorecer a los desdichados, y sé que los protegéis, si de su parte no hay obstinación. Pues yo, aunque pecador, no me obstino, sino que propongo de veras enmendarme. Vos me podéis ayudar. Ayudadme, pues, a recobrar la gracia y salvar mi alma. Hoy me pongo enteramente en vuestras manos clementísimas. Inspiradme lo que tengo que hacer para agradar a Dios, que estoy resuelto a ponerlo por obra, y con vuestro favor espero que lo haré. ¡Oh María, oh María, Madre, luz, consuelo, refugio y esperanza mía! Amén, amén, amén.

CAPITULO VI

EA, PUES, SEÑORA, ABOGADA NUESTRA.

1.º — *María es nuestra abogada, y tiene poder para salvarnos a todos.*

Es tan grande la autoridad que tiene una madre sobre sus hijos, que, aunque alguno llegue a ser gran monarca, con absoluto dominio de todas las personas de su reino, nunca la madre viene a estarle sujeta. Verdad es que, sentado a la diestra del Padre, Jesucristo nuestro Señor adquirió, en cuanto hombre, por razón de la unión hipostática con la persona del Verbo, dominio general sobre todas las criaturas, incluso María; pero también es positivo que mientras vivió en carne mortal quiso humillarse y *serle súbdito*, como atestigua el Evangelio de San Lucas (2, 51). Y aún llegó a decir San Ambrosio que, supuesto que se dignó escoger a María por Madre, el obedecerle como Hijo fue obligación. Lo más que se dice de los Santos es que están con Dios; pero de la Reina de los Santos se

afirma que tuvo la suerte, no sólo de haber estado siempre sumisa a la divina voluntad, sino de haber tenido a la suya sujeta y obediente al mismo Dios. Las demás vírgenes *siguen al Cordero dondequiera que va* (Apoc., 14, 4); pero la Virgen de vírgenes fue en este mundo seguida del Cordero, súbdito suyo. Ahora, en el Cielo, si bien ya no puede mandar en su divino Hijo, es indudable que sus ruegos maternales son eficacísimos para conseguir cuanto pide. Lo que pide y desea lo puede en tierra y Cielo, y hasta volver la esperanza a los que ya estaban desesperados. Cada vez que se acerca al altar de la misericordia y presenta a Jesucristo cualquier petición en beneficio nuestro, es tanto lo que el Señor se agrada, y accede tan pronto, que más parece precepto que súplica, más de señora que de sierva. De esta manera honra Jesús a su querida Madre, de quien fue tan honrado mientras vivió entre nosotros, concediéndole al instante todo cuanto desea. Sois omnipotente, Señora, en salvar a los pecadores, sin tener necesidad de otra recomendación que el ser Madre de la verdadera Vida.

Todo, hasta el mismo Dios, obedece al mandato de María, dice francamente San Bernardino de Sena; esto es, Dios oye sus ruegos como si fueran preceptos. Sí, Virgen purísima; a tanto os ha Dios ensalzado, que, por gracia, no hay para Vos cosa imposible. Vuestro auxilio es omnipotente, pues conforme a buena ley gozáis todas las prerrogati-

vas de que el Rey goza, como que sois la Reina. Poderoso es el Hijo, poderosa la Madre; omnipotente el Hijo, omnipotente la Madre, y tanto, que tiene puesta Dios a toda la Iglesia, no bajo vuestro amparo solamente, sino también bajo vuestra jurisdicción y dominio.

Una es la diferencia: que el ser omnipotente el Hijo es por naturaleza, y la Madre, por gracia, como fue revelado a Santa Brígida, que un día oyó que el Señor dijo a su dulce Madre: «Madre mía, pide cuanto quieras, porque no pueden dejar tus ruegos de ser oídos. Tú, en la tierra, nada me negaste, y Yo en el Cielo, nada te negaré.» Con esto, bien entendemos lo que quiere decir ser omnipotente María, no que lo sea en todo rigor, cosa de que una criatura no es capaz, por perfecta que sea, sino porque pide y alcanza cuanto quiere.

Basta que sea empeño vuestro, Señora, y todo se hará; basta que queráis levantar al mayor pecador del mundo, y será santo. Y así, decía: Lo que los hombres me deben suplicar es que Yo quiera, porque todo aquello que me agrada necesariamente se hace. Muévaos, Señora, vuestra benignidad y poder, porque cuanto sois más poderosa, debéis ser más misericordiosa. ¡Oh dulce abogada nuestra!, pues que tenéis corazón tan piadoso que no podéis ver nuestras miserias sin compasión, y juntamente con Dios, poder tan

grande para salvarnos, no os desdeñéis de mirar por nosotros, miserables pecadores, los que en Vos hemos puesto toda la esperanza. Y si nuestras oraciones son ineficaces, confiemos en Vos, sabiendo que Dios os ha ensalzado tanto para que tan rica como sois en poder, tan misericordiosa seáis en querer favorecernos. Pero de vuestra misericordia, dice San Bernardino, ¿quién ha de dudar? Si es inmenso el poder, inmensa es la bondad, e inmensa la caridad, como por los efectos vemos cada día.

Desde que vivía aquí, en la tierra, su único pensamiento fue, después de la gloria de Dios, el bien de los hombres, con el privilegio de conseguir cuanto pidiese, ilimitadamente. Lo comprueba el suceso de las bodas de Caná, cuando, habiendo faltado vino, compadecida del rubor de aquella buena gente, se acercó a pedir a su Hijo que los consolase con obrar un milagro. Al principio parecía que el Señor se negaba, y así dijo (*Jn.*, 2, 4): *Mujer, ¿a nosotros qué nos importa? El tiempo de hacer milagros no ha llegado aún;* los haré cuando empiece a predicar, en confirmación de mi doctrina. Con todo, María como si ya estuviese acordada la gracia, les dice (1) que *llenen las vasijas de agua*. Pero ¿cómo es esto? Si el tiempo determinado de obrar los milagros había de ser el de la predicación,

(1) Las palabras siguientes no son de María, sino de Jesús.

¿cómo se anticipa contra el decreto divino? No, dice San Agustín; no hay aquí nada opuesto a lo que Dios tenía decretado, porque aunque, generalmente hablando, todavía estaba por venir el tiempo de las señales y prodigios de nuestro divino Salvador, tenía Dios también determinado desde toda la eternidad, con otro decreto general y absoluto, que a su Madre todo se lo había de conceder luego que se lo pidiese. Y por esto, sabedora Ella de este privilegio, aunque, al parecer, se le negaba aquella petición, manda, como cosa ya hecha, que llenen las vasijas de agua. Quiere decir, que, a pesar de la aparente repulsa, el Señor, para honrarla, accede prontamente a sus ruegos, o que con aquellas palabras quiso dar a entender que, por entonces, a los de ningún otro hubiera accedido; pero hablando su Madre, no lo dilata un punto.

Ciertamente, no hay criatura alguna que pueda obtener tantas misericordias a los miserables desterrados en este valle de lágrimas como esta medianera santísima, honrada por Dios como querida Madre. Basta que abra los labios. Hablando el Esposo de los Cantares (8, 13), en quien está figurada María, le dice de este modo: *Tú que habitas en los jardines, los amigos escuchan; oiga Yo tu voz.* Los amigos son los Santos, los cuales, siempre que piden algo en beneficio de sus devotos, esperan que su Reina presente la súplica y

alcance la gracia, pues que ninguna se concede sino por su mediación. ¿Y cómo las impetra? Basta que *se oiga su voz*. Consigue las gracias rogando, sí, pero al mismo tiempo interpone la autoridad materna, con la que obtiene cuanto pide y desea. No hay en esto duda.

Cuenta Valerio Máximo que, teniendo Coriolano sitiada la ciudad de Roma, su patria, y no bastando súplicas de ciudadanos y amigos a persuadirle a alzar el cerco, saliendo, al fin, su madre, Veturia, no pudo el hijo resistir a sus ruegos y lágrimas, y al instante se retiró. ¡Cuánto más aceptos serán los ruegos de tan buena Madre a un hijo tan amante! Un sólo suspiro suyo vale más que las oraciones de todos los Santos. Suspiros son de Madre, a cuyo poder y eficacia no hay resistencia. Acudamos, pues, a esta poderosísima abogada, diciendo: Señora, pues que tenéis autoridad de Madre, fácil os es obtenernos perdón de nuestros pecados, por enormes que sean, no pudiendo menos de acceder a cuanto le pedís a aquel Señor de infinita piedad, que os escogió por Madre. Todo el Cielo, a una voz, os llama *bendita*, diciendo que lo que Vos queréis es lo que se hace, y nada más, según aquel célebre verso:

Lo que Dios con su imperio,
Tú, Señora, lo puedes con tu ruego.

Pues qué, ¿no ha de ser cosa propia de la benignidad del Señor dar gusto a su dulcísima

Madre, puesto que *vino* al mundo, *no a quebrantar, sino a cumplir la Ley*, entre cuyos Mandamientos, uno muy principal es *honrar padre y madre*? Y aun en cierto modo está obligado a ello, por ser deudor a la suya del ser humano que en su seno purísimo recibió, con el consentimiento de la misma Señora. Bien le podemos decir: Alégrate, Virgen Santa, de tener por deudor a un Hijo que a todos da y de ninguno recibe. Nosotros debemos todos a Dios cuanto tenemos, porque todo es don suyo. Únicamente a Vos ha querido ser deudor, tomando carne y sangre en vuestras purísimas entrañas. Contribuisteis a dar el precio de la redención para librar al hombre de la muerte eterna, y por eso sois más poderosa que ningún Santo en ayudarnos a conseguir la eterna vida. Vuestro Hijo gusta que le pidáis, porque desea darlo todo por vuestro respeto, para pagaros así la preciosa dádiva que le hicisteis dándole forma humana. Sí, Virgen sin mancha, a todos nos podéis salvar con vuestros ruegos, dignificados con la autoridad que os da el título y ser de Madre.

Concluyamos con las regaladas palabras del ESTÍMULO DE AMOR.

Inmensa y admirable fue, por cierto, la bondad de Dios, que, siendo nosotros pecadores vilísimos, darnos le plugo en Vos una abogada de quien podemos esperar toda suerte de bien; abogada en

cuyas manos beneficentísimas están los tesoros inagotables de la divina gracia; abogada piadosísima, por quien alcanzásemos redención de culpas, galardón de gloria.

EJEMPLO.

Camino del patíbulo, salvado por María.

Cierto joven, hijo de viuda, fue enviado por su madre, muy devota de nuestra Señora, a la corte de un príncipe, haciendo que al despedirse le prometiese rezarle diariamente un Avemaría, y, al fin, esta corta oración: «Virgen benditísima, ayudadme a la hora de mi muerte.»

Llegó a la corte el joven, y a poco se envició con tal desenfreno, que su amo se vio precisado a despedirle. El, entonces, no hallando cómo sustentar la vida, desesperado, se echó a bandolero, siguiendo, con todo, en practicar todos los días la devoción aconsejada por su madre. Finalmente cayó en poder de la justicia, y fue sentenciado a pena capital.

Estando para ser llevado al patíbulo, considerando entonces al vivo su deshonor, la aflicción de su madre y tan cerca la muerte, lloraba sin consuelo. El demonio, viendo esto, acudió disfrazado en forma de un gallardo joven prometiendo librarle de la muerte y prisión si consentía en hacer lo que le propusiese. Vino en todo el reo, y sin más

preámbulos se le declaró el demonio, y primero exigió que renegase de Jesucristo y los Sacramentos. Lo hizo. Después quería que renegase también de María Santísima y renunciase su patrocinio. «Eso nunca lo haré», contestó; y volviéndose a la Señora, le rezó la oración de su madre: «Virgen benditísima, ayúdame a la hora de mi muerte.» A estas palabras desapareció el enemigo, pero el joven quedó angustiadísimo por la maldad cometida de haber negado al Señor. Acudió a la Virgen, de quien alcanzó un dolor grande de todos los pecados y la gracia de confesarlos con gran pesar y llanto.

Ya le llevaban a ajusticiar por una calle donde había una imagen suya, a quien invocó, al pasar, con su oración acostumbrada: «Virgen benditísima, ayudadme a la hora de mi muerte», y la Virgen inclinó la cabeza a vista del concurso, con cuyo favor, enternecido él, suplicó le permitiesen acercarse a besarle los pies. Rehusaban los ministros de justicia; mas alzando un grito la gente, se lo permitieron. Se inclina, pues, para satisfacer su devoción, y María, desde su imagen, alarga su brazo y le toma por la mano, con tanta fuerza, que no fue posible arrancarle de allí. Al ver un prodigio tan manifiesto, empezaron todos a clamar: «¡Perdón, perdón!», y hubo perdón.

Volvió a su tierra, y de allí en adelante emprendió una vida muy ejemplar, agradecido y aficionado grandemente a la bienhechora clemen-

tísima que le había librado de la muerte temporal y eterna.

ORACIÓN.

¡Oh Madre de mi Dios!, decid hoy una palabra en favor mío, que soy tan miserable. Vuestro hijo Santísimo no espera más sino que habléis, para contentaros. No olvidéis que también a beneficio nuestro recibisteis tanto poder y dignidad. El mismo Dios quiso constituirse deudor vuestro, tomando carne en vuestro seno purísimo, con el fin de que a vuestra voluntad dispensaseis a los infelices los tesoros de su misericordia.

Siervos vuestros somos, dedicados estamos a vuestro servicio y tenemos la gloria de vivir bajo vuestro amparo. Si aun los que ni os veneran ni os conocen, si hasta quien os desprecia y blasfema experimenta vuestra piedad, ¿no hemos de esperar nosotros, que os adoramos, amamos y confiamos en Vos?

Es cierto que somos pecadores; pero Dios os ha dotado de un poder y clemencia mayor que todos nuestros deméritos. Podéis y queréis salvarnos y nosotros lo esperamos con tanta mayor seguridad cuanto menos lo merecemos, porque así tendremos mayor motivo de bendeciros en la gloria, salvos por vuestra intercesión.

Madre de misericordia, ved nuestras almas, antes tan hermosas, como que fueron lavadas con la preciosa Sangre de nuestro divino Redentor, y después feas y abominables por el pecado. A vos las presentamos para que las purifiquéis de toda mancha. Alcanzadnos una verdadera enmienda, el amor de Dios y la posesión de la eterna bienaventuranza. Cosas grandes os pedimos; pero Vos ¿no lo podéis todo? ¿No es todo muy poco comparado con el amor que Dios os tiene? Basta que abráis los labios; a ellos nadie se niega. Rogad, rogad por nosotros y seréis oída y nosotros salvos.

2.º — Maria es abogada compasiva y no rehusa defender la causa de ningún desvalido.

Son tantos los motivos que hay de nuestra parte para amar a esta amabilísima Señora, que si en

toda la tierra resonasen continuamente sus alabanzas y todos los hombres diesen en su obsequio la vida, sería poca gratitud y retorno al entrañable amor que profesa aun a los más pecadores, en quienes ve, a lo menos, algún vestigio de devoción para con Ella. Decía el sabio Idiota que María paga amor con amor, y aun de servir a quien la sirve no se desdena, empleando (si éste se halla en pecado) todo su valimiento, hasta alcanzarle misericordia y perdón. Tanta es su benignidad, que nadie debe recelar, aunque ya se dé por perdido, de ir a sus pies buscando el remedio, pues a ninguno despide. Como abogada amantísima, cuida de presentar a Dios nuestras oraciones, mayormente las que van por su medio, pues así como con el Padre intercede su Hijo, así con el Hijo intercede la Madre, no dejando nunca de agenciar el negocio de nuestra salvación, y de solicitar las gracias que le pedimos. Con razón, pues, la llama Dionisio Cartujano Refugio singular de perdidos, Esperanza de miserables, Abogada de todos los pecadores, que se valen de su protección.

Podrá ser que algún pecador, sin dudar del poder de María, desconfíe con todo eso, temiendo, acaso, que no quiera favorecerle, enojada y retraída por la gravedad de las culpas. Mas aliéntese considerando, dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, que aquel señalado privilegio de ser para con su Hijo poderosísima, de algo ciertamente nos ha de

servir, y de nada nos serviría si de nosotros no cuidase. Estemos seguros de que así como tiene más poder que ningún otro Santo, así no hay quien abogue con más amor y solícitud. Y así, exclama alborozado San Germán: «¿Quién, después de vuestro Santísimo Hijo, mira por nuestro bien, Madre de misericordia, tanto como Vos? ¿Quién nos libra más pronto de todos los males? ¿Quién más empeño toma en proteger y defender, casi luchando, a los infelices pecadores. Vuestro patrocinio, añade el sabio Idiota, nos es más útil de lo que nadie puede imaginar, y si alcanzan los Santos a favorecer a los hombres, y con especialidad a sus devotos, Vos mucho más, que sois Reina de todos los Santos, abogada de todos los hombres, refugio de todos los pecadores.

Sí, por cierto; aun de los pecadores tiene cuidado y de lo que más se gloria, después del título de Madre de Dios, es de que la llamen su abogada, intercediendo sin cesar por ellos en la presencia de la Majestad divina, y socorriendo todo género de necesidades con afecto de madre. Acudamos a Ella implorando su intercesión con gran confianza, porque a todas horas la encontraremos pronta y deseosa de favorecernos.

¡Con cuánta solícitud y amor promueve y solicita el negocio de nuestra salvación! Ciertamente es que todos los bienaventurados la desean y la piden;

mas la caridad y ternura que Vos, Señora, mostráis en el Cielo, alcanzándonos del Todopoderoso misericordias y gracias sin número, nos obliga a confesar que no tenemos propiamente más abogada que a Vos, y que Vos sois la que verdaderamente está cuidadosa de nuestro bien. ¿Qué entendimiento podrá comprender adónde llega tan continuo y amoroso empeño? Es tanta la compasión que tenéis de nuestras miserias; es tan ardiente el amor con que nos miráis, que pedís y volvéis a pedir, y jamás os cansáis de rogar por nosotros, defendiéndonos de todo mal y alcanzándonos toda suerte de bien.

¡Infelices de nosotros si no nos amparase esta abogada tan poderosa, tan benigna, tan prudente y sabia, que el Juez no puede condenar a reo ninguno que Ella defienda! Es más prudente que Abigail. Esta fue una mujer muy discreta, que con la blandura de sus ruegos aplacó el ánimo de David a tiempo que iba, irritado, contra Nabal, su marido (*Sam.*, 25, 3); y lo fue tanto, que el mismo David, al fin, *la bendijo* y dio gracias de que con su dulces palabras *le hubiese impedido correr a la venganza*. Otro tanto hace María en el Cielo a beneficio de innumerables pecadores. Con sus dulces y discretas razones sabe aplacar tan bien la ira divina, que el mismo Dios la bendice, y como que le da gracias de que le desarme el brazo para que no los castigue según merecen. A este fin, dice San Bernardo,

queriendo el Padre Eterno usar de misericordia con nosotros, nos dio a Jesucristo por abogado principal para con Él, y María por abogada para con Jesucristo.

Indudablemente, Jesucristo es el único mediador de justicia entre Dios y los hombres, que en virtud de sus propios merecimientos puede y quiere alcanzarnos perdón y gracia, como lo tiene prometido. Pero, como los hombres reverencian o temen tanto la Majestad divina que en Él resplandece, fue necesario que se les diese otra abogada a quien puedan acudir con menos recelo, y de tanta bondad y merecimiento, que nadie le llegue en poder para con Dios, ni en indulgencia para con nosotros. Haría, pues, grave injuria a tan grande bondad quien aún temiese acercarse a esta Señora, de quien está muy lejos la severidad y el terror, pues toda es benignidad, clemencia y dulzura. Lee y vuelve a leer con atención el sagrado Evangelio, y si hallas que María se muestra alguna vez severa con alguno, entonces podrás temer. Pero seguramente nada de esto hallarás, y así, bien puedes buscarla con alegría para que te ampare y favorezca.

Digámosle con los afectos de un alma devota: ¡Oh Madre de mi Dios!, a Vos acudiré, y aun me atreveré a reconveniros con humildad y filial confianza, porque toda la Iglesia da gritos llaman-

doos Madre de misericordia. Vos sois aquella criatura escogida que, por haber sido tan amada del Señor, siempre sois oída; vuestra piedad a nadie ha faltado nunca, y vuestra suavísima afabilidad jamás ha desechado a ningún pecador, por miserable que fuese. Pues qué, ¿acaso la Iglesia os dice vanamente su abogada y refugio de pecadores? No sean jamás mis culpas causa para retraeros de tan piadoso oficio. Sois, después del Salvador, nuestro refugio y mayor esperanza; mas toda la alteza de gracia, gloria y dignidad de Madre de Dios la debéis a los pecadores (sea lícito decirlo así), porque por causa suya se hizo Hijo vuestro el Hijo de Dios. Lejos, pues, de Vos, que disteis al mundo la fuente de misericordia, pensar que la neguéis a ningún infeliz de cuantos se valen de vuestro patrocinio. Y pues que vuestro dulce empleo es hacer las paces entre la criatura y su Criador, muévaoos a mirarnos con ojos de clemencia vuestra misma bondad, mayor incomparablemente que todo el cúmulo de nuestros pecados.

Terminemos, pues, con las palabras de Santo Tomás de Villanueva: Consolaos ya, pusilánimes; respirad y alentaos, desdichados pecadores, porque esta Virgen purísima es Madre del Juez, abogada del género humano; idónea y pronta, más que otra ninguna para defendernos en el acatamiento del Señor; sapientísima en excogitar los modos de amansar su cólera, y universal en el amor

materno, pues que a ningún infeliz rehusa nunca de proteger.

EJEMPLO.

La Virgen, portera de un monasterio.

Bien acredita cuán amorosa es con los miserables pecadores lo que hizo con una monja, portera del monasterio de Fuente-Heraldo, llamada Beatriz. Vencida y apasionada de un joven concertó fugarse con él del monasterio. Llegado el día señalado, se fue la infeliz delante de una imagen de la Virgen nuestra Señora, le dejó las llaves y se escapó.

Lejos de allí, tomó dentro de poco tiempo la infame ocupación de ramera, y en tan miserable estado vivió por el transcurso de quince años.

Al cabo de tanto tiempo sucedió que encontrándose una vez con el administrador de los bienes del monasterio, le preguntó si conocía a una monja por nombre Beatriz. «La conozco bien — respondió el hombre —; es una santa; ahora la han hecho maestra de novicias.» Ella quedó pasmada, no entendiendo cómo fuese aquello posible, y para salir de la duda, se disfrazó y volvió al monasterio. Pide que salga Sor Beatriz, y se le presenta la Reina del Cielo en la forma de aquella imagen a cuyos pies había dejado el hábito y las llaves. le habló la

señora y le dijo: «Beatriz, mirando por tu reputación, tomé tu mismo semblante, y he desempeñado tu oficio todo el tiempo que has vivido fugitiva del monasterio y de Dios. Hija, vuelve a entrar y haz penitencia de tus desórdenes, que aún te espera mi amantísimo Hijo, procurando con una conducta ejemplar mantener el buen nombre que Yo te he granjeado», y desapareció.

Entonces Beatriz entró en el monasterio, se vistió el hábito, y agradecida grandemente a la Reina de los ángeles por tan especial beneficio, vivió en adelante como verdadera santa, y a la hora de la muerte manifestó lo sucedido a gloria de María Santísima.

ORACIÓN.

¡Oh Madre Santísima!, bien conozco que, habiendo sido por tantos años ingrato a Dios y a Vos, merezco justamente que me abandonéis, porque el ingrato no es acreedor a ningún beneficio. Pero yo, Señora, tengo formada muy alta idea de vuestra bondad. Proseguid, ¡oh refugio segurísimo de pecadores!, proseguid en favorecer a un desdichado que en Vos confía. Extended la mano y levantad a un pobre caído que pide favor. Defendedme, y si no, decidme a quién he de ir, que me pueda valer mejor que Vos. Pero, ¿dónde encontraré para con el Altísimo abogado de más poder y bondad que su misma Madre? Madre sois del Salvador del mundo, y nacisteis para salvar los pecadores. ¡Oh María, salvad a un infeliz que humilde a Vos recurre! No merezco vuestro amor; pero el deseo que arde en vuestro pecho dulcísimo de salvarnos a todos me dice que me amáis, y si Vos me amáis, no me perderé.

¡Oh amada Madre mía, si por Vos me salvo, como lo espero, ya no seré desgraciado, sino felicísimo, y con alabanzas perpetuas desquitaré mis ingratitudes pasadas, bendeciré vuestro amor y

besaré vuestras manos sacrosantas, para mí tan benéficas, en aquella patria celestial donde reináis y reinaréis eternamente! ¡Oh libertadora, oh esperanza, oh Reina, oh abogada, oh Madre mía, os amo y siempre os amaré! Amén, amén. Así lo espero, así sea.

3.º — *Maria hace las paces entre Dios y los hombres.*

Es la gracia de Dios *un tesoro de valor infinito*, como dice el Espíritu Santo (*Sab.*, 7, 14), porque *nos eleva a la dignidad de hijos del Excelso*, a quienes nuestro divino Salvador llamó *amigos suyos* (*Jn.*, 15, 14), así como el pecado es una mancha tan execrable y fea, que priva al alma de aquella dichosa amistad y hermosura, haciéndola *abominable a los ojos de Dios* (*Sab.*, 14, 9) y su enemiga capital. ¿Qué debe hacer el pecador que se ve caído en semejante abismo? Necesita un mediador que interceda por él y le ayude a recuperar el bien perdido. Tú que has perdido a Dios, quienquiera que seas, dice San Bernardo, consuélate con saber que el Señor te ha dado con su divino Hijo tan poderoso medianero.

Pero, ¡ay dolor!, ¿por qué los hombres han de tener por severo al Mediador clementísimo que dio la vida por salvarnos? ¿Por qué han de temer que sea terrible la misma dulzura y amabilidad? Aliéntate, pecador, y no temas, y si es que los pecados te hacen temblar, acuérdate que Jesús los clavó consigo en el madero de la cruz, y satisfa-

ciendo por ellos a la divina justicia, los borró de tu alma.

Mas si lo que te atemoriza es su majestad y grandeza, pues que no dejó de ser Dios, aunque hecho hombre, tienes quien abogue con Él. Acude a María, que Ella pedirá por ti y será oída. Intercediendo el Hijo por ti delante de su eterno Padre, que nada le puede negar. Hermanos míos, María es la escala por donde recobran de nuevo los pecadores la hermosura de la divina gracia. Este es el motivo más poderoso de nuestra esperanza.

Oigamos en los libros de los *Cantares* (8, 10) las palabras que pone en su boca dulcísima el Espíritu Santo: *Yo soy defensa de los que me invocan, y la misericordia de mi pecho es para ellos como una torre de asilo.* A este fin la constituyó el Señor medianera y conciliadora de paces entre Él y los pecadores. No hay duda: María es la pacificadora, la que sabe alcanzar de Dios paz a los enemigos, salud a los desahuciados, perdón a los delincuentes y misericordia a los desesperados. Por eso la llamó su divino Esposo (*Cant.*, 1, 4): *Hermosa como los pabellones de Salomón.* En las tiendas de David no se trataba más que de guerra, pero en las de Salomón sólo se hablaba de paz; dándonos a entender así el Espíritu Santo que esta Madre misericordiosa no habla de guerra ni de venganza contra los pecadores, sino de paz y clemencia.

Figurada estuvo en la paloma de Noé, que saliendo del arca volvió con el ramo de oliva, en señal de la paz que ofrecía Dios a los mortales. María fue la paloma cándida y hermosa enviada del Cielo con ramo de oliva, símbolo de misericordia, porque nos dio a Jesús, fuente de toda misericordia, que en virtud de sus méritos infinitos nos alcanzó todas las gracias y favores que Dios nos dispensa. Por Ella, dice San Epifanio, se dio la paz al mundo, y por Ella siguen a cada hora reconciliándose con Dios los pecadores.

Figura suya fue también *el arco iris que rodea el trono de Dios*, visto por San Juan (*Apoc.*, 4, 3), porque siempre asiste al tribunal divino para suavizar las sentencias y castigos que merecen nuestros pecados. Ella es aquel *arco* de hermosos colores que quiso significar el Señor cuando dijo a Noé (*Gen.*, 9, 13) que *pondría en las nubes su arco de paz*, para que, viéndole, se acordasen los hombres de la perpetua paz que con ellos quedaba hecha. Aquél recordaba la promesa que Dios se dignaba hacer, y éste nos alcanza remisión de las ofensas y seguridad de perpetuas paces.

Por igual razón es comparada con la luna: *Hermosa como la luna* (*Cant.*, 6, 9); pues así como la luna está entre el Cielo y la tierra, así María se interpone continuamente entre Dios y los pecadores para aplacar la divina justicia, iluminar los entendimientos y volvernos a nuestro Criador.

Ved aquí su principal oficio: levantar las almas a la gracia divina, reconciliándolas con Dios. *Apacientas tus cabritos*, se le dice en los *Cantares* (1, 7). Sabemos que los cabritos son figuras de los pecadores, así como los corderos o mansas ovejas significan los escogidos, que se colocarán en el último día a la diestra del supremo Juez, mientras que los otros desventurados estarán a la izquierda. Pues, ¡oh Pastora divina!, a vuestro cargo quedan los cabritos, para que Vos los convirtáis en corderos, y hagáis que también vayan a ponerse aquel día al lado de la felicidad. Se reveló a Santa Catalina de Sena que la Virgen fue criada para ser cebo suavísimo que prendiese a los hombres y los restituyese a Dios. Sólo hay que advertir que no a todos los cabritos pecadores los salvará, sino a los que la sirvan y veneren; éstos son *sus* cabritos; porque los que viviendo en los vicios no procuran merecer su favor con algún obsequio particular, ni se le encomiendan con deseo de salir de su mal estado, no pertenecen a su grey, y, por tanto, la izquierda será en el juicio el lugar que les corresponde.

Hubo un hombre noble que por la multitud de los delitos que había cometido, desconfiaba ya de conseguir su salvación; pero sabiéndolo un religioso, le exhortó a valerse del amparo de María Santísima bajo la advocación de una imagen que se veneraba en cierta iglesia. El caballero fue, y al

instante que vio la imagen sintió como que le animaba a echarse a sus pies con toda confianza. Corre, se postra, y al ir a besárselos, la imagen, que era de talla, le dio a besar la mano, en la cual estaban escritas estas palabras: *Yo te libraré*; con lo que el hombre concibió de repente tan gran dolor de sus pecados y tan inmenso amor de Dios y de aquella Madre dulcísima, que allí cayó muerto a sus sagrados pies.

¡Oh y a cuántos pecadores obstinados trae a Dios cada día este *imán* de nuestros corazones! Pudiera referir muchos casos sucedidos en nuestras misiones y las ajenas, de algunos que a los demás sermones se mantuvieron duros y empedernidos; pero oyendo, al fin, predicar de las misericordias de María, se compungieron y se convirtieron. Dicen que el unicornio es un animal tan feroz, que no hay quien pueda darle caza, y que solamente a la voz de una doncella se rinde, se acerca y deja que le ate. ¡Cuántos pecadores que huían de Dios, más bravos que las fieras, vuelven a las voces de esta Virgen amorosísima, y de su mano se dejan mansamente ligar y conducir a Dios!

A este fin fue ensalzada a la dignidad de Madre de Dios, para que medie y alcance la salvación a muchos, que, atentos a sus obras y al rigor de la divina justicia, no se salvarían. Más por el bien de los pecadores que por el de los justos, se ve tan

entronizada; semejante a lo que afirmó de Sí Cristo nuestro Redentor, hablando de los motivos de su venida al mundo. ¡Oh Señora!, obligada estáis a favorecer a los pecadores, porque todas las prerrogativas y grandezas que habéis recibido (comprendidas en el título de Madre de Dios) a ellos las debéis, pues por su causa tenéis a Dios por Hijo. ¿Cómo con esto podrá ninguno desconfiar?

En la oración de la Misa de la vigilia de la Asunción nos dice la santa Iglesia que María fue llevada a los Cielos para que allí, de continuo, se interponga por nosotros con la certeza de ser oída. Por esto es llamada *árbitra*, que dispone de todo a su voluntad, y con cuya sentencia y decisión siempre se conforma el supremo Juez. ¿Qué mayor seguridad podemos desear? ¿Qué *fiadora* más acepta a los deseos de Dios ni que mejor pueda reconciliarnos con Él? Como el Señor solicita por todos los medios la reconciliación de los pecadores, para que no dudásemos de alcanzar el perdón, nos la dio por prenda segura. ¡Oh pecador!, ámate oyendo esto, y si por la muchedumbre y gravedad de tus pecados temes que Dios, indignado, tome venganza de ti, ve a buscar a María, esperanza de pecadores, sabiendo que el mismo Señor le confió el oficio y encargo de socorrernos y ayudarnos a todos.

¿Qué temor ha de tener de salir mal el reo a

quien la madre del juez se ofrece por abogada y madre? Y Vos, Señora, que lo sois, ¿os desdeñaréis de interceder con vuestro Hijo, que es el Juez, por otro hijo, que es el pecador? ¿No pediréis al Redentor por un alma redimida con su propia sangre? Con toda eficacia rogaréis por los que recurren a Vos, como mediadora que sois entre el Juez y el delincuente. Tú, pecador, cualquiera que seas, por más atollado que estés, por más antiguas y encanceradas que sean tus llagas, no desconfíes; antes bien, da gracias a Dios de que para usar contigo de misericordia, no sólo te haya dado a su unigénito Hijo por abogado, mas para que mayormente confíes, te ha provisto también de una medianera que todo lo alcanza. Implora su favor, y te salvarás.

EJEMPLO.

Conversión de Benita.

Cuenta el P. Juan Bonifacio, S. J., que hubo en Florencia una moza llamada Benita, pero no bendita, sino muy perversa, deshonesta y escandalosa. Por dicha suya, llegó a la ciudad el glorioso patriarca Santo Domingo, y ella, por mera curiosidad, quiso ir un día a un sermón que predicaba, en el cual, finalmente, la palabra divina la compungió tanto que, anegada en lágrimas se confesó con el Santo, quien no la impuso más penitencia que rezar el Rosario. Pero la infeliz, vencida del mal

hábito contraído, volvió a recaer. Súpolo el Santo, fue a buscarla, y logró que se confesase otra vez, ayudando el Señor por su parte a la firmeza del propósito con una visión en que le descubrió las penas del infierno y ardiendo en él algunos hombres condenados por culpa suya, al mismo tiempo que le puso delante un libro donde estaban escritos todos sus pecados, cosa que la llenó de espanto; pero valiéndose fervorosamente de la protección de la Virgen, vio también que esta Señora le alcanzaba de Dios tiempo para llorar sus liviandades.

Emprendió, desde luego, una vida muy ajustada; mas como nunca se le apartase de los ojos aquel proceso tan temeroso, empezó un día a decir a la Reina de los Angeles estas palabras: «Madre amantísima, bien sé que he merecido mil veces el infierno; pero ya que misericordiosamente me habéis concedido espacio de penitencia, voy a pedir os otra gracia, aunque no quiero dejar de llorar mis pecados hasta la muerte, y es que dispongáis se borren todos de aquel libro que he visto.» La Virgen Santísima se le apareció, diciéndola que para obtener lo que solicitaba había de tener de allí en adelante memoria continua de sus pecados y de la misericordia que Dios había usado con ella; que se había de acordar frecuentemente de lo mucho que el Señor había padecido por salvarla, y que, en fin, había de pensar cuántos se

habían condenado con menos motivo, revelándole la condenación aquel mismo día de un muchacho de ocho años por un solo pecado grave. Obedeció Benita puntualmente, y mereció que al cabo se le apareciese también Jesucristo nuestro Redentor, y que, mostrándole aquel libro, le dijese: «Ya tus delitos quedan borrados y el libro en blanco. Escribe ahora muchos actos de caridad y demás virtudes.» Hízolo así Benita lo que le restaba de vida; vivió hasta el fin como santa y murió felizmente.

ORACIÓN.

¡Oh dulcísima Virgen! Pues que vuestro empleo es el de interponeros como defensora entre Dios y los pecadores, haced por mí siempre oficio tan amoroso. Y no digáis que es difícil mi causa y no me podéis defender, porque ninguna tuvo mal éxito, por desesperada que fuese, patrocinada por Vos. ¿Y se ha de perder la mía? No, no se perderá. Es cierto que si sólo mirase a lo que merecen mis pecados, temería con gran razón que os negaseis a encargáros de ella; pero como conozco vuestra piedad y el deseo que arde en vuestro benignísimo corazón de ayudar a los desgraciados, nada temo. ¿Quién nunca se perdió que a Vos acudiese? Vos me amparáis, abogada mía, refugio mío, esperanza mía, amada Madre mía. En vuestras manos pongo el negocio de mi eterna salvación. En vuestras manos encomiendo mi alma; Vos la habéis de salvar. No cesaré de bendecir al Señor, porque me da en Vos esta confianza, la cual es tan grande, que, sobrepujando a todos mis méritos, me alienta y asegura de mi salvación.

Un sólo recelo me queda, y es si llegaré a faltar por mi negligencia en esta confianza de hijo que siento en Vos ahora. Para que así no suceda, os pido por el amor que tenéis a nuestro divino Salvador, que conservéis y aumentéis cada día más y más en mi ánimo esta segurísima confianza en vuestra intercesión, por la cual

espero recuperar la gracia que perdi pecando locamente, conservarla con vuestro auxilio poderoso y conseguir después cantar en el Cielo tantas misericordias viendo y gozando a Dios en vuestra compañía por todos los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO VII

VUELVE A NOSOTROS ESOS TUS OJOS MISERICORDIOSOS

Párrafo único. — María Santísima mira con gran compasión nuestras miserias para remediarlas.

Llamó un escritor griego a la Virgen Santísima *la de los muchos ojos*, porque es toda ojos para remediar a los desdichados que vivimos en este valle de lágrimas. Estaban conjurando una vez a un endemoniado, y el exorcista preguntó al enemigo: *Dime, ¿qué hace María?* A lo que respondió: *Baja y sube*; queriendo decir que no hace otra cosa que *bajar* a traer a la tierra beneficios y hacer bien a los hombres, y *subir* al Cielo a presentar nuestras súplicas ante el divino acatamiento. San Andrés Avelino la llamó *Procuradora del Paraíso*, porque se ocupa sin interrupción en *solicitar* las misericordias del Señor y conseguir mercedes para justos y pecadores. *En los justos tiene Dios puestos los ojos*, dice David (Ps. 33, 16); pero la Virgen, en los justos

y pecadores, porque los suyos son ojos de Madre, y la madre no sólo mira que el hijo no caiga, mas cuando cae corre a levantarle.

«Pídeme cuanto quieras», dice a su Madre el Señor, complaciéndose en concederle todo lo que desea por el grande amor que le tiene. ¿Y qué pide María? «Hijo mío, pues que Tú me has destinado para Madre de misericordia, refugio de pecadores y abogada de miserables, y me dices que pida cuanto quiera, pido que uses con ellos de misericordia.» Tanta es la vuestra, Señora, y tanto el cuidado con que atendéis al alivio y remedio de nuestros males, que no parece tenéis en el Cielo otro empleo ni otra solicitud más que ésta. Y como la mayor miseria es de la de los pecadores, sin descanso rogáis por ellos.

Aun en esta vida tuvo siempre para con los hombres un corazón tan amoroso y tierno, que jamás hubo persona tan afligida de sus penas propias como la Virgen de las ajenas. Bien lo mostró en aquellas bodas a donde fue convidada, como dijimos en el capítulo anterior. ¿Y sería motivo para olvidarse de nosotros el verse ahora en el Cielo tan ensalzada? No hay que pensarlo; ni corazón tan piadoso puede nunca olvidarse de miseria tan grande como la nuestra, ni a Ella le alcanza de ninguna manera el proverbio de que *honores mutant mores*, o de que con la gloria se

olvidan las memorias; ingratitud y proceder común entre mundanos, los cuales, si por acaso llegan a subir a puestos altos, se olvidan fácilmente de los amigos que dejan en pobreza. María, no; antes bien, se goza de su gran poder, porque así tiene más proporción de hacer beneficios y socorrer necesidades. El ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA le aplica las palabras que se dijeron a Rut (3, 10): *Bendita seas, porque si fue grande tu primera misericordia, mayor es la de ahora*. Si viviendo en carne mortal eras tan clemente, más lo eres ahora que reinas en el Cielo. Verdaderamente es ahora mayor su misericordia maternal, comparada con la grandeza y continuación de los favores que nos consigue, porque desde el Cielo conoce mejor nuestras faltas y necesidades. Y así como la luz del sol es mucho más resplandeciente que la de la luna, así la piedad de María, ahora que reina en la gloria, excede en mucho a la que tuvo antes. ¿Quién vive en el mundo privado de la luz del sol? Y ¿A quién no alumbra y vivifica la misericordia de María? Por eso se llama *escogida como el sol* (Cant., 6, 9), porque no hay quien quede excluido del calor de este sol.

Se apareció un día Santa Inés a Santa Brígida, y le dijo: «Ahora que nuestra Reina está en el Cielo unida con su Hijo, no se olvida de su innata piedad, sino que a todos, sin excluir a ningún pecador, tiende el manto de su misericordia, y a la manera

que los rayos del sol iluminan todos los cuerpos terrestres y celestes, así no hay persona en el mundo que no participe de su misericordia, si la pide.»

Estaba determinado un gran pecador, en el reino de Valencia, a hacerse turco, por huir de las manos de la Justicia, que le buscaba, y ya iba al embarcadero, cuando, al pasar por una iglesia donde predicaba el Padre Jerónimo López, de la Compañía de Jesús, famoso misionero, entró y, oyéndole, quedó convertido, confesándose con él. Acabada la confesión, le preguntó el misionero si había practicado alguna devoción por la cual hubiese Dios usado con él de tan especial misericordia, y supo que solamente había tenido la costumbre de pedir todos los días a la Virgen que no le abandonase.

En otra ocasión dio en un hospital el mismo Padre con otro pecador que había vivido cincuenta y cinco años sin confesarse, ni otra devoción que hacer reverencia a las imágenes de María Santísima y suplicarle que no le dejase morir en pecado mortal. Había tenido una riña con un enemigo suyo, en la cual se le rompió la espada, y creyéndose ya perdido, volviéndose a la Virgen, le dijo: «Ahora me matan y me condeno; Madre de pecadores, ayudadme»; y apenas acabó estas palabras, sin saber cómo, se halló lejos de allí, en lugar

seguro. Hizo también confesión general, y murió con grande confianza de su salvación.

¡Cuán cierto es que toda se presta a todos! A todos, dice San Bernardo, abre el seno de su misericordia, a fin de que todos reciban: el esclavo, rescate; el enfermo, salud; el triste, consuelo; el pecador, perdón; Dios, gloria, y así *no haya quien carezca de su luz y calor*. ¿Quién no la amará? Dice el ESTÍMULO DE AMOR: Más hermosa es que el sol y más dulce que la miel; es un tesoro inagotable de beneficencia, con todos benigna, con todos cariñosa. Os saludo con todo mi corazón. Señora y Madre mía, luz de mis ojos y vida de mi alma. Perdonadme si digo que os amo; y si no soy digno de amaros, Vos sois dignísima de todo amor.

Santa Gertrudis supo por revelación que siempre que se le dicen devotamente estas palabras de la Salve: *Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos*, no puede menos de inclinarse propicia y acceder a lo que se le pide. ¡Oh Señora!, exclama San Bernardo. Vuestra misericordia llena toda la tierra, y el deseo que tenéis de favorecernos es tan grande, que os dais por ofendida no sólo de los que os injurian abiertamente (como los perversos que en el juego blasfeman de vuestro nombre), sino de todos aquellos que no se acuerdan de Vos para pedir os algunas gracias, enseñándonos así a esperarlas

mayores que nuestros méritos, pues mayores, sin comparación, las dispensáis continuamente.

Predijo el Profeta Isaías (16, 5) que cuando llegase el tiempo de la redención se *alzaría un trono de misericordia*. ¿Y cuál es ese trono?, se pregunta en el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA. Es María, en quien todos, justos y pecadores, hallan consuelo y amparo. Un Señor tenemos lleno de misericordia y una Señora misericordiosísima. El Señor es todo clemencia con los que le invocan, y la Señora, lo mismo. Sentada está en el solio del Reino de Dios, donde el Altísimo la revistió de su autoridad y omnipotencia para que nos dispense todo género de beneficios y nos ayude a conseguir, por último, la eterna salvación.

Mientras le decía una vez Santa Gertrudis con ternísimo afecto: *Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos*, la Virgen le señaló los ojos del Niño que tenía en los brazos, respondiendo así: «Estos son los ojos misericordiosísimos que yo puedo inclinar hacia todos los que me invocan.» Otra vez, llorando a sus pies un pecador y pidiendo que le alcanzase misericordia, vuelta al Hijo, que tenía también en los brazos, le dijo: «¿Y estas lágrimas se han de perder?» No fue así, porque el Señor le perdonó.

Ni ¿cómo ha de perecer ninguno de cuantos se

valgan del amparo de tan buena Madre, estando empeñada en su favor la palabra del Hijo, con promesa de usar con ellos de misericordia? Igual sois en poder y bondad, Madre piadosísima: en poder, para alcanzarnos beneficios, y en bondad, para perdonarnos. ¿Cuándo se dio caso en que no os compadecieseis de algún miserable, siendo como sois Madre de misericordia? O ¿cuándo os faltó poder para socorrerlos, siendo Madre del Omnipotente? ¡Ah, Señora! Con la misma facilidad escucháis ruegos, alcanzáis favores y socorréis miserias. Llenaos, ¡oh Reina felicísima!, de la gloria de vuestro Hijo; llenaos, rebosad, y, no por nuestros méritos, sino de pura compasión, dejad que llegue algo a estos pobres pequeñuelos, hijos y esclavos vuestros. Y para que mis pecados no me desalienten, no me los opongáis porque contra ellos presentaré yo vuestra piedad. No se diga nunca que hayan mis culpas altercado en juicio contra vuestras misericordia, la cual es mucho más poderosa para absolverme que mis pecados para condenarme.

EJEMPLO.

El demonio, disfrazado de mona.

En las *Crónicas de los Padres Capuchinos* se escribe que hubo en Venecia un abogado de fama que había llegado con enredos y engaños a ser hombre rico, sin verse de bueno en él otra cosa que

la costumbre de rezar todos los días una oración a nuestra Señora, la cual bastó, no obstante, para librarle de las penas eternas.

Fue así que habiendo, por fortuna, contraído amistad con un religioso ejemplar, llamado fray Mateo de Basso, logró que un día condescendiese a comer con él. Llegados a casa, le dijo el abogado: «Padre, va a ver usted una cosa que no habrá visto nunca: tengo una mona tan hábil, que es una admiración, porque me sirve de criado, abriendo la puerta, fregando en la cocina, poniendo la mesa y haciendo todos los otros menesteres de la casa.» El capuchino contestó: «Cuidado no sea ese animal algo más que mona; hágala usted venir.» La llaman, la vuelven a llamar, la buscan por todos los rincones, y la mona no parece. Finalmente, la encuentran en un cuarto bajo, escondida debajo de la cama, de donde no quería salir. «Vamos allá nosotros», dijo el Padre. Fueron, y dijo el religioso: «Sal de aquí bestia infernal, y yo te mando, en nombre de Dios, digas quién eres.» A estas palabras habló la mona confesando que era el demonio, que esperaba que aquel hombre desalmado omitiese un día de decir su oración a la Virgen para ahogarlo y arrebatarse su alma a los infiernos, con licencia que para ello tenía de Dios.

Al oír esto el abogado, sobrecogido y temblando, se echó a los pies del siervo de Dios, pidiéndole favor y consejo. El Padre le animó y mandó al

diablo irse al instante de aquella casa sin causar daño, y que sólo para señal dejase abierta una brecha en la pared. Apenas dicho esto, se oyó un estallido y se abrió en la pared un boquete que en mucho tiempo no se pudo tapar por más que se hizo, hasta que, por consejo del mismo Padre, se puso allí una imagen de bulto representando un ángel. El abogado se convirtió, y hasta la muerte se cree que perseveró en la mudanza de la vida.

ORACIÓN

¡Oh Virgen purísima, la más excelente y ensalzada de todas las criaturas! Desde este valle oscuro y hondo os saluda humildemente un pecador que, por haber sido infiel a Dios, conoce no merecer misericordia y gracia, sino justicia y pena; aunque, por otra parte, no desconfía de vuestra piedad, porque sabe que os preciáis de ser tanto más benigna cuanto más poderosa; que os alegráis de ser rica para enriquecer nuestra pobreza, y que a proporción que son más desvalidos los que vienen a pedir a vuestras puertas, más pronto los amparáis y socorréis.

Madre mía. Vos llorasteis amargamente viendo a vuestro Hijo muerto por mí. Os pido que le presentéis aquellas lágrimas, para que por ellas me conceda un verdadero dolor de mis pecados. Si tanto fue lo que os afligieron los pecados de los hombres, y especialmente los míos, haced que cesen ya los disgustos dados al Señor y a Vos. ¿De qué me servirían lágrimas tan preciosas, si continuase siendo tan ingrato y perverso? ¿De qué me aprovecharía vuestra misericordia, si de nuevo hubiese de ser infiel y condenarme? No lo permitáis, Madre mía. Vos habéis respondido por mí; Vos alcanzáis de Dios cuanto pedis; Vos escucháis los ruegos de todos. Con esta confianza, dos favores os pido en este día, y los dos espero de vuestra bondad: el uno, ser en adelante fiel al Señor, sin más ofenderle, y el otro, amarle ardientemente tanto como le ofendí, sin dejarle de amar mientras me dure la vida, para amarle después por todos los siglos.

CAPITULO VIII

Y DESPUÉS DE ESTE DESTIERRO. MUÉSTRANOS A JESÚS.
FRUTO BENDITO DE TU VIENTRE.

1º — *María libra del infierno a sus devotos.*

Es imposible que ningún devoto de María Santísima se condene, si él procura obsequiarla y encomendarse a su patrocinio. Parecerá, tal vez, a primera vista, mucho decir; pero suplico no deseche nadie mi aserción antes de hacerse cargo de las razones.

El afirmar que un devoto de nuestra Señora no es posible que se condene, no se ha de entender de aquellos que abusan de esta devoción para pecar más libremente; por lo que hacen bien algunos en desaprobar con celo falso lo mucho que ensalzamos la piedad de María para con los pecadores, pareciéndoles que así los malos toman alas para más pecar, cuando lo primero que decimos es que éstos no tienen que lisonjearse; antes bien, por su temeridad y loca presunción, merecen castigo. no

misericordia. Se entiende, pues, de aquellos devotos que, con el deseo de la enmienda, juntan la fidelidad en obsequiar y encomendarse a la Madre de Dios. De éstos afirmo que, moralmente hablando, no es posible que se condenen: proposición enseñada por muchos y graves teólogos. Y para ver el fundamento sólido en que se apoyaron, examinemos lo que en esta materia habían enseñado antes los Santos y Doctores sagrados.

Lo dice San Anselmo terminantemente, y éstas son sus palabras: «¡Oh Virgen benditísima! Tan imposible es que se salve el que de Ti se aparta, como que perezca el que se vale de Ti.»

Casi con las mismas expresiones lo confirma San Antonino, diciendo: «Así como es imposible que se salve ninguno de cuantos la Virgen desvía sus ojos de misericordia, así necesariamente se salvan todos aquellos en quienes los ponga abogando por ellos.» Nótese de paso la primera parte de la proposición sentada por estos Santos, y tiemblen los que no hacen caso o dejan por descuido la devoción de María, pues vemos que aseguran resueltamente no haberse de salvar ninguno a quien esta Señora no proteja; sentencia que, además, sostienen otros muchos Doctores, como el autor de la BIBLIA MARIANA, que dice: «Señora, el linaje que no te sirviere, perecerá.» El SALTERIO MARIANO añade que «los que no le son devotos morirán en pecado», y en otra parte, que

«quien no la invoque en esta vida no entrará en el Reino de los Cielos». Y exponiendo el salmo 99, llega a decir que «ni esperanza tendrán de salvación aquellos a quienes María vuelve las espaldas»; doctrina que mucho antes había enseñado San Ignacio, Mártir, diciendo claramente que «ningún pecador se puede salvar sino por medio de la Virgen, la cual, con su intercesión poderosa, salva a muchísimos que de rigor de justicia se hubieran condenado». Algunos dudan que estas palabras sean de San Ignacio; pero, a lo menos, las hizo suyas San Juan Crisóstomos, en cuyo sentido le aplica la Iglesia lo que se dice en los *Proverbios* (8, 36): «*Todos los que me aborrecen hallarán la muerte. El que me halle, hallará la vida*; porque todos los que naveguen fuera de esta nave segura perecerán en el mar del mundo.» «Al contrario, dice María (*Eccli.*, 24, 30), *el que me oye no será confundido*»; respondiendo a lo cual le dice el SALTERIO MARIANO: «Sí, señora; quien se aventaje en obsequiaros estará muy lejos de la perdición», y otro Santo añade que «ningún devoto suyo acabará mal, por más que en lo pasado haya ofendido a Dios».

Ahora conoceremos el motivo que el demonio tiene para afanarse tanto con los pecadores a que, perdida la divina gracia, pierdan también la devoción de María Santísima. Viendo Sara (*Gen.*, 21, 9) que su hijo Isaac, jugando con Ismael, hijo de la esclava, aprendía malas costumbres, dijo a su

marido Abrahán que le echase de casa juntamente con Agar, su madre. No se contentó con que Ismael saliese, si no salía también la madre, temiendo que el mozo viniese a verla, y con aquella querencia no se despegase nunca de la casa. De esta suerte, el demonio no se contenta con que el alma eche de sí a Jesucristo si no despacha también a la Madre, porque teme que la Madre, con la eficacia de su intercesión, le vuelva a traer; temor bien fundado, porque todo el que sea constante en obsequiarla, pronto recobrará la gracia de Dios. Por eso llamaba San Efrén a la devoción a María *Carta de Libertad* o *Salvoconducto* para librarse del infierno. Y realmente, teniendo para salvarnos tanto poder y voluntad, según la doctrina de San Bernardo; poder, porque es imposible que sus ruegos dejen de ser oídos; voluntad, porque es nuestra Madre y desea que logremos la salvación mucho más que nosotros mismos; ¿cómo se ha de perder ninguno que fielmente le sea devoto? Podrá estar en pecado; pero si, con deseo de la enmienda, sigue encomendándose a Ella, queda a su cuidado el alcanzarle luz, arrepentimiento y verdadero dolor, perseverancia en la virtud, y al fin morir en gracia. ¿Qué madre, pudiendo fácilmente librar a un hijo del cadalso sólo con hablar al juez, no lo haría? ¿Y hemos de imaginar que la Madre más amorosa y tierna que jamás vio el mundo no librará de la muerte eterna a un Hijo suyo, pudiéndolo hacer tan fácilmente?

Demos al Señor gracias incesantes, piadoso lector, si sentimos en nosotros este afecto y confianza filial para con la Reina de los ángeles, pues que, según afirma un escritor griego, es gracia que Dios concede solamente a los que quiere salvar; y oigamos sus propias palabras, que alientan sobre manera los corazones: «¡Oh Madre de Dios! Si consigo verme bajo vuestra protección y amparo, no tengo que temer, porque el ser devoto vuestro es señal segura de salvación, y Dios no la concede sino a los que determina salvar.»

No es extraño, pues, que esta dichosa devoción desagrade tanto al enemigo de nuestras almas. Se lee en la vida del Padre Baltasar Alvarez, de la Compañía, devotísimo de la Virgen, que estando en oración y sintiéndose acosado de tentaciones impuras, oyó cerca al enemigo, que le afligía, diciéndole: «Deja tú la devoción de María y dejaré yo de tentarte.»

Y a Santa Catalina de Sena fue revelada la verdad que vamos aquí probando. Díjole el Señor: «Por mi bondad, y en reverencia al misterio de la Encarnación, he concedido a María, Madre de mi unigénito Hijo, la prerrogativa de que ningún pecador, por grande que sea, que se le encomiende devotamente, llegue a ser presa del fuego del infierno.»

Aun el profeta David (*Ps.*, 25, 8), dicen los intérpretes, pedía que Dios le librara de las penas

eternas por el honor y gloria de María, clamando así: *Señor, bien sabes que amé la hermosura de tu casa; no se pierda mi alma con la de los impíos.* Dice tu casa, significando a María, que es aquella casa hermosísima que en la tierra fabricó Dios por su mano para habitar y recrearse en ella hecho hombre, como está registrado proféticamente en los *Proverbios* (9, 1) por estas palabras: *La Sabiduría edificó una casa para Sí.* No se perderá, nos asegura otro escritor mariano, quien procure ser devoto de esta Madre Santísima; apoyándolo el **SALTERIO MARIANO** cuando le dice: «Señora, vuestros amantes en esta vida gozan paz envidiable, y en la otra no verán la muerte eterna.» No; jamás se ha visto ni se verá que un siervo humilde y amante de María se pierda para siempre.

¡Cuántos se hubieran perdido por toda la eternidad si esta Señora no hubiese mediado con su Hijo Santísimo, alcanzándoles misericordia! Más llegan a decir no pocos teólogos, y especialmente Santo Tomás: dicen que ha habido muchos casos de personas muertas en pecado mortal, y que, no obstante, por ruegos de María, Dios suspendió la sentencia de condenación y les permitió volver a la vida para que hiciesen penitencia de sus pecados. Entre otros graves autores, Flodoardo, que vivió en el siglo X, cuenta en su *Crónica* que un diácono, por nombre Aldemán, estando ya para ser puesto en la sepultura, resucitó, y declaró haber visto el lugar

que le esperaba en el infierno, pero que, interponiéndose la Virgen Santísima, le había conseguido la gracia de volver al mundo para hacer penitencia. Surio refiere que la misma Señora alcanzó gracia igual a un vecino de Roma llamado Andrés, muerto impenitente. — Pelbarto escribe también que, pasando en su tiempo por los Alpes con un ejército el emperador Segismundo, oyeron que de un esqueleto salía un grito pidiendo confesión y añadiendo que la Virgen María, con quien en vida tuvo devoción, siendo soldado, le había conseguido vivir en aquellos huesos hasta que se confesase. Se confesó y murió.

Estos y otros ejemplos no deben servir a ningún temerario de motivo para seguir pecando, con la esperanza de que la Virgen le libraré también del infierno; porque así como sería gran locura echarse de cabeza en un pozo esperando que la Virgen había de impedir la muerte, por haberlo hecho alguna vez, mucho más lo sería el aventurar la salvación eterna con la vana presunción de que le libraré del infierno. Para lo que sirven los ejemplos referidos es para avivar la confianza, considerando que, si fue su intercesión tan poderosa que llegase a librar de las penas eternas alguno que otro muerto en pecado, incomparablemente más eficaz será en favor de aquellos que en vida recurren a Ella y la sirven fielmente, como deseo de enmendarse y mudar de vida.

Animados con esto, acojámonos bajo las alas de su misericordia, diciéndole con San Germán: «¡Oh Madre, oh esperanza, oh vida de los cristianos! Sin Vos, ¿qué sería de nosotros?» — Señora, aquel por quien pidáis una vez no verá los suplicios eternos. Si cuando sea llamado a juicio, dice Ricardo de San Víctor, abogáis por mí como Madre de misericordia, saldré absuelto.» Añadamos con el Beato Susón: «Si el Juez quiere condenarme, pase la sentencia por vuestras manos», porque en manos tan piadosas se impedirá la ejecución. Concluamos repitiendo con el **SALTERIO MARIANO**: «En Vos espero, Señora, no seré confundido, sino salvo en el Cielo, donde os veré, alabaré y amaré para siempre.»

EJEMPLO.

Diversa suerte de dos estudiantes calaveras.

Refiere el P. Alonso Andrade que en una ciudad de Flandes, el año 1604, había dos estudiantes que, en lugar de estudios y libros, pasaban el tiempo en francachelas y deshonestidades. Habían ido una noche, después de otras muchas, a casa de una mala mujer, en donde, vueltose a la suya el uno de ellos, que se llamaba Ricardo, se quedó el otro. Ricardo, al desnudarse para dormir, se acordó que aún no había rezado un **Avemaría** que todos los días tenía costumbre, y haciéndose fuerza, al fin rezó, aunque de mala gana, sin

atención y medio dormido. Al primer sueño, siente de pronto dar en la puerta un golpe muy fuerte, y, sin abrir, ve entrar a su compañero en figura espantosa. «¿Quién eres?», le preguntó. «Pues ¿no me conoces?», dijo el otro. «Tan trocado y deforme te veo, que pareces un diablo.» «¡Infeliz de mí! Estoy condenado.» «¿Cómo?» «Has de saber que al salir de aquella casa infame vino el demonio y me ahogó, quedando mi cuerpo tendido en la calle y bajando a los infiernos mi alma. Sepas también que a ti te aguardaba la misma suerte; pero por el Avemaría que rezaste te ha librado la Virgen. ¡Afortunado de ti, si te sabes aprovechar de este aviso que te da por mi medio!» Dicho esto, se destapó, mostrando las llamas y serpientes enroscadas que le atormentaban, y desapareció. Entonces Ricardo se tiró al suelo, y con llantos y gritos daba gracias a nuestra Señora de tan grande misericordia, prometiendo muy de veras mudar de vida, cuando, oyendo tocar a maitines en el convento de San Francisco, exclamó: «Esta es la voz de Dios que me llama a hacer penitencia», y sin más dilación se fue desde allí a pedir con instancia el santo hábito. Entonces les contó el caso, y para cerciorarse de la verdad fueron dos a la calle que decía, donde, en efecto, encontraron el cadáver de su amigo, ahogado y más negro que un carbón. Con esto lo admitieron, y vivió en la religión, haciendo siempre vida muy ejemplar. Fue a las Indias a predicar la fe, y de allí al Japón, en el cual

tuvo la dicha de ser quemado y morir mártir de Jesucristo.

ORACIÓN

¡Oh dulce Madre mía, en qué abismo de males tan profundo hubiera yo caído si Vos, teniéndome con vuestra mano piadosa, no lo hubieseis estorbado! ¡Cuántos años ha que ardería en las penas eternas si no lo hubieseis impedido con vuestros ruegos poderosos! Mis pecados lo merecían, y la justicia de Dios estaba ya para descargar el golpe; los enemigos y verdugos esperaban la sentencia, y Vos acudisteis a defenderme sin ser de mí llamada. ¡Oh libertadora de mi alma! ¡Con qué os podré pagar beneficio tan grande, amor tan generoso? Más hicisteis, que fue vencer la dureza de mi corazón llamándome a Vos y animándome a confiar en vuestra clemencia. Después, ¡cuántas veces hubiera de nuevo caído en mil precipicios sin el sostén de vuestra mano clementísima! Seguid así, esperanza mía, consuelo mío, Madre mía, a quien amo más que a mi corazón; seguid preservándome de aquellas llamas eternas, y primero del pecado mortal, en que puedo volver a caer.

No permitáis que haya de blasfemar de Vos en el infierno. Y pues que os amo, ¿cómo podrá sufrir vuestra bondad verme condenado? Alcanzadme la gracia de no ser por más tiempo desagradecido a Vos y a Dios, que por amor vuestro me ha dispensado tantas mercedes. ¿Qué me decís, Señora? ¿Me salvaré? Sí, nunca os dejo, sí. Pero, ¿cómo tendré valor para dejaros? ¿Cómo podré olvidarme del amor que me habeis demostrado? Después de Dios, sois todo el amor de mi alma. Os amo ahora, y espero amaros en tiempo y eternidad, y el amaros será toda mi dicha, porque sois la criatura más hermosa, más dulce y más amable de cuantas hubo ni habrá jamás.

2.ª — Maria alivia a los suyos las penas del purgatorio y les saca de ellas.

Muy felices son los devotos de esta Madre clementísima, porque, además de socorrerlos en

esta vida, los asiste y consuela en el purgatorio, y aun allí con más amor y misericordia, por la mayor necesidad en que ve aquellas almas, sin poderse aliviar a sí mismas ninguna parte del rigor de sus penas. Dice San Bernardino de Sena que en aquella cárcel donde penan las esposas de Jesucristo tiene María dominio y jurisdicción especial para darles alivio y también para sacarlas. Sobre aquellas palabras del *Eclesiástico* (24, 8): *Me paseé sobre las olas del mar*, dice el mismo Santo: *Olas* se llaman las penas del purgatorio, porque pasan, a diferencia de las del infierno, que nunca pasarán; y se llaman olas del mar, o de amargura, porque realmente son muy amargas. Pero en medio de ellas son muchas veces confortados y recreados por la Virgen Santísima sus devotos afligidos. Por donde se podrá conocer cuánto nos importa tenerle devoción durante la vida, pues, aunque socorre a todos los que allí sufren, siempre los más allegados participan más del sufragio y alivio.

Dijo una vez a Santa Brígida la misma Señora: «Yo, como Madre, cuidado he de los que padecen en el purgatorio, aliviándoles de hora en hora sus penas.» Ni aun tiene a menos visitar algunas veces personalmente aquella prisión de justos, llevándoles siempre algún alivio y consuelo, según aquello del *Eclesiástico*: *Yo penetré en lo profundo del abismo*.

¿Qué otro mejor consuelo podrán allí tener sino

esta Madre de misericordia? Al modo que un enfermo postrado en la cama y abandonado de todo el mundo, si oye una palabra de esperanza y mejora, se alienta y recrea, así sólo con oír ellas vuestro dulcísimo nombre se confortan y regocijan, y por eso no cesan de llamaros, y Vos, como Madre amorosa, cada vez que los escucháis unís a sus clamores vuestros ruegos eficacísimos, los cuales les sirven como de rocío refrigerante con que se mitigan sus vivísimos ardores.

Pero, además de aliviarlas y consolarlas, Ella, por su mano, les suelta las prisiones y las saca libres de aquel lugar de tormentos. Desde el día de su triunfante Asunción a los Cielos, en que dejó aquella cárcel vacía, como escriben respetables autores, quedó en posesión de libertar a todos sus siervos, rogando por todos y aplicándoles sus altísimos merecimientos, con que se les aligera la pena y se les abrevia el tiempo de padecer.

Refiere San Pedro Damián que una mujer difunta, llamada Marozia, se apareció a una amiga suya, y le dijo que el día de la Asunción de la Virgen la sacó esta Señora del purgatorio con las demás almas detenidas en él, cuyo número superaba al de todos los habitantes del pueblo romano; y San Dionisio Cartujano dice que en las fiestas de su Natividad y de la Resurrección baja la divina Señora, acompañada de la celestial milicia, y saca muchísimas de aquellas almas; y se puede

creer que ésta es gracia que hace en todas sus festividades.

Bien sabido es lo que prometió la misma Virgen al Papa Juan XXII. Apareciéndosele, mandó decir a todos los que llevasen su escapulario del Carmen que el sábado inmediato al de la muerte de cada uno saldrían libres de las penas del purgatorio. Y así lo declaró el mismo Sumo Pontífice en la bula que a este fin expidió, confirmada por sus sucesores Alejandro V, Clemente VII, Pío V, Gregorio XIII y Paulo V, el cual, en una suya, dada el año 1612, dice; «Que el pueblo cristiano puede piadosamente creer que la Santísima Virgen, con su continua intercesión, méritos y protección especial, ayudará después de la muerte, y principalmente el día de sábado (que la Iglesia le consagra), las almas de los hermanos de las Cofradías del Carmen que hayan salido de este mundo en gracia de Dios, habiendo vestido su escapulario, guardado castidad, conforme al estado de cada uno, y rezado el Oficio Parvo de la misma Virgen, o que, de no haber podido, hayan observado, a lo menos, los ayunos de la Iglesia, y abstenídose los miércoles de comer carne, menos el día de Navidad.» Y en el Oficio de la misma fiesta del Carmen decimos que, según la piadosa creencia de los fieles, la Virgen, con afecto de Madre, consuela y saca muy pronto de aquella penosa cárcel a los que estuvieron agregados a su Cofradía.

¿Por qué también nosotros no hemos de esperar este mismo favor, si le somos devotos? ¿Por qué, si la servimos con amor filial, no creeremos que, en acabando de morir, lleve nuestras almas al Cielo, sin pasar por el purgatorio, como lo prometió al Beato Godofredo, mandándole decir, por un religioso, llamado Fray Abundio: «Di a Godofredo que se adelante en la virtud y sea muy siervo mío y de mi querido Hijo, y cuando su alma salga del cuerpo, no la dejaré que pase por las penas del purgatorio.» Finalmente, por lo que hace a los sufragios, si deseamos aliviarla, pidamos a nuestra Señora por ellas en todas nuestras oraciones, ofreciendo siempre por su alivio y descanso el santo Rosario, que les sirve grandemente, como veremos en el ejemplo que vamos a referir.

EJEMPLO.

Alejandra se salva por el Rosario.

Cuenta el P. Eusebio Nieremberg que en una ciudad del reino de Aragón vivía una doncella, por nombre Alejandra, a la cual, por su hermosura y nobleza, pretendían dos jóvenes principales. Vinieron a las manos un día, y ambos quedaron muertos en la calle; y por haber ella sido la ocasión, fueron a su casa los parientes, la degollaron y arrojaron su cabeza a un pozo. Pocos días después, pasando por aquel sitio el patriarca Santo Domingo, inspirado de Dios, se arrimó al pozo, y dijo:

«Alejandra, sal fuera»; y he aquí que aparece viva en el brocal la cabeza de Alejandra, pidiendo confesión. El Santo la confiesa y le da también la sagrada Comunión, todo a vista del gran concurso de gentes que habían acudido a ver tan gran maravilla. Después le mandó que publicase por qué había Dios usado con ella misericordia tan señalada. Respondió la joven que cuando le cortaron la cabeza estaba en pecado mortal; pero por la devoción que había tenido de rezar el Rosario, la Virgen le había conservado la vida. Dos días permaneció la cabeza hablando a la orilla del pozo, al cabo de los cuales fue destinada el alma al fuego del purgatorio; mas pasados otros quince, se apareció al mismo Santo más hermosa y resplandeciente que el sol, y le declaró que uno de los sufragios más eficaces que tienen las benditas ánimas es el santo Rosario ofrecido por ellas, por lo cual, agradecidas, luego que llegan a verse en la presencia de Dios, piden por las personas que les aplicaron esta oración poderosa. Dicho esto, vio el glorioso Santo Domingo entrar aquel alma llena de regocijo en la mansión de la eterna bienaventuranza.

ORACIÓN

¡Oh Sacratísima Reina de los ángeles. Madre de Dios y Señora nuestra, la más excelente y amable de todas las criaturas! Cierto es que hay en el mundo muchos que ni os aman ni os conocen, mas en el Cielo tenéis millares y millares de ángeles y Santos que os aman y alaban incesantemente. También en la tierra se encuentran almas

felices, enardecidas en vuestro amor y prendadas de vuestra bondad. ¡Oh si yo os amase igualmente! ¡Si de continuo estuviese pensando en cómo serviros mejor y ensalzaros y veneraros, procurando mover a otros al mismo amor y veneración!

El Eterno se enamoró de vuestra incomparable hermosura, con tanta fuerza, que le hizo como desprenderse del seno del Padre y escoger esas virginales entrañas para hacerse Hijo vuestro. ¿Y yo, gusanillo de la tierra, no he de amaros? Sí, dulcísima Madre mía, quiero arder en vuestro amor y propongo exhortar a otros a que os amen también. Aceptad mis deseos y ayudadme a lograrlos. Sé que a vuestros amantes los mira Dios con particular benevolencia, no deseando nada tanto, después de la dilatación de su gloria, como veros amada, honrada y servida de todo el mundo. Con este convencimiento procuraré amaros más y más, y esperaré de Vos toda mi dicha. Vos me habéis de conseguir el perdón de mis pecados; Vos, la perseverancia final; Vos me habéis de asistir a la hora de mi muerte; Vos me habéis de sacar de las penas del purgatorio, y Vos habéis de llevar mi alma en vuestros brazos maternales hasta presentarla ante el trono de la Santísima Trinidad. Todo esto esperan vuestros hijos de Vos, y ninguno de ellos queda jamás burlado. Pues lo mismo espero yo, que os amo con todo mi corazón y, después de Dios, sobre todas las cosas.

3.ª — *María lleva sus siervos a la gloria.*

Prenda segura de salvación tienen todos los siervos de María. Pone en su boca la santa Iglesia estas palabras del libro del *Eclesiástico* (24, 11): *En todas las cosas busqué dónde reposar, y en la heredad del Señor fijé mi morada.* ¡Dichosos aquellos en cuya morada halle María su descanso! Porque siendo tan extremado el amor que nos tiene, y procurando de mil maneras arraigar en nuestros corazones su devoción, muchos, o la desechan o no la conservan. ¡Dichoso el que abra su pecho a tan

dulcísima devoción, y allí la mantenga viva y ferviente! Dice la Virgen que *habitará en la heredad del Señor*, los cuales la han de ver y bendecir eternamente en el Cielo. Prosigue diciendo las palabras siguientes, en el lugar citado: *Mi criador descansó en mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob, ten tu herencia en Israel y echa raíces entre mis escogidos*. O más claramente: «Mi criador tuvo a bien de morar en mi seno, y quiso que Yo habitase en los corazones de todos los escogidos (herencia de la Virgen y figurados en Jacob), y dispuso que estuviese radicada en todos los predestinados la devoción y enseñanza en Mí.»

¡Cuántos de los bienaventurados no estarían en el Cielo si María, con su poderosa intercesión, no les hubiese obtenido la felicidad! *Yo hice que naciese en el Cielo el sol indeficiente* —añade la divina Señora—. Tantos soles brillantes como son mis devotos, por Mí resplandecen en la gloria y resplandecerán eternamente. Sí, porque a todos los que confían en su protección, dice el SALTERIO MARIANO, se les han de abrir de par en par las puertas eternas.

A Vos, Señora, están fiadas las llaves y tesoros del Cielo, y por esta razón clamamos de continuo, diciendo: «Abridnos, Virgen piadosísima, esas puertas eternas, pues tenéis en la mano las llaves, o, por mejor decir, Vos sois la puerta, que así os lo dice la Iglesia santa: *Janua coeli, ora pro nobis.*»

Estrella del mar la llamamos también, porque así como guiados por la estrella dirigen al puerto el rumbo los navegantes, así, dice Santo Tomás a los cristianos, es la Virgen guía, con dirección al Cielo. Igualmente, San Pedro Damián la llama *escala* por donde bajó Dios a la tierra y nosotros subimos a Dios. Dios *la llenó de gracia* para que fuese camino seguro por donde subiésemos al monte de la gloria. Felices aquellos que os conocen, ¡oh Madre dulcísima!, porque el conocerlos y publicar vuestras grandezas y virtudes es ir por el sendero de la vida eterna.

Leemos en las *Crónicas* de la religión de San Francisco que una vez fray León vio una escala de color encarnado, en que estaba nuestro Señor Jesucristo, y otra de color blanco, en que estaba la Virgen. Empezaron algunos religiosos a subir por la primera, y a los pocos peldaños caían al suelo; volvían a subir, y volvían a caer. Entonces oyeron que los animaban a subir por la otra, y así lo hicieron con toda felicidad, porque la Virgen les iba dando la mano, con lo cual llegaban todos arriba.

Pregunta Dionisio Cartujano: ¿Quiénes son los que se salvan? Y responde: Aquellos por quienes esta Señora benignísima interpone la autoridad de sus ruegos. Ella misma lo asegura (*Prov.*, 8, 15): *Por Mí reinan los reyes: por Mí, las almas reinan*

primero en esta vida mortal, enseñoreándose de sus pasiones, y después reinan eternamente en el Cielo, donde todos son reyes. Es en el Cielo árbitra y Señora, porque la prerrogativa de Madre le da pleno derecho para mandar todo lo que quiere y dar a cuantos quiere entrada en aquellos gozos eternos. Y aún se puede con verdad añadir que les tiene ya de antemano asegurada tan grande felicidad, pudiendo vivir tan ciertos de poseerla, supuesta la perseverancia, como si ya la hubiesen conseguido. Servir a María y pertenecer a su corte es el honor más alto que nos puede caber. Servir a la Reina del Cielo es ya reinar en el Cielo; vivir a sus órdenes vale mil veces más que reinar en la tierra; así como está fuera de toda duda que los que no la sirven no se salvarán, porque privados del favor de la Madre, los abandona el Hijo y toda la corte celestial.

Bendita y ensalzada sea la bondad infinita de nuestro Dios, que la tiene allí constituida por abogada nuestra, para que, como Madre del Supremo Juez y Madre de misericordia, intervenga, con eficacia, en el negocio de nuestra salvación. Oíd, gentes, dice el SALTERIO MARIANO, vosotros los que deseáis veros salvos, servid y honrad a María, y lo seréis seguramente. Y los que, por criminales, habéis merecido las penas del infierno, confiad también si empezáis a servirla. ¡Cuántos pecadores, esforzándose, hallaron por su medio a

Dios y se salvaron! Dice San Juan (*Apoc.*, 12, 1) que la vio *coronada de estrellas*. Y en el Cántico de los Cánticos (4, 8) parece indicarse que su corona eran despojos de fieras bravas, como leones y leopardos. ¿Cómo se entiende esto? Estas fieras son los pecadores, convertidos por su intercesión como en estrellas de gloria, más hermosas y dignas de ceñir aquellas sienes soberanas que todos los astros del pabellón del Cielo.

Haciendo en cierta ocasión la novena de la Asunción, una sierva de Dios pidió a nuestra Señora la conversión de mil pecadores; pero después, temiendo que fuese la súplica demasiado atrevida, se le apareció la misma Señora y la corrigió, diciendo: «¿Por qué temes? ¿No tengo Yo poder para alcanzarte de mi Hijo la conversión de mil pecadores? Ya tienes concedida la gracia.» Y en seguida la llevó en espíritu al Cielo, donde le mostró innumerables almas que, habiendo merecido el infierno, estaban, por su protección poderosa, gozando de la eterna bienaventuranza.

Verdad es que nadie en esta vida puede tener certeza de haberse de salvar. Pero, como dice el **SALTERIO MARIANO**, acudamos a María, arrojémosnos a sus pies, y no los dejemos hasta que nos dé su bendición, que si nos bendice serenos salvos. Basta, Señora, que Vos queráis, para que nos salvemos, y necesariamente, como aseguran los Santos.

Con razón predijo la celestial Señora (*Lc.*, 1, 48) que *la llamarían bienaventurada todas las generaciones*, pues por su medio, dice San Ildefonso, han de alcanzar la bienaventuranza todos los escogidos. Sois, en realidad, Madre amantísima, dice San Metodio, principio, medio y fin de nuestra dicha; principio, porque nos alcanzáis perdón de los pecados; medio, porque nos conseguís el don de la perseverancia, y fin, porque nos lleváis a las moradas del eterno descanso. Vos abristeis las puertas del Cielo. Vos cerrasteis las del abismo. Vos nos recobrasteis la felicidad, y por Vos se dio la vida eterna a los desventurados, merecedores de eterna perdición.

Pero mayormente debe animarnos a esperar esto la dulce promesa con que estimula la misma Virgen a todos los que la honren en este mundo, y en particular a los que de obra o de palabra procuren, según sus fuerzas, darla a conocer y venerar. *Los que se guían de Mí no pecarán; los que me dan a conocer alcanzarán la vida eterna* (*Eccli.*, 24, 30). ¡Afortunados los que con preferencia lleguen a merecer su favor! A éstos ya los reconocen por compañeros los cortesanos celestiales, y como que llevan en sí la marca de siervos de María, ya sus nombres están inscritos en el libro de la vida.

¿De qué sirve, pues, inquietar la conciencia con las disputas de las Escuelas sobre si la predestina-

ción es antes o después de haber previsto Dios los méritos de cada uno, o con la duda de si nuestros nombres estarán o no escritos en aquel libro? Sin duda, estarán escritos si de María somos siervos verdaderos y estamos guarecidos a la sombra de su protección. Porque aseguran los Santos que sólo a los que Dios quiere salvar les da como prenda y gracia especialísima la devoción a su Madre, conforme lo que parece prometió por boca de San Juan (*Apoc.*, 3, 12), en estos términos: *El que venciere, llevará escrito de mi mano el nombre de Dios y el de la Ciudad de Dios.* Y los Santos Padres declaran que la Ciudad de Dios es María Santísima.

Cosas gloriosas se han dicho de Ti, Ciudad de Dios (Ps. 83, 3). Bien podemos decir con San Pablo (*2 Tim.*, 2, 19) *que a los que tengan este signo los reconocerá Dios por suyos;* siendo la devoción a su Madre señal tan evidente de predestinación, que el sólo rezar devota y frecuentemente la salutación angélica o el Rosario cada día se tiene por indicio muy grande de salvación. Sus siervos, añade el Padre Nieremberg, no sólo se ven más privilegiados y favorecidos en esta vida, sino que serán más honrados y aventajados en la gloria, llevando allá vestida una librea y divisa particular mucho más preciosa y elegante que los demás gloriosos cortesanos, con que se distingan por familiares de la Reina del Cielo y servidumbre de su corte, según

aquello de los *Proverbios* (31, 31): *Todos los de su casa visten doble vestidura.*

Vio Santa María Magdalena de Pazzis en medio del mar una navecilla en que iban todos los devotos de la Virgen, y la celestial Princesa, haciendo el oficio de piloto, con la proa derecha al puerto; entendiendo la Santa que las personas que viven bajo la protección de María, en medio de los peligros de esta vida, quedan a salvo del pecado y del infierno, porque los guía la misma Virgen con toda seguridad al puerto de bonanza, que es la gloria eterna. Entremos, pues, en esta barca feliz; acojámonos al manto de María, y así nos salvaremos indefectiblemente, pues que la Iglesia le dice así: «¡Oh Santísima Madre de Dios!: todos cuantos han de participar de las delicias celestiales habitan en Vos y están amparados a vuestra sombra maternal.»

EJEMPLO.

Tomás, monje, oye cantar a la Virgen.

Cuenta Cesáreo que un monje cisterciense, llamado Tomás, devotísimo de la Reina de los ángeles, deseaba y pedía ardientemente verla una vez. Salió una noche al jardín, y poniéndose a mirar al Cielo y exhalar suspiros abrasados, ve de improviso bajar una virgen muy hermosa y resplandeciente, que le preguntó: «Tomás, ¿quieres oír cómo canto?» «Sí, por cierto», respondió él; y

aquella virgen cantó con tal dulzura, que el devoto religioso se imaginaba hallarse en el Paraíso. Acabado el canto, desapareció, dejándole con gran deseo de saber quién fuese, cuando he aquí otra virgen hermosísima, que igualmente se puso a cantar. Ya no se pudo contener, y le preguntó quién era. «La otra que viste — le fue respondido — fue Catalina, y yo soy Inés, ambas mártires de Jesucristo y enviadas a consolarte por nuestra Señora. Dale muchas gracias, y disponte a recibir favor mucho más alto.» Dicho esto, desapareció; pero el religioso quedó con gran esperanza de ver finalmente a la Reina del Cielo. No esperó mucho tiempo, porque de allí a poco vislumbra una clarísima luz, siente rebosarle el pecho de alegría y ve aparecer en medio de resplandores a la Madre de Dios, rodeada de ángeles, incomparablemente más hermosa que las dos vírgenes anteriores, y le dice: «Siervo e hijo amado mío, me complazco en el amor con que me sirves, y accedo a tu súplica. Veme aquí. Quiero que oigas también mi canto.» Comenzó a cantar aquella boca dulcísima, y fue tanta la suavidad, que el afortunado religioso, de gozo, perdió el sentido y cayó en tierra. Tocarón a maitines, y no viéndole comparecer en el coro le buscaron por todas partes y finalmente le hallaron como muerto en el jardín. Le mandó el superior decir lo que le había sucedido, y viéndose obligado por obediencia, contó con humildad la visita y favor que había recibido de la Reina del Cielo.

ORACIÓN

¡Oh Reina soberana, Madre del amor santo!, pues que sois la más amable y de Dios la más amada entre todas las criaturas, permitid que os ame también este pecador, aunque el más ingrato y despreciable de todos los pe adores, el cual, viéndose por gracia vuestra libre de los tormentos eternos y colmado de favores, sin ningún merecimiento suyo, ha colocado en Vos toda su afición y esperanza. Os amo, Señora, y quisiera exceder en el amor a los Santos que os amaron más. Quisiera dar a conocer a todos los que no tienen noticia de Vos cuán digna sois de ser amada, para que todos a una os amasen y bendijesen, y, si fuere necesario, tendría por fortuna grande dar la vida en defensa de vuestra virginidad, de la prerrogativa de Madre de Dios o del misterio de vuestra Concepción Inmaculada.

¡Oh amantísima Madre mía!, séaos agradable la sinceridad de mis afectos, y no permitáis que un siervo y amante vuestro tenga en adelante enemistad con Dios, a quien Vos tanto amáis! ¡Cuán desdichado fui en haber vivido algún tiempo en desgracia suya! Pero entonces no os amaba, ni hacía por ser de Vos amado. Ahora, de ninguna cosa tengo deseo, después de la gracia de Dios, como de merecer vuestro amor, no desconfiando de alcanzar, al fin, esta dicha, a pesar de mis culpas, porque sé que vuestra benignidad llega hasta el extremo de amar con ternura a los pecadores que os aman, por miserables que sean, y que no consentis que en amar y favorecer os lleva nadie ventaja. Ir al Cielo deseo para amaros allí con todo mi corazón. Allí conoceré del todo vuestra amabilidad, allí descubriré lo mucho que hicisteis por salvarme, allí os amaré con amor más inflamado, allí os amaré sin temor de entibiarme ni de perder jamás dicha tan grande. Rogad al Señor por mí, y basta; rogad por mí, y de cierto me salvaré; rogad por mí, y mientras llega tan dichoso día, suspiraré por esa patria bienaventurada, y aliviaré las penas de mi destierro cantando muchas veces así:

¡Oh Madre del alma mía,
mi esperanza y mi alegría!
Este será mi cantar:
que Vos me habéis de salvar.

CAPITULO IX

¡OH CLEMENTE!, ¡OH PIADOSA!

Párrafo único. — *Cuán grande sea la clemencia y
piedad de María.*

Hablando un escritor mariano de la piedad con que mira por nosotros la Virgen nuestra Señora, dice que bien se le puede llamar la tierra prometida *que mana leche y miel*; y añade San Alberto Magno que María, por la misericordia de sus entrañas, merece apellidarse, no sólo misericordiosa, sino la misma misericordia; y el autor del ESTÍMULO DE AMOR, considerando haber sido ensalzada a la dignidad de Madre de Dios para bien de todos los desdichados, con el oficio anejo de dispensar mercedes, y con tanta solicitud y ternura, como si ninguna otra ocupación tuviese, dice que siempre que se paraba a contemplarla perdía de vista la justicia divina y no veía más que aquella misericordia sin término en que está rebosando su Cora-

zón amante. Verdaderamente, tanta es la de sus entrañas amorosas, que ni un instante cesa de hacernos experimentar los efectos que de Ella proceden. ¿Qué otra cosa, exclama San Bernardo, puede brotar de una fuente de clemencia, sino clemencia? *Oliva* es llamada en los libros sagrados (*Eccli.*, 24, 19), porque así como la oliva no da por fruto más que aceite, símbolo de la misericordia, así de las manos de María no sale otra cosa que misericordia y gracia, de manera que con razón puede llamarse *Madre del óleo de la piedad*, dice el venerable Padre Luis de la Puente, pues es Madre de misericordia. Yendo a pedir a esta dulce Madre el óleo de su piedad, no tenemos que temer lo rehuse, como lo hicieron las vírgenes prudentes negando el suyo a las vírgenes locas (*Mt.*, 25, 9), por ser tan rica que, por más que dé mucho, más le queda por dar.

Pero, ¿por qué se dice (*Eccli.*, 24, 19) que está *plantada en medio del campo como frondosa oliva*, y no más bien dentro de un jardín cercado? Para que sin estorbos puedan todos ir a ponerse bajo su sombra. ¡Cuántas veces, sin más que interponer sus ruegos, revocó la sentencia del castigo que teníamos merecido por nuestros pecados! Pregunta Tomás de Kempis: ¿Qué otro seno tan amoroso como el suyo podremos encontrar? Seno donde el pobre halla socorro; el enfermo, salud; el triste, alivio, y el desamparado, consuelo.

¡Infelices de nosotros si careciésemos de esta Madre misericordiosísima, siempre cuidadosa y atenta a socorrer todas nuestras necesidades! Dice el Espíritu Santo (*Eccli.*, 38, 27): *Donde no hay mujer, gime y padece el enfermo*. María es esta *Mujer* piadosa por excelencia, y como todas las gracias se dispensan por su mano, si Ella faltase, no habría misericordia ni esperanza.

Ni hay que temer que no ve nuestra miseria, o que no se compadezca de vernos en necesidad. Mejor que nosotros, y mejor que ningún Santo del Cielo, las observa, y se compadece con tanto amor y solicitud, que verlas y acudir al remedio todo es uno. Señora, con larga mano dais dondequiera que descubris la falta; oficio de clemencia, propio de Madre, y oficio que Vos haréis mientras el mundo dure.

Figura suya, en los tiempos antiguos, fue Rebeca (*Gen.*, 24, 19), la cual estaba sacando agua de un pozo cuando llegó sediento el criado de Abrahán, y, pidiéndole de beber, respondió ella que *con mucho gusto se la daría, y también a sus camellos*, como lo hizo. Con esta imagen, hablando San Bernardo a la Virgen Santísima, le dice: «Señora, más piadosa y compasiva sois que fue Rebeca, no contentándoos con dispensar las gracias de vuestra ilimitada liberalidad a los siervos de Abrahán, figura de los siervos de Dios fieles y leales, sino

también a los pecadores, figurados por los camellos.» Rebeca no dio más de un cántaro de agua, y esta Madre amantísima da con gran exceso mucho más de lo que se le pide, siendo en liberalidad muy semejante a su divino Hijo, cuyas bondades, como tan rico en misericordia con todos los que le invocan, siempre son mayores que nuestros deseos y peticiones. Rogad Vos, Señora, por mí, porque pediréis con más devoción que yo, y me alcanzaréis mayores beneficios de cuantos yo nunca sabré pedir.

Una vez que, por negarse los habitantes de Samaria a hospedar al Señor, querían dos de sus discípulos (*Lc.*, 9, 54) *que cayese fuego del Cielo sobre la ciudad*, les corrigió diciendo que *ignoraban cuál era su espíritu*, espíritu de paz y mansedumbre, no habiendo venido al mundo a castigar a los pecadores, sino a salvarlos. Y siendo el espíritu de María tan parecido al de su Santísimo Hijo, bien podemos estar ciertos de la bondad y clemencia de su corazón. Es Madre, y, además, Dios la hizo dulce y amorosa con todos en sumo grado; que por eso la vio San Juan (*Apoc.*, 12. 1) *vestida del sol*. Vistió de su carne inmaculada al Sol divino, dice San Bernardo, y Él la revistió de su poder y misericordia, la cual es tan grande, que cuando se le presenta un pecador implorando su valimiento, no se pone a examinar si merece o no ser oído, pues tiene de costumbre acoger favorablemente a todos

los que llegan a sus pies, sin distinción ninguna. Y el compararla con *la luna* los libros santos (*Cant.*, 6, 9) es porque si este planeta da luz a los cuerpos inferiores, María ilumina y vivifica a los pecadores más abatidos y abandonados. Así, pues, si temiendo la potestad y justicia del Altísimo, o el peso de nuestras culpas, no nos atrevemos alguna vez a ponernos cerca de aquella Majestad infinita a quien ofendimos, no hay que recelar de aproximarnos a María, porque en Ella nada veremos que nos cause temor. Santa y justa es, Reina del Cielo es y Madre de Dios; pero como hija de Adán, es también de nuestra propia carne, y es toda piedad, toda gracia, a todo se presta, a todos abre el seno de su benignidad, todos reciben de la abundancia de su amor, empleada en hacer a todas horas lo contrario de lo que el diablo hace. *El diablo nos rodea con intención de acometernos y tragarnos* (*1 Petr.*, 5, 8), y María nos busca por darnos vida y salvación.

Debemos, además, persuadirnos, dice San Germán, de que no tiene límites su poder, especialmente para desarmar el brazo de la justicia divina. ¿De dónde nace que Dios, que en la antigua Ley era tan severo en castigar, use ahora comúnmente de tanta blandura con los pecadores? Consiste en los merecimientos y amor de María. ¡Cuánto tiempo ha que se hubiera hundido y aniquilado el mundo si Ella, con sus ruegos, no le

sustentase! Al contrario, bien podemos prometer-nos de la divina liberalidad todo género de bienes ahora que tenemos a Jesucristo como mediador con el Eterno Padre, y a la Reina del Cielo con el Hijo amoroso. ¿Cómo podrá negarse al Hijo cosa alguna cuando muestre a su Padre, las llagas que sufrió por nosotros, ni a la Madre Santísima cuando muestre al Hijo los pechos virginales que le alimentaron? Hermosamente dice San Pedro Crisólogo que, habiendo hospedado a Dios en su seno esta Doncella sin mancilla, pide como paga del hospedaje la paz del mundo, la salud de los desahuciados y la vida de los muertos; de forma que de sus manos está pendiente todo nuestro bien, y por eso hemos de recurrir siempre a su amparo como a puerto, refugio y asilo segurísimo. Ella es aquel *trono de gracia a donde el Apóstol (Hebr., 4, 16) nos exhorta a ir sin temor*, dice San Antonino, *ciertos de obtener la divina misericordia, con todos los auxilios necesarios al logro de la eterna felicidad.*

Concluyamos con el ESTÍMULO DE AMOR sobre las palabras de la Salve: ¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Clemente a los necesitados, piadosa a los que piden, dulce a los que aman. Clemente a los penitentes, piadosa a los aprovechados, dulce a los contemplativos. Clemente, librando; piadosa, perdonando; dulce, dándose a los suyos en premio y posesión eterna.

EJEMPLO.

Convertida por rezar el Avemaria.

Refiere el P. Carlos Bovio, de la Compañía de Jesús, que en Dormans, de Francia, hubo un hombre que, aunque casado, vivía mal con otra mujer. No pudiendo la suya sufrir esto, de continuo los maldecía, y clamaba al Cielo venganza hasta delante de una imagen de nuestra Señora que estaba en la iglesia, pidiendo justicia contra su adversaria, la cual tenía costumbre de rezar diariamente un Avemaría a la misma Virgen.

Una noche se le apareció en sueños a la casada, y ésta empezó al instante a repetir su canción: «Justicia, Señora, justicia.» Pero la Virgen le respondió: «¿Justicia me pides a Mí? Búscala en otra parte.» Después añadió: «Has de saber que aquella pobre pecadora me reza todos los días una salutación tan de mi agrado, que nadie que la rece puedo consentir sufra ni reciba castigo por sus pecados.»

Por la mañana fue a oír misa donde se veneraba la imagen que en sueños había visto, y encontrándose, al salir, con la amiga de su marido, comenzó a voces a llenarla de injurias y a tratarla de hechicera, que con sus hechicerías había también encantado o engañado a la Virgen. La gente espantada, le decía que se callase; pero ella respondía: «No quiero callar, y lo que digo es la pura verdad; esta

noche se me ha aparecido la Virgen, y, pidiéndole justicia, me la negó por una salutación que esta malvada le dice.» Preguntaron a ésta qué salutación era aquélla y respondió que no era más que un *Avemaría*; pero oyendo al mismo tiempo que por tan poca cosa la miraba María Santísima con tanta piedad, corrió a echarse a los pies de aquella santa imagen, y, pidiendo perdón de sus escándalos, hizo allí públicamente voto de perpetua continencia; después se puso hábito de beata, edificó una estancia reducida cerca de la iglesia, y allí encerrada perseveró hasta la muerte haciendo rigurosa penitencia.

ORACIÓN

¡Oh Madre de misericordia!, ya que son tan ardientes vuestros deseos de acceder a las súplicas de los pecadores, yo, el más infeliz de todos, vengo hoy a las puertas de vuestra piedad. Pidan otros lo que quisieren: salud, honores, fortuna; yo pretendo lo que Vos misma principalmente deseáis de mí y es más conforme con la bondad de vuestro amantísimo Corazón. Vos fuisteis humildísima: alcanzadme la verdadera humildad y la alegría en los desprecios. Vos fuisteis pacentísima en sufrir las penas de esta vida: alcanzadme paciencia en las adversidades. Vuestro amor para con Dios fue ardentísimo: haced que yo también le ame con amor puro y santo. Para con los prójimos fue beneficentísimo: yo solicito para con todos la caridad cristiana, mayormente con los que me son molestos y contrarios. Vuestra voluntad estuvo siempre unida a la voluntad de Dios: pedid para mí una entera resignación en todo cuando el Señor dispusiere de mí. En suma: Vos sois la criatura más santa de cuantas salieron de la mano de Dios; ayudadme a santificarme a mí también. Ni amor ni poder os falta, y sólo puede ser motivo para no lograr vuestros favores, o mi descuido en recurrir a Vos, o mi poca confianza en vuestra intercesión. Pues estas dos gracias especiales

son las que ahora pido y espero de vuestra bondad: acudir siempre a Vos y confiar siempre en Vos. Vos sois mi Madre, mi esperanza, mi amor, mi vida, mi refugio y mi consuelo, y espero seréis mi gozo por toda la eternidad. Amén.

CAPITULO X

¡OH DULCE VIRGEN MARÍA!

Párrafo único. — *El nombre de Maria es dulcísimo en vida y en muerte.*

No fue inventado en la tierra el nombre santísimo de María, como lo son los nuestros, sino que descendió del Cielo por divina ordenación, según afirman San Antonino, San Epifanio y otros muchos escritores sagrados. Del trono de la divinidad salió vuestro excelso nombre, Señora, como el más excelente de todos, después del nombre adorable de Jesús, habiendo querido la Santísima Trinidad señalaros y enriqueceros con uno tan santo, que, oyéndole pronunciar, doblen la rodilla el Cielo, la tierra y los abismos.

Mas, entre las otras excelencias que el Señor le concedió, veamos ahora cuán dulce le hizo a sus devotos, así en la vida como en la muerte.

En vida, su nombre santísimo, dice un santo

anacoreta, es la misma dulzura y suavidad celestial. El glorioso San Antonio de Padua hallaba tanta en él como San Bernardo en el sacrosanto de Jesús: *El nombre de Jesús*, decía el uno; *el nombre de María*, respondía el otro, *es júbilo al corazón, miel en la boca, música al oído*. El Beato Juvenal Ancina, obispo de Saluzzo, siempre que pronunciaba el nombre de María sentía en la boca una dulzura sensible, tan suave, que se relamía los labios; y otro tanto afirma Marsilio, obispo, de una devota mujer de Colonia, por cuyo consejo, practicándolo él, empezó también a sentir el mismo sabor, y muy exquisito. Hasta los ángeles preguntaban repetidas veces el día de su gloriosa Asunción (*Cant.*, 3, 6): *¿Quién es Esta?*, por oír reiterado su dulcísimo nombre, de tanta delicia para ellos.

Mas aquí no hablamos del gusto sensible, porque éste se concede a pocos, sino de la dulzura saludable de consuelo, amor, alegría, confianza y fortaleza que de ordinario da este suavísimo nombre a todos los que le invocan devotamente. Después del santo nombre de Jesús, es el de María tan rico de bienes soberanos, que ni en la tierra ni en el Cielo resuena otro con el cual experimenten las almas piadosas tantas avenidas de gracia, confianza y dulzura; porque en sí contiene suavidad tan inefable, que siempre que llega a los corazones de los amigos sienten como fragancia y recreo de santidad. Y su maravillosa propiedad es

que, oído mil veces de los amantes de María, mil veces les parece nuevo, mil veces prueban el mismo gozo y dulzura.

Decía el B. Enrique Suson que al oírle o pronunciarle se le reanimaba tanto la esperanza y tanto se le enardecía el corazón, que entre el júbilo y lágrimas, que le empezaban a correr en abundancia, deseaba exhalar el espíritu por la boca, pareciéndole que este delicioso nombre se le derretía como un panal en el fondo del alma; y así le dice: ¡Oh nombre suavísimo de María! ¡Qué será la persona que tiene nombre tan dulce, si tan lleno está sólo él de gracia y amabilidad? ¡Oh excelsa, oh piadosa, oh dignísima de toda alabanza!, no se puede pronunciar vuestro nombre sin que inflame los corazones, ni pensar en él sin recrear y alegrar los ánimos de todos los que os aman. Y si hablar de tesoros alegra tanto a los pobres, ¡cuánto más nos debe regocijar a nosotros vuestro santo nombre, más deseable y precioso que todas las riquezas del mundo, más eficaz y poderoso para aliviar los males de la vida presente que todos los remedios terrenos! Lleno está de gracia y bendiciones divinas, como dice San Metodio, ni puede nunca ser proferido sin hacer bien a quien le pronuncie con afecto de devoción. Esté duro un corazón más que la piedra, sienta en sí gran desaliento y desconfianza, dice el sabio Idiota, si llega a proferir vuestro nombre, oh María, es tanta su divina

virtud, que al instante se alentará, ablandará y trocará en otro muy diverso que antes, porque Vos confortáis al pecador, animándole a esperar y disponiéndole a recibir la gracia. En fin, escribe San Ambrosio, es vuestro nombre bálsamo lleno de celestial fragancia, y así, Virgen piadosísima, os pido que descienda hasta lo íntimo de mi corazón, concediéndome que le traiga siempre estampado en él con amor y confianza, pues quien os tenga y os nombre así, puede estar seguro de haber alcanzado ya la gracia divina, o, a lo menos, prenda segura de haberla pronto de poseer. Su solo recuerdo, dice Landulfo de Sajonia, consuela a los afligidos, vuelve a los extraviados al sendero de la salud y conforta a los pecadores temerosos, para que no se dejen vencer por la desesperación. Con sus cinco llagas dio al mundo el Salvador el remedio de todos los males, y Vos, con vuestro nombre dulcísimo, que tiene cinco letras, alcanzáis a cada hora perdón a los pecadores. ¡Dichoso el que a la hora de la muerte le invoque confiadamente! Gracia especial será y signo muy cierto de *salvación*.

Por esto el santo nombre de María es comparado al bálsamo en los sagrados *Cantares* (1, 2): *Bálsamo derramado es tu nombre*. Así como el bálsamo sana a los enfermos, difunde el olor y enciende la llama, así el nombre de María sana a los pecadores, recrea los corazones y los inflama en

el divino amor. Por lo cual los pecadores han de acudir a este gran nombre, pues él solo bastará para curarlos de todos sus males, asegurando que no hay enfermedad tan maligna que no ceda al instante a la fuerza de este nombre.

Al contrario, los demonios, afirma Tomás de Kempis, temen de tal manera a la Reina del Cielo, que al pronunciar su nombre huyen de quien le profiere como de un fuego que abrasa. La misma bienaventurada Virgen reveló a Santa Brígida que no hay en esta vida pecador tan tibio en el amor divino que, invocando su santo nombre, con propósito de enmendarse, no ahuyente luego de él al demonio. Y se lo confirmó diciéndole que todos los demonios de tal modo veneran su nombre y le temen, que al oírle resonar desprenden luego del alma las uñas con que la tenían asida.

Y así como los ángeles rebeldes huyen de los pecadores que invocan el nombre de María, así, por el contrario, dijo la misma nuestra Señora a Santa Brígida, los ángeles buenos se aproximan mucho más a las almas justas que con devoción lo profieren. Y atestigua San Germán que así como la respiración es señal de vida, así también el pronunciar a menudo el nombre de María es señal, o de vivir ya en la divina gracia o de que presto vendrá la vida; pues este poderoso nombre tiene la virtud de alcanzar el auxilio y la vida a quien

devotamente le invocare. Finalmente, este admirable nombre es como una torre inexpugnable, en la cual, acogiéndose, el pecador se librará de la muerte; porque esta torre celestial defiende y salva a los pecadores más perdidos.

Con efecto, es torre, y torre de tal fortaleza, que no sólo libra a los pecadores del castigo, sino que defiende también a los justos de los asaltos del infierno. Después del nombre de Jesús, no hay ningún nombre en el que se halle tanto auxilio ni que comunique tanta salud a los hombres como el gran nombre de María; y como generalmente lo experimentan los devotos de esta buena Madre, su excelso nombre comunica fuerza especial para vencer las tentaciones contra la castidad. Sobre las palabras de San Lucas: *Y el nombre de la Virgen era María*, dice un autor que el Evangelista reúne estos dos nombres de *María* y de *Virgen* para darnos a entender que el nombre de esta purísima Doncellita no debe jamás ir separado del de la castidad. Por lo cual afirma San Pedro Crisólogo que el nombre de María es indicio de castidad, queriendo decir que quien dudare de haber o no pecado en las tentaciones impuras, si recordare haber invocado el nombre de María, tendrá una señal cierta de no haber ofendido la castidad.

Sigamos, pues, siempre el admirable consejo de San Bernardo, el cual dice: En todos los peligros de

perder la divina gracia pensemos en María, e invoquemos a María juntamente con el nombre de Jesús, pues estos dos nombres van estrechamente unidos. Jamás se aparten estos dos dulcísimos y poderosísimos nombres de nuestro corazón ni de nuestra boca, porque ellos nos darán fuerza para no caer y para vencer todas las tentaciones. Son magníficas las gracias que Jesucristo ha prometido a los devotos del nombre de María, como Él mismo hablando con su santa Madre, lo manifestó a Santa Brígida, revelándole que quien invocare el nombre de María con confianza y propósito de enmienda recibirá tres gracias singulares, a saber: un perfecto dolor de sus pecados, la satisfacción de ellos y la fortaleza para llegar a la perfección: y, además, finalmente, la gloria celestial. Porque, añadió el divino Salvador, son para Mí tan dulces y queridas, oh Madre mía, tus palabras, que no puedo negarte nada de cuanto me pides.

En suma, San Efrén llega a decir que el nombre de María es la llave de la puerta del Cielo para el que devotamente le invoca. Por esto, el **SALTERIO MARIANO** llama, con razón, a María Salud de todos los que la invocan. Como si fuera lo mismo invocar el nombre de María que alcanzar la salud eterna; porque afirma el sabio Idiota que la invocación de este santo y dulce nombre sirve para obtener una gracia sobreabundante en esta vida y una gloria sublime en la otra. Si deseareis, pues, oh, herma-

nos, concluye Tomás de Kempis, hallar consuelo en todos los trabajos, acudid a María, invocad a María, obsequiad a María, encomendaos a María. Con María regocijaos, con María llorad, con María rogad, con María caminad, con María buscad a Jesús. Con Jesús y María, finalmente, desead vivir y morir. Haciéndolo así, dice, siempre adelantaréis en los caminos del Señor; pues María rogará gustosa por vosotros, y el Hijo ciertamente escuchará a la Madre.

Muy dulce es, por tanto, ya en esta vida el santísimo nombre de María para sus devotos, por las innumerables gracias que, como hemos visto, les alcanza; pero más dulce lo hallarán en la hora suprema por la dulce y santa muerte que les obtendrá. El Padre Sertorio, de la Compañía de Jesús, exhortaba a todos los que auxiliaban a algún moribundo que le repitieran a menudo el nombre de María, diciendo que este nombre de vida y esperanza, pronunciado en la hora de la muerte, basta para disipar a los enemigos y para confortar a los moribundos en todas sus angustias. Igualmente, San Camilo de Lelis dejó muy recomendado a sus religiosos que recordasen con frecuencia a los moribundos el invocar el nombre de María y de Jesús, como él ya lo practicó después consigo mismo en la hora de su muerte, en la cual invocaba con tanta ternura los amados nombres de Jesús y de María, que inflamaba de amor aun a los que le

escuchaban. Y, finalmente, con los ojos fijos en sus adoradas imágenes y los brazos cruzados, expiró con semblante y paz celestial, invocando en las últimas palabras que pronunció los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Esta breve oración invocando los sacrosantos nombres de Jesús y de María, dice Tomás de Kempis, es tan fácil de retener en la memoria cuanto es dulce para considerarla, y fuerte al propio tiempo para proteger a quien la usa de todos los enemigos de su salvación.

¡Bienaventurado, dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, el que ama vuestro dulce nombre, oh Madre de Dios! Es tan glorioso y admirable vuestro nombre, que todos los que se acuerdan de invocarle en el trance de la muerte no temen los asaltos de los enemigos.

¡Oh, quién tuviera la dicha de morir como murió el Padre fray Fulgencio de Ascoli, capuchino, el cual expiró cantando: ¡Oh María! ¡Oh María, la más hermosa de las criaturas, quiero ir en vuestra compañía! O, también, como murió el Beato Enrique, cisterciense, de quien se refiere en los Anales de su Orden que terminó su vida articulando el nombre de María. Roguemos, pues, ¡oh devoto lector mío!, roguemos a Dios que nos conceda esta gracia de que la última palabra que pronuncien nuestros labios en la hora de la muerte

sea el nombre de María, como lo deseaba y rogaba San Germán. ¡Oh muerte dulce, muerte segura, la que va acompañada y protegida del nombre de salud, que Dios sólo concede invocar en la hora de la muerte a los que quiere que se salven!

¡Oh dulce Madre mía, os amo, y porque os amo tengo también amor y devoción a vuestro santísimo nombre! Con vuestro favor y benignidad espero que le invocaré toda mi vida, y particularmente a la hora de la muerte. Por la gloria, pues, y dignidad de vuestro nombre dulcísimo, salid al encuentro de mi alma cuando parta de este mundo, y recibidla en vuestros brazos maternos, consolándola con la hermosura de vuestra presencia, abogando por mí en el Tribunal de la divina justicia y poniéndome, ya perdonado, en posesión del eterno descanso.

EJEMPLO.

Arrancada de las garras del demonio.

Cuenta el P. Rho, S. J., en su *Libro de los Sábados*, que en un pueblo de Gueldres, por el año de 1465, una soltera llamada María fue enviada por un tío suyo a comprar algunas cosas al mercado de Nimega, con orden de quedarse aquella noche a dormir en casa de otra tía suya. Esta no la quiso recibir, y tuvo la sobrina que volverse; mas ha-

ciéndoselo de noche en el camino, empezó, desechada, a llamar al demonio, que no tardó en aparecérselo en figura de hombre prometiéndole que la ayudaría con tal de que hiciese dos cosas. «Todo lo haré» —respondió la infeliz—. «Pues la una es —volvió a decir el diablo— que de hoy en adelante no te has de hacer la señal de la Cruz, y la otra, que has de mudar de nombre.» «En lo de la cruz, convengo —contestó ella—; pero nombre tan dulce como el de María no me lo mudo.» «Pues yo no te favorezco» —replicó el enemigo—. Finalmente, después de una larga contienda quedaron en que se llamaría con la primera sílaba de su nombre, esto es MA, y se fueron juntos a la ciudad de Amberes, donde vivió seis años con tan mal compañero en el estado infelicitísimo que se deja pensar, al cabo de los cuales tuvo deseo de volver a su patria, y aunque él se negaba mucho, al fin condescendió.

Al entrar en Nimega hallaron que se estaba representando en público un drama de la vida de la Virgen, a cuya vista la pobre MA sintió avivarse la centella que conservaba en el corazón de afecto para con la Virgen Santísima, y empezó a llorar. A esto, el demonio le dijo, muy enojado: «¿Qué hacemos aquí? ¿Quieres que nosotros representemos otra comedia más graciosa?» Y tiraba de ella para apartarla de allí por fuerza, mas ella resistió. Conociendo entonces que iba a perderla para

siempre, la levantó en el aire y la dejó caer en el tablado. Se hizo poco daño, y contó en alta voz toda su historia, yendo desde allí a buscar al párroco para confesarse, quien la mandó al obispo de Colonia, y éste al Papa, el cual, oídola en confesión, le mandó por penitencia llevar siempre tres aros de hierro, uno al cuello y dos a los brazos. Obedeció la penitente, y llegando a Maestricht, se encerró en una casa de recogidas, donde vivió catorce años en rígida penitencia, al cabo de los cuales, al levantarse una mañana, vio rotas por sí las tres argollas, y pasados otros dos, murió con fama de santidad, dejando dicho que la enterrasen con aquellos hierros, que de esclava del demonio la habían hecho sierva feliz de su divina libertadora.

ORACIÓN.

Madre de Dios y Madre mía, aunque mi lengua inmunda es indigna de nombraros, Vos, que me amáis y deseáis mi salvación, me habéis de conceder el que pueda invocar en mi favor vuestro santísimo y poderosísimo nombre, de gracia y salud en vida y muerte. ¡Oh Virgen purísima, oh Madre amorosísima, oh María!, sea para mí en adelante vuestro santo nombre escudo y defensa, concediéndome que en todas mis tentaciones, necesidades y peligros, y con especialidad a la hora de la muerte, clame sin cesar: «María, María», para tener así la suerte de acabar la vida felizmente y veros y bendeciros en el Cielo por toda la eternidad. ¡Oh clementísima, oh dulcísima Virgen María, oh Madre amabilísima, qué aliento, confianza y alegría siente mi alma en nombraros y aun solamente en acordarme de Vos! Doy gracias a Dios de haberos dado, para mi bien, un nombre tan dulce, un nombre tan amable y tan poderoso.

Mas no me satisfago con que mis labios le pronuncien, sino que

además quiero nombraros por amor y con amor; quiero que el amor me recuerde a cada hora tan hermoso nombre; quiero poner todo mi amor en él. ¡Oh María, oh Jesús! Vivan únicamente vuestros dulcísimos nombres en mi memoria y en la de mis prójimos, olvidando cómo se llaman las criaturas para no tener otros en el corazón y la boca que los nombres adorables de Jesús y María. Jesús amantísimo, Redentor mío; Madre amorosísima, Madre de mi alma, por vuestros merecimientos os pido, como gracia especial, que a la hora de mi muerte las últimas palabras que articule sean decir:

Jesús, José y María,
os doy el corazón y el alma mía.

ORACIONES MUY DEVOTAS DE ALGUNOS SANTOS A LA DIVINA MADRE (1)

DE SAN EFREN. — ¡Oh inmaculada y purísima Virgen María, Madre de Dios, Reina del universo, bondadísima Señora nuestra! Vos sois superior a todos los Santos, la esperanza de los escogidos y la alegría del Paraíso. Vos nos habéis reconciliado con nuestro Dios; Vos sois la única abogada de los pecadores, el puerto seguro de los que naufragan, el consuelo del mundo, la redentora de los cautivos, el regocijo de los enfermos, el recreo de los afligidos, el refugio y la salvación del universo. ¡Oh excelsa Princesa, Madre de Dios, cubridnos con las alas de vuestra misericordia, tened piedad de nosotros! No tenemos más esperanza que en Vos, ¡oh Virgen purísima!; nos hemos entregado a Vos, y consagrados a vuestro obsequio, llevamos el nombre de vuestros siervos: no permitáis, pues, que el demonio nos lleve consigo al infierno. ¡Oh Virgen inmaculada!, ponednos bajo vuestra protección: por esto acudimos sólo a Vos, y os suplicamos que impidáis que vuestro Hijo, irritado por nuestros pecados, nos abandone al poder del demonio.

¡Oh María, llena de gracia!, alumbrad mi entendimiento, moved mi lengua para cantar vuestras alabanzas y principalmente la Salutación angélica tan digna de Vos. Yo os saludo, oh paz, oh

(1) Se han añadido aquí estas oraciones, no sólo para que se haga uso de ellas, sino también para que se vea la grande idea que los Santos han tenido del poder y misericordia de María y la suma confianza que pusieron en su poderosa protección

alegría, oh salud y consolación de todo el mundo. Yo os saludo, oh el mayor de los milagros que jamás se haya obrado en el mundo: paraíso de delicias, puerto seguro del que se encuentra en peligro, fuente de la gracia, medianera entre Dios y los hombres.

¡Oh Madre de Jesús, amor de Dios y de todos los hombres!, a Vos sea dado honor y bendición, con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén.

DE SAN BERNARDO. — ¡Oh Reina del mundo!, a Vos levantamos nuestros ojos. Debiendo presentarnos delante de nuestro Juez, después de haber cometido tantos pecados, ¿quién podrá aplacarle? Nadie puede hacerlo mejor que Vos, oh santa Señora; Vos, que tanto le amáis y sois de Él tan tiernamente amada. Abrid, pues, oh Madre de misericordia, vuestro corazón a nuestros suspiros y a nuestras súplicas. Nos refugiamos bajo vuestra protección, aplacad la cólera de vuestro Hijo y haced que recobremos su gracia. Vos no aborrecéis al pecador por más criminal que sea. Vos no le desecháis si suspira por Vos y arrepentido solicita vuestra intercesión. Vos con vuestra piadosa mano le libráis de la desesperación; le inspiráis esperanza, le infundis consuelo, y no le abandonáis hasta haberlo reconciliado con su Juez.

Vos sois la única mujer en la cual el Salvador ha hallado su descanso, y en la que ha depositado a manos llenas sus tesoros inagotables. Por esta razón, todo el mundo, oh santa Señora mía, honra vuestro casto seno como templo de Dios, en el cual se dio principio a la salvación del mundo, y se verificó la reconciliación entre Dios y los hombres. Vos sois, oh gran Madre de Dios, el huerto cerrado en el cual jamás ha penetrado la mano del pecador para coger las flores. Vos sois el hermoso jardín en el que Dios ha colocado las flores que adornan a vuestra Iglesia, y entre otras la violeta de vuestra humildad, la azucena de vuestra pureza y la rosa de vuestra caridad. ¿Con quién podré compararos, oh Madre de gracia y hermosura? Vos sois el paraíso de Dios. De Vos ha salido el manantial de agua viva que fecunda toda la tierra. ¡Cuántos beneficios ha recibido el mundo de Vos, que habéis merecido ser un acueducto tan saludable!

De Vos se dice: ¿Quién es aquella que se levanta como la aurora, hermosa como la luna y resplandeciente como el sol? Habéis venido al mundo, oh Maria, como brillante aurora precediendo con la luz

de vuestra santidad la aparición del Sol de justicia. El día en que vinisteis al mundo, puede muy bien llamarse día de salud, día de gracia. Sois hermosa como la luna, porque así como no hay planeta que más se asemeje al sol, así también no hay criatura más semejante a Dios que Vos. La luna alumbrá por la noche con la luz que recibe del sol, y Vos alumbráis nuestras tinieblas con el resplandor de vuestras virtudes; pero Vos sois más bella que la luna, porque en Vos no hay manchas ni sombras. Vos sois escogida como el sol, esto es, como el Sol que ha criado al sol. Él fue escogido entre todos los hombres, y Vos habéis sido escogida entre todas las mujeres. ¡Oh dulce, oh excelsa, oh amabilísima Maria! No es posible pronunciarse vuestro nombre sin que Vos inflaméis el corazón en vuestro amor; y los que os aman no pueden pensar en Vos sin sentirse excitados a amaros más todavía.

¡Oh santa Señora!, fortaleced nuestra debilidad. Y ¿quién mejor que Vos puede hablar a nuestro Señor Jesucristo, que gozáis tan íntimamente de su dulcísima conversación? Hablad, hablad, Señora, porque vuestro Hijo os escucha, y alcanzáis de Él todo cuanto le pedis.

DE SAN GERMAN — ¡Oh única Señora mía, único consuelo que recibo de Dios! Vos, que sois el solo y celestial rocío que me refrigera en mis penas; Vos, que sois la luz de mi alma cuando se halla rodeada de tinieblas; Vos, que sois mi guía en mis viajes, mi fortaleza en mis debilidades, mi tesoro en mi pobreza, mi medicina en mis enfermedades, mi consuelo en mis lágrimas; Vos, que sois mi refugio en mis miserias, y la esperanza de mi salvación, oid mis ruegos, apiadaos de mí cual conviene a la Madre de un Dios que tanto ama a los hombres. Concededme todo cuanto os pido. Vos, que sois nuestra defensa y alegría. Haced que sea digno de gozar con Vos aquella felicidad que gozáis en el Cielo. Sí, Señora mía, mi refugio, mi vida, mi auxilio, mi defensa, mi fortaleza, mi alegría, mi esperanza; haced que me reúna con Vos en el Paraíso. Yo sé que siendo Vos la Madre de Dios, si queréis, podéis obtenerme esta gracia. ¡Oh Maria! Vos sois omnipotente para salvar a los pecadores y no necesitáis recomendación alguna, porque sois la Madre de la verdadera vida.

DEL ABAD CELENSE LLAMADO EL IDIOTA — Atraedme en pos de Vos, oh Virgen Maria, para que yo corra tras el olor de vuestros

perfumes. Atraedme, pues me hallo detenido por el peso de mis pecados y la malicia de mis enemigos. Así como nadie se presenta a vuestro Hijo, si el divino Padre no le atrae, así también me atrevo a decir en cierto modo que nadie va a Él si Vos no le atraéis con vuestros santos ruegos. Vos sois la que enseñáis la verdadera sabiduría. Vos la que alcanzáis las gracias a los pecadores, porque sois su abogada. Vos prometéis la gloria a los que os honran, porque sois la tesorera de las misericordias.

Vos habéis hallado gracia en presencia de Dios, oh Virgen dulcísima, porque fuisteis preservada del pecado original, llena del Espíritu Santo, y concebisteis al Hijo de Dios. Habéis recibido todas estas gracias, oh humildísima María, no sólo para Vos, sino también para nosotros, a fin de que nos asistáis en todas nuestras necesidades. Esto es lo que ya hacéis socorriendo a los buenos, conservándoles en la gracia y preparando a los pecadores para recibir la divina misericordia. Vos auxiliáis a los moribundos, protegiéndoles contra las asechanzas del demonio, y les ayudáis aun en su último trance, recibiendo sus almas y conduciéndolas al reino de los bienaventurados.

DE SAN METODIO. — Vuestro nombre, oh Madre de Dios, está lleno de todas las gracias y bendiciones divinas, Vos habéis llevado en vuestro seno al que es incomprensible, y alimentado al que alimenta a todo el universo. El que llena el Cielo y la tierra, el Señor del mundo, ha querido seros deudor, por haberle Vos revestido de la carne humana que antes no tenía. Regocijaos, oh Madre, oh sierva de Dios, pues tenéis por deudor al que da el ser a todas las criaturas. Nosotros somos todos deudores a Dios, pero Dios es deudor vuestro. Así es, oh santísima Madre del Salvador, que vuestra bondad y vuestra caridad exceden a las de todos los otros Santos, y que en el Cielo podéis más que todos ellos cerca de Dios, porque sois su Madre. ¡Ah!, nosotros, que celebramos vuestras glorias y comprendemos cuán excelsa es vuestra bondad, os suplicamos que os acordéis de nosotros y de nuestras miserias.

DE SAN JUAN DAMASCENO. — Yo os saludo, oh María, a Vos, esperanza de los cristianos: recibid la súplica de un pecador que os ama tiernamente, que os honra de un modo especial, y pone en Vos toda la esperanza de su salvación. De Vos tengo la vida: Vos me

restablecéis en la gracia de vuestro Hijo. Vos sois la prenda cierta de mi salvación. Os suplico, pues, que me libréis del grave peso de mis pecados; disipad las tinieblas de mi entendimiento, alejad de mi corazón los afectos terrenos, reprimid las tentaciones de mis enemigos, y dirigid mi vida de modo que por vuestro medio, y teniéndooos por guía, pueda llegar a la eterna felicidad del Paraíso.

DE SAN ANDRÉS DE CANDÍA — Os saludo, oh llena de gracia, el Señor es con Vos. Os saludo, oh instrumento de nuestra alegría, ya que por Vos la sentencia de nuestra condenación fue revocada y cambiada en juicio de bendición. Os saludo, oh templo de la gloria de Dios, casa sagrada del Rey de la gloria: Vos sois la reconciliadora de Dios con los hombres. Os saludo, oh Madre de nuestra alegría: verdaderamente sois Vos bendita, porque entre todas las mujeres fuisteis hallada digna de ser Madre de vuestro Criador. Todas las naciones os llaman bienaventurada.

¡Oh Maria!, si en Vos pongo mi confianza, seré salvo; si me hallare bajo vuestra protección, nada he de temer; porque ser vuestro devoto es tener armas ciertas de salvación, las que Dios sólo concede a los que quiere sean salvos.

¡Oh Madre de misericordia!, aplacad a vuestro Hijo. Mientras permanecisteis en la tierra sólo ocupabais una mínima parte de ella; mas ahora que estáis exaltada en lo más alto de los Cielos, todo el mundo os considera como el propiciatorio común de todas las naciones. Os suplicamos, pues, oh Virgen santa, que nos concedáis el auxilio de vuestras súplicas para con Dios: súplicas que nos son más gratas y preciosas que todos los tesoros de la tierra; súplicas que nos hacen a Dios propicio, y nos obtienen abundancia de gracias para recibir el perdón y practicar la virtud; súplicas que inutilizan el furor de nuestros enemigos, confunden sus designios y triunfan de sus esfuerzos.

DE SAN ILDEFONSO. — A Vos vengo, oh Madre de Dios, para suplicaros que me alcancéis el perdón de mis pecados, y me purifiquéis de todas las faltas que he cometido. Os ruego que me concedáis la gracia de que me una afectuosamente a vuestro Hijo y a Vos: a vuestro Hijo, como a mi Dios, y a Vos, como a la Madre de mi Salvador.

DE SAN ATANASIO — Acoged, oh Virgen Santísima, nuestras

súplicas, y acordaos de nosotros. Dispensadnos los dones de vuestras riquezas y de la abundancia de las gracias de que estáis llena. El Arcángel os saluda y os llama llena de gracia. Todas las naciones os llaman bienaventurada, todas las jerarquías del Cielo os bendicen, y nosotros, que pertenecemos a la jerarquía terrestre, os decimos también: Dios te salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo; ruega por nosotros, oh Madre de Dios, Nuestra Señora y nuestra Reina.

DE SAN ANSELMO. — Os rogamos, oh Santísima Señora, por el favor que Dios os ha hecho de exaltaros tanto, y de que con Él todas las cosas os sean posibles, hagáis que la plenitud de la gracia que merecisteis nos haga partícipes de vuestra gloria. Afanaos, oh misericordiosísima Señora, en procurarnos el bien por el cual Dios se dignó hacerse hombre en vuestro casto seno. Oíd benigna nuestras súplicas. Si os dignáis rogar a vuestro Hijo, Él al punto nos escuchará. Basta que Vos queráis salvarnos para que infaliblemente nos salvemos. ¿Quién podrá cerrar las entrañas de vuestra misericordia? Si no os apiadáis de nosotros, siendo la Madre de la misericordia, ¿cuál será nuestra suerte cuando venga vuestro Hijo a juzgarnos?

Socorrednos pues, oh piadosísima Señora, sin atender a la multitud de nuestros pecados. Considerar que nuestro Criador ha tomado carne humana en Vos, no para condenar a los pecadores, sino para salvarles. Si no hubieseis sido elegida por Madre de Dios más que en beneficio vuestro, entonces pudiera decirse que poco os importa que nos salvemos o condenemos; mas no, que si Dios se revistió de vuestra carne, lo hizo no menos por vuestra salvación que por la de todos los hombres. ¿De qué nos servirían vuestro poder y vuestra gloria, si no nos hicieseis partícipes de vuestra felicidad? Ayudadnos y protegednos; pues no ignoráis cuánto necesitamos de vuestro auxilio. Nosotros nos encomendamos a Vos; haced que no nos condenemos, sino que sirvamos y amemos eternamente a vuestro Hijo Jesucristo.

DE SAN PEDRO DAMIAN — Santa Virgen, Madre de Dios, socorred a los que imploran vuestro auxilio. Volved vuestros ojos hacia nosotros. ¿Acaso por haber sido unida a la Divinidad ya no os acordaríais de los hombres? ¡Ah!, no por cierto. Vos sabéis en qué peligros nos habéis dejado, y el estado miserable de vuestros siervos;

no es propio de vuestra gran misericordia el olvidarse de una tan grande miseria como la nuestra. Emplead en nuestro favor vuestro valimiento, porque el que es Omnipotente os ha dado la omnipotencia en el Cielo y en la tierra. Nada os es imposible, pues podéis infundir aliento a los más desesperados para esperar la salvación. Cuanto más poderosa sois, tanto más misericordiosa debéis ser.

Ayudadnos también con vuestro amor. Yo sé, Señora mía, que sois sumamente benigna, y que nos amáis con un afecto al que ningún otro aventaja. ¡Cuántas veces habéis aplacado la cólera de nuestro Juez en el instante en que iba a castigarnos! Todos los tesoros de la misericordia de Dios se hallan en vuestras manos. ¡Ah!, no ceséis jamás de colmarnos de beneficios. Vos sólo buscáis la ocasión de salvar a todos los miserables, y de derramar sobre ellos vuestra misericordia, porque vuestra gloria es mayor cuando por vuestra intercesión los penitentes son perdonados, y los que lo han sido entran en el Cielo. Ayudadnos, pues, a fin de que podamos veros en el Paraíso, ya que la mayor gloria a que podemos aspirar consiste en veros, después de Dios, en amaros y en estar bajo vuestra protección. ¡Ah!, oidnos, Señora, ya que vuestro Hijo quiere honraros concediéndoo todo cuanto le pidáis.

DE SAN GUILLERMO. OBISPO DE PARÍS — ¡Oh Madre de Dios! A Vos acudo, y os suplico que no me desechéis, ya que toda la comunión de los fieles os titula y proclama Madre de misericordia. De tal manera Vos sois amada de Dios, que siempre os escucha; vuestra piedad jamás ha faltado a ninguno; vuestra dulce afabilidad no ha rechazado nunca a pecador alguno por grande que fuera su crimen, si se ha encomendado a Vos. ¿Por ventura la Iglesia en vano os llamaría su abogada y el refugio de los miserables? Dios no permite que mis culpas os impidan ejercer el grande oficio de piedad que se os ha confiado en calidad de abogada y mediadora de paz, única esperanza y refugio seguro de los desdichados. Dios no permita que su Santísima Madre, la cual dio a luz la fuente de misericordia por la salvación de todo el mundo, rechace a ninguno de los miserables que acudan a ella. Vuestro oficio es el de reconciliadora entre Dios y los hombres; socorredme, pues, con vuestra inagotable misericordia, que es mucho mayor que todos mis pecados.

DE SANTO TOMÁS DE AQUINO — ¡Oh beatísima y dulcísima

Virgen María, llena de misericordia!, yo recomiendo a vuestra piedad mi alma, mi cuerpo, mis pensamientos, mis obras, mi vida y mi muerte. ¡Oh Señora mía!, ayudadme y confortadme contra las asechanzas del demonio; alcanzadme el verdadero y perfecto amor, con el cual ame de todo mi corazón a vuestro muy querido Hijo y Señor mío Jesucristo; y después de Él os ame a Vos sobre todas las cosas. ¡Oh Reina y Madre mía!, con vuestra poderosísima intercesión, haced que permanezca siempre en mí este amor hasta la muerte, después de la cual sea yo por Vos conducido a la patria de los bienaventurados.

DE SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. — Santísima Virgen inmaculada, oh Madre mía, María, a Vos, que sois la Madre de mi Señor, la Reina del mundo, la abogada, la esperanza y refugio de los pecadores, acudo yo hoy, el más miserable de todos. Yo os adoro, oh excelsa Reina, y os doy gracias por tantos favores como me habéis dispensado hasta el presente, especialmente por haberme librado del infierno, que tantas veces he merecido. Yo os amo, amabilísima Señora, y por el afecto que os profeso, protesto que quiero amaros siempre, y que haré todo lo posible a fin de que todos los demás os amen. En Vos pongo todas mis esperanzas, toda mi salvación; admitidme por vuestro siervo, y acogedme bajo vuestro manto, Madre de misericordia. Y ya que sois tan poderosa con Dios, libradme de todas las tentaciones, o más bien alcanzadme la fortaleza necesaria para vencerlas hasta la muerte. A Vos pido el verdadero amor de Jesucristo, y espero que me procuréis una buena muerte. Madre mía, por el amor que tenéis a Dios, os suplico que me ayudéis siempre, pero principalmente en los últimos momentos de mi vida. No me abandonéis hasta que me veáis salvo en el Cielo para bendeciros y cantar vuestras misericordias por toda la eternidad. Amén. Así lo espero. Así sea.

INDICE

NOTA DE LOS EDITORES	7
ADVERTENCIA EDITORIAL	9
SÚPLICA DEL AUTOR A JESÚS Y MARÍA	13
INTRODUCCIÓN	17

EXPLICACIÓN DE LA SALVE REGINA.

CAPÍTULO PRIMERO. — <i>Dios te salve, Reina y Madre de misericordia</i>	25
1.º De la confianza que debemos tener en la Virgen por ser Reina de misericordia	25
2.º Que debemos tener mayor confianza en la Virgen María por ser nuestra Madre	35
3.º Del grande amor que nuestra Madre nos tiene	44
4.º María también es Madre de los pecadores arrepentidos	58
CAPÍTULO II. — <i>Vida y dulzura</i>	69
1.º María es vida nuestra, porque nos alcanza el perdón de los pecados	69
2.º La Virgen también es nuestra vida, porque nos obtiene la perseverancia	76
3.º María hace dulce la muerte a sus devotos ..	84

CAPÍTULO III. — <i>Esperanza nuestra</i>	97
1.º María es esperanza de todos	97
2.º María es la esperanza de los pecadores	106
CAPÍTULO IV. — <i>A Ti clamamos los desterrados hijos de Eva</i>	117
1.º María ayuda prontamente a todos los que la invocan	117
2.º Poder de María contra las tentaciones	125
CAPÍTULO V. — <i>A Ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas</i>	135
1.º Cuán necesaria sea para salvarnos la intercepción de nuestra Señora	135
2.º Prosigue la misma materia	147
CAPÍTULO VI. — <i>Ea, pues, Señora, abogada nuestra</i> ...	159
1.º María es nuestra abogada, y tiene poder para salvarnos a todos	159
2.º María es abogada compasiva, y no rehúsa defender la causa de ningún desvalido ...	168
3.º María hace las paces entre Dios y los hombres	176
CAPÍTULO VII. — <i>Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos</i>	187
Párrafo único. — María Santísima mira con gran compasión nuestras miserias para remediarlas	187
CAPÍTULO VIII. — <i>Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre</i>	197
1.º María libra del infierno a sus devotos	197
2.º María alivia a los suyos las penas del purgatorio y los saca de ellas	206
3.º María lleva sus siervos a la gloria	212

CAPÍTULO IX. — <i>¡Oh clemente! ¡Oh piadosa!</i>	223
Párrafo único. — Cuán grande sea la clemencia y piedad de María	223
CAPÍTULO X. — <i>¡Oh dulce Virgen María!</i>	233
Párrafo único. — El nombre de María es dulcísimo en vida y en muerte	233
ORACIONES MUY DEVOTAS	245

SAN ALFONSO M.^o DE LIGORIO

LAS GLORIAS DE MARÍA

2^a Parte

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003-SEVILLA

ISBN: 84.7770-333-8

D.L.: Gr. 1889-2001

Impreso en España

Printed in Spain

JACULATORIAS A MARIA SANTISIMA

Madre de Dios, acordaos de mí¹.

Virgen y Madre, haced que me acuerde siempre de Vos².

Virgen María, Madre de Dios, rogad por mí a Jesús³.

¡Oh Señora!, haced que Jesús no me rechace de sí⁴.

¡Oh María!, haced que mi corazón no cese jamás de amaros, ni mi lengua de alabaros⁵.

¡Oh Señora!, por el amor que tenéis a Jesús, ayudadme a amarle⁶.

¡Oh María!, dignaos hacerme vuestra sierva⁷.

¡Oh María!, me entrego toda a Vos, aceptadme y conservadme⁸.

¡Oh Señora!, no me abandonéis hasta la muerte⁹.

¹ San Francisco Javier.

² San Felipe Neri.

³ El mismo Santo.

⁴ San Efren.

⁵ San Buenaventura.

⁶ Santa Brígida.

⁷ La beata Juana de Francia.

⁸ Santa María Magdalena de Pazi.

⁹ El P. Spinelli.

Ave María, Madre mía¹⁰.
Santa María, abogada mía, rogad por mí¹¹.

¡Cuán dulce es, oh Madre mía,
Vuestro nombre de María!
Dadme paz
Y solaz,
Que os quiero siempre invocar.

ORACION DE BLOSIO A LA VIRGEN MARIA

Dios os salve, esperanza de los desconfiados y ayuda de los desvalidos, oh María, a quien el Hijo hizo tanto honor, que alcanzaseis luego todo lo que pidiereis, y se hiciese luego todo lo que quisierais. A Vos están confiados los tesoros del reino del cielo. Haced, Señora, que siempre acudamos a Vos entre las borrascas de esta vida. A vuestra piedad encomiendo mi alma y mi cuerpo. Dirigidme y protegedme en todas las horas y en todos los instantes, oh dulce refugio mío.

VIVA JESUS NUESTRO AMOR, Y MARIA
NUESTRA ESPERANZA

¹⁰ San Francisco Brancaccio.

¹¹ El P. Sertorio Caputi.

DISCURSOS SOBRE LAS SIETE FIESTAS PRINCIPALES DE MARIA

DISCURSO PRIMERO

DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

Cuánto convino a las tres Personas divinas preservar a María de la culpa original.

Fue muy grande la ruina que el maldito pecado causó a Adán y a todo el género humano, porque perdiendo él entonces miserablemente la gracia, perdió al mismo tiempo todos los otros bienes de los cuales al principio estuvo enriquecido, y atrajo sobre sí y sobre sus hijos todas las calamidades. Pero Dios quiso eximir de este común infortunio a aquella bendita Virgen que El había destinado para Madre del segundo Adán Jesucristo, quien había de reparar el daño que el primer Adán causara. Veamos, pues, cuánto convino a Dios y a las tres Personas divinas preservar a esta Virgen de la culpa original; al Padre considerándola como a Hija suya, al Hijo como a su Madre, y al Espíritu Santo como a su Esposa.

PUNTO I

En primer lugar, convino al eterno Padre exceptuar a María de la mancha original, porque era Hija suya, e Hija primogénita, como ella misma lo atestigua: “Yo salí de la boca del Altísimo engendrada antes de toda criatura”¹; cuyo texto aplican a María los sagrados intérpretes, los Santos Padres y la misma Iglesia, particularmente en la solemnidad de la Concepción. En efecto, ya sea primogénita en cuanto fue predestinada junto con el Hijo en los divinos decretos antes que todas las criaturas, como pretende la escuela de los Escotistas, ya sea primogénita de la gracia, como predestinada para Madre del Redentor después de la previsión del pecado, como quiere la escuela de los Tomistas, sin embargo todos están acordes en llamarla la primogénita de Dios. Siendo esto así, convino que María jamás fuese esclava de Lucifer, sino que sólo su Criador la poseyese siempre, conforme así se verificó, según ella misma dice: “El Señor me poseyó desde el principio de sus obras”²; por lo que con razón Dionisio, arzobispo de Alejandría, llamó a María: “Única y sola hija de la vida”³; a diferencia de las otras, que naciendo en pecado son hijas de la muerte.

Además, convino que el eterno Padre la criase en estado de gracia, porque la destinó para reparadora del mundo que estaba perdido, y mediadora de la paz entre los hombres y Dios, como la llaman los Santos

¹ Eccli. XXIV, 5.

² Eccli. loc. cit.

³ Ep. con. Pa. Samos.

Padres y especialmente San Juan Damasceno, el cual le dice: “¡Oh Virgen bendita!, Vos habéis nacido para cooperar a la salvación de toda la tierra”⁴. Esto mismo hizo decir a San Bernardo, que María fue figurada en el arca de Noé, porque así como en ella se salvaron los hombres del diluvio, así nosotros por medio de María nos hemos salvado del naufragio del pecado; pero con la diferencia que en el arca se salvaron pocos, y por medio de María se ha salvado todo el género humano⁵. Por lo que San Atanasio llama a María: “Nueva Eva, Madre de la vida”⁶. Nueva Eva, porque la primera fue madre de la muerte, y la Santísima Virgen es Madre de la vida. San Teófanos, obispo de Nicea, le dice: “Salve, Santísima Virgen, que alejaste la tristeza de Eva”. San Basilio la llama mediadora entre Dios y los hombres, y San Efrén la reconciliadora de todo el mundo.

No conviene, por cierto, al que es medianero de la paz ser enemigo del ofendido, y mucho menos cómplice en el mismo delito. No puede ir a aplacar al juez un enemigo suyo, dice San Gregorio, pues en vez de conseguirlo no haría más que enojarle. Por esto, debiendo ser María la mediadora de la paz entre Dios y los hombres, era justo que no apareciese también pecadora y enemiga de Dios, sino su amiga y limpia de pecado.

Convino además que Dios la preservase de la culpa original, porque la destinaba para hollar la cabeza de la serpiente infernal, que seduciendo a nuestros pri-

⁴ Orat. I. de Nat. Virg.

⁵ Serm. de B. Virg.

⁶ Or. de S. Deip.

meros padres atrajo la muerte a todos los hombres, como ya se lo predijo el Señor: “Pondré enemistades entre ti y la mujer, y su generación y tu descendencia; ella quebrantará tu cabeza”⁷. Si María, pues, había de ser la mujer fuerte puesta en el mundo para vencer a Lucifer, ciertamente no convenía que fuese vencida y hecha su esclava, sino que fue conforme a razón que estuviese exenta de toda mancha y sujeción al demonio. Este espíritu soberbio, así como había inficionado con su veneno a todo el género humano, procuró inficionar también el alma purísima de la Virgen. Mas sea alabada siempre la divina bondad, que a este fin la colmó de tantas gracias que permaneciendo ella libre de todo reato de culpa pudo así abatir y confundir su orgullo, como dice San Agustín, o cualquiera otro que sea autor del comentario del Génesis⁸; y más claramente aún San Buenaventura diciendo: “Era conveniente que la bienaventurada Virgen María, por quien debía sernos quitada la ignominia, venciese al diablo, de modo que ni por un instante estuviese bajo su dominio”⁹.

Pero lo que principalmente convino al Padre Eterno era que su Hija quedase exenta del pecado de Adán, porque la destinaba para Madre de su Unigénito. Antes que existiese criatura alguna, le dice San Bernardino de Sena, tú fuiste destinada en la mente de Dios para que el mismo Dios en ti se hiciera hombre¹⁰.

⁷ Gen. III, 15.

⁸ In cit. loc. Gen.

⁹ In 3. Dist. 3. art. 2. q. 1.

¹⁰ Serm. 15, c. 4.

Aun cuando, pues, no hubiera habido otro motivo, a lo menos por el honor de su Hijo, que era Dios, convenía que el Padre la criase pura de toda mancha. Dice el angélico Santo Tomás que todo lo que se halla ordenado por Dios debe ser santo y exento de toda mancha¹¹, y que por esto al trazar David el plan del templo de Jerusalén con aquella magnificencia que convenía al Señor decía: “No se prepara habitación para un hombre, sino para Dios”¹². Con mayoría de razón, dice el beato Dionisio Cartujano, debemos creer que destinando el sumo Hacedor a María por Madre de su mismo Hijo, debió adornar su alma de las más bellas prerrogativas, a fin de que fuese digna habitación de un Dios¹³. Y la misma santa Iglesia nos lo afirma diciendo que Dios preparó el cuerpo y el alma de María para que fuese digno albergue de su Unigénito en la tierra.

Es sabido que el primer honor de los hijos es descender de noble estirpe¹⁴. De aquí proviene que más fácilmente se soporta en el mundo la pena que causa el ser reputado por pobre o ignorante, que el ser de bajo origen, porque el pobre puede enriquecerse con su industria, y el ignorante hacerse sabio con el estudio; pero el que es de nacimiento oscuro difícilmente puede llegar a ser noble, y si por ventura consiguiese serlo, siempre pudiera echársele en cara la bajeza de su origen. ¿Cómo pudiéramos creer, pues,

¹¹ 1 p. q. 36, art. 2.

¹² 1 Par. XXIX, 1.

¹³ Lib. 2 de Laud. Virg.

¹⁴ Prov. XVII, 6.

que pudiendo hacer Dios que su Hijo naciese de una madre noble preservándola de la culpa, le hiciese nacer de una madre inficionada del pecado, permitiendo que Lucifer pudiera reprocharle el oprobio de haber nacido de una madre esclava suya y enemiga de Dios? No, el Señor no pudo permitirlo; al contrario, proveyó que su Madre fuese siempre inmaculada, mirando al honor de su Hijo, a fin de que fuese una madre cual convenía al mismo, según nos asegura la Iglesia griega¹⁵.

Es un axioma común entre los teólogos que jamás se ha concedido don a criatura alguna con el cual no haya sido también enriquecida la bienaventurada Virgen. He aquí cómo habla sobre el particular San Bernardo: “Ciertamente no es lícito ni aun sospechar que haya sido negado a una Virgen tan singular lo que ha sido concedido a alguno de los mortales”¹⁶; y Santo Tomás de Villanueva: “Nada jamás ha sido concedido a alguno de los Santos, que desde un principio no haya resplandecido reunido en María”¹⁷. Y siendo cierto que entre la Madre de Dios y los siervos del mismo hay una distancia infinita, según el célebre dicho de San Juan Damasceno¹⁸, debe necesariamente admitirse, como enseña Santo Tomás, que Dios concedió privilegios de gracia en todo género mayores a la Madre que a los siervos¹⁹. Sentado esto, replica San Anselmo,

¹⁵ In. Mem. die 28 Martii.

¹⁶ Epist. 174.

¹⁷ Serm. 2 Ass.

¹⁸ Or. 1 de Ass.

¹⁹ 3 p. q. 27, art. 2.

el gran defensor de la Concepción Inmaculada de María, diciendo: “¿Por ventura no pudo la divina Sabiduría preparar a su Hijo una habitación pura, a fin de preservarlo de toda mancha del género humano? Dios pudo conservar —prosigue el mismo Santo— ilesos a los Angeles del cielo en la caída de tantos otros, ¿y no pudo preservar a la Madre de su Hijo y a la Reina de los Angeles de la común caída de los hombres?”²⁰ Pudo Dios, añado yo, conceder a Eva la gracia de nacer sin mancha, ¿y no pudo hacerla después a María?

¡Ah!, no; Dios pudo muy bien hacerlo, y lo hizo, pues bajo todos conceptos convenía, como dice el mismo San Anselmo, que aquella Virgen a quien Dios había determinado dar a su único Hijo estuviese adornada de tal pureza que no sólo excediese a la de todos los hombres y de todos los Angeles, sino que fuese la mayor que después de la de Dios pudiera imaginarse²¹. Más claramente aún se expresa San Juan Damasceno diciendo: “Conservó el alma de María y asimismo su cuerpo, según correspondía a la que había de llevar en su seno al mismo Dios, que siendo santo descansa en los Santos”²². Por lo que el Padre eterno bien pudo decir a esta su querida Hija: “Hija, entre todas mis demás hijas tú eres como el lirio entre las espinas, pues si ellas están manchadas del pecado, tú fuiste siempre inmaculada y siempre mi amiga”²³.

²⁰ Serm. de Concep.

²¹ Diet. Lib. de Conc.

²² Lib. 4 de Fide Ort. cap. 15.

²³ Cant. II, 2.

PUNTO II

En segundo lugar convino al Hijo preservar a María de la culpa como a Madre suya. A ninguno de los demás hijos le ha sido concedida la facultad de escogerse la madre que les plazca; pero si alguna vez se concediese esta elección a alguno de ellos, ¿quién habría que pudiendo tener por madre a una Reina la eligiese esclava, pudiendo tenerla de elevada estirpe, la quisiese villana, pudiendo tenerla amiga de Dios, la prefiriese enemiga? Si solamente, pues, el Hijo de Dios pudo escoger a su gusto la madre, no hay duda, dice San Bernardo, que la elegiría tal como convenía a un Dios²⁴. Y siendo decoroso a un Dios purísimo tener una Madre exenta de toda culpa, tal se la eligió, como afirma San Bernardino de Sena²⁵; a lo que alude lo que escribió el Apóstol: Tal convenía que fuese nuestro Pontífice santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores, etc.²⁶. Un sabio autor observa que, según San Pablo, fue conveniente que nuestro Redentor no sólo fuese exento de pecado, sino también separado de los pecadores, como lo explica Santo Tomás²⁷. Mas ¿cómo pudiera decirse que Jesucristo se halla segregado de los pecadores, si hubiese tenido una madre pecadora?

Aludiendo San Ambrosio a las palabras de San Pablo: “El primer hombre de la tierra, terreno, y el

²⁴ Hom. 3 sup. Miss.

²⁵ Tom. 2, Serm. 51, c. 1.

²⁶ Heb. VII, 26.

²⁷ 3 p. q. 4, art. 6.

segundo hombre del cielo, celestial”²⁸, dice: “No de tierra, sino de cielo se escogió este vaso, para que descendiese Jesucristo en él, y le consagró templo del pudor”²⁹. También San Ambrosio llama a la divina Madre Vaso celestial, no porque María no fuese terrena por naturaleza, como soñaron los herejes, sino celestial por gracia, porque ella aventajó a los Angeles del cielo en pureza y santidad, como convenía a un Rey de gloria que debía habitar en su seno, como San Juan Bautista lo reveló a Santa Brígida³⁰. A esto se añade lo que el mismo eterno Padre dijo a dicha Santa: “María fue vaso limpio, y no limpio. Limpio, porque fue hermosa; y no limpio, porque nació de padres pecadores, aunque fue concebida sin pecado, para que de ella naciese sin pecado mi Hijo”³¹. Y nótese las últimas palabras, a saber, que María fue concebida sin pecado, para que naciese sin pecado el divino Hijo. No porque Jesucristo hubiese sido capaz de contraer la culpa, sino para que no tuviese el oprobio de tener una Madre inficionada del pecado y esclava del demonio.

El Espíritu Santo dice que el honor del Padre es la gloria del Hijo, y la deshonor del Padre es el oprobio del Hijo³². Por lo que dice San Agustín que Jesús preservó el cuerpo de María de la corrupción después de su muerte, porque hubiera redundado en deshonor

²⁸ Cor. XV, 47.

²⁹ De Inst. Virg. cap. 5.

³⁰ Rev. I, I, cap. 17.

³¹ Lib. 5, cap. 13.

³² Eccli. III, 13.

suyo que aquella carne virginal de la que él se había revestido estuviese sujeta a la corrupción³³. Si hubiera, pues, sido un oprobio para Jesucristo nacer de una madre, cuyo cuerpo hubiese estado sujeto a la corrupción de la carne, ¿cuánto más lo hubiera sido que hubiese tenido el alma inficionada de la corrupción del pecado? Por otra parte, siendo verdad que la carne de Jesús es la misma que la de María, de tal manera que, como añade allí el mismo Santo, la carne del Salvador, aun después de su resurrección, quedó la misma que él había tomado en el seno de su Madre³⁴, por lo que Arnoldo Cartonense dijo: “La carne de Jesucristo es la misma que la de su Madre, y así entiendo que no es común, sino una la gloria del Hijo y la de la Madre”³⁵; siendo esto verdad, repito, si la bienaventurada Virgen hubiese sido concebida en pecado, aun cuando su Hijo no hubiera contraído la mancha, sin embargo habría quedado siempre contaminado habiendo unido a sí la carne un tiempo inficionada de la culpa, vaso de corrupción, y sujeta a Lucifer.

María no sólo fue Madre, sino digna Madre del Salvador, como la llaman todos los Santos Padres, San Bernardo³⁶, Santo Tomás de Villanueva³⁷; y la misma santa Iglesia reconoce que María mereció ser Madre de Jesucristo³⁸; lo cual explica Santo Tomás de Aquino diciendo: Que María no pudo merecer por sí la en-

³³ Serm. de Ass. B. V.

³⁴ Loc. cit.

³⁵ De Land. Virg.

³⁶ In Depr. ad Virg.

³⁷ Serm. 3 de Nat. Virg.

³⁸ Resp. 1 Noct. 2 in Nat. Mar.

carnación del Verbo, sino que con el auxilio de la divina gracia llegó a tal grado de perfección que se hizo digna Madre de un Dios, según lo que San Pedro Damiano escribió también de ella³⁹.

Admitido, pues, que María fue digna Madre de Dios, ¿qué excelencia, dice Santo Tomás de Villanueva, y qué perfección puede dejar de convenirle?⁴⁰ El mismo Doctor angélico enseña que cuando Dios elige a alguno para una dignidad, le hace también idóneo para la misma; por lo que dice que habiendo elegido Dios a María para Madre suya, la hizo ciertamente también digna con su gracia⁴¹; de lo que deduce el Santo que la Virgen jamás cometió ningún pecado actual ni aun venial; de otro modo, dice, no hubiera sido digna Madre de Jesucristo, pues la ignominia de la Madre hubiera recaído en el Hijo, habiendo tenido a una pecadora por Madre⁴². Si María, pues, cometiendo un solo pecado venial, que no priva al alma de la divina gracia, no hubiera sido digna Madre de Dios, ¿cuánto menos si hubiese sido rea de la culpa original, la cual la hubiera hecho enemiga de Dios y esclava del demonio? Esto fue lo que obligó a San Agustín a decir en aquella célebre sentencia suya, que hablando de María no quería tratar del pecado, por honor de aquel Señor que ella mereció por Hijo, el cual con su gracia la preservó de toda culpa⁴³.

³⁹ De Ass. Serm. 2.

⁴⁰ Serm. 3 de Nat. Virg.

⁴¹ 3 p. q. 27, art. 4.

⁴² Loc. cit.

⁴³ De Nat. et grat. contra Pet. t. 7, c. 36.

De consiguiente, debemos tener por cierto, como dicen San Pedro Damiano y San Proclo⁴⁴, que el Verbo encarnado se eligió una Madre digna de El, para no tener que avergonzarse de ella. No fue, pues, un oprobio para Jesús el oír que los hebreos le llamaban por desprecio hijo de María, como hijo de una pobre mujer⁴⁵, porque El vino al mundo a dar ejemplo de humildad y de paciencia. Al contrario, hubiera sido ciertamente un oprobio que los demonios hubieran podido decir: “¿No fue su Madre pecadora y al mismo tiempo esclava nuestra?” Y si hubiera sido también indecoroso que Jesucristo naciera de una mujer deforme o poseída del demonio, ¿cuánto más lo fuera el nacer de una mujer cuya alma estuviera algún tiempo manchada y poseída por el demonio? ¡Ah!, este Dios, el cual es la misma sabiduría, supo fabricarse en la tierra una habitación digna de El. “La Sabiduría se fabricó una casa”⁴⁶. “El Señor — dice David — santificó su habitación desde el principio de su vida, para hacerla digna de sí”⁴⁷, porque no convenía a un Dios santo elegirse una morada que no fuese santa⁴⁸. Y si El asegura que no entrará jamás a habitar en una alma malvada y en un cuerpo sujeto al pecado⁴⁹, ¿cómo podemos creer que el Hijo de Dios quisiese habitar en el alma y el cuerpo de María, sin santificarla antes y preservarla de toda mancha de pecado, pues, según

⁴⁴ Or. de Nat. Dom.

⁴⁵ Matth. XIII, 55.

⁴⁶ Prov. IX, 1.

⁴⁷ Ps. XLV, 5.

⁴⁸ Ps. XCII, 5.

⁴⁹ Sap. I, 4.

enseña Santo Tomás, el Verbo eterno habito no sólo en el alma, sino en el seno de María?⁵⁰ La santa Iglesia canta: “Señor, Vos no habéis tenido horror de habitar en el vientre de la Virgen.” Sí, porque un Dios hubiera tenido horror de encarnarse en el seno de una Inés, de una Gertrudis, de una Teresa, pues estas vírgenes, aunque santas, estuvieron, sin embargo, algún tiempo manchadas del pecado original; pero no tuvo horror de hacerse hombre en el seno de María, porque esta Virgen privilegiada estuvo siempre exenta de toda culpa, y jamás se halló poseída de la enemiga serpiente, por lo que escribió San Agustín: “El Hijo de Dios no se fabricó para sí otra casa más digna que María, en la cual jamás penetraron los enemigos, ni fue despojada de su ornato.”

“¿Quién ha oído jamás —dice San Cirilo Alejandrino— que después de haberse fabricado un arquitecto una casa para su uso, haya concedido a su principal enemigo que la habitase primero?”⁵¹

“Sí, porque aquel Señor —replica San Metodio—, que nos impuso el precepto de honrar a los padres, haciéndose hombre como nosotros, no quiso infringirlo colmando a su Madre de gracias y honores”⁵². Por esto dice San Agustín que debe creerse que Jesucristo preservó de la corrupción el cuerpo de María después de la muerte, conforme antes se ha dicho, porque si no lo hubiese hecho, no hubiera observado la ley, la cual, así como prescribe honrar a la madre, prohíbe el

⁵⁰ 3 p. q. 27, art. 4.

⁵¹ In Conc. Eph. n. 6.

⁵² Or. in Hypap.

difamarla⁵³. De consiguiente, ¿cuánto menos hubiera Jesús atendido al honor de su Madre, si no la hubiese preservado de la culpa de Adán? El padre Tomás de Argentina, agustiniano, dice que “pecaría aquel hijo que pudiendo preservar a su madre de la culpa original no lo hiciese: pues lo que en nosotros sería pecado — añade el citado autor — debe creerse que no hubiera sido decoroso al Hijo de Dios; esto es, que pudiendo hacer inmaculada a su Madre no lo hubiese hecho”. “¡Ah!, no — dice Gerson — queriendo Vos, que sois el Príncipe supremo, tener una madre, tuvisteis de celar por su honor, y es bien manifiesto que no se observaría esta ley si hubieseis permitido que quedase sujeta a la abominación del pecado original la que debió ser morada de toda pureza”⁵⁴.

Además, se sabe, según escribió San Bernardino de Sena, que el divino Hijo vino al mundo más por redimir a María que a todos los otros hombres; y como hay dos modos de redimir, conforme enseña San Agustín, uno levantando al caído, y otro preservándole de caer, no hay duda que éste es el más noble; porque evita al alma el daño o la mancha que contrae siempre en la caída⁵⁵. Por lo que según este modo, el cual convenía a la Madre de un Dios, debe creerse que María fue redimida, como dice San Buenaventura en su segundo sermón de la Asunción que pertenece al Santo Doctor, según prueba Frasn⁵⁶; sobre lo que el

⁵³ Serm. de Ass. B. V.

⁵⁴ Serm. de Conc. B. V.

⁵⁵ S. Anton.

⁵⁶ Scor. Arcad. t. 8. a. 3. sect. 4. q. 1. pár. 1.

cardenal Cusano dice con elegancia: “Los demás tuvieron un Redentor que les libró del pecado ya contraído; pero la santísima Virgen tuvo un Redentor, que por ser su Hijo la libró de contraerlo.”

En suma y para concluir este punto, dice Hugo de San Víctor, que por el fruto se conoce el árbol. Si el Cordero fue siempre inmaculado, debió ser siempre también inmaculada la Madre⁵⁷; por lo que este mismo doctor saludaba a María diciéndole: “¡Oh, digna Madre de un digno Hijo!”, queriendo decir, que sólo María era digna Madre de tal Hijo, y que sólo Jesús era digno Hijo de tal Madre. “¡Oh, digna de tan digno Hijo —continúa diciendo—, hermosa del hermoso, excelsa del Altísimo, Madre de Dios”⁵⁸. Amamantad a vuestro Criador; al que os crió y os hizo tan pura y perfecta, que merecisteis que tomase en Vos el ser de hombre⁵⁹.

PUNTO III

Si convino, pues, al Padre preservar del pecado a María como a Hija suya, y al Hijo como a su Madre, también convino al Espíritu Santo preservarla como a Esposa suya. María, dice San Agustín, fue la única que mereció ser llamada Madre y Esposa de Dios⁶⁰; pues San Anselmo afirma que el Espíritu Santo descendió corporalmente en María, y colmándola de gracias

⁵⁷ Coll. 3 de Verb. Inc.

⁵⁸ Un. de S. Vict. Sermon, de Assun.

⁵⁹ Serm. de Nat. Virg.

⁶⁰ Serm. de Ass.

sobre todas las criaturas descansó en Ella, e hizo a su Esposa Reina del cielo y de la tierra⁶¹. Dice que descendió corporalmente en María en cuanto al efecto, pues vino a formar de su cuerpo inmaculado el inmaculado cuerpo de Jesucristo, conforme el Arcángel se lo había anunciado: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti”⁶². Por esto, dice Santo Tomás, se llama María templo del Señor, sagrario del Espíritu Santo, porque por obra de éste fue hecha Madre del Verbo encarnado⁶³.

Pues bien: si un excelente pintor debiera casarse con una mujer hermosa o fea, según él mismo pintase, ¿no procuraría pintarla lo más hermosa que le fuese posible? ¿Cómo podrá decirse, pues, que el Espíritu Santo no obrase así en María, y que pudiendo hacer a su Esposa tan hermosa como le convenía, dejase de practicarlo? No, que así le convino y así lo hizo, como atestiguó el mismo Señor, cuando alabando a María la dijo: “Eres toda hermosa, amiga mía, y no hay defecto alguno en ti”⁶⁴; cuyas palabras, como dicen San Ildefonso y Santo Tomás, se aplican propiamente a María, según refiere Cornelio Alápide sobre dicho texto; y San Bernardino de Sena⁶⁵ y San Lorenzo Justiniano⁶⁶ afirman que las citadas palabras se entienden precisamente de su Inmaculada Concepción; por lo que el Idiota la dice: “Eres toda hermosa, Virgen gloriosísi-

⁶¹ De Exc. Virg. c. 4.

⁶² Luc. I. 35.

⁶³ Opusc. 8.

⁶⁴ Cant. IV, 7.

⁶⁵ Tom. 2. Serm. 42.

⁶⁶ Serm. de Nat. Virg.

ma, no en parte, sino en todo, y no hay en ti mácula de pecado, ni mortal, ni venial, ni original”⁶⁷.

Esto mismo significó el Espíritu Santo cuando llamó a su Esposa *huerto cerrado y fuente sellada*⁶⁸. María, dice San Jerónimo, fue este huerto cerrado y esta fuente sellada, pues no entraron jamás en ella los enemigos para ofenderla, sino que permaneció siempre ilesa, quedando santa en el alma y en el cuerpo⁶⁹, y hablando San Bernardo con la bienaventurada Virgen dice: “Tú eres huerto cerrado en el que nunca penetró la mano de los pecadores para robar sus flores”⁷⁰.

Sabemos que este divino Esposo amó más a María que a todos los demás Santos y Angeles juntos, según afirman el padre Suárez, San Lorenzo Justiniano y otros. El la amó desde el principio, y la elevó en santidad sobre todos, como expresa David: “Sus cimientos se apoyan sobre los montes santos; el Señor ama las puertas de Sion más que todos los tabernáculos de Jacob; un hombre ha nacido en ella, y el mismo Altísimo la fundó”⁷¹; palabras que todas significan que María fue santa desde el instante de su concepción. Lo mismo significa lo que dijo el Espíritu Santo en otros lugares: “Muchas son las hijas que han reunido riquezas, pero tú has aventajado a todas”⁷². Si María excedió a todas las criaturas en riquezas de gracia, luego tuvo también la justicia original, como la tuvie-

⁶⁷ In Contempl. B. V. c. 3.

⁶⁸ Cant. IV, 12.

⁶⁹ Ep. 10 ad Eust. de Ass.

⁷⁰ Vide in loc. cit. Cant. IV.

⁷¹ Ps. LXXXVI.

⁷² Prov. XXXI, 29.

ron Adán y los Angeles. Todas las almas justas son hijas de la divina gracia, pero entre éstas María fue la *paloma* sin hiel de culpa, la *perfecta* sin mancha de origen, la *única* concebida en gracia⁷³.

Así el Angel antes que ella fuese Madre de Dios ya la halló llena de gracia, y la saludó diciéndole: “Dios te salve, llena de gracia”; sobre cuyas palabras escribió Sofronio que la gracia se da a los otros Santos parcialmente, pero a María por entero⁷⁴; de modo que, dice Santo Tomás, la gracia no sólo santificó el alma, sino también la carne de María, a fin de que ella pudiese revestir al Verbo eterno⁷⁵. Todo esto, pues, conduce a conocer que el Espíritu Santo desde el momento de su Concepción la enriqueció y colmó de la divina gracia, como arguye Pedro Celense⁷⁶; por lo que San Pedro Damiano dice: “Siendo elegida y preelegida por Dios, el Espíritu Santo había de prevenir y hacer suya a esta Esposa antes que el demonio se apoderase de ella”⁷⁷.

Quiero concluir este discurso en el que me he extendido más que en los otros por razón de que nuestra mínima congregación tiene por su principal protectora a la santísima Virger María, precisamente bajo el título de su Inmaculada Concepción. Quiero concluir, repito, exponiendo sucintamente cuáles son los motivos que me convencen, y que a mi parecer deben convencer a cualquiera de esta opinión tan piadosa y

⁷³ Cant. VII, 8.

⁷⁴ Serm. de Ass. B. V.

⁷⁵ Opusc. 7.

⁷⁶ Lib. de Panip. c. 10.

⁷⁷ Serm. de Ann.

gloriosa para la divina Madre, a saber, que Ella haya sido exenta de la culpa original.

Hay muchos doctores, los cuales sostienen que María fue también exenta hasta de contraer el débito del pecado; tales son el cardenal Galatino⁷⁸, el cardenal Casano⁷⁹, De Ponte⁸⁰, Salazar⁸¹, Catarino⁸², Novarino⁸³, Viva⁸⁴, De Lugo, Egilio, Richelio y otros. Esta opinión no deja de ser probable, porque si es verdad que en la voluntad de Adán, como cabeza del género humano, estuvieron incluidas las voluntades de todos los hombres, según lo sostienen con probabilidad Gonet⁸⁵, Gabet⁸⁶ y otros, apoyados en el texto de San Pablo: “En Adán todos pecaron”⁸⁷; si esto es, pues, probable, no deja de serlo también que María no contrajo la deuda del pecado, porque habiéndola distinguido Dios del común de los hombres por la gracia, debe creerse piadosamente que en la voluntad de Adán no incluyó la de María.

Esta opinión es solamente probable, y a ella me adhiero por redundar en mayor gloria de mi querida Señora; pero tengo también por cierta la otra de que

⁷⁸ De Arca. Lib. 7, c. 18.

⁷⁹ Lib. 8. Exerc. 8.

⁸⁰ Lib. 2. Cant. ex. 10.

⁸¹ D. V. Conc. c. 7, pár. 7.

⁸² D. pec. orig. c. ult.

⁸³ Umbr. Virg. c. 10, exc. 28.

⁸⁴ P. 8, d. 2, q. 2, a. 3.

⁸⁵ Man. tom. 3, tr. 5, c. 6, pár. 2.

⁸⁶ Tom. 3, pec. c. 7.

⁸⁷ Rom. 5.

* No faltará tal vez quien al leer estas doctrinas, que el santo Obispo de Santa Agueda llama aquí opiniones probables, eche de ver al instante la dificultad que con ellas hay de explicar cómo la Santísima Virgen pueda

María no contrajo el pecado de Adán, como la tienen por cierta y aun por próximamente definible de fe, según su expresión, el cardenal Everardo⁸⁸, Duvalio⁸⁹, Raynaldo⁹⁰ y otros muchos. De consiguiente, omito las revelaciones que confirman la referida opinión, especialmente la de Santa Brígida, aprobadas ya por el cardenal Torrequemada y por cuatro Sumos Pontífices, como se lee en el libro VI de dichas Revelaciones en muchos lugares⁹¹. Mas de ningún modo puedo dejar de notar aquí las sentencias de los Santos Padres sobre esta materia para manifestar cuán acordes estuvieron en conceder este privilegio a la divina Madre. San Ambrosio dice: “Recíbeme no de Sara, sino de María, para que sea Virgen pura, Virgen exenta por la gracia

decirse redimida y reconciliada a Dios por Jesucristo, el cual, como la fe nos enseña, murió por todos los hombres sin distinción alguna, según aquello del Apóstol: *Christus pro omnibus mortuus est* (ad Cor. V). Los editores de la LIBRERIA RELIGIOSA no ignoran estas y otras dificultades, que muchos teólogos hallan en dichas aserciones, y en particular el cardenal Cayetano, quien escribiendo a León X dice: “Positio dicens B. virginem esse praeservatam a peccato originali, et reatibus est contraria fidei catholicae, quoniam repugnat iis, quae in Sacra Scriptura, et aliis documentis fidei, certis et necessariis continentur”, y después: “Dammenda igitur videtur specialiter positio, quae asserit B. virginem totaliter praeservatam a peccato originali, ut scilicet *nihil ejus* incurrerit.” (Opuc. de Concepl. B. M.); sin embargo, como las obras de San Alfonso María de Liguori, después de un maduro examen, han sido declaradas por la Santa Sede inmunes de todo error contra la fe, sin que se haya hallado en ellas cosa alguna que pudiese impedir el proceder a la solemne canonización de su autor, han creído poder imprimir y publicar esta obra sin alterar en lo más mínimo el texto del autor, mayormente no habiendo nada definido sobre lo que él llama opiniones probables. (*Nota de los Editores.*)

⁸⁸ In Exam. Theol.

⁸⁹ l. 2, q. 2 de pecc.

⁹⁰ Pied. Lugd. n. 29.

⁹¹ Al c. 12, 49 y 55.

de toda mancha de pecado”⁹². Hablando Orígenes de María dice: “No ha sido inficionada por el venenoso hálito de la serpiente”⁹³. San Efrén: “Inmaculada y muy remota de toda mancha de pecado”⁹⁴. San Agustín, sobre las palabras del Angel: *Dios te salve, llena de gracia*, escribió: “Con ellas muestra que cesó del todo (nota *del todo*) el enojo de la primera sentencia, restituyéndose la gracia llena de bendición”⁹⁵. San Jerónimo: “Aquella nube no estuvo en las tinieblas, sino siempre en la luz”⁹⁶. San Cipriano u otro autor: “Ni permitía la justicia que aquel vaso de elección se contaminase con la común afrenta, porque siendo tan superior a los demás, participaba de la naturaleza, pero no de la culpa”⁹⁷. San Anfiloquio: “El que formó a la primera Virgen exenta de pecado, creó a la segunda sin sombra de delito”⁹⁸. Sofronio: “Llámase la Virgen Inmaculada porque no fue contaminada en lo más mínimo”⁹⁹. San Ildefonso: “Consta que fue exenta del pecado original”¹⁰⁰. San Juan Damasceno: “La serpiente no tuvo entrada en este paraíso”¹⁰¹. San Pedro Damiano: “La carne de la Virgen, aunque tomada de Adán, no contrajo las manchas de éste”¹⁰².

⁹² Serm. 22 in Ps. CXVIII.

⁹³ Hom. 1.

⁹⁴ Tom. 5, orat. ad Dei Gen.

⁹⁵ Serm. 11 de Nat. Dom.

⁹⁶ In Ps. LXXVII.

⁹⁷ Lib. de Carn. Christi oper. de Nat.

⁹⁸ Tr. de Deip.

⁹⁹ In Ep. ap. Syn. Tom. 3, p. 307.

¹⁰⁰ Cons. Disp. de Virg. Mar.

¹⁰¹ Or. 2 de Nat. Mar.

¹⁰² Serm. de Ass. Virg.

San Bruno: “Y ésta es aquella tierra incorrupta a la que bendijo el Señor y por lo mismo libre de todo contagio de pecado”¹⁰³. San Buenaventura: “Nuestra Señora estuvo llena de la gracia preventiva en su santificación, esto es, de la gracia que la preservó de la fealdad de la culpa original”¹⁰⁴. San Bernardino de Sena: “No es creíble que el Hijo de Dios quisiese nacer de la Virgen o tomar su carne, estando contaminada por el pecado original”¹⁰⁵. San Lorenzo Justiniano: “Desde su misma Concepción estuvo precavida en bendiciones”¹⁰⁶. El Idiota, sobre aquellas palabras *hallaste gracia*, dice: “Hallaste gracia singular, oh dulcísima Virgen, porque fuiste preservada de la mancha original”¹⁰⁷. Y lo mismo dicen otros muchos doctores.

Finalmente, los motivos que garantizan la verdad de esta piadosa sentencia son dos: el primero, el consentimiento universal de los fieles sobre este punto. El padre Gil de la Presentación atestigua¹⁰⁸ que todas las órdenes religiosas son de este dictamen, y un autor moderno de la misma Orden de Santo Domingo dice que aun cuando haya noventa y dos escritores que sostienen la opinión contraria, ciento treinta y seis profesan la nuestra. Pero lo que sobre todo debe persuadirnos que nuestra piadosa opinión se halla conforme con el común sentir de los católicos, es lo

¹⁰³ In Ps. CI.

¹⁰⁴ Serm. 2 de Assumpt.

¹⁰⁵ Tom. 3. Serm. 49.

¹⁰⁶ Serm. de Annunc.

¹⁰⁷ Cap. 6.

¹⁰⁸ De Praef. Virg. q. 6, n. 4.





que el papa Alejandro VII nos atestigua en su célebre bula, *La sollicitud de todas las iglesias*, expedida a fines del año 1661, en la que se dice: “Tomó nuevo aumento y se propagó esta devoción y culto de la Madre de Dios... de manera que habiendo adoptado esta opinión (a saber la pía), las universidades ya la siguen, y casi todos los católicos la han abrazado”. En efecto, la profesan las academias de la Sorbona, de Alcalá, de Salamanca, de Coimbra, de Colonia, de Maguncia, de Nápoles y otras muchas, en las cuales todos los que se gradúan se obligan con juramento a defender la Inmaculada Concepción de María. De este argumento, esto es, del común dictamen de los fieles, se vale sobre todo el docto Petavio para probar esta opinión¹⁰⁹, argumento que, según escribe el doctísimo obispo don Julio Torni¹¹⁰, no puede dejar de convencer, porque si verdaderamente el común consentimiento de los fieles nos asegura de la santificación de María en el seno de su madre y de su gloriosa Asunción al cielo en alma y cuerpo, ¿por qué esta común opinión de los fieles no nos asegura también de su Concepción Inmaculada?

El otro motivo más fuerte aun que el primero, que nos hace creer que la Virgen estuvo exenta del pecado original, es la fiesta que la Iglesia universal ha establecido en celebración de su Concepción Inmaculada, sobre lo que por un lado veo que la Iglesia celebra el primer instante en que fue criada el alma de María y unida al cuerpo, como declara Alejandro VII en la bula que se ha citado, en la cual se dice que la Iglesia

¹⁰⁹ Tom. 5, p. 2, l. 14, c. 2, n. 10.

¹¹⁰ In Adn. ad Est. l. 2, dist. 3, pár. 2.

tributa a la Concepción de María el mismo culto que la piadosa opinión, según la cual fue concebida sin la culpa original. Por otra parte, no ignora que la Iglesia no puede celebrar lo que no sea santo, según los oráculos de San León, papa¹¹¹, y de San Eusebio, pontífice: “En la Sede Apostólica siempre se ha conservado la Religión apostólica sin mancha”¹¹²; y como enseñan todos los teólogos con San Agustín¹¹³, San Bernardo¹¹⁴, y Santo Tomás, el cual, para probar que María fue santificada antes de nacer, se sirve precisamente de este argumento, esto es, de la celebración que hace la Iglesia de su nacimiento, y por esto dice: “La Iglesia celebra la Natividad de la bienaventurada Virgen; es así que no se celebra fiesta en la Iglesia sino por algún Santo; luego la bienaventurada Virgen fue santificada en el vientre de su madre”¹¹⁵. Si es cierto, pues, como dice el Doctor Angélico, que María fue santificada en el vientre de su madre, pues la Iglesia santa celebra su nacimiento, ¿por qué no hemos de tener también por cierto que María fue preservada del pecado original desde el primer instante de su Concepción, ya que sabemos que en este sentido la misma Iglesia celebra su fiesta? En confirmación de este gran privilegio de María son bien conocidas las innumerables y prodigiosas gracias que el Señor se complace dispensar todos los días en el reino de Nápoles por medio de las estampas de la

¹¹¹ Ep. Decret. 4, c. 2.

¹¹² Decret. 24, 9, 1, c. In Sede.

¹¹³ Serm. 95 et 113.

¹¹⁴ Ep. ad Dan. Lugd.

¹¹⁵ 3 p. q. 27, a. 1.

Inmaculada Concepción. Yo pudiera citar una multitud de ellas presenciadas por los Padres de nuestra misma congregación, pero me limitaré a referir dos que verdaderamente son admirables.

EJEMPLO

En una de las casas que nuestra mínima congregación posee en el reino de Nápoles, se presentó una mujer diciendo a uno de nuestros Padres que su marido no se había confesado hacía muchos años, y que la infeliz ya no sabía qué hacerse para reducirle, pues hablándole de confesión la maltrataba. El padre le contestó que le diese una estampa de la Inmaculada Concepción. A la noche la mujer suplicó nuevamente a su marido que se confesase; pero no queriendo éste hacer ningún caso de sus palabras como acostumbraba, ella le dio una estampa. He aquí que apenas el marido la recibió, dijo: “Y bien, ¿cuándo quieres llevarme a confesar, que estoy dispuesto a ello?” La mujer empezó a llorar de alegría al ver aquel cambio tan repentino. Efectivamente, por la mañana vino a nuestra iglesia; y habiéndole preguntado el expresado padre cuánto tiempo había transcurrido desde su última confesión, respondió que veintiocho años. “¿Y cómo —replicó el padre— os habéis decidido esta mañana a venir a confesaros?” “Padre —le contestó—, yo permanecía obstinado; pero anoche mi mujer me dio una estampa de la Virgen, y luego experimenté tal mudanza en mi corazón, que esta noche cada momento me parecía que eran siglos, anhelando que

llegase el día para poder venir a confesarme.” En efecto, se confesó con mucho dolor, mudó de vida, y continuó mucho tiempo confesándose a menudo con el mismo padre.

En otro lugar de la diócesis de Salerno, mientras hacíamos allí la santa misión, había un hombre enemistado mortalmente con otro que le había ofendido. Un padre de los nuestros le habló para que le perdonase, y él le contestó: “Padre mío, ¿me habéis visto jamás asistir a vuestros sermones? No por cierto, y por esto jamás voy a oírles; no ignoro que estoy condenado; pero no importa, quiero vengarme.” El padre insistió mucho para convertirle, pero viendo que sus palabras eran inútiles, le dijo “Tomad esta estampa de la Virgen.” El le respondió: “¿Y para qué sirve esta estampa?” Sin embargo, habiéndola tomado, aunque siempre había negado el perdón que le pedía, dijo al misionero: “Padre mío, ¿desea vuestra reverencia otra cosa más que el perdón? Aquí estoy pronto a perdonar.” Y al efecto quedaron de acuerdo para la mañana siguiente. Mas al otro día había ya mudado de parecer y no quería cumplir lo que antes había ofrecido. Dicho padre le entregó otra estampa, la que no quería admitir, y sólo después de muchas instancias accedió a ello; mas, ¡oh maravilla!, al momento que tomó la otra estampa exclamó: “Ea, despachemos; ¿dónde se halla mi enemigo?”, y luego le perdonó y se confesó después.

ORACIÓN

¡Ah! mi Inmaculada Señora!, yo me regocijo con Vos al veros enriquecida de tanta pureza. Doy gracias y propongo darlas siempre al común Criador, por haberos preservado de toda mancha de culpa, como tengo por cierto, y para defender el grande y singular privilegio de vuestra Inmaculada Concepción juro dar, si fuese necesario, hasta mi vida. Quisiera que todo el mundo os conociese y admirase como aquella bella *Aurora*, siempre esplendente de divina luz; como aquella *Arca* elegida de salud, libre del común naufragio del pecado; como aquella *perfecta e inmaculada Paloma*, según la expresión de vuestro divino Esposo; como aquel *Huerto cerrado*, que fue la delicia de Dios; como aquella *Fuente sellada*, en la que jamás entró el enemigo a enturbiar sus aguas; y, en fin, como aquel blanco *Lirio*, cual sois Vos, que naciendo entre las espinas de los hijos de Adán donde todos nacen manchados de la culpa y enemigos de Dios, Vos nacisteis pura, llena de candor y amada de vuestro Criador.

Permitid, pues, que yo también os alabe como os alabó vuestro mismo Hijo: “Toda tú eres hermosa, y no hay ninguna mancha en ti.” ¡Oh purísima paloma, toda candidez, toda belleza, siempre amiga de Dios! ¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! ¡Ah dulcísima, amabilísima, Inmaculada María! Vos que sois tan hermosa a los ojos de vuestro Señor, no os desdeñéis de fijar vuestras misericordiosas miradas en las asquerosas llagas de mi alma. Miradme, apiadaos de mí y curadme. ¡Oh hermoso imán de los corazones! Atraed hacia Vos mi corazón miserable. Vos, que

desde el primer momento de vuestra vida aparecísteis pura y hermosa delante de Dios, compadeceos de mí, que no sólo nací en pecado, sino que después del bautismo he manchado mi alma con nuevas culpas. Aquel Dios que os eligió por Hija, Madre y Esposa suya, preservándoos por lo mismo de toda mancha, y prefiriéndoos en su amor a todas las criaturas, ¿qué gracia podrá jamás negaros? Virgen Inmaculada, Vos me habéis de salvar, os diré con San Felipe Neri, haced que me acuerde siempre de Vos, y no os olvidéis de mí. Me parece que tardará todavía mil años en llegar el feliz momento de poder contemplar vuestra hermosura en el cielo, para alabaros y amaros aún más, Madre mía, Reina mía, querida mía, hermosísima, dulcísima, purísima, Inmaculada María. Amén

DISCURSO II

DEL NACIMIENTO DE MARÍA

María nació santa, y gran santa, pues la gracia con que Dios la enriqueció desde el principio, y la felicidad con que la Virgen le correspondió luego, fueron muy grandes

Los hombres acostumbran celebrar con fiestas y demostraciones de alegría el nacimiento de sus hijos, mientras debieran más bien llorarle con señales de luto y de dolor, considerando que no sólo nacen privados de mérito y razón, sino manchados de la culpa, hijos de ira y condenados por lo mismo a todas las miserias

y a la muerte. Al contrario, es justo celebrar con fiestas y alabanzas universales el nacimiento de María, porque si viene al mundo niña, a lo menos viene grande en méritos y virtudes. María nace santa, y gran santa; pero para comprender el grado de santidad con que nació, es preciso considerar antes de todo cuán grande fue la primera gracia con que Dios la enriqueciera, y después cuán grande fue la fidelidad con que María correspondió luego a Dios.

PUNTO I

Tratando del primer punto, es cierto que el alma de María fue la más hermosa que Dios haya criado jamás, de modo que después de la Encarnación del Verbo, ésta fue la obra más grande y más digna de sí que el Omnipotente hizo en este mundo, como lo dice San Pedro Damiano. La divina gracia, pues, no cayó gota a gota sobre María como sobre los demás Santos, sino como la lluvia sobre un vellocino, según profetizó David¹. “El alma de María —dice San Basilio— fue a manera de la lana, que felizmente absorbió la abundante lluvia de la gracia sin perder una sola gota”². Por lo que ella declaró en el Eclesiástico: “Mi habitación fue en la plena reunión de los Santos”³; esto es, según explica San Buenaventura: “Poseo en su plenitud lo que los otros Santos sólo tienen en parte”⁴. Y San

¹ Ps. LXXI, 6.

² In Cat. D. Th: in 1 Luc.

³ Eccli. XXIV, 16.

⁴ S. Bonav. Serm. de B. V.

Vicente Ferrer, hablando especialmente de la santidad de María antes de su nacimiento, dice que ella aventajó a todos los Santos y Angeles en santidad por haber sido santificada en el vientre de su madre.

La gracia que obtuvo la bienaventurada Virgen excedió no sólo a la de cada Santo en particular, sino a la de todos los Santos y Angeles reunidos, según lo prueba el sabio padre Francisco Pepe, de la Compañía de Jesús, en su hermosa obra de las *Grandezas de Jesús y María*⁵; y afirma que esta opinión tan gloriosa para nuestra Reina es actualmente común y admitida como cierta entre los teólogos modernos, como son Cartagena, Suárez, Spineli, Recupito, Guerra y otros, los cuales la han examinado ex profeso, lo que no hicieron los doctores antiguos: y además refiere que la divina Madre envió al padre Martín Gutiérrez a dar gracias de su parte al padre Suárez por haber defendido tan hábilmente esta opinión muy probable, la cual, como atestigua el padre Señeri en su *Devoto de María*, ha sido después sostenida unánimemente por la escuela de Salamanca.

Si esta sentencia, pues, es común y cierta, mucho más probable será aún también que María desde el primer instante de su Inmaculada Concepción recibió esta gracia superior a la de todos los Santos y Angeles juntos, como lo defiende con empeño el mismo padre Suárez y con él los padres Spineli, Recupito⁶ y La-Colombière⁷. Pero además de la autoridad de los

⁵ Tom. 3. Lec. 136.

⁶ Ap. P. Pepe Loc. cit.

⁷ Pred. 29.

teólogos hay dos grandes y poderosas razones que prueban la referida opinión. La primera es que María fue elegida por Dios para Madre del Verbo divino; por lo que el beato Dionisio Cartujano dice que habiendo sido ella elevada a un orden superior a todas las criaturas, pues la dignidad de Madre de Dios, según el padre Suárez, pertenece en cierto modo al orden de la unión hipostática, con razón desde el principio de su vida le fueron conferidos los dones de un orden superior, que excedieron incomparablemente a todos los concedidos a las demás criaturas. En efecto, no puede dudarse que al mismo tiempo que en los divinos decretos fue predestinada la persona del Verbo eterno para hacerse hombre, le fue destinada también la Madre en cuyo seno había de tomar el ser humano, y ésta fue nuestra niña María. Santo Tomás enseña que el Señor da a cada uno la gracia proporcionada a la dignidad a que le destina⁸; lo que San Pablo ya enseñó antes cuando escribió: “Quien nos hace también idóneos ministros del Nuevo Testamento”⁹; dándonos a entender que los Apóstoles recibieron de Dios los dones proporcionados a la importancia del ministerio a que fueron llamados. San Bernardino de Sena añade que cuando Dios elige a alguno para cualquier estado, recibe no solamente las disposiciones necesarias al mismo, sino también los dones convenientes para ejercerlo dignamente¹⁰. Si María, pues, fue elegida para ser Madre de Dios, fue muy conveniente que

⁸ 3 p. q. 27, a. 5.

⁹ II Cor. III, 6.

¹⁰ Serm. 10, a. 1, c. 1.

desde el primer instante Dios la adornase de una gracia inmensa y de un orden superior a la de todos los hombres y Angeles, debiendo la gracia corresponder a la dignidad inmensa y eminente a la que Dios la elevaba, como concluyen todos los teólogos con Santo Tomás¹¹; de manera que María antes de ser Madre de Dios, según dice el santo Doctor, fue adornada de una santidad tan perfecta que la hizo idónea para tan sublime dignidad¹².

Y antes había dicho que por esto María se llamaba llena de gracia, no ya por parte de la misma gracia, porque ella no la tuvo en el grado de excelencia de que es susceptible, así como tampoco fue suma la gracia habitual de Jesucristo, como dice el mismo santo Doctor, de manera que la virtud divina no hubiera podido hacerla mejor de potencia absoluta, aun cuando fue una gracia suficiente y correspondió al objeto que la divina Sabiduría se había propuesto, esto es, a la unión de la naturaleza humana con la persona del Verbo¹³. El mismo angélico Doctor enseña que la divina potencia es tan grande que por más que dé, siempre le queda para dar; y aunque la facultad natural de la criatura en cuanto al recibir sea en sí limitada de modo que pueda enteramente llenarse, no obstante su facultad de obedecer a la divina voluntad es ilimitada, y Dios puede siempre llenarla más, aumentando su capacidad para recibir¹⁴; por lo que,

¹¹ Loc. cit. art. 4.

¹² Loc. cit. q. 27 a. 5, ad. 1.

¹³ D. q. 7, a. 12, ad. 2.

¹⁴ S. Thom. q. 20, de Verit. a. 3, ad. 9.

volviendo a nuestro propósito, dice Santo Tomás que aunque la bienaventurada Virgen no estuvo llena de gracia en cuanto a la misma gracia, sin embargo se dice llena de gracia con respecto a ella misma, porque recibió una gracia inmensa, suficiente y correspondiente a su elevada dignidad, de modo que esta gracia la hiciese idónea para ser Madre de Dios¹⁵. Por lo que, añade Benedicto Fernández, que la medida para conocer cuánta haya sido la gracia comunicada a María es su dignidad de Madre de Dios.

Con razón, pues, dijo David que los cimientos de esta ciudad de Dios, María, debían abrirse sobre las cimas de los montes¹⁶, esto es, que el principio de la vida de la Virgen debía ser más alto que todas las vidas consumadas de los Santos. El Señor, prosigue el profeta, ama las puertas de Sión más que todos los tabernáculos de Jacob. Y el mismo David dio la razón de esto, porque Dios debía hacerse hombre en su seno virginal; por lo que fue conveniente que el Señor diese a esta Virgen desde el primer momento que la crió una gracia correspondiente a la dignidad de Madre de Dios.

Este fue el mismo pensamiento de Isaías cuando dijo que en los tiempos venideros debía prepararse el monte de la casa del Señor, que fue la bienaventurada Virgen, sobre la cumbre de todos los demás montes; y que por esto todas las naciones debían correr a él para recibir las divinas misericordias¹⁷. San Gregorio expli-

¹⁵ D. q. 7, art. 10, ad. 1.

¹⁶ Ps. LXXXVI, 1.

¹⁷ Isai. II, 2.

ca este pasaje diciendo: “Monte en verdad sobre la cumbre de los montes, porque María en su elevación resplandece sobre todos los Santos”¹⁸. Y San Juan Damasceno: “Monte que plugo a Dios escoger para su morada. Por esto María fue llamada ciprés, pero ciprés del monte Sión; cedro, pero cedro del monte Líbano; olivo, pero olivo hermoso; elegida, pero elegida como el sol; pues dice San Pedro Damiano que así como este astro con su resplandor eclipsa de tal modo el brillo de las estrellas, que estas desaparecen, así la gran Virgen Madre aventaja con su santidad a los méritos de toda la corte celestial”¹⁹; “de manera —dice elegantemente San Bernardo— que María fue tan elevada en dignidad, que a Dios no le convenía tener otra Madre que María, ni a María otro Hijo que Dios”.

La segunda razón que prueba que María, en el primer instante de su vida, fue más santa que todos los Santos reunidos, se funda en el grande oficio de mediadora de los hombres que obtuvo desde el principio; por lo que fue necesario que ya entonces poseyese más gracia que todos los hombres juntos. Es sabido cuán común era entre los teólogos y Santos Padres el atribuir a María este título de mediadora, por haber alcanzado con su poderosa intercesión y mérito de congruidad la salud de todos, procurando al mundo perdido el gran beneficio de la redención. Se dice mérito de congruidad, porque sólo Jesucristo es nuestro mediador por vía de justicia, y por mérito *de condigno*, como llaman las escuelas, habiendo El ofrecido sus

¹⁸ Lib. I in I Reg. c. I.

¹⁹ Serm. de Ass.

méritos al eterno Padre, que los aceptó para nuestra salvación. Al contrario, María es mediadora de gracia por vía de simple intercesión, y por mérito *de congruo*, habiendo ofrecido a Dios, como dicen los teólogos con San Buenaventura, sus méritos por la salvación de todos los hombres, y Dios por gracia los aceptó con los méritos de Jesucristo. Por esto dice San Arnoldo Carnotense: “María cooperó con Cristo a nuestra salud.” Y Ricardo de San Víctor: “Deseó la salud de todos, la solicitó y la alcanzó, y puede decirse que por medio de Ella quedó efectuada”²⁰. De manera que todo bien, todo don de vida eterna que cada uno de los Santos recibió de Dios, le fue dispensado por la mediación de María.

Esto es lo que la Iglesia quiere darnos a entender cuando honra a la divina Madre, aplicándole las palabras del Eclesiástico: “En mí se halla toda la gracia para conocer el camino de la verdad.” Dícese *camino*, porque por María se dispensan todas las gracias a los viajeros de este mundo: *de la verdad*, porque por María se da la luz de la verdad. “En mí toda esperanza de vida y de virtud”: *vida*, porque por María esperamos alcanzar la vida de la gracia en la tierra, y la de la gloria en el cielo: *virtud*, porque por medio de María se adquieren las virtudes, y especialmente las teologales, que son las principales virtudes de los Santos. “Yo soy Madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento de la salvación, y de la santa confianza.” María con su intercesión alcanza a sus siervos los dones del divino amor, del temor de Dios, de la luz celestial y de la santa confianza; de lo que

²⁰ Cap. 26 in Cant.

deduce San Bernardo que la Iglesia enseña que María es la mediadora universal de nuestra salvación²¹.

Por esto San Sofronio, patriarca de Jerusalén, afirma que el arcángel Gabriel la llamó llena de gracia, porque mientras a los otros, dice el mismo Santo, se les dio la gracia limitada, María la recibió entera²²; a fin de que, según dice San Balisio, pudiese ser así digna mediadora entre Dios y los hombres. De otro modo, replica San Lorenzo Justiniano, si la santísima Virgen no hubiese estado llena de la divina gracia, ¿cómo hubiera podido ser la escala del paraíso, la abogada del mundo, y la verdadera mediadora entre los hombres y Dios?²³.

He aquí, pues, bien demostrada la segunda razón que he propuesto. Si María desde el principio, como Madre destinada al común Redentor, recibió el oficio de mediadora de todos los hombres, y por consiguiente también de todos los Santos, fue asimismo necesario que desde el principio tuviese una gracia más grande que todos los Santos por quienes ella debía interceder. Me explicaré más claro. Si por medio de María debían hacerse amados de Dios todos los hombres, era necesario que María fuese más santa y más amada del mismo que todos ellos juntos. De lo contrario, ¿cómo hubiera podido interceder por todos los demás? Para que un intercesor alcance del príncipe la gracia para todos los vasallos es absolutamente necesario que el monarca le ame más que a todos sus demás súbditos. Y

²¹ Epist. 147 ad cap. Lug.

²² Serm. de Ass.

²³ Serm. de Ann. B. V.

por esto María, concluye San Anselmo, mereció ser digna reparadora del mundo perdido, porque fue la más santa y más pura de todas las criaturas²⁴.

María fue, pues, mediadora de los hombres, se dirá tal vez, pero ¿cómo puede llamarse también mediadora de los Angeles? Muchos teólogos sostienen que Jesucristo mereció también para los Angeles la gracia de la perseverancia, por lo que así como Jesús fue su mediador *de condigno*, así también María puede decirse mediadora de los Angeles *de congruo*, porque con sus ruegos aceleró la venida del Redentor. A lo menos mereciendo *de congruo* ser hecha Madre del Mesías, mereció a los Angeles la reparación de las sillas que perdieron los demonios. De consiguiente, a lo menos les mereció esta gloria accidental; y por esto Ricardo de San Víctor dijo: “Ambas criaturas fueron reparadas por María; pues por ella fue restaurada la ruina de los Angeles y reconciliada la naturaleza humana”²⁵; que es lo que antes había ya dicho San Anselmo con estas palabras: “Por esta Virgen fueron renovadas todas las cosas y restablecidas todas a su primitivo estado”²⁶.

Así nuestra Niña celestial, ya por haber sido la mediadora del mundo, ya por haber sido destinada para Madre del Redentor, desde el primer instante de su vida recibió una gracia superior a la de todos los Santos juntos. ¡Qué admirable espectáculo sería para el cielo y para la tierra la hermosa alma de esta feliz Niña, aunque encerrada todavía en el vientre de su

²⁴ De Excell. Virg. c. 9.

²⁵ In Cant. 4.

²⁶ De Exc. Virg. c. 11.

madre! Ella era la criatura más amable a los ojos de Dios, porque llena ya de gracia y de mérito podía desde entonces lisonjearse de que “siendo todavía niña fue del agrado del Altísimo”. Y era al mismo tiempo la criatura más amante de Dios que hasta aquel tiempo hubiese aparecido en el mundo, de manera que si María hubiese nacido inmediatamente después de su purísima Concepción, hubiera venido al mundo más rica de méritos y más santa que todos los Santos juntos. Figurémonos ahora cuánto más santa nació, viendo la luz después de haber adquirido nuevamente méritos, durante los nueve meses que estuvo en el vientre de su madre. Pasemos a considerar ahora el segundo punto, a saber, cuán grande fue la fidelidad con que María correspondió luego a la divina gracia.

PUNTO II

No es ya una simple opinión, dice el padre La Colombière²⁷, sino la opinión de todo el mundo, que recibiendo María en el vientre de Santa Ana la gracia santificante, recibió al propio tiempo el perfecto uso de la razón con una gran luz divina correspondiente a la gracia con que fue enriquecida. De modo que puede creerse que desde el primer instante en que su hermosa alma fue unida a su purísimo cuerpo, estuvo iluminada con todas las luces de la divina sabiduría para conocer con perfección las verdades eternas, la belleza de las virtudes, principalmente la infinita bondad de su Dios, y los títulos que El tiene al amor del género humano, y particularmente al suyo, en virtud de los

²⁷ Serm. 31.

privilegios singulares con que el Señor la había adornado y distinguido entre todas las criaturas, preservándola de la mancha de la culpa original, dándole una gracia tan inmensa, y destinándola para Madre del Verbo y Reina del universo.

Agradecida María a los dones de Dios, desde aquel primer momento empezó a obrar cuanto pudo, empleando fielmente la multitud de gracias que había recibido, y aplicándose a complacer y amar la bondad divina, a la que desde entonces amó con todas sus fuerzas, y continuó siempre amándola durante los nueve meses que precedieron a su nacimiento, en los cuales no cesó un solo momento de unirse más a Dios con fervorosos actos de amor. Hallándose exenta de la culpa original, lo era también de todo afecto terreno, de todo movimiento desordenado, de toda distracción, de toda rebelión de los sentidos que pudieran haberle impedido de ir adelantando en el divino amor; todos sus sentidos estaban también acordes con su bendito espíritu en elevarse al Señor; por lo que su hermosa alma, libre de todo impedimento, volaba incesantemente hacia Dios, siempre le amaba, y continuamente aumentaba su amor. Por esto ella misma se llama: “Plátano plantado en la corriente de las aguas”²⁸, pues fue aquella noble planta de Dios que creció siempre a la corriente de las divinas gracias. Por esto se llama igualmente vid²⁹, no sólo porque fue tan humilde a los ojos del mundo, sino también porque así como la vid siempre va creciendo (los otros árboles, como el na-

²⁸ Eccli. XXIV, 19.

²⁹ Eccli. XXIV, 23.

ranjo, el mórul, el peral llegan a una elevación determinada, pero la vid crece siempre hasta que llega a la altura del árbol al que se arrima); así la santísima Virgen creció siempre en la perfección (*Dios te salve, vid siempre lozana*, decíale saludándola San Gregorio Taumaturgo), y siempre estuvo unida a su Dios, que era su único apoyo³⁰. De aquí es que de Ella habló el Espíritu Santo cuando dijo: “¿Quién es esta que sabe del desierto llena de delicias, apoyada sobre su amado?”³¹ San Ambrosio comenta estas palabras diciendo: “Esto es, que sube para asirse al Verbo divino, como el sarmiento de la vid. ¿Quién es esta que unida al Verbo de Dios se eleva como una planta de vid apoyada a un grande árbol?”³².

Dicen muchos y graves teólogos que el alma que posee un hábito de virtud, siempre que corresponda fielmente a las gracias actuales que recibe de Dios, produce un acto igual en la intención al hábito que posee, de manera que cada vez adquiere un nuevo y duplicado mérito igual a la suma de méritos ya antes adquiridos. Este aumento ya fue concedido, como dicen, a los Angeles en su estado de viadores; y si se les concedió a ellos, ¿quién podrá negarlo a la divina Madre mientras vivió en este mundo, y especialmente en el tiempo de que hablo, en que estuvo encerrada en el vientre de su madre, y durante el cual fue ciertamente más fiel que los Angeles en corresponder a la gracia? María, pues, en cada momento de aquel

³⁰ Serm. I in Ann.

³¹ Cant. VIII, 5.

³² Ap. Scg. Praed. 40 dell' An

intervalo redobló aquella sublime gracia que desde el primer instante poseyó, pues correspondiendo ella con todas las fuerzas y perfecciones en cada acto que hacía, redoblaba en consecuencia sus méritos a cada instante. De este modo podemos decir que si en el primer instante tuvo mil grados de gracia, en el segundo reunió dos mil, en el tercero cuatro mil, en el cuarto ocho mil, en el quinto dieciséis mil, y en el sexto treinta y dos mil. Y estamos ahora sólo en el sexto instante; pero multiplicad así por un día entero, por nueve meses, y considerar qué tesoros de gracias, de méritos y santidad trajo María al mundo cuando nació.

Regocijémonos, pues, con nuestra Niña por haber nacido tan santa, tan amada de Dios y tan llena de gracia. Y regocijémonos no sólo por Ella, sino también por nosotros, pues viene al mundo llena de gracia, no sólo para su gloria, sino aun para nuestro bien. Santo Tomás, en su opúsculo cuarto, considera que la santísima Virgen estuvo de tres modos llena de gracia. Principalmente lo estuvo en el alma, de suerte que desde el principio su hermosa alma fue toda de Dios. En segundo lugar, lo estuvo en el cuerpo, de modo que mereció vestir al Verbo eterno de su purísima carne. En tercer lugar, estuvo llena de gracia para el interés común, a fin de que todos los hombres pudieran participar de Ella. Algunos Santos, añade el angélico Doctor, alcanzan tanta gracia que no sólo es suficiente para sí, sino también para salvar a otros muchos, pero no a todos los hombres. Una gracia tan grande solamente se confirió a Jesucristo y María³³; de modo que

³³ Opusc. 8.

lo que San Juan dice de Jesús: “De la plenitud de éste todos hemos participado”³⁴, lo dicen también los Santos de María. Santo Tomás de Villanueva: “Llena de gracia, de cuya plenitud reciben todos.” De manera, dice San Anselmo, que no hay quien no participe de la gracia de María. Y ¿qué mortal no ha experimentado la benignidad de María y no ha recibido de Ella alguna misericordia? Pero debemos observar que de Jesús recibimos la gracia como autor de ella, de María como mediadora; de Jesús como Salvador, de María como abogada; de Jesús como fuente, de María como canal.

Por lo que dice San Bernardo que Dios estableció a María como acueducto de las misericordias que El quería dispensar a los hombres; y por esto la llenó de gracia para que de su plenitud fuese comunicada a cada uno su parte; y en su consecuencia el Santo nos exhorta a que consideremos con cuánto amor Dios quiere que honremos a esta sublime Virgen en la cual El ha colocado todo el tesoro de sus bienes, a fin de que demos gracias a nuestra amantísima Reina por todo lo que poseemos de esperanza, de gracia y de salud, pues todo nos viene de sus manos y por su intercesión³⁵. ¡Desdichada el alma que se cierra este canal de gracias con su negligencia de encomendarse a María! Cuando Holofernes quiso apoderarse de Betulia, hizo romper los acueductos³⁶. Así obra el demonio cuando quiere apoderarse de un alma: le hace

³⁴ C. I, 16.

³⁵ Serm. de Aquacd.

³⁶ Judith VII, 6.

abandonar la devoción a María santísima; una vez cerrado este canal, pierde luego la luz, el temor de Dios y, en fin, la salvación eterna. Léase el siguiente ejemplo en el que se ve cuán grande es la piedad del corazón de María, y la ruina que se atrae el que se cierra este canal, olvidándose de la devoción a esta Reina del cielo.

EJEMPLO

Tritemio, Canisio y otros refieren que en Magdeburgo, ciudad de la Sajonia, había un hombre llamado Udon, el cual siendo joven fue de tan cortos alcances que era la burla de sus condiscípulos. Hallándose un día muy afligido por su incapacidad, fue a encomendarse a la Virgen santísima delante de una imagen suya. María se le apareció en sueños y le dijo: “Udon, te quiero consolar, y no solamente te quiero alcanzar de Dios la sabiduría suficiente para librarte de las burlas, sino también un talento tan grande que cause admiración. Además te prometo que cuando haya muerto el obispo serás elegido en su lugar.” Todo se afectuó como se lo dijo María; progresó luego en las ciencias, y obtuvo el obispado de aquella ciudad. Pero Udon fue tan desagradecido con Dios y su bienhechora que dejando toda devoción llegó a ser el escándalo de todos. Mientras una noche estaba en la cama con una sacrílega compañera, oyó una voz que le dijo: “Udon, cesa de divertirte en ofensa de Dios, bastante ha durado esto.” La primera vez que oyó estas palabras se enojó pensando que sería algún hombre que pretendía corregirle; pero viendo que las repitieron en

la segunda y tercera noche, empezó a recelar que aquella voz fuese del cielo. A pesar de esto continuó en su mala vida; mas después de tres meses que Dios le concedió para que se arrepintiera, he aquí el castigo que sufrió: Hallábase una noche en la iglesia de San Mauricio un devoto canónigo llamado Federico, rogando a Dios que se dignase poner remedio al escándalo que daba el prelado, cuando he aquí que se abrió la puerta de la iglesia empujada por un fuerte viento. Luego entraron dos jóvenes con antorchas encendidas en las manos, y se colocaron a los lados del altar mayor; entraron después otros dos, los cuales tendieron un tapete delante del mismo altar, y pusieron sobre de él dos sillas de oro. Entró luego otro joven en traje de militar con espada en mano, el cual deteniéndose en medio de la iglesia gritó: “¡Oh Santos del cielo que tenéis vuestras sagradas reliquias en esta iglesia, venid a presenciar la gran justicia que hará el supremo Juez!” A estas voces aparecieron muchos Santos, y también los doce Apóstoles como asesores de este juicio, y en fin entró Jesucristo, quien se sentó en una de aquellas dos sillas. Después apareció María acompañada de muchas santas vírgenes, y el Hijo la hizo sentar en la otra silla. Entonces ordenó el Juez que trajesen el reo, que era el desdichado Udon. San Mauricio habló pidiendo justicia de parte de aquel pueblo escandalizado por su vida infame. Todos levantaron la voz diciendo: “Señor, merece la muerte.” “Que muera, pues”, dijo el Juez eterno. Mas antes de ejecutarse la sentencia (véase cuán grande es la piedad de María), la compasiva Madre salió de la iglesia para no asistir a un acto de justicia tan tremendo; y luego el

celestial ministro de la espada que entró con los primeros se acercó a Udon, le hizo saltar de un golpe la cabeza del cuerpo, y desapareció la visión. La iglesia se hallaba a oscuras; y cuando el canónigo iba temblando a encender luz a una lámpara, volvióse y vio el cuerpo de Udon sin cabeza, y el suelo todo ensangrentado. Habiendo amanecido, el pueblo acudió a la iglesia, y el canónigo le refirió toda la visión y el final de aquella horrible tragedia. En el mismo día el infeliz Udon, condenado al infierno, apareció a un capellán suyo que ignoraba todo lo que había pasado en la iglesia. El cadáver de Udon fue echado a una laguna, y su sangre quedó para perpetua memoria en el pavimento de la iglesia, que está cubierto siempre con una alfombra, y desde entonces se acostumbra levantarlo cuando toma posesión el nuevo obispo, a fin de que a la vista de semejante castigo piense en arreglar bien su vida, y en no ser ingrato a las gracias del Señor y de su santísima Madre.

ORACIÓN

¡Oh santa y celestial Niña!, Vos que sois la Madre destinada a mi Redentor y la gran mediadora de los miserables pecadores, tened piedad de mí. Mirad a vuestros pies a un ingrato que acude a Vos y os pide misericordia. Es verdad que por haber sido desagradecido con Dios y con Vos merecería que ambos me abandonaseis, pero oigo decir y creo, sabiendo cuán grande es vuestra misericordia, que Vos no rehusáis ayudar al que se encomienda a Vos con confianza. ¡Oh criatura la más sublime del universo!, supuesto que

sólo Dios os aventaja, y delante de Vos los más grandes del cielo os son inferiores, oh Santa de los Santos, oh María, abismo de gracia y llena de gracia, socorred a un miserable que la ha perdido por su culpa. Sé que sois tan amada de Dios que nada os niega. Sé también que os complacéis empleando vuestra grandeza en aliviar a los miserables pecadores. ¡Ah!, mostrad cuán grande es la gracia que poseéis con Dios, alcanzándome una luz y una llama divina tan poderosa que me convierta de pecador en santo, y que alejando de mí todo afecto terreno me inflame en el amor divino. Hacedlo, Señora, Vos que todo lo podéis. Hacedlo por amor de aquel Dios que os hizo tan grande, tan misericordiosa y tan compasiva. Así lo espero. Amén.

DISCURSO III

DE LA PRESENTACION DE MARÍA

La ofrenda que María hizo de sí misma a Dios fue pronta y sin demora, entera y sin reserva.

Jamás hubo ni habrá ofrenda de una pura criatura más grande ni más perfecta que la que María hizo a Dios a la edad de tres años cuando se presentó al templo para ofrecerle no aromas, ni becerrillos, ni talentos de oro, sino toda su persona en perfecto holocausto, consagrándose víctima perpetua en honor suyo. Ella oyó la voz de Dios que desde entonces la llamaba a consagrarse toda a su amor con aquellas

palabras: “Levántate, apresúrate, amiga mía, y ven”¹. Y por esto quería su Señor que desde entonces se olvidase de su patria, de sus parientes y de todo para dedicarse exclusivamente a amarle y complacerle: “Escucha, oh hija, y considera, y presta atento oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre”². Y Ella obedeció luego a la divina voz. Consideremos, pues, cuán agradable fue a Dios la ofrenda que María le hizo de sí misma, porque se ofreció pronta y enteramente, activa y sin tardanza, entera y sin reserva; dos puntos distintos. Entremos en materia.

PUNTO I

María se ofreció prontamente a Dios. Aunque desde el primer momento en que esta celestial Niña fue santificada en el vientre de su madre, que fue en el primer instante de su Inmaculada Concepción, recibió el uso perfecto de la razón para poder empezar desde entonces a merecer, según la común opinión de los doctores, acordes con el padre Suárez, el cual dice que siendo el modo más perfecto que Dios usa para santificar a un alma, el de hacerlo por su propio mérito, como enseña Santo Tomás³, debe creerse que la santísima Virgen fue santificada de este modo⁴. Y si se concedió este privilegio a los Angeles y a Adán, como

¹ Cant. II, 10.

² Ps. XLIV, 11.

³ 3 p. q. 19. a. 3.

⁴ Tom. 2 in 3 p. D. 1. 8

dice el angélico Doctor⁵, con mayoría de razón debe admitirse que fue concedido a la divina Madre, a la cual, habiéndose dignado Dios elegir por madre suya, debe ciertamente creerse que le confirió mayores dones que a todas las demás criaturas, según enseña el mismo santo Doctor⁶. Pues que en su calidad de Madre, dice el padre Suárez, tiene en cierto modo un derecho particular a todos los dones de su Hijo⁷. Y así como por la unión hipostática Jesús debió tener la plenitud de todas las gracias, así convino también por razón de la divina maternidad que Jesús por deuda natural confiriese a María mayores gracias que las concedidas a todos los demás Santos y Angeles.

Por esto desde el principio de su vida María conoció a Dios, y le conoció tanto “que ninguna lengua — como dijo el Angel a Santa Brígida — es bastante para explicar cuánto la inteligencia de la bienaventurada Virgen llegó a penetrar a Dios desde el primer momento que le conoció”⁸. Iluminada María desde entonces con aquella primera luz, se ofreció toda al Señor, dedicándose enteramente a su amor y a su gloria, según el Angel prosiguió diciendo a Santa Brígida⁹: “Al instante nuestra Reina determinó sacrificar su voluntad a Dios, con todo su amor, por todo el tiempo de su vida. Y nadie es capaz de conocer cuánto se sujetó entonces su voluntad a abrazar todas las cosas de su gusto.”

⁵ 1 p. q. 63, a. 5 et q. 95, a. 2.

⁶ 3 p. q. 27, a. 5.

⁷ D. 2 in 3 p. D. 1, 5, 2.

⁸ Serm. Ang. c. 4.

⁹ Loc. cit.

Mas conociendo después la inmaculada Niña que sus santos padres Joaquín y Ana habían prometido a Dios aun con voto, según refieren varios autores, que si les concedía sucesión la consagrarían a su servicio en el templo, y teniendo los judíos la antigua costumbre de cerrar a sus hijas en algunas celdas que había alrededor del mismo, según refieren Baronio, Nicéforo, Cedreno, Suárez y el historiador Josefo, con la autoridad de San Juan Damasceno, de San Jorge de Nicomedia, de San Anselmo¹⁰ y de San Ambrosio¹¹; y conforme se infiere claramente del libro segundo de los Macabeos, en donde hablando de Hiliodoro que quería asaltar el templo para apoderarse del tesoro que se hallaba allí depositado, se dice: Que temiendo las doncellas que estaban allí encerradas que aquel lugar fuese profanado, huyeron a la casa de Onías, María, digo, no ignorando esto, apenas llegó a la edad de tres años, como atestiguan San Germán y San Epifanio, que dice: A los tres años fue ofrecida en el templo¹²; edad en que las niñas desean y necesitan más la asistencia de sus padres, Ella quiso ofrecerse solemnemente y consagrarse a Dios presentándose en el templo, por lo que fue la primera en rogar con instancia a sus padres que la llevasen al templo para cumplir su promesa. Y su santa madre, dice San Gregorio Niceno, se apresuró a llevarla al templo y ofrecerla a Dios¹³.

Y he aquí cómo Joaquín y Ana, sacrificando gene-

¹⁰ De Form. et Mor. B. M.

¹¹ De Virg. l. I.

¹² Serm. de Laud. Virg.

¹³ Ot. de Nat. Christ.

rosamente a Dios lo que sus corazones amaban más sobre la tierra, parten de Nazareth llevando alternativamente en sus brazos a su muy amada y tierna hija, pues ella no hubiera podido andar a pie una distancia tan larga de ochenta leguas que separan a Nazareth de Jerusalén, como refieren muchos autores. Viajaban así acompañados de pocos parientes, pero legiones de Angeles, dice San Jorge Nicomediense, formaban su cortejo, y servían durante el camino a la inmaculada Virgen, que iba a consagrarse a la divina Majestad¹⁴. “¡Oh bella Princesa!, ¡con qué gracia caminan tus pies¹⁵!” ¡Oh cuán hermosos, debían cantar entonces los Angeles, cuán agradables son a Dios los pasos que das para ir a ofrecértele, oh hija predilecta de nuestro común Señor! Dios mismo, dice San Bernardino de Bustos, celebró una gran fiesta con toda su corte celestial al entrar su Esposa en el templo¹⁶, pues nunca había visto una criatura más santa y más amada que fuese a ofrecérsele¹⁷. Id, pues, le decía San Germán, arzobispo de Constantinopla, id, oh Reina del mundo, oh Madre de Dios, id llena de júbilo a la casa del Señor a esperar la venida del Espíritu divino, que os hará Madre del Verbo eterno¹⁸.

Luego que la santa comitiva llega al templo, la amable Niña se vuelve a sus padres, y besándoles arrodillada las manos les pide la bendición, y después sin volver la vista atrás sube las quince gradas del

¹⁴ De oblat. Deip.

¹⁵ Cant. VII, 1.

¹⁶ Marial. p. 4, Serm. 1.

¹⁷ Loc. cit.

¹⁸ De oblat. Virg.

templo, como refiere Arias Montano citando a Josefo, y se presenta al sacerdote San Zacarías, según dice San Germán. Y renunciando entonces al mundo y a todos los bienes que él promete a sus secuaces, se ofrece y consagra a su Criador.

En tiempo del diluvio, el cuervo que Noé envió fuera del arca se quedó a devorar los cadáveres, pero la paloma sin pararse en parte alguna volvió luego al arca¹⁹. Muchos hombres enviados por Dios a este mundo se detienen desgraciadamente en él para saciarse de los bienes terrenos; pero no obró así nuestra celestial paloma María: Ella conoció que Dios debe ser nuestro único bien, nuestra única esperanza, y nuestro único amor; conoció que el mundo está lleno de peligros, y que quien más pronto le deja queda más libre de sus lazos; por lo que procuró huir de él desde su más tierna edad, y fue a encerrarse en el sagrado retiro del templo para poder oír allí mejor la voz del Señor, y honrarle y amarle aún más. Así la santísima Virgen desde sus primeras acciones se hizo agradable a su Dios, como le hace decir la santa Iglesia: “Congratulaos conmigo todos los que amáis al Señor, de que siendo niña fui del agrado del Altísimo”²⁰. Por esto fue comparada a la luna, pues así como este astro concluye su curso más pronto que los otros planetas, así María llegó a la perfección más pronto que todos los Santos, entregándose a Dios pronta y sin tardanza, enteramente y sin reserva. Pasemos al segundo punto donde tendremos mucho que decir.

¹⁹ Gen. VIII, 9.

²⁰ In 2. Resp. 1. Noct. in Fest. S. M. ad Niv.

PUNTO II

Bien sabía la iluminada Niña que Dios no acepta un corazón dividido, sino que lo quiere todo consagrado a su amor, según el precepto que nos dio: “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón.” Por lo que ella desde el primer instante de su vida empezó a amar a Dios con todas sus fuerzas, y se entregó a El enteramente. Pero su santísima alma suspiraba con ardor porque llegase el tiempo de consagrarsele todo en efecto y de una manera pública y solemne. Consideremos, pues, con cuánto fervor la amante doncellita, viéndose ya encerrada en aquel santo lugar, primeramente se postraría a besar aquella tierra como casa del Señor; luego adoraría a su infinita Majestad, le daría gracias por haberse dignado admitirla durante algún tiempo a habitar en su casa; y después se consagró toda a su Dios sin reserva de cosa alguna, ofreciéndole todas sus potencias y sentidos, todo su entendimiento, todo el corazón, toda el alma y todo el cuerpo: pues entonces fue, según se cree, cuando para agradar a Dios hizo el voto de virginidad, voto que María fue la primera en hacerlo, según el abad Ruperto²¹. Y se ofreció toda sin limitación de tiempo, como afirma Bernardino de Bustos²²; porque Ella tuvo entonces intención de dedicarse a servir a la divina Majestad en el templo durante toda su vida, si así placiese a Dios, sin salir nunca de aquel sagrado recinto. ¡Oh!, con qué afecto exclamaría entonces: “Mi amado es todo para

²¹ L. I de Ins. Virg.

²² Mar. p. 4. Serm. 1.

mí, y yo soy toda para El”²³. Toda viviré para El, como comenta el cardenal Hugo, y toda para El moriré. Señor y Dios mío, diría, he venido aquí sólo para complaceros y tributaros todo el amor que puedo, aquí quiero vivir toda para Vos, y morir por Vos si es de vuestro agrado: aceptad el sacrificio que os hace esta pobre sierva esclava, y ayudadme a seros fiel.

Considerando aquí cuán santa fue la vida de María en el templo, en donde fue creciendo siempre en perfección como crece en luz la aurora, ¿quién podrá jamás explicar cuánto resplandecían en ella de día todas sus virtudes, la caridad, la modestia, la humildad, el silencio, la mortificación y la mansedumbre? Plantado en la casa de Dios este hermoso olivo, dice San Juan Damasceno, regado por el Espíritu Santo, llegó a ser la morada de todas las virtudes²⁴. En otro lugar dice el mismo Santo: “El rostro de la Virgen era modesto, el ánimo humilde, las palabras amorosas, saliendo de un alma recogida”²⁵. Y en otra parte afirma que la Virgen alejó el pensamiento de todas las cosas terrenas, abrazando todas las virtudes. Ejercitando, pues, así la perfección, hizo en poco tiempo tan grandes progresos, que mereció ser hecha digno templo de Dios²⁶.

Hablando también San Anselmo de la vida de la santísima Virgen en el templo, dice que María era dócil, hablaba poco, estaba siempre recogida sin reírse ni turbarse jamás. Perseveraba en la oración, en la

²³ Cant. n. 16.

²⁴ Lib. 4 de Fid., c. 15.

²⁵ Orat. I de Nat. Virg.

²⁶ De Fid. Ort. L. 4, c. 15.

lectura de los Libros Sagrados, en los ayunos y en todas las obras virtuosas²⁷. San Jerónimo refiere de Ella cosas más particulares aún. “María —dice— tenía arreglada así su vida: desde el amanecer hasta tercia oraba; de tercia hasta nona se ocupaba en alguna labor; a nona volvía a orar hasta que el Angel le traía la comida, según costumbre. Procuraba ser la primera en las vigiliass, la más exacta en observar la ley divina, la más profunda en la humildad, y la más perfecta en todas las virtudes. Nadie la vio jamás enojada; todas sus palabras respiraban tanta dulzura que se reconocía siempre en ellas el Espíritu de Dios”²⁸.

Reveló además la misma divina Madre a Santa Isabel, virgen, de la Orden de San Benito en el monasterio de Sconangia, según refiere San Buenaventura, que cuando sus padres la dejaron en el templo, resolvió tener sólo a Dios por padre, y con frecuencia reflexionaba qué era lo que podía practicar para complacerle²⁹. A más de esto determinó consagrarle su virginidad, y no poseer cosa alguna en el mundo, sometiendo a Dios toda su voluntad. Le dijo también que entre todos los preceptos se propuso observar principalmente el del amor de Dios; y que a medianoche iba al altar del templo a rogar al Señor que le concediese la gracia de observar sus preceptos, y de hacer que viese nacida la Madre del Redentor, suplicándole que le conservase los ojos para verla, la lengua

²⁷ De Form. et mor. B. V.

²⁸ S. Hier. ap. l' Isa. della vita di Maria del P. Gius. de Gesù e Maria Carm. Scalzo, lib. 2, c. 1.

²⁹ De Vita Christi, c. 3.

para alabarla, las manos y los pies para servirla, y las rodillas para adorar en su seno a su divino Hijo. Al oír Santa Isabel estas palabras de María, le dijo: “Pero Señora, ¿no estabais llena de gracia y de virtud?” Y María le contestó: “Sepas que yo me consideraba como la más vil de las criaturas, e indigna de la gracia de Dios; por esto pedía la gracia y la virtud.” Finalmente, para persuadirnos de la absoluta necesidad que tenemos todos de pedir a Dios las gracias que nos son indispensables, María le añadió: “¿Piensas tú acaso que yo he obtenido la gracia y las virtudes sin trabajo? Sepas que no he recibido de Dios gracia alguna sin gran trabajo, continuas oraciones, deseo ardiente y muchas lágrimas y penitencias.”

Pero lo que sobre todo es digno de consideración son las revelaciones hechas a Santa Brígida sobre las virtudes y ejercicios que practicó la bienaventurada Virgen en su infancia, y está contenido en estas palabras: Desde niña, María estuvo llena del Espíritu Santo, y a medida que iba creciendo en edad, crecía en ella la gracia. Desde entonces se propuso amar a Dios de todo corazón, de modo que ni con sus palabras ni con sus acciones le ofendiese, y por esto despreciaba todos los bienes de la tierra, y daba cuanto podía a los pobres. Era tan sobria, que sólo tomaba el alimento absolutamente necesario para sustentar el cuerpo. Habiendo aprendido en la Sagrada Escritura que Dios debía nacer de una virgen para redimir al mundo, se inflamó de tal modo su espíritu en el divino amor, que no deseaba más que a Dios y sólo pensaba en El, y complaciéndose únicamente en el Señor, evitaba hasta la conversación de sus padres, a fin de no distraerse de

la memoria de Dios. En fin, deseaba vivamente poder ver la venida del Mesías, para servir de esclava a aquella feliz doncellita que mereciese ser su Madre. He aquí lo que dicen las revelaciones hechas a Santa Brígida³⁰.

¡Ah! por el amor de esta sublime Niña el Redentor aceleró su venida al mundo, pues al paso que ella en su humildad no se creía ni aun digna de ser la sierva de la divina Madre, fue elegida para ser esta Madre, y con el olor de sus virtudes y el poder de sus ruegos atrajo a su seno virginal al Hijo de Dios. Por esto el divino Esposo llamó a María tórtola³¹, no sólo porque a ejemplo de esta ave amó siempre la soledad, viviendo en este mundo como en un desierto, sino también porque como tortolilla que hace resonar sus gemidos por los campos, María gemía en el templo compadeciéndose de las miserias del mundo perdido, y pidiendo a Dios nuestra común redención. ¡Oh!, ¡con cuánto amor y afecto repetía a Dios en el templo las súplicas y los suspiros de los profetas para que enviase al Redentor! “Envía, oh Señor, el Cordero dominador de la tierra”³². “Cielos, enviad rocío de lo alto, y las nubes lluevan al Justo”³³. “¡Ojalá rompieras los cielos y descendieses!”³⁴.

En una palabra, Dios se complacía en ver cómo esta doncellita iba llegando por grados a la cumbre de la

³⁰ L. 1 et l. 3, c. 8.

³¹ Cant. II, 12.

³² Isai. XVI, 1.

³³ Isai. XLV, 8.

³⁴ Ibídem LXIV, 1.

perfección a manera de una nubecilla de perfumes, exhalando los olores de todas las virtudes, como la describe el Espíritu Santo en los sagrados Cantares³⁵. Verdaderamente, dice Sofronio, era esta santa Niña el jardín de las delicias del Señor, pues hallaba en él toda clase de flores y los olores de todas las virtudes³⁶; por lo que San Juan Crisóstomo afirma³⁷ que Dios eligió a María para Madre suya sobre la tierra, porque no halló en Ella una virgen más santa ni más perfecta, ni un lugar más digno para habitar que su sacrosanto vientre, como dice también San Bernardo, asegurando San Antonino que la bienaventurada Virgen, para ser elegida y destinada a la dignidad de Madre de Dios, debió poseer una perfección tan grande y consumada que excediese a la de todas las demás criaturas³⁸.

Del mismo modo, pues, que la santa niña María se presentó y se ofreció a Dios en el templo pronta y enteramente, así nosotros presentémonos en este día sin tardanza y sin reserva a María, y roguémosla que nos ofrezca a Dios, quien no nos rechazará al vernos presentados por mano de la que fue templo vivo del Espíritu Santo, delicia de su Señor y Madre escogida del Verbo eterno. Pongamos toda nuestra esperanza en esta excelsa y agradecidísima Soberana que recompensa con mucho amor los obsequios que le tributan sus siervos, como puede inferirse del siguiente

³⁵ Cant. III, 6.

³⁶ Serm. de Ass.

³⁷ Ap. Canis. l. 1 de B. V.

³⁸ Part. 4, tit. 15, c. 6.

EJEMPLO

En la vida de sor Dominica del Paraíso, escrita por el padre Ignacio del Niente, dominicano, se lee que en una aldea llamada Paraíso, cerca de Florencia, nació esta doncellita de padres pobres. Desde niña empezó a servir a la divina Madre. Todos los días de la semana ayunaba en honor suyo, y el sábado distribuía a los pobres la comida de que se había privado, e iba al jardín de su casa o a los campos vecinos a coger todas las flores que podía, y las colocaba delante de una imagen de la santísima Virgen con el niño Jesús en los brazos, que tenía en su casa. Mas veamos ahora con cuántos favores la agradecidísima Señora recompensaba los obsequios que su sierva le ofrecía. Hallándose un día Dominica a la ventana, cuando sólo tenía diez años, vio en la calle a una mujer hermosa que llevaba consigo un niño, y los dos extendían las manos en actitud de pedir limosna. Va ella a buscar pan, y he aquí que sin abrir la puerta se los ve delante, y observa que el niño tenía atravesadas las manos, los pies y el pecho; por lo que preguntó a la mujer: “¿Quién ha herido a este niño?” “El *amor*”, contestó la mujer. Dominica prendada de la hermosura y modestia de aquel niño, le preguntó si le dolían aquellas heridas; pero él sólo respondió con una sonrisa. Entre tanto, hallándose ya todos cerca de las imágenes de Jesús y de María, la mujer dijo a Dominica: *Dime, hija mía, ¿quién te mueve a coronar de flores a estas imágenes?* Ella contestó: *Me mueve el amor que profeso a Jesús y a María.* ¿Y les amas mucho?, replicó la mujer. *Les amo cuanto puedo.* Y ¿cuánto puedes?, volvió a preguntarle.

Cuanto ellos me ayudan. Prosigue, dijo entonces la mujer, prosigue en amarles, que ellos te lo recompensarán bien en el cielo.

Luego, sintiendo la doncella que las llagas exhalaban un celestial olor, preguntó a la Madre con qué ungüento las ungía, y si este podía comprarse; a lo que la mujer le contestó que se compraba con la fe y con las obras. Dominica les ofreció pan, y la Madre le dijo: “La comida de este hijo mío es el amor; dile que amas a Jesús, y le llenarás de contento.” Apenas el niño oyó el nombre de amor empezó a alegrarse, y volviéndose a la doncellita le preguntó si amaba mucho a Jesús. Ella le contestó que le amaba tanto, que día y noche estaba pensando siempre en El, y sólo procuraba complacerle en todo lo que podía. “Ahora bien —añadió El—, ámale, que el amor te enseñará lo que debes practicar para complacerle.” Aumentándose después el olor que aquellas llagas despedían, Dominica exclamó: “¡Oh Dios mío!, este olor me hace morir de amor. Si el olor de un niño es tan suave, ¿qué será el olor del paraíso?” Mas he aquí que entonces se cambia la escena: la Madre apareció vestida de Reina y circuida de luz, y el niño hermoso y resplandeciente como el sol, y tomando aquellas mismas flores, las esparció sobre la cabeza de Dominica, la cual, reconociendo en aquellos personajes a María y a Jesús, se había postrado para adorarles. Así terminó la visión. Dominica tomó después el hábito de Santo Domingo, y murió en opinión de santa en el año 1553.

¡Oh niña querida de Dios, amabilísima María!
¡Ojalá que así como Vos os presentasteis en el templo
y pronta y enteramente os consagrasteis a la gloria y al
amor de vuestro Dios, así pudiese yo ofreceros hoy a
mi vez los primeros años de mi vida para dedicarme
todo al servicio de una Señora tan santa y dulcísima!
Mas ya no estoy a tiempo, porque desgraciadamente
he perdido muchos años sirviendo al mundo y a mis
caprichos, casi enteramente olvidado de Vos y de Dios.
Pero vale más empezar tarde que nunca. Vedme aquí,
oh María, hoy me presento a Vos y me ofrezco todo a
vuestro servicio por el tiempo que me quede de vida,
renuncio como Vos a todas las criaturas, y me dedico
únicamente al amor de mi Criador. Os consagro, pues,
oh Reina, mi entendimiento, para que sólo piense
siempre en el amor que os merecéis, mi lengua para
alabaros, mi corazón para amaros. Aceptad, santísima
Virgen, la ofrenda que os hace este miserable pecador;
aceptadla, os suplico, por aquel consuelo que experi-
mentó vuestro corazón cuando en el templo os
consagrasteis a Dios. Y si empiezo tarde a servirlos,
justo es que compense el tiempo perdido redoblándoos
los servicios y el amor. Alentad con vuestra poderosa
intercesión, oh Madre de misericordia, mi debilidad,
alcanzándome de vuestro Jesús la perseverancia y la
fortaleza para seros fiel hasta la muerte, a fin de que
después de haberos servido en esta vida, pueda ala-
baros eternamente en el cielo. Amén.

DISCURSO IV

DE LA ANUNCIACIÓN DE MARÍA

Maria en la encarnación del Verbo no pudo humillarse más de lo que se humilló. Dios, al contrario, no pudo exaltarla más de lo que la exaltó.

“El que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado.” Esta palabra del Señor no puede faltar¹. Por lo cual, habiendo resuelto Dios hacerse hombre para redimir al hombre perdido, manifestando así al mundo su infinita bondad, y debiendo en la tierra escogerse Madre, iba buscando entre las mujeres a la que fuese más santa y más humilde. Pero entre todas sólo vio a una, que fue la Virgen María, la cual, cuanto más perfecta era en las virtudes, tanto más sencilla y humilde era cual paloma a sus ojos. “Es infinito el número de las doncellas —decía el Señor—, pero sólo una es mi paloma, mi perfecta”¹. “Esta será —dijo el Señor— la que he escogido para Madre.” Veamos, pues, cuán humilde fue María, y cuánto la exaltó Dios por su humildad. María en la encarnación del Verbo no pudo humillarse más de lo que se humilló; éste será mi primer punto. Dios no pudo exaltar a María más de lo que la exaltó.

PUNTO I

Hablando el Señor en los sagrados Cantares de la humildad de esta humilísima Virgen dijo: “Estando

¹ Matth. XXIII, 12.

el Rey en su reclinatorio, mi nardo exhaló su fragancia”². San Antonino comenta las citadas palabras y dice que el nardo, planta muy pequeña y baja, figura la humildad de María, cuyo olor subía al cielo, y desde el seno del eterno Padre atrajo a su vientre virginal al Verbo divino³. De manera que atraído el Señor del olor de esta humilde Virgen, la eligió para su Madre cuando quiso hacerse hombre para redimir al mundo. Pero El, para mayor gloria y mérito de su Madre, no quiso hacerse su Hijo sin tener antes su consentimiento, según dice el abad Guillermo⁴. Así, mientras la humilde doncellita retirada en su pobre aposento suspiraba y rogaba a Dios con más ahínco y más vivos deseos para que enviase al Redentor, como le fue revelado a Santa Isabel, monja de San Benito, he aquí que viene el arcángel Gabriel trayéndole la grande embajada; entra y la saluda diciendo: “Dios te salve, oh llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres”⁵. Dios te salve, oh Virgen, llena de gracia; pues siempre fuisteis más rica en gracia que todos los demás Santos. El Señor es contigo, porque sois tan humilde. Vos sois bendita entre todas las mujeres, porque todas las demás incurrieron en la maldición del pecado original; pero Vos, Madre del Bendito, habéis sido y seréis siempre bendita y exenta de toda mancha.

¿Qué contesta la humilde María a esta salutación tan llena de elogios? Nada responde, sino que pen-

² Cant. VI, 8.

³ Cant. I, 11.

⁴ P. 4, tit. 15, cap. 21, pár. 2.

⁵ In Cant. 3.

sando en Ella se turbó; y ¿por qué se turbó? ¿Acaso por el temor de que aquello fuese una ilusión, o por modestia, al ver un hombre, como pretenden algunos que creen que el Angel se le apareció en forma humana? No; el texto es claro, como observa Eusebio Emiseno. Su turbación, pues, provino de la humildad al oír aquellas alabanzas, de que era tan indigna, según la opinión que Ella tenía de sí misma. Reflexiona sobre esto San Bernardino y dice que si el Angel le hubiese dicho que Ella era la mayor pecadora del mundo, María no se hubiera sorprendido de aquel modo; pero que al oír aquellos sublimes elogios, quedó sumamente turbada⁶. Se turbó porque estando tan llena de humildad aborrecía toda alabanza personal, y deseaba que sólo su Criador y dispensador de todo bien fuese alabado y bendecido, conforme Ella misma lo declaró a Santa Brígida hablando de la época en que fue hecha Madre de Dios⁷.

Pero yo digo, la bienaventurada Virgen sabía muy bien por las Sagradas Escrituras que había llegado ya el tiempo anunciado por los profetas de la venida del Mesías; que las semanas de Daniel ya se habían cumplido; que según la profecía de Jacob el cetro de Judá había pasado ya a manos de Herodes, rey extraño; y sabía ya que una Virgen debía ser la madre del Mesías. Oye después que el Angel le dirige aquellas alabanzas, que sólo parecían convenir a la Madre de Dios, ¿le ocurrió quizás entonces el pensamiento de que tal vez ella era la Madre de Dios elegida? No, su

⁶ Luc. I, 28.

⁷ Serm. 35 de Anni. Inc. p. 3.

profunda humildad no le sugirió semejante idea. Aquellas alabanzas solamente le causaron un gran temor, de manera que, según observa San Pedro Crisólogo, así como el Salvador quiso ser confortado por un Ángel, así fue también necesario que viendo San Gabriel a María tan consternada por aquella salutación, la animase diciendo: No temáis, ¡oh María!, ni os admiréis de los sublimes títulos con que os he saludado, pues si Vos sois tan pequeña y humilde a vuestros propios ojos, Dios que exalta a los humildes os ha hecho digna de hallar la gracia que los hombres perdieron; y por esto El os ha preservado de la mancha común a todos los hijos de Adán; por esto desde el instante de vuestra concepción os ha adornado de una gracia mayor que la de todos los Santos; y por esto, en fin, ahora os exalta hasta escogeros por Madre suya. “He aquí que concebirás, y parirás un Hijo a quien pondrás por nombre Jesús.”

“Ea, mi Soberana, ¿a qué aguardáis? El Ángel espera vuestra respuesta”, dice aquí San Bernardo, y más la esperamos nosotros que estamos ya condenados a muerte⁸. “Mirad, oh Madre nuestra —prosigue diciendo San Bernardo—, que ya se os ofrece el precio de nuestra salvación, que será el Verbo divino hecho hombre en vuestro seno; si Vos le aceptáis por Hijo, luego seremos libres de la muerte. Mientras vuestro mismo Señor —prosigue San Bernardo— se ha enamorado de vuestra belleza, desea vuestro consentimiento en el cual ha determinado salvar al mundo”⁹.

⁸ L. 1 Rev. c. 13.

⁹ Hom. 4 sup. Miss.

“Contestad presto, Señora, no retardéis más la salvación del mundo, que depende ahora de vuestro consentimiento”¹⁰.

Mas ya responde María al Angel y le dice: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.” ¡Oh respuesta más hermosa, más humilde y más prudente de cuantas hubiera podido inventar toda la sabiduría de los hombres y de los Angeles juntos, aun cuando la hubieran pensado un millón de años! ¡Oh poderosa respuesta que alegraste al cielo, e hiciste descender sobre la tierra un mar inmenso de gracias y de bienes! Respuesta que apenas salida del humilde corazón de María atrajiste del seno del eterno Padre al Hijo unigénito a su purísimo seno para hacerse hombre. Sí, porque desde el momento que fueron proferidas aquellas palabras: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”, el Verbo se hizo carne, y el Hijo de Dios quedó hecho también Hijo de María. ¡Oh poderoso hágase!, exclama Santo Tomás de Villanueva. ¡Oh palabra eficaz! ¡Oh palabra elevada sobre toda palabra digna de veneración!¹¹, pues con los otros *hágase* Dios creó la luz, el cielo y la tierra, pero con este *hágase* de María, dice el Santo, un Dios se hizo hombre como nosotros.

Pero no nos separemos de nuestro punto, consideremos la grande humildad de la Virgen María en esta contestación. Aunque se hallaba iluminada para conocer cuán sublime era la dignidad de Madre de Dios, y el Angel ya le había asegurado que ella era la

¹⁰ S. Bern. Loc. cit.

¹¹ Serm. 21 de Temp.

afortunada Madre elegida del Señor, sin embargo por esto no aumenta la estimación de sí misma, ni se detiene en complacerse en su elevación, considerando por una parte su nada, y por otra la infinita majestad de su Dios, que la escogió para Madre suya; se reconoce indigna de tanto honor, pero no quiere oponerse un ápice a su divina voluntad. Por lo cual, preguntada si da su consentimiento, ¿qué hace?, ¿qué dice? Anodada en sí misma, e inflamada por otra parte en deseos de unirse más y más con su Dios, se abandona enteramente a la voluntad divina. He aquí, responde, la esclava del Señor, obligada a hacer lo que su Señor le mande; como si dijera: si el Señor me elige por su Madre, a mí que no tengo nada propio, y que cuanto poseo todo lo debo a su bondad, ¿quién podrá pensar jamás que me elija por mis méritos? ¿Qué méritos podrá nunca tener una esclava para ser elevada a Madre de su Señor? Alábase, pues, tan sola la bondad del Señor, y no a la esclava, pues es solamente bondad suya haber puesto los ojos en una criatura tan humilde como yo, para exaltarla a tal extremo.

¡Oh sublime humildad de María, exclama aquí el abad Guérnico, que la hace pequeña en su propia opinión, pero grande delante de Dios! ¡Indigna a sus ojos, pero digna a los de aquel Señor inmenso a quien el mundo no puede contener! Pero más hermosa es la exclamación que a este propósito hace San Bernardo en el sermón cuarto de la Asunción, en el cual, admirando la humildad de María, dice: “Señora, ¿cómo habéis podido formar en vuestro corazón una idea tan humilde de Vos misma con tanta pureza, con tanta inocencia y tanta plenitud de gracia como poseéis?”

“¿Y de dónde —prosigue el Santo—, oh bienaventurada Virgen, se ha arraigado tan fuertemente en Vos esta humildad tan grande, viéndoos tan honrada y exaltada de Dios? Orgullosa Lucifer al verse dotado de grande hermosura, aspiró a elevar su trono sobre las estrellas y hacerse semejante a Dios”¹². ¿Y qué hubiera dicho y pretendido este soberbio espíritu si se hubiera visto adornado de las prerrogativas de María? La humilde Virgen no obró así, pues cuanto más exaltada se vio, tanto más grande fue su humillación. “¡Ah, Señora! —concluye San Bernardo—, esta hermosa virtud os ha hecho digna de que Dios os mirase con singular amor; digna de enamorar a vuestro Rey con vuestra hermosura, digna de atraer con el suave olor de vuestra santidad al eterno Hijo desde su descanso en el seno de Dios, a vuestro purísimo vientre”¹³. Por lo que Bernardino de Bustos dice que María contrajo más mérito con esta respuesta: “He aquí la esclava del Señor”, que cuando pudieran adquirir todas las criaturas con todas sus buenas obras¹⁴.

“Así es —dice San Bernardo—; si esta inocente Virgen se hizo agradable a Dios con su virginidad, se hizo también digna con su humildad, cuanto podía merecerlo una criatura, de ser hecha Madre de su Criador”¹⁵, lo que confirma San Jerónimo diciendo que Dios la eligió por Madre en consideración a su humildad, más que a sus demás sublimes virtudes.

¹² Cant. 3 de Ann.

¹³ Isai. XIV, 14.

¹⁴ Loc. cit.

¹⁵ Mar. 12. p. 5. n. 2.

María misma lo reveló a Santa Brígida diciéndole: “¿Cómo podía yo merecer la gracia de ser hecha Madre de mi Señor, sino porque conocí mi nada y me humillé?”¹⁶. Y antes lo había declarado ya en su humildísimo cántico, cuando dijo: “Porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava... aquel que es todopoderoso ha hecho en mí cosas grandes”¹⁷. Sobre lo que San Lorenzo Justiniano observa, que la Virgen no dice ha puesto los ojos en la virginidad, en la inocencia, sino tan sólo en la humildad. Y por esta humildad advierte San Francisco de Sales que no pretendía María elogiar la virtud de su humildad, sino que quiso declarar que Dios había mirado su nada, y que únicamente por su bondad la había querido exaltar de este modo.

Finalmente, San Agustín compara la humildad de María a una escala por la cual el Señor se dignó bajar a la tierra para encarnarse en su seno¹⁸; lo que confirmó San Antonino diciendo que la humildad de la Virgen fue la disposición más perfecta y más próxima para ser Madre de Dios¹⁹. Con esto se comprende lo que vaticinó Isaías: “Brotará un renuevo del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor”²⁰. El beato Alberto Magno reflexiona que la flor divina, esto es, el Unigénito de Dios, según dijo Isaías, debía nacer, no del extremo o del tallo de la planta de Jessé, sino de la

¹⁶ Hom. 1 sup. Miss.

¹⁷ Lib. 2. Rev. cap. 35.

¹⁸ Luc. I.

¹⁹ Sup. Magn.

²⁰ Part. 5, tit. 15, cap. 6 et 8.

raíz, para denotar la humildad de la Madre; y más claramente lo explica el abad de Celles, quien observa que se elevará una flor, no de la cima, sino de la raíz. Y por esto dijo el Señor a su querida Hija: “Aparta de mí tus ojos, porque ellos me han hecho salir fuera de mí”²¹. Y San Agustín dice: “¿De dónde le han hecho salir, sino del seno del Padre al vientre de la Madre?” Sobre cuyo pensamiento dice el docto sabio intérprete Fernández que los humildísimos ojos de María, con que contempló sin cesar la divina grandeza, sin perder jamás de vista su nada, hicieron tal violencia al mismo Dios, que le atraieron a su seno²². “Y con esto se explica —dice el abad Francon— por qué el Espíritu Santo alabó tanto la hermosura de su Esposa, diciendo que tenía los ojos de paloma”²³; “porque mirando María a Dios con los ojos de sencilla y humilde paloma, le enamoró tanto con su belleza, que le encadenó con lazos de amor en su seno virginal”. “¿Y en qué parte de la tierra —prosigue el mismo abad— podía hallarse una virgen tan hermosa que con sus ojos atrajese al Rey de los cielos y le cautivase con santa violencia con los vínculos de la caridad?”²⁴ Así pues, María, diré para concluir este punto, en la encarnación del Verbo, según se ha visto desde el principio, no pudo humillarse más de lo que se humilló. Veamos ahora cómo Dios, habiéndola hecho Madre suya, no pudo exaltarla más de lo que la exaltó.

²¹ Isai. XI, 1.

²² Cant. VI, 4.

²³ In c. 14, Gen. sec. 1.

²⁴ Cant. IV, 1.

PUNTO II

Para comprender hasta qué punto María fue exaltada sería necesario comprender cuán sublime es la excelencia y grandeza de Dios. Bastará, pues, decir que Dios hizo a esta Virgen Madre suya, para entender que no pudo exaltarla más de lo que la exaltó. Muy bien afirmó San Arnoldo Carnotense que haciéndose Dios Hijo de la Virgen la colocó en una elevación superior a la de todos los Santos y Angeles²⁵; “de manera que, a excepción de Dios —dice San Efrén—, aventaja sin comparación a todos los espíritus celestiales”²⁶; lo que confirma San Andrés Cretense diciendo: “Fuera de Dios es superior a todos”²⁷. “Señora —exclama San Anselmo—, Vos no tenéis quién os iguale, porque todos los demás o bien os aventajan, o bien os son inferiores; sólo Dios os es superior, y todos los otros os son inferiores”²⁸. “Finalmente, es tan grande —añade San Bernardino— la excelencia de esta Virgen, que sólo Dios puede y sabe comprenderla”²⁹.

“No es de admirar, pues —advierte Santo Tomás de Villanueva—, que los sagrados Evangelistas, tan difusos en escribir las alabanzas de un Bautista y de una Magdalena, hayan sido tan concisos en describir las prerrogativas de María.” “¿Qué más pudieran decir —prosigue el mismo Santo—, qué más pudieran decir

²⁵ De Grat. Nov. Test. tract. 6.

²⁶ Tract. de L. V.

²⁷ Orat. de Laud. Deip.

²⁸ Or. de Dorm. Deip.

²⁹ Ap. Pelb. Stellar. 1, p. 3, art. 2.

los Evangelistas de las grandezas de esta Virgen? ¿No basta que atestigüen que fue Madre de Dios? Habiendo descrito, pues, los mismos en esta sola palabra el mayor y aun el conjunto de sus atributos, era inútil que los fuesen enumerando por partes”³⁰. “Decir solamente de María —replica San Anselmo— que es Madre de un Dios, ¿no es colocarla en el grado más alto de elevación que pueda imaginarse después de Dios?”³¹ Y Pedro Celense sobre el mismo pensamiento añade: “Dale el nombre que quieras: Reina del cielo, Señora de los Angeles o cualquiera otro título honorífico, nunca llegarás a honrarla tanto como llamándola simplemente Madre de Dios”³².

La razón de esto es evidente, porque, como enseña el angélico Doctor, cuanto más una cosa se acerca a su principio, tanto más participa de sus perfecciones, y por esto siendo María la criatura más próxima a Dios, participa más que todas las otras de gracia, perfección y grandeza³³. De lo que deduce el padre Suárez que la dignidad de Madre de Dios es de orden superior a cualquiera otra dignidad creada, porque pertenece en cierto modo al orden de la unión con una persona divina, con la cual va necesariamente unida³⁴. Por esto, igualmente San Dionisio Cartujano afirma que después de la unión hipostática no hay otra cosa más próxima que la de Madre de Dios³⁵. “Esta es —enseña

³⁰ Tom. 2. Serm. 51, art. 3, c. 2.

³¹ Con. 2 de Nat. Virg.

³² De exc. Virg. c. 4.

³³ Lib. de Pan. c. 31.

³⁴ 3 p. q. 27, art. 5.

³⁵ Tom. 2 in 3 par. D. 2. S. 2.

Santo Tomás — la unión más elevada que una simple criatura puede tener con Dios”³⁶. Y el beato Alberto Magno afirma que el ser Madre de Dios es la dignidad inmediata a la de Dios³⁷; por lo cual dice que María no pudo estar más unida a Dios de lo que estuvo, a no ser que fuera también Dios.

San Bernardino afirma que la santísima Virgen para ser Madre de Dios debió ser elevada a cierta igualdad con las Personas divinas, por medio de una gracia casi infinita³⁸. Y como los hijos, moralmente hablando, se reputan una misma cosa con sus padres, de modo que entre ellos son comunes los bienes y los honores, San Pedro Damiano deduce que si Dios habita de varios modos en las criaturas, en María habitó por un modo especial de identidad, haciéndose una misma cosa con Ella³⁹. Y luego exclama con aquel célebre dicho: “Enmudezca y tiemble toda criatura, y apenas se atreva a mirar la inmensidad de dignidad tan excelsa. Dios habita en la Virgen, con la cual tiene identidad de una naturaleza”⁴⁰.

Esta es la razón por la cual Santo Tomás afirma que siendo María Madre de Dios, por razón de esta unión tan íntima con un ser infinito, recibió cierta dignidad infinita, que el padre Suárez llama infinita en su género⁴¹; pues la dignidad de Madre de Dios es la más grande que pueda conferirse a una criatura. En efecto,

³⁶ Lib. 2 de Laud. Virg.

³⁷ I p. q. 25, art. 6.

³⁸ Super Miss. cap. 130.

³⁹ T. I. Serm. 16, c. 16.

⁴⁰ Serm. I de Nat. Virg.

⁴¹ Loc. cit.

el Doctor angélico enseña que si bien la humanidad de Jesucristo hubiera podido recibir de Dios mayor gracia habitual⁴², sin embargo en cuanto a la unión con una Persona divina no pudo recibir mayor prerrogativa⁴³; así, al contrario, la bienaventurada Virgen no pudo ser elevada a una dignidad mayor que la de Madre de Dios⁴⁴. Lo mismo escribió Santo Tomás de Villanueva: “Tiene sin duda — dice — cierta infinidad el ser Madre del Infinito”⁴⁵; añadiendo San Bernardino de Sena que el estado a que Dios exaltó a María haciéndola su Madre fue sumo, de modo que no pudo elevarla más⁴⁶; lo que confirma el beato Alberto Magno diciendo: “El Señor dio a la bienaventurada Virgen lo sumo de que fue capaz una criatura, esto es, la maternidad de Dios”⁴⁷.

Apoyado en esto San Buenaventura, escribió aquella célebre sentencia, que Dios puede hacer un mundo más vasto, un cielo más grande, pero no una criatura más sublime y perfecta que su Madre¹. Sin embargo, la divina Madre expresó mejor que todos hasta qué grado Dios la había exaltado cuando dijo: “Ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es omnipotente”⁴⁸. ¿Y por qué la santísima Virgen no declaró entonces cuáles eran los grandes dones que Dios le había concedido? Santo Tomás de Villanueva contesta que no los expli-

⁴² Tom. 2 in 3 p. D. 18. s. 4.

⁴³ Opus. 2. Comp. Theol. c. 215.

⁴⁴ 3 p. q. 7. art. 12. ad. 2.

⁴⁵ 1 part. q. 15. ar. 6. ad. 4.

⁴⁶ Conc. 3 de Nat. Mar.

⁴⁷ Tom. 3. Serm. 6. ar. 5. cap. 1.

⁴⁸ L. 1 de Laud. Virg. c. 178.

có, porque eran tan grandes que no podían explicarse⁴⁹.

Con razón, pues, dijo San Bernardo que Dios por esta Virgen que debía ser su Madre crió el mundo⁵⁰, y San Buenaventura que la conservación del mundo debe atribuirse a la intercesión de María⁵¹, apoyándose ambos en un texto de los Proverbios que la Iglesia aplica a María: “Estaba yo con El disponiendo todas las cosas”⁵². A todo esto añade San Bernardino que Dios por el amor de María no destruyó al hombre después del pecado de Adán⁵³. Por lo que con razón la santa Iglesia canta de María que: “Escogió para sí la mejor parte”⁵⁴; porque esta Madre Virgen no sólo eligió las cosas mejores, sino de éstas la mejor parte, dotándola el Señor en sumo grado (como atestigua el beato Alberto Magno) de todas las gracias y dones generales y particulares conferidos a las demás criaturas; todo en consecuencia a la dignidad de Madre de Dios, que le había sido concedida⁵⁵. De manera que María fue niña, pero sólo tuvo de aquella edad la inocencia, no el defecto de la incapacidad; pues desde el primer instante de su vida gozó el perfecto uso de razón. Fue Virgen, pero sin la afrenta de la esterilidad. Fue Madre, pero sin perder el privilegio de la virginidad. Fue hermosa y aun hermosísima, como dicen

⁴⁹ Spec. B. V. Lect. 10.

⁵⁰ Luc. I, 40.

⁵¹ Cant. 3 de Nat. Virg.

⁵² Serm. 7 in Salv. Reg.

⁵³ Ap. P. Pepe Lez. 371.

⁵⁴ Prov. VIII, 30.

⁵⁵ Tom. I. Serm. 61, cap. 8.

Ricardo de San Víctor, San Jorge Nicomediense y San Dionisio Areopagita, al cual atribuyen muchos la dicha de haber contemplado una vez la belleza de María, y dice que si la fe no le hubiese enseñado que Ella era una criatura, la hubiera adorado como a Dios. Lo mismo reveló el Señor a Santa Brígida diciéndole que la hermosura de su Madre excedió a la de todos los hombres y Angeles, pues oyó la Santa que hablando con María decía: "Tu hermosura aventaja a la de los Angeles y a todo lo criado"⁵⁶. Fue hermosísima, digo, pero sin peligro de quien la miraba, porque su belleza disipaba los movimientos impuros e inspiraba pensamientos de pureza, como atestigua San Ambrosio⁵⁷, y lo confirma Santo Tomás. Por esto se compara a la mirra, que impide la putrefacción: "Exhalé fragante olor como la mirra escogida", cuyas palabras le aplica la santa Iglesia. En la vida activa trabajaba, pero sin que el trabajo la distrajese de unirse con Dios. En la contemplativa estaba recogida con el Señor, pero sin olvidarse de las cosas temporales y de la caridad debida al prójimo. Alcanzóle al fin la muerte, pero sin angustias, y sin la corrupción del cuerpo. Concluamos, pues. Esta divina Madre es infinitamente inferior a Dios, pero es inmensamente superior a todas las criaturas. Y si es imposible hallar un hijo más noble que Jesús, es imposible también encontrar una madre más noble que María. Esto autoriza a los devotos de esta Reina no sólo a regocijarse en sus grandezas, sino también para aumentar su confianza en su poderosí-

⁵⁶ In Off. B. V.

⁵⁷ Bibl. Max. in Luc. 13.

simo patrocinio, pues en calidad de Madre de Dios, dice el padre Suárez, tiene cierto derecho sobre sus dones para alcanzarlos a aquellos por quienes ruega⁵⁸. Por otra parte, dice San Germán que Dios, no puede dejar de oír los ruegos de María, porque no puede dejar de reconocerla por su verdadera e inmaculada Madre. Así se expresa el Santo hablando con la Virgen: “Tú, pues, que ejerces la autoridad materna con Dios, consigues la insigne gracia de la reconciliación, aun a favor de los que cometen pecados enormes. No puedes dejar de ser oída, porque Dios te obedece como a su verdadera e inmaculada Madre”⁵⁹. “De manera que a Vos, oh Madre de Dios y Madre nuestra, no os falta poder ni voluntad para socorrernos”⁶⁰. “Pues, Vos ya sabéis, os diré con vuestro abad Celense, que Dios no os ha criado solamente para sí, sino que os ha dado a los Angeles por su restauradora, a los hombres por su reparadora, y a los demonios para combatirlos, a fin de que por vuestra intercesión recobremos la divina gracia, y por Vos el enemigo quede vencido y derribado”⁶¹.

Y si deseamos complacer a la Madre de Dios, saludémosla frecuentemente con el *Ave María*. Apareciéndose un día la Virgen a Santa Matilde la dijo que no podía venerarla mejor que con esta salutación angélica. De este modo alcanzaremos gracias singulares de esta Madre de misericordia, como se verá en el siguiente

⁵⁸ Lib. 2. Rev. c. 51.

⁵⁹ De Inst. Virg. c. 7.

⁶⁰ Tom. 3 in p. D. 1. 5. 2.

⁶¹ De Zon. Virg.

EJEMPLO

Es célebre el suceso que el padre Pablo Señeri refiere en su *Cristiano instruido*⁶². Un joven cargado de pecados deshonestos y de costumbres depravadas fue a confesarse en Roma con el padre Nicolás Zucchi. El confesor le acogió con caridad, y compadeciéndose de su miseria le dijo que la devoción a Nuestra Señora podía librarle de aquel vicio maldito; por lo que le impuso por penitencia que hasta la otra confesión cada día al levantarse y al acostarse rezase un *Ave María* a la Virgen, ofreciéndole los ojos, las manos y todo el cuerpo, suplicándole le guardase como cosa suya, y que besase tres veces el suelo. Practicó el joven esta penitencia, y al principio con poca enmienda; pero el padre continuó inculcándole que no la dejase jamás, animándole a que confiase en el patrocinio de María. A este tiempo el penitente partió con otros compañeros, y fue muchos años recorriendo el mundo. Habiendo regresado a Roma, volvió a buscar a su confesor, quien con el mayor regocijo y admiración le halló enteramente mudado y libre de las antiguas fealdades. “Hijo —le dijo—, ¿cómo has alcanzado de Dios tan feliz cambio?” El joven contestó: “Padre, con aquella corta devoción que me enseñasteis, la Virgen me ha logrado esta gracia”; pero no concluyen aquí las maravillas. El mismo confesor refirió este suceso en el

⁶² S. Born. serm. de Ass.

⁶³ V. in Ps. Cont. Virg.

⁶⁴ P. 3. Rag. 34.

púlpito, y habiéndole oído un capitán, el cual hacía muchos años que vivía deshonestamente con una mujer, se propuso practicar también la misma devoción, a fin de librarse de aquella terrible cadena que le tenía esclavo del demonio, y así dejó también aquella mala costumbre y mudó de vida.

Hay aún más. Transcurridos seis meses, confiando temerariamente en sus fuerzas, quiso ir un día a buscar a aquella mujer para ver si ella había mudado también de vida; pero al acercarse a la puerta de su casa, en donde era evidente el peligro de que volviese a caer, se sintió impelido hacia atrás por una fuerza invisible, hallándose distante de la casa todo lo largo de la calle, y le dejaron delante de la casa en que él vivía. Entonces conoció con una luz clara que María le libraba así de su perdición. Con esto se ve cuán solícita es nuestra buena Madre, no sólo en sacarnos del pecado, si nosotros con este buen fin nos encomendamos a Ella, sino también en librarnos del peligro de nuevas caídas.

ORACIÓN

¡Oh Virgen inmaculada y santa! ¡Oh criatura la más humilde y más sublime delante de Dios! Vos fuisteis tan pequeña a vuestros ojos, pero grande a los de Nuestro Señor, que os exaltó hasta elegiros por Madre, y haceros en consecuencia Reina del cielo y de la tierra. Doy gracias, pues, a aquel Dios que tanto os ha exaltado, y me regocijo con Vos de veros tan unida a Dios, que no es permitido estarlo más a una simple criatura. Me avergüenzo de presentarme a Vos que

sois tan humilde con tantas prerrogativas, siendo yo miserable y orgulloso con tantos pecados. Pero a pesar de mis miserias quiero también saludaros: “Dios te salve, María, llena eres de gracia.” Vos estáis llena de gracia, alcanzadme parte de ella. “El Señor es contigo.” Aquel Señor que ha estado siempre con Vos desde el primer instante de vuestra creación, ahora se ha unido más con Vos haciéndose vuestro Hijo. “Bendita tú eres entre todas las mujeres.” ¡Oh mujer bendita entre todas las mujeres!, alcanzad también para nosotros la divina bendición. “Y bendito es el fruto de tu vientre.” ¡Oh planta bendita que habéis dado al mundo un fruto tan noble y santo! “Santa María, Madre de Dios.” ¡Oh María!, yo confieso que sois la verdadera Madre de Dios, y estoy pronto amar mil veces la vida para defender esta verdad. “Ruega por nosotros pecadores.” Pero si Vos sois la Madre de Dios, sois también la madre de nuestra salvación y de nosotros pobres pecadores, pues por salvar a los pecadores Dios se hizo hombre y os eligió por Madre suya, a fin de que vuestros ruegos tuviesen la virtud de salvar a cualquier pecador. Ea, pues, oh María, rogad por nosotros. “Ahora, y en la hora de nuestra muerte.” Rogad siempre, rogad ahora que nos hallamos rodeados de tentaciones y peligros de perder a Dios; pero rogad principalmente en la hora de nuestra muerte, cuando estaremos próximos a salir de este mundo, y a ser presentados al divino tribunal, a fin de que salvándonos por los méritos de Jesucristo y por vuestra intercesión podamos llegar un día, sin peligro ya de perdernos, a saludaros y alabaros con vuestro Hijo en el cielo por toda la eternidad. Amén.

DISCURSO V

DE LA VISITACIÓN DE LA VIRGEN

María es la tesorera de todas las divinas gracias. Por lo que el que desee gracias debe recurrir a María; y el que la invoca ha de estar seguro de obtener las que desea.

La familia que es visitada por una persona real se juzga feliz, ya por el honor que por ello recibe, ya por las ventajas que después espera. Pero mucho más feliz debe llamarse aquella alma a la que visita la Reina del universo María santísima, quien no sabe dejar de colmar de bienes y gracias a aquellas almas afortunadas que se digna visitar por medio de sus favores. La casa de Obededon fue bendecida cuando la visitó el arca del Señor¹. Pero ¡cuántas mayores bendiciones alcanzan los que reciben alguna visita amorosa de esta arca viva de Dios, cual fue la divina Madre! “¡Feliz aquella casa que visita la Madre de Dios!”, escribió Engelgrave. Bien lo experimentó la casa del Bautista, pues apenas María entró en ella, colmó a toda aquella familia de gracias y bendiciones celestiales, por lo que la fiesta de la Visitación se llama comúnmente la fiesta de Nuestra Señora de las Gracias. Examinemos, pues, en el presente discurso cómo la divina Madre es la tesorera de todas las gracias, dividiéndolo al efecto en dos puntos. En el primero veremos que el que desea

¹ I Par. XIII, 14.

obtener gracias ha de acudir a María. En el segundo, que el que así lo practica debe estar seguro de alcanzar las gracias que desea.

PUNTO I

Habiendo oído la santísima Virgen del arcángel San Gabriel que su prima Isabel estaba en cinta de seis meses, iluminada interiormente del Espíritu Santo, conoció que el Verbo humanado y hecho ya Hijo suyo quería emprezar a manifestar al mundo las riquezas de su misericordia concediendo sus primeras gracias a toda aquella familia. Por lo que, desde luego, como refiere San Lucas², levantándose del reposo de su contemplación, a la cual estaba continuamente aplicada, y dejando su amada soledad, partió luego hacia la casa de Isabel. Y como la santa caridad todo lo sobrelleva y la gracia del Espíritu Santo no sabe sufrir ningún retardo, según dice San Ambrosio hablando sobre este Evangelio, por esto, sin inquietarse por las fatigas del viaje, la tierna y delicada doncella se puso luego en camino. Habiendo llegado a aquella casa saludó a su prima; y como observa San Ambrosio, María fue la primera en saludar a Isabel. Pero la visita de la bienaventurada Virgen no fue como son las visitas de los mundanos, que regularmente se reducen a ceremonias y fingidos cumplimientos; pues la visita de María atrajo a aquella casa un tesoro de gracias. En efecto, a su entrada y a su primera salutación, Isabel

² L. 39.

quedó llena del Espíritu Santo, y Juan lavado de la culpa original y santificado; por lo que dio aquella señal de júbilo, saltando en el vientre de su madre, queriendo manifestar así la gracia que había recibido por medio de la bienaventurada Virgen, como declaró la misma Isabel. De modo que, según observa Bernardino de Bustos, en virtud de la salutación de María recibió Juan la gracia del Espíritu divino que le santificó³.

De consiguiente, si estos primeros frutos de la redención pasaron todos por manos de María, y Ella fue la canal por donde se comunicó la gracia al Bautista, el Espíritu Santo a Isabel, el don de profecía a Zacarías, y tantas otras bendiciones como recibió aquella familia, que fueron las primeras gracias que sabemos hiciese el Verbo sobre la tierra después de su encarnación; es muy justo que creamos que Dios desde entonces constituiría a María en acueducto universal, como la llama San Bernardo, por el cual en lo sucesivo pasasen a nosotros todas las demás gracias que el Señor quisiese dispensarnos, conforme dijimos en la parte primera, capítulo quinto.

Con razón, pues, llamamos a esta divina Madre el tesoro, la tesorera y dispensadora de las divinas gracias. Así la llamaron el venerable abad de Celles⁴, San Pedro Damiano, el beato Alberto Magno, San Bernardino y un doctor griego citado por Petavio. Así la llamó también San Gregorio Taumaturgo, el cual decía: “María se dice llena de gracia, porque en Ella se

³ Part. 7. Serm. 1.

⁴ Prol. Cont. Virg. c. 1.

halla depositado el tesoro de las gracias.” Y Ricardo de San Lorenzo dice que Dios ha colocado en María, como en un erario de misericordia, todos los dones de la gracia, de cuyo tesoro El enriquece a sus siervos.

Hablando San Buenaventura del campo del Evangelio en donde se halla escondido el tesoro que debe comprarse a todo precio, como dijo Jesucristo: “El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, que si un hombre lo halla, va y vende cuanto tiene y compra aquel campo”⁵; dice que este campo es María nuestra Reina, en la cual está el tesoro de Dios, que es Jesucristo, y con Jesucristo el manantial y la fuente de todas las gracias⁶. San Bernardo ya afirmó que el Señor ha puesto en manos de María todas las gracias que quiere dispensarnos, a fin de que sepamos que todos los bienes que recibimos nos llegan por su intercesión⁷. Es esto tan cierto que la misma Virgen María nos lo asegura diciendo: “En mí se halla toda la gracia para conocer el camino de la verdad”⁸. En mí están todas las gracias de los verdaderos bienes, que vosotros, oh hombres, podéis desear en vuestra vida. “Sí, Madre y esperanza nuestra —le decía San Pedro Damiano—, ya sabemos que todos los tesoros de la divina misericordia se hallan en vuestras manos. Y antes de él lo afirmó San Ildefonso con mayor expresión, cuando hablando con la Virgen le decía: “Señora, todas las gracias que Dios ha determinado

⁵ Matth. XIII, 44.

⁶ Spec. c. 7.

⁷ Serm. de Aquaed.

⁸ Eccli. XXIV, 25.

dispensar a los hombres ha resuelto concedérselas por vuestras manos, y por esto os ha confiado todos los tesoros de las gracias”⁹. “De modo que, oh María —concluía San Germán—, no se dispensa gracia alguna sino por vuestras manos”¹⁰. “No temas, oh María —decía San Alberto Magno, haciendo la más bella reflexión sobre las palabras que dijo el Ángel a la santísima Virgen—, porque has hallado gracia delante del Señor”¹¹. “No temas, porque has hallado la gracia. No la usurpaste como quiso hacerlo Luzbel, no la perdiste como Adán, no la compraste como quería hacerlo Simón Mago, sino que la hallaste porque la has deseado y buscado. Has hallado la gracia increada, que es el mismo Dios hecho ya Hijo tuyo, y junto con ella todos los bienes creados, y los has alcanzado”¹². Confirma este pensamiento San Pedro Crisólogo diciendo, que la gran Madre halló esta gracia para dar después la salud a todos los hombres¹³. Y en otro lugar dice que María halló una gracia llena, suficiente para salvar a cada uno de nosotros¹⁴. “De tal modo —dice Ricardo de San Lorenzo— que así como Dios crió el sol para que con sus rayos quede iluminada la tierra, así crió a María para dispensar por su medio al mundo todas las divinas misericordias”¹⁵. Añadiendo San Bernardo que la Virgen desde el momento que fue

⁹ In Cor. Virg. c. 15.

¹⁰ Serm. de Zona Virg.

¹¹ Luc. I, 30.

¹² In Marial. c. 137.

¹³ Serm. 3 de Ann.

¹⁴ Serm. 142.

¹⁵ De Laud. Virg. l. 7.



Domine Deus da me in cunctis

יהוה

Columba mea immaculata mea

Non pro te sed pro omnibus hanc lex constituta est

toti pulchra es et macula non est in te



hecha Madre del Redentor adquirió cierta jurisdicción sobre todas las gracias¹⁶.

Concluyamos, pues, este punto con las palabras de Ricardo de San Lorenzo, el cual dice que si queremos alcanzar alguna gracia acudamos a María, quien no puede dejar de obtener para sus siervos todo lo que pide, pues Ella halló la gracia divina y la halla siempre¹⁷; lo que tomó de San Bernardo, el cual dijo: “Si deseamos, pues, gracias, es preciso que nos dirijamos a esta tesorera y dispensadora de las gracias”¹⁸; “pues que la voluntad suprema del dador de todo bien —según asegura el mismo Santo— es que todas las gracias se dispensen por mano de María”¹⁹. Quien dice todo, no exceptúa nada. Mas como para alcanzar las gracias se necesita la confianza, pasemos ahora a ver cuán ciertos debemos estar de conseguirlas acudiendo a María.

PUNTO II

¿Para qué puso Jesucristo en manos de su Madre todos los tesoros de las misericordias que quiere dispensarnos, sino a fin de que enriqueciese a todos sus devotos que la aman, la honran y acuden a Ella con confianza? Así nos lo asegura la misma Virgen en un texto que la Iglesia le aplica en muchas festividades suyas²⁰. “Conmigo están las riquezas... para enriquecer

¹⁶ Serm. 61. Trat. 1, ar. 8.

¹⁷ De Laud. Virg. lib. 2, p. 5.

¹⁸ Serm. de Aquaed.

¹⁹ Loc. cit.

²⁰ Prov. VIII, 18.

a los que me aman.” “Así es —dice el abad Adán—; únicamente con el objeto de socorrernos, conserva María estas riquezas de vida eterna, en cuyo seno ha colocado el Salvador el tesoro de los miserables, a fin de que proveídos de él los pobres se hagan ricos”²¹. Y San Bernardo añade, según encuentro en un autor, que María ha sido dada al mundo como un canal de misericordia, a fin de que por su mediación las gracias bajen continuamente del cielo a los hombres.

El mismo Santo Padre investiga después, ¿por qué San Gabriel que halló a María llena de gracia, según se lo anunció al saludarla, añade que el Espíritu Santo había de bajar a Ella para llenarla aún más de gracia? Si estaba ya llena de gracia, ¿qué más podía obrar la venida del Espíritu Santo? María, dice el Santo, estaba llena de gracia, pero el Espíritu Santo la colmó abundantemente de ella para nuestro bien, a fin de que de su superabundancia fuésemos proveídos nosotros miserables; por lo que María fue comparada a la luna, de la cual se dice: “Luna llena para sí y para los otros.”

Bienaventurado el que acude a mí y me halla, dice nuestra Madre; él encontrará la vida, y la encontrará fácilmente²², pues que así a como es fácil hallar y tomar tanta agua como se quiere de una fuente abundante, así es fácil hallar las gracias y la salvación eterna acudiendo a María. Un alma santa decía: basta pedir las gracias a la Virgen para obtenerlas; y San Bernardo afirma que antes de nacer la Virgen no había en el mundo la abundancia de gracias como ahora

²¹ In Aleg. utr. Test. c. 24, Eccl.

²² Prov. VIII, 35.

inundan la tierra, porque el mundo no poseía aún este admirable canal que es María²³. Mas ahora que ya tenemos a esta Madre de misericordia, ¿qué gracia podremos desconfiar de obtener si nos postramos a sus pies? Yo soy la ciudad de refugio, así la hace hablar San Juan Damasceno, para todos los que acuden a mí. Venid, pues, hijos míos, y os concederé las gracias con mayor abundancia de lo que pensáis²⁴.

No tiene duda que a muchas almas les sucede lo que observó la venerable sor María Vilani en una visión celestial. Aparecióse una vez a esta sierva del Señor la Madre de Dios, a semejanza de una copiosa fuente, a la que acudían muchos para tomar abundancia de agua de la gracia; pero ¿qué sucedió luego? Los que llevaban los vasos enteros conservaban enteras las gracias recibidas, mas los que llevaban los vasos rotos, esto es, las almas cargadas de pecados, recibían la gracia, pero volvían luego a perderla. Por lo demás es cierto que por medio de María cada día alcanzan innumerables gracias los hombres, aun los ingratos, los pecadores y los más miserables. Hablando San Agustín con la Virgen dice: “Por ti, nosotros miserables heredamos la misericordia, ingratos la gracia, pecadores el perdón, enfermos las cosas sublimes, terrenos las celestiales, mortales la vida y peregrinos la patria”²⁵.

Aumentemos, pues, nuestra confianza, oh devotos de María, siempre que acudamos a Ella para pedirle gracias. Y a fin de avivar nuestra confianza, acordé-

²³ Serm. de Aquaed.

²⁴ Serm. 2 de Dorm. B. V.

²⁵ Serm. de Ass. B. V.

monos siempre de dos grandes atributos que tiene esta buena Madre, a saber, del deseo que la anima de hacernos bien, y del poder que ejerce con el Hijo de alcanzar cuanto quiere. Para conocer el deseo que tiene María de socorrernos a todos bastaría considerar el misterio de la fiesta que nos ocupa, a saber, la visita que hace María a Isabel. La distancia desde Nazareth, en donde habitaba la santísima Virgen, hasta la ciudad de Hebron, a la que San Lucas llama ciudad de Judá, como dicen Baronio y otros autores, en donde vivía Isabel, constaba casi de sesenta y nueve millas, según refieren el autor de la Vida de María, fray José de Jesús y María, carmelita descalzo²⁶, Beda y Brocardo; mas a pesar de esto, la bienaventurada Virgen, tierna y delicada doncella como era entonces, y no hallándose acostumbrada a semejantes fatigas, para ponerse en camino no se arredra, impelida de aquella fervorosa caridad de que estuvo siempre lleno su afectuosísimo corazón, para ir a empezar desde entonces su grande oficio de dispensadora de las gracias. María, dice San Ambrosio hablando de este viaje, no fue para cerciorarse de si Isabel estaba embarazada, como le había dicho el Angel, sino que gozosa con el deseo de ser útil a aquella familia se apresuró por el júbilo que experimentaba de hacer bien a su prójimo, y por su solicitud en ejercer aquel oficio de caridad. Nótese aquí que hablando el Evangelista del viaje de María a la casa de Isabel dijo que caminó aprisa, pero que al hacer mención de su regreso de aquella casa ya no expresa

²⁶ Lib. 5. c. 12.

que llevase prisa, sino que dice simplemente: “Y permaneció María con ella cerca de tres meses, y después regresó a su casa”²⁷. “¿Con qué otro objeto —dice San Buenaventura— la Madre de Dios se veía obligada a darse prisa en ir a visitar la casa del Bautista, sino con el de ser útil a aquella familia?”²⁸.

Este espíritu de caridad hacia los hombres, lejos de haber disminuido en María cuando subió al cielo, ha crecido notablemente, porque allí conoce mejor nuestras necesidades, y se compadece más de nuestras miserias. “Más desea María hacernos bien —escribió San Bernardino de Bustos— que nosotros recibirlo de Ella”²⁹; “de manera —dice San Buenaventura— que Ella se ofende con aquellos que no le piden gracias”³⁰. En efecto, la inclinación de María es enriquecer a todos de ellas, como ya colma abundantemente a sus siervos, según afirma el Idiota³¹.

Por esto dice el mismo autor que el que halla a María encuentra todos los bienes. Y añade que cualquiera puede hallarla, aunque fuese el pecador más miserable del mundo, porque es tan benigna que no desecha a ninguno de los que acuden a Ella. Yo invito a todos a que acudan a mí, le hace decir Tomás de Kempis, a todos espero, no desprecio jamás a ningún pecador por indigno que sea, si implora mi auxilio. Cualquiera que le pida gracias, dice Ricardo, la hallará

²⁷ Luc. I, 56.

²⁸ Spec. cap. 84.

²⁹ Mar. p. i. Serm. 5.

³⁰ S. Bon. in Spec. Virg.

³¹ In Prol. Cont. B. V. cap. 1.

siempre dispuesta e inclinada a socorrerle y alcanzarle las gracias de salud eterna con su poderosa intercesión.

He dicho con su poderosa intercesión, porque el otro motivo que debe aumentar nuestra confianza es el saber que Ella alcanza de Dios todo lo que pide a favor de sus devotos. “Observad —dice San Buenaventura hablando de la visita que María hizo a Isabel— la gran virtud que tuvieron las palabras de la Virgen, pues a su voz fue conferida la gracia del Espíritu Santo, tanto a Isabel, como a Juan su hijo, según refiere el Evangelista”³². En donde añade San Buenaventura: “Véase cuán eficaces sean las palabras de la Señora, que al proferirlas se confiere el Espíritu Santo”³³. “Jesús se complace en gran manera —dice Teófilo de Alejandría— cuando María le ruega por nosotros, porque entonces todas las gracias que El nos hace por los ruegos de María, más bien entiende hacerlas a su Madre que no a nosotros”³⁴. Sí, porque Jesús, según San Germán, no puede dejar de oír a María en todo lo que le pide, queriendo casi obedecerla en cuanto a esto como a su verdadera Madre; por lo que dice el Santo que los ruegos de esta Madre tienen cierta autoridad con Jesucristo, de modo que alcanza el perdón aun a los pecadores más grandes que se encomiendan a Ella³⁵.

Esto, como advierte San Juan Crisóstomo, se confirma muy bien con el suceso acaecido en las bodas de

³² Luc. I, 41.

³³ Tract. de Vita Christi.

³⁴ Ap. Baldi Guiard. di Mar. nella Praef.

³⁵ Or. de Dorm. V.

Caná, en donde pidiendo María al Hijo el vino que faltaba, a pesar de que entonces no había llegado aún el tiempo destinado para obrar milagros, como explican el Crisóstomo y Teofilacto; el Salvador, dice el mismo Crisóstomo, para obedecer a la Madre, hizo el milagro que Ella le pidiera convirtiendo el agua en vino³⁶.

Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, como nos exhorta el Apóstol, a fin de alcanzar la misericordia, y hallar la gracia para ser oportunamente auxiliados³⁷. El trono de la gracia, dice el beato Alberto Magno, es la bienaventurada Virgen María³⁸. Si queremos, pues, gracias, acudamos al trono de la gracia que es María, y lleguémonos a él con la esperanza de ser ciertamente oídos, mediante la intercesión de María que obtiene todo lo que pide a su Hijo. Busquemos la gracia, repito con San Bernardo, y busquémosla por medio de María; adhiriéndonos a lo que la misma Virgen Madre dijo a Santa Matilde, que llenándola el Espíritu Santo de toda su dulzura la había hecho tan amada de Dios que cualquiera que por su medio solicitase gracias seguramente las obtendría³⁹.

Y si prestamos fe a la célebre sentencia de San Anselmo hallaremos que a veces se alcanzan más pronto las gracias acudiendo a María que dirigiéndose a nuestro mismo Salvador Jesús; no porque El no sea la fuente y el Señor de todas las gracias, sino porque

³⁶ S. Joan. Chrysost. ap. Corn. a Lap. in Joan. cap. 2, vers. 5.

³⁷ Hebr. IV, 16.

³⁸ Serm. de Ded. Eccl. I.

³⁹ Ap. Canis. l. 1, cap. 13.

acudiendo nosotros a su Madre, y rogando entonces Ella por nosotros, sus ruegos, como ruegos de madre, tendrán más fuerza que los nuestros⁴⁰. No nos separemos, pues, jamás de los pies de esta tesorera de las gracias diciéndole siempre con San Juan Damasceno: ¡Oh Madre de Dios!, abridnos las puertas de vuestra misericordia rogando siempre por nosotros, pues vuestros ruegos son la salvación de todos los hombres. Recurriendo a María será mejor suplicarla que ruegue por nosotros y nos alcance aquellas gracias que conozca sean más convenientes para nuestra salvación, como lo hizo fray Reginaldo Dominicano, según se refiere en las crónicas de la Orden⁴¹. Estando enfermo este siervo de María y pidiéndole la gracia de la salud corporal, se le apareció la Virgen acompañada de Santa Cecilia y Santa Catalina, y le dijo con la mayor dulzura: “Hijo, ¿qué quieres que yo haga por ti?” Confuso el religioso al oír tan cortés ofrecimiento de la Virgen, no sabía qué responder. Entonces una de las dos Santas le dio este consejo: “Reginaldo, ¿sabes lo que debes hacer? No pidas nada, y ponte enteramente en sus manos, porque María sabrá hacerte una gracia mejor que la que tú sepas pedirle.” Habiendo seguido el enfermo su consejo, la divina Madre le alcanzó la gracia de la salud.

Si nosotros deseamos también ser visitados por esta Reina del cielo, será de mucho provecho que la visitemos también con frecuencia rogando delante de una imagen suya o en alguna iglesia que le esté dedicada.

⁴⁰ De Exc. Virg. c. 6.

⁴¹ Lib. 1, p. 1, cap. 5.

Léase el siguiente ejemplo y se conocerá con qué especiales favores Ella recompensa las devotas visitas de sus siervos.

EJEMPLO

En las crónicas de la Orden de San Francisco se lee que yendo dos religiosos de la misma a visitar un santuario de la Virgen se les hizo de noche cuando se hallaban en medio de un espeso bosque; por lo que confusos y afligidos no sabían qué hacerse. Pero adelantándose un poco más les pareció que entre la oscuridad divisaban una casa. Llegan a ella, tientan las paredes, buscan la puerta, llaman, y oyen que desde dentro les preguntan: “¿Quién es?” Contestaron que eran dos pobres religiosos perdidos aquella noche por el bosque, y que pedían les albergasen a lo menos para no ser devorados por los lobos. Y he aquí que luego oyen abrir la puerta y ven dos pajes ricamente vestidos que les recibieron con gran cortesía. Los religiosos preguntaron quién habitaba aquel palacio. Los pajes contestaron que vivía allí una señora muy piadosa. “Desearíamos saludarla —dijeron ellos— y darle gracias por habernos acogido.” “Vamos luego allá —respondieron los pajes—, porque ella también quiere hablaros.” Suben la escalera, encuentran las habitaciones todas iluminadas, adornadas elegantemente, y se percibía en ellas un olor que parecía celestial. Finalmente entran a donde se hallaba la dueña de la casa, y hallan una señora majestuosa y hermosísima, la cual les acogió con la mayor benignidad, y después les preguntó a dónde se dirigían. Ellos contestaron que iban a visitar una iglesia de la biena-

venturada Virgen. “Siendo, pues, así —dijo la señora—, cuando partáis quiero daros una carta mía que os será muy útil.” Y mientras aquella señora les hablaba, sentíanse inflamados en el amor de Dios, experimentando una alegría que nunca habían probado. Fueron después a dormir, si en realidad pudieron conciliar el sueño en medio de tanto gozo, y a la mañana se presentaron otra vez a la señora para despedirse de ella, darle gracias y tomar al mismo tiempo la carta que afectuosamente recibieron, y se marcharon. Mas, no bien habían salido de la casa, advirtieron que la carta no tenía sobre escrito, por lo que retroceden, registran, y ya no encuentran la casa. Finalmente, abren la carta para ver a quién iba dirigida y enterarse de su contenido, encuentra en ella que María santísima les escribía a ellos mismos, y les daba a entender que Ella era la señora que habían visto aquella noche, y que por la devoción que le tenían les había proveído de casa y hospedaje en aquel bosque; que continuasen sirviéndola y amándola, que Ella les recompensaría siempre con sus obsequios, y les socorrería en la vida y en la muerte. Y al pie de la carta leyeron la firma que decía: “Yo, María Virgen.” Considere aquí cada uno qué gracias más expresivas no tributarían aquellos buenos religiosos a la divina Madre, y cuánto más vehemente fue su deseo de amarla y servirla durante toda su vida.

ORACIÓN

Virgen Inmaculada y bendita, siendo la dispensadora universal de todas las divinas gracias, sois también la esperanza de todos y la mía. Doy siempre

gracias a mi Señor, que me ha dado a conocer, y que me ha enseñado el medio que he de adoptar para alcanzar las gracias y salvarme. Este medio sois Vos, oh poderosa Madre de Dios, pues no ignoro que principalmente por los méritos de Jesucristo, y después por vuestra intercesión, he de salvarme. ¡Ah Reina mía! Vos que fuisteis tan diligente en visitar y santificar con vuestra presencia la casa de Isabel, dignaos visitar luego la pobre casa de mi alma. Apresuraos, pues Vos sabéis mejor que yo cuánto lo necesito, y cuán enferma se halla de una infinidad de males, de afectos desordenados, de costumbres perniciosas y de pecados cometidos, todos males contagiosos que pudieran conducirla a la muerte eterna. Vos podéis enriquecerla, oh tesorera de Dios, y curarla de todas sus dolencias. Visitadme, pues, en vida, y después especialmente en la hora de la muerte, porque entonces necesitaré más de vuestra asistencia. No pretendo ni soy digno de que Vos me visitéis en este mundo con vuestra presencia visible, como lo habéis hecho con tantos siervos vuestros, pero siervos que no eran indignos ni ingratos como yo soy: me contento con veros después en vuestro reino del cielo, para amaros allí aún más, y daros gracias por todo el bien que me habéis hecho. Ahora me limito a pedir que me visitéis con vuestra misericordia: me basta que roguéis por mí.

Rogad, pues, oh María, y recomendadme a vuestro Hijo. Vos conocéis mejor que yo mis miserias y mis necesidades. ¿Qué puedo deciros más? Compadecedme de mí. Soy tan miserable e ignorante, que ni siquiera sé conocer ni pedir las gracias que más necesito. Reina y

Madre mía dulcísima, pedid por mí y alcanzadme de vuestro Hijo aquellas gracias que sabéis me son mas útiles y necesarias para mi alma. Me entrego enteramente en vuestras manos, y ruego tan sólo a la divina Majestad que por los méritos de mi Salvador Jesús me conceda aquellas gracias que Vos solicitáis por mí. Pedid, pedid, pues, por mí, oh Virgen santísima, lo que creáis más conveniente. Vuestros ruegos son siempre atendidos, son ruegos de Madre a un Hijo que tanto os ama, y se complace en hacer todo lo que le pedís, a fin de honraros más y manifestaros al mismo tiempo el grande amor que os profesa. Señora, así quedamos convenidos. Yo pongo en Vos mi confianza. Vos por vuestra parte habéis de pensar en salvarme. Amén.

DISCURSO VI

DE LA PURIFICACIÓN DE MARÍA

El gran sacrificio que María hizo a Dios en este día ofreciéndole la vida de su Hijo.

En el nacimiento de los hijos primogénitos debían observarse dos preceptos en la ley antigua. El primero consistía en que la madre, como inmunda, permaneciese retirada en casa por espacio de cuarenta días, después de los cuales fuese a purificarse en el templo; el otro en que los padres del primogénito le llevasen al templo y allí le ofreciesen a Dios. En este día la santísima Virgen quiso obedecer ambos preceptos, pues aun cuando no estaba obligada a la ley de la

purificación, por haber sido siempre Virgen y siempre pura, sin embargo, por amor a la humildad y a la obediencia, quiso ir a purificarse como las otras madres. Después obedeció el segundo precepto de presentarse y ofrecer el Hijo al eterno Padre. “Y habiéndose cumplido el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, llevaron el Niño a Jerusalén para presentarle al Señor”¹. Pero la Virgen le ofreció de un modo diferente del que las otras madres ofrecían a sus hijos. Estas sabían que el verificarlo era sólo una simple ceremonia de la ley, de modo que al redimirles se los apropiaban sin temor de haberlos de ofrecer ya a la muerte. María ofreció el Hijo a la muerte realmente y con la certeza de que el sacrificio de la vida de Jesús, que Ella hizo entonces, debía consumarse sobre el altar de la cruz, de modo que ofreciendo María la vida del Hijo, por el amor que le tenía llegó a sacrificarse Ella misma enteramente a Dios. Prescindiendo, pues, de todas las otras consideraciones que pudiéramos hacer sobre muchos misterios de esta festividad, consideremos solamente cuán grande fue el sacrificio que hizo María de sí a Dios, ofreciéndole en este día la vida de su Hijo. Y éste será el único asunto del presente discurso.

El eterno Padre había determinado ya salvar al hombre perdido por la culpa, y librarle de la muerte eterna; pero porque exigía al mismo tiempo que su divina justicia no quedase sin la condigna y debida satisfacción, no perdonando la vida de su mismo Hijo.

¹ Luc. II, 22.

que se había ya encarnado para redimir a los hombres, quiso que pagase con todo rigor la pena que éstos habían merecido². Con este objeto le envió a la tierra para hacerse hombre, le destinó una Madre, y quiso que ésta fuese la Virgen María; mas así como no quiso que sin su expreso consentimiento el Verbo divino se hiciese Hijo suyo, así tampoco quiso que Jesús sacrificase su vida por la salud de los hombres sin que María consintiese también en ello, a fin de que juntamente con el sacrificio de la vida del Hijo fuese sacrificado también el corazón de la Madre. Santo Tomás enseña que el carácter de madre da un derecho especial sobre los hijos; por lo que siendo Jesús de suyo inocente, y no habiendo merecido por su culpa ningún suplicio, parecía conveniente que no fuese destinado a la cruz para víctima de los pecados del mundo, sin el consentimiento de su Madre, que le ofreciese voluntariamente a la muerte.

Pero, aunque María desde el momento que fue hecha Madre de Jesús consintió en su muerte, quiso sin embargo el Señor que en este día hiciese Ella en el templo el sacrificio de su preciosa vida a la divina justicia. Por esto San Epifanio la llamó sacerdote³. Veamos, pues, cuánto dolor le costó este sacrificio, y qué heroica virtud tuvo que ejercitar, debiendo firmar Ella misma la sentencia de muerte de su querido Jesús.

María se encamina a Jerusalén para ofrecer a su Hijo, apresura los pasos hacia el lugar del sacrificio, y Ella misma lleva la víctima en sus brazos. Entra en el

² Rom. VIII, 32.

³ Or. de Laud. Deip.

templo, se acerca al altar y allí llena de modestia, humildad y devoción presenta su Hijo al Altísimo. En aquel momento San Simeón, a quien Dios había prometido que no moriría sin haber visto al Mesías deseado, toma el divino Niño de las manos de la Virgen, e iluminado del Espíritu Santo le anuncia cuánto había de costarle el sacrificio que entonces hacía de su Hijo, con el cual su alma bendita había también de ser sacrificada. Aquí Santo Tomás de Villanueva⁴ se representa al Santo viejo que al momento de anunciar la funesta noticia a esta pobre madre se turba y enmudece. Luego se figura a María que le pregunta: “¿Por qué os turbáis así, oh Simeón, en una ocasión para vos de tanto consuelo?” “Noble y santa Virgen —contesta el anciano—, no quisiera ser el profeta de nueva tan amarga para Vos; mas ya que así el Señor lo quiere para aumentar vuestro mérito, oíd mis palabras: Este Niño que ahora os causa tanta alegría, y con razón, ¡oh Dios!, algún día ha de haceros sentir el dolor más acerbo que jamás haya sufrido criatura alguna en el mundo, y será cuando le veréis perseguido de toda clase de gentes, y siendo en la tierra el blanco de los escarnios e injurias de los hombres, hasta hacerle morir ajusticiado delante de vuestros ojos. Sabed que después de este sacrificio habrá muchos Mártires que por amor de vuestro Hijo sufrirán los tormentos y la muerte; pero el martirio de éstos se limitará a su cuerpo, y el vuestro, oh divina Madre, os atravesará el corazón”⁵.

⁴ Serm. de Purific. Virg.

⁵ Loc. cit.

Sí, el corazón, porque sólo la compasión por las penas de este Hijo querido había de ser la espada de dolor que debía traspasar el corazón de la Madre, conforme lo vaticinó San Simeón⁶.

Estaba ya iluminada la santísima Virgen por las divinas Escrituras, como dice San Jerónimo, y sabía las penas que el Redentor había de sufrir en su vida, y aún más al tiempo de su muerte. Los Profetas le habían enseñado que sería entregado por un comensal suyo, como predijo David⁷, y abandonado de sus discípulos⁸. Sabía que sería despreciado, escupido, abofeteado y escarnecido de las gentes⁹; que llegaría a ser el oprobio de los hombres y el juguete de la plebe más vil, hasta llenarle de injurias y villanías¹⁰; que al fin de su vida sus carnes sacrosantas debían ser destrozadas por los azotes¹¹, en términos que su cuerpo había de verse todo desfigurado, cubierto de llagas como un leproso, hasta quedar sus huesos descubiertos¹². Ella sabía también que sería traspasado de los clavos, colocado entre malhechores¹³, y finalmente que pendiente de la cruz debía morir por la salvación de los hombres¹⁴.

Todas estas penas, digo, ya sabía María que debía sufrirlas el Hijo; pero, según el Señor reveló a Santa Teresa, en las palabras que le dijo Simeón: “Una

⁶ Luc. II, 35.

⁷ Ps. XL, 10.

⁸ Zacch. XIII, 7

⁹ Isai. L, 6.

¹⁰ Ps. XXI, 7.

¹¹ Isai. LIII, 5.

¹² Idem LIII, 3, 4

¹³ Idem LIII, 12.

¹⁴ Zacch. XII, 10.

espada de dolor traspasará tu alma”, le fueron manifestadas detalladamente todas las circunstancias de los dolores, tanto exteriores como interiores de la Pasión de Jesús. Y Ella consiente en todo, y con un valor que admira a los Angeles, pronuncia la sentencia para que muera su Hijo, y en un suplicio tan cruel e ignominioso, diciendo: “Padre eterno, pues que Vos así lo queréis, *uno a vuestra santa voluntad la mía*, y os sacrifico mi Hijo; estoy contenta que pierda la vida por vuestra gloria y por la salvación del mundo. Con él os sacrifico también mi corazón, traspáselo el dolor cuanto os plazca, pues me basta, Dios mío, que Vos seais glorificado y satisfecho. No se haga mi voluntad, sino la tuya. ¡Oh caridad inmensa! ¡oh constancia sin ejemplo! ¡oh victoria digna de la admiración eterna del cielo y de la tierra!”

Ved aquí por qué María en la Pasión de Jesús calló cuando le acusaban injustamente; nada dijo a Pilatos, que estaba inclinado a librarle porque conocía que era inocente, sino que solamente se presentó en público para asistir al grande sacrificio que debía efectuarse en el Calvario; Ella le acompañó al lugar del suplicio; le asistió desde el instante en que fue puesto en la cruz, hasta que le vio espirar y quedó consumado el sacrificio. Todo para cumplir la ofrenda que Ella misma había hecho a Dios en el templo.

Para comprender la violencia que María debió hacerse a sí misma en este sacrificio sería necesario comprender el amor que esta Madre profesaba a Jesús. Generalmente hablando, el amor de las madres hacia sus hijos es tan tierno que cuando éstos se hallan próximos a morir y ellas temen perderles olvidan todos

sus defectos, su fealdad y hasta las injurias que de ellos recibieron, experimentando un dolor inexplicable. Así sucede a pesar de que el amor de estas madres se halla dividido entre otros hijos u otras criaturas. María no tiene más que un Hijo, y éste es el más hermoso de todos los hijos de Adán; es amabilísimo, pues reúne todas las cualidades para ser amado; es obediente, virtuoso, inocente, santo; en una palabra, es Dios. De consiguiente, el amor de esta Madre no se halla dividido entre otros objetos. Ella ha puesto todo su amor en este solo Hijo, y a pesar de esto no teme amarle demasiado, porque este Hijo de Dios, que merece un amor infinito, es la víctima que Ella debe sacrificar voluntariamente a la muerte.

Considere, pues, cada uno de nosotros cuánto debió costarle a María, y qué firmeza de ánimo necesitó para inmolar en la cruz la vida de un Hijo tan amable. Si Ella es, pues, la Madre más afortunada como Madre de Dios, es también la Madre más digna de compasión, porque es la más llena de aflicción como Madre de un Hijo que sabía estaba destinado al suplicio desde el día en que le fue dado por Hijo. ¿Qué madre aceptaría un hijo sabiendo que después había de perderle miserablemente con una muerte infame y presenciar su suplicio? María acepta voluntariamente este Hijo con tan dura condición, y no tan sólo le acepta, sino que Ella misma en este día le ofrece con sus propias manos a la muerte, sacrificándole a la divina justicia. San Buenaventura dice que la bienaventurada Virgen hubiera aceptado mucho más gustosa para sí las penas y la muerte del Hijo, pero que para obedecer a Dios hizo la grande ofrenda de la vida

divina de su querido Jesús, sofocando, pero con un dolor inmenso, toda la ternura del amor que le tenía¹⁵. Así es que en esta ofrenda María tuvo que hacerse más violencia, y fue más generosa que si Ella misma se hubiese ofrecido para todo lo que debía padecer el Hijo. Entonces aventajó en generosidad a todos los Mártires, pues éstos ofrecieron su vida; pero la Virgen ofreció la del Hijo, que amaba y apreciaba infinitamente más que la suya propia.

No terminó aquí la pena de esta dolorosa ofrenda, sino que aquí empezó; pues desde entonces y durante toda la vida del Hijo, María tuvo delante de los ojos la muerte y todos los dolores a que debía sucumbir. Por esto cuanto más hermoso, gracioso y amable se iba haciendo a sus ojos este Hijo suyo, tanto más se aumentaba la angustia de su corazón. ¡Ah Madre afligida!, si Vos hubieseis amado menos a vuestro Hijo, o vuestro Hijo hubiese sido menos amable o no os hubiera amado tanto, sin duda hubiera sido mucho menor vuestra pena al ofrecerle a la muerte. Mas no hubo ni habrá nunca una madre más amante que Vos de su Hijo, porque no ha habido ni habrá jamás un hijo más amante y más amado de la madre que vuestro Jesús. ¡Oh Dios mío!, si hubiésemos visto la belleza, la majestad del rostro de aquel divino Niño, ¿hubiéramos acaso tenido valor de sacrificar su vida por nuestra salud? Y Vos, oh María, que sois su Madre, y Madre que tanto le amasteis, no vacilasteis en ofrecer a vuestro inocente Hijo por la salvación de los hombres

¹⁵ In p. 1. Dist. 48, q. 2.

a una muerte la más dolorosa y cruel que jamás haya sufrido reo alguno sobre la tierra.

¡Ay de mí, desde aquel día en adelante, qué cuadro tan funesto pondría continuamente el amor delante de los ojos de María, representándole todos los tormentos y escarnios que había de sufrir su pobre Hijo! El amor ya se lo representó agonizando de tristeza en el huerto, despedazado de los azotes y coronado de espinas en el Pretorio, clavado en fin en un ignominioso leño sobre el Calvario. ¡He aquí, oh Madre, decía el amor, a qué tormentos y a qué muerte tan terrible ofreces un Hijo tan amable e inocente! ¿De qué sirve librarle de las manos de Herodes si ha de reservarse para un fin tan digno de compasión?

Así pues, María no ofreció solamente en el templo su Hijo a la muerte, sino en cada momento de su vida; pues Ella reveló a Santa Brígida que el dolor que le anunció San Simeón no se apartó jamás de su corazón hasta que fue elevada al cielo.

De aquí es que San Anselmo le dice: “Señora, no puedo creer que hubieseis podido vivir un solo instante con tan grande dolor, si el mismo Dios que da la vida no os hubiese confortado con su virtud divina.” Y San Bernardo hablando de la grande tristeza que María sufrió en este día dice que desde entonces en adelante vivía muriendo cada instante, porque a cada momento la asaltaba el dolor de la muerte de su amado Jesús, dolor más cruel que la misma muerte.

Por esto igualmente en razón al grande mérito que la divina Madre adquirió en este grande sacrificio que ofreció a Dios por la salvación del mundo, San Agustín la llama justamente la reparadora del género huma-

no¹⁶; San Epifanio, la redentora de los esclavos¹⁷; San Ildefonso, la reparadora del mundo perdido¹⁸; San Germán, el remedio de nuestras desgracias¹⁹; San Ambrosio, la Madre de todos los fieles²⁰; San Agustín, la Madre de los vivientes²¹, y San Andrés Cretense, la Madre de la vida²². Pues Arnoldo Carnotense dice: “En la muerte de Jesús María unió su voluntad a la del Hijo, de manera que ambos ofrecieron un mismo sacrificio, y por esto dice el santo Abad que tanto el Hijo como la Madre obraron la humana redención alcanzando la salvación a los hombres; Jesús satisfaciendo por nuestros pecados, María impetrandó que nos fuese aplicada esta satisfacción”²³. Y por esto afirma también San Dionisio Cartujano que la divina Madre puede llamarse Salvadora del mundo, pues por la pena que sufrió en los tormentos del Hijo, sacrificado voluntariamente por Ella a la divina justicia, alcanzó que los méritos del Redentor fuesen aplicados a los hombres.

Habiendo sido, pues, María, por el mérito de sus dolores y de la ofrenda de su Hijo, Madre de todos los redimidos, es justo creer que sólo por su mano dé a éstos la leche de las divinas gracias, que son los frutos de los méritos de Jesucristo y los medios para alcanzar

¹⁶ De Fide ad Patr.

¹⁷ De Laud. Virg.

¹⁸ Serm. 1 de Ass.

¹⁹ In Exc. Virg.

²⁰ Ap. S. Bon. Spec. cap. 20.

²¹ Serm. 2 de Ass.

²² Hom. 2 de Ass.

²³ Tr. de Laud. Virg.

la vida eterna. Y a esto alude lo que dice San Bernardo, que Dios ha colocado en manos de María todo el precio de nuestra redención²⁴; con lo que quiere decir el Santo que por medio de la intercesión de la bienaventurada Virgen los méritos del Redentor se aplican a las almas, porque su mano se dispensan las gracias, que son el precio de los méritos de Jesucristo.

Y si Dios agradeció tanto el sacrificio de Abraham, por haberle ofrecido a su hijo Isaac, hasta prometerle en recompensa que multiplicaría sus descendientes como las estrellas del cielo²⁵, debemos ciertamente creer que el Señor agradeció infinitamente más el sacrificio de mayor consideración que María le hizo de su Jesús; y que por esto se le haya concedido que por medio de sus ruegos se multiplique el número de los elegidos, esto es, la dichosa estirpe de sus hijos, que por tales María tiene y protege a todos sus devotos.

Dios prometió a San Simeón que no moriría sin haber visto nacer al Mesías²⁶; pero esta gracia no la recibió sino por medio de María, pues no vio al Salvador sino en los brazos de la Virgen. Por lo que el que quiera hallar a Jesús no le encontrará sino por medio de María. Acudamos, pues, a esta divina Madre si queremos hallar a Jesús; y acudamos con gran confianza. María declaró a su sierva Prudenciana Zagnoni²⁷ que todos los años en el día de la Purificación, se ejercería un grande acto de misericordia a favor

²⁴ Serm. de Aquaed.

²⁵ Gen. XXII, 16, 17.

²⁶ Luc. II, 26.

²⁷ Ap. Marc.

de un pecador. ¿Quién sabe si tal vez alguno de nosotros será hoy este mortal afortunado? Si son grandes nuestros pecados, el poder de María es más grande aún. “El Hijo —dice San Bernardo— no sabe negar nada a esta Madre”²⁸. Si Jesús está indignado contra nosotros, María luego le aplaca. Plutarco refiere que habiendo escrito Antipatro una larga carta a Alejandro Magno llena de acusaciones contra Olimpia, madre del mismo Alejandro, después de haberla éste leído le contestó: “¿Por ventura ignora Antipatro que una sola lágrima de mi madre basta para borrar infinitas cartas de acusaciones?”²⁹ Del mismo modo debemos figurarnos que responde Jesús a las acusaciones que el demonio le presenta contra nosotros, cuando María intercede a nuestro favor. ¿Ignoras acaso, Lucifer, que una súplica de mi Madre a favor de un pecador es suficiente para hacerme olvidar de todas las acusaciones de las ofensas que me haya hecho? He aquí en corroboración de esto el siguiente

EJEMPLO

Este ejemplo no se halla insertado en ningún libro; pero me lo refirió un sacerdote compañero mío a quien pasó el hecho. Mientras él estaba confesando en una iglesia (se calla el país por motivos de conveniencia, aunque el penitente le dio licencia para publicar el suceso), se le puso a los pies un joven que parecía

²⁸ De Aquae. l.

²⁹ Plut. in Alex.

estaba incierto si se confesaría o no. Habiéndole mirado muchas veces el padre, le preguntó al fin si quería confesarse; respondió que sí; pero debiendo ser la confesión muy larga, el confesor le condujo a una estancia retirada. Allí empezó a decir el penitente que él era forastero y noble, pero que no sabía cómo Dios le pudiese perdonar habiendo llevado una vida tan depravada. A más de los innumerables pecados que había cometido contra la castidad, homicidios y otros, declaró que, desesperando de su salvación, había continuado en su mala vida, no tanto para satisfacer sus pasiones, cuanto para ofender a Dios, y por el odio que le tenía. Entre otras cosas dijo que llevaba encima un Crucifijo al que había arrojado por desprecio; que poco antes, aquella misma mañana, había ido a comulgar sacrílegamente, con el objeto de pisar luego la hostia consagrada, y que habiendo recibido la sagrada forma quería ejecutar su horrible designio, pero que no lo había realizado por habérselo impedido la gente que le miraba; y entregó entonces al sacerdote la hostia envuelta en un papel. Refirió después que pasando por delante de aquella iglesia se había sentido fuertemente impulsado para entrar en ella, y que no pudiendo resistirlo había entrado. Que después había experimentado un gran remordimiento de conciencia, con cierta voluntad de confesarse, y que hallándose confuso e indeciso se había colocado delante del confesonario; pero que era tanta su confusión y desconfianza, que se hubiera ido, a no haberse sentido como detenido por fuerza, hasta que añadió: “Vos, padre mío, me habéis llamado. Ahora me veo aquí, voy a confesarme, pero no sé cómo.” Preguntóle

entonces el padre si durante aquel tiempo había practicado alguna devoción, principalmente hacia María santísima, pues tales conversiones no pueden proceder sino de las poderosas manos de la Virgen. “Ninguna, padre —contestó el joven—. ¿Qué devoción había de practicar, si ya me creía condenado?” “Recuérdalo mejor”, replicó el padre. “Ninguna, padre”, dijo el penitente; mas al ponerse la mano en el pecho se acordó de que allí tenía el escapulario de la Virgen de los Dolores. “¡Ah hijo mío! —exclamó entonces el confesor—, ¿no ves que esta gracia te viene de María? Has de saber —añadió— que esta iglesia se halla consagrada a la Virgen Santísima.” Al oír esto el joven se enterneció, empezó a compungirse y a llorar, y continuando luego la confesión de sus pecados se aumentó de tal modo su sentimiento y su amargo llanto que cayó desmayado, al parecer, de dolor a los pies del padre, el cual le hizo volver en sí con aguas espirituosas, y él concluyó su confesión, recibió la absolución con inefable consuelo y después, contrito y decidido a mudar de vida, regresó a su patria, dando permiso a su confesor para referir y publicar por todas partes la gran misericordia que María con él había usado.

ORACIÓN

¡Oh santa Madre de Dios y Madre mía María! Vos os interesasteis, pues, por mi salvación hasta entregar a la muerte el objeto más querido de vuestro corazón, a vuestro adorado Jesús. Si tanto deseasteis, pues, mi salvación, justo es que después de Dios ponga en Vos todas mis esperanzas. ¡Oh Virgen bendita!, sí, confío

enteramente en Vos. Por los méritos del gran sacrificio de la vida de vuestro Hijo, que en este día ofrecisteis a Dios, rogadle que tenga piedad de mi alma, por la cual este Cordero sin mancha no rehusó morir en la cruz.

Quisiera también, Reina mía, ofrecer a Dios mi pobre corazón, a imitación vuestra, pero temo que no le rehúse viéndole tan manchado y corrompido; mas si Vos se lo ofrecéis no lo desechará. Las ofrendas presentadas por vuestras purísimas manos las agradece y acepta. A Vos, pues, oh María, hoy me presento abismado en mi miseria, y a Vos me entrego enteramente. Ofrecedme como cosa que os pertenece al eterno Padre, juntamente con Jesús, y rogadle que por los méritos del Hijo y los vuestros me acepte y reciba por suyo. ¡Ah Madre mía dulcísima!, por amor de este Hijo sacrificado, ayudadme siempre y no me abandonéis. No permitáis que a este mi amabilísimo Redentor que hoy ofrecéis con tanto dolor a la cruz le pierda yo algún día por mis pecados. Decidle que soy vuestra sierva; decidle que he puesto en Vos toda mi esperanza; en una palabra, decidle que Vos queréis que yo me salve, que El ciertamente os oirá. Amén.

DISCURSO VII

DE LA ASUNCIÓN DE MARÍA

En este día la Iglesia se propone celebrar dos solemnidades en honor de María, a saber, una que tiene por objeto su feliz tránsito o salida de este mundo, y la otra su gloriosa Asunción al cielo. En el presente

discurso trataremos de su muerte, y en el siguiente de su Asunción.

Cuán preciosa fue la muerte de María. 1.º Por las prerrogativas que la acompañaron. 2.º Por el modo con que sucedió.

Siendo la muerte pena del pecado, parecía que la divina Madre, siendo santa y hallándose exenta de toda culpa, no debía estar sujeta a la muerte ni sufrir la misma suerte que los hijos de Adán inficionados del veneno del pecado. Mas, sea que Dios quiso que María se asemejase en un todo a Jesús, y que habiendo muerto el Hijo convenía que a su vez muriese la Madre, sea porque plugó a Dios dar a los justos un ejemplo de la muerte preciosa que les tiene preparada, quiso que también muriese la Virgen, pero con una muerte dulce y dichosa. Examinemos, pues, cuán preciosa fue la muerte de María. 1.º Por las prerrogativas que la acompañaron. 2.º Por el modo con que sucedió.

PUNTO I

Comúnmente tres cosas hacen amarga la muerte: el apego a la tierra, el remordimiento de los pecados y la incertidumbre de la salvación. Pero la muerte de María estuvo del todo exenta de estas amarguras y acompañada de tres admirables prerrogativas que la hicieron preciosísima y dulce. Ella murió como había vivido, siempre enteramente desprendida de los bienes mundanos; murió con una perfecta paz de conciencia y con la certeza de la gloria eterna.

Y, en primer lugar, no hay duda que el apego a los bienes terrenos hace amarga y miserable la muerte de los mundanos, como dice el Espíritu Santo: “¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria para el hombre que vive en paz en medio de sus riquezas!”¹ Mas, muriendo los Santos desprendidos de las cosas del mundo, lejos de ser amarga su muerte, es dulce, amable y preciosa, esto es, como explica San Bernardo, digna de comprarse a todo precio: “Dichosos los muertos que mueren en el Señor”². ¿Y quiénes son éstos que mueren estando ya muertos? Son precisamente aquellas almas afortunadas que pasan a la eternidad, hallándose ya desprendidas y como muertas para todos los afectos de las cosas terrenas; habiendo hallado solamente en Dios todo su bien, como le había hallado San Francisco de Asís, que decía: “Dios mío y mi todo. Pero ¿qué alma hubo nunca más desprendida de las cosas del mundo y más unida a Dios como la hermosa alma de María? Estuvo desprendida de su familia, pues desde la edad de tres años en que las niñas están más unidas a sus padres y necesitan más de su auxilio, María les dejó con tanta resolución y fue a encerrarse en el templo para ocuparse exclusivamente en Dios. Estuvo desprendida de las riquezas, contentándose con vivir siempre pobre y sustentándose con el trabajo de sus manos; desprendida de los honores, amando la vida humilde y retirada, aunque le pertenecía el honor de ser Reina, por descender de los reyes de Israel. Ella misma reveló a Santa Isabel Benedictina

¹ Eccli. XLI, 1.

² Apoc. XIV, 13.

que cuando sus padres la dejaron en el templo resolvió en su corazón no tener otro padre ni amar otro bien que a Dios.”

San Juan vio figurada a María en aquella mujer vestida del sol, que tenía la luna debajo de sus pies³. Por la luna entienden los intérpretes los bienes de este mundo que son caducos y menguan como la luna. Todos estos bienes jamás María los tuvo en su corazón, antes bien los despreció siempre y tuvo debajo de sus pies, viviendo en este mundo como tórtola solitaria en un desierto sin poner afecto en cosa alguna, de modo que de ella se dijo: “El arrullo de la tórtola se ha oído en nuestros campos”⁴. Y en otro lugar: “¿Quién es esta que sube por el desierto?”⁵. Por lo cual dice Ruperto: “Así subsiste por el desierto, teniendo el alma solitaria.” Habiendo vivido, pues, María siempre desprendida de las cosas terrenas y solamente unida a Dios, no le era amarga la muerte, sino muy dulce y agradable, porque la unía más estrechamente a Dios con eterno vínculo en el cielo.

En segundo lugar, lo que hace preciosa la muerte de los justos es la paz de conciencia. Los pecados cometidos en vida son aquellos gusanos que más afligen y roen el corazón de los infelices pecadores moribundos, los cuales, debiendo entonces dentro de breve tiempo presentarse al divino tribunal, se ven rodeados en aquel momento de sus pecados que les amedrentan y gritan alrededor, como dice San Bernardo: “Somos

³ Apoc. XII, 1.

⁴ Cant. II, 12.

⁵ Id. III, 6.

obras tuyas, no te abandonaremos.” María no pudo ciertamente ser afligida en la hora de su muerte por remordimiento alguno de conciencia, porque fue siempre santa, siempre pura y siempre exenta de toda sombra de culpa actual y original, por lo cual de Ella se dijo: “Toda tú eres hermosa, en ti no hay defecto alguno”⁶. Desde que tuvo el uso de la razón, esto es, desde el primer instante de su Inmaculada Concepción en el vientre de Santa Ana, empezó a amar con todas sus fuerzas a su Dios, y prosiguió haciéndolo así, adelantando siempre en la perfección y en el amor durante su vida. Todos sus pensamientos, sus deseos y sus afectos sólo fueron de Dios; no profirió palabra, no hizo movimiento, no dirigió mirada ni respiro que no fuese por Dios y por su gloria, sin separarse ni olvidarse jamás un momento del amor divino. ¡Ah!, en la hora feliz de su muerte, su bienaventurado lecho rodeado de todas las bellas virtudes que practicó en vida, aquella fe tan constante, aquella confianza en Dios tan amorosa, aquella paciencia tan fuerte en medio de tantas penas, aquella mansedumbre, aquella piedad hacia las almas, aquel celo infatigable por la gloria divina y sobre todo aquel perfecto amor de Dios y aquella completa sumisión a su voluntad; todas estas virtudes la rodearon y consolaron diciéndole: “Somos obras tuyas, no te dejaremos.” Señora y Madre nuestra, todas nosotras somos hijas de vuestro hermoso corazón; ahora que dejáis esta miserable vida, nosotras no queremos abandonaros, iremos también a formar un eterno cortejo honrándoos en el cielo, en donde Vos

⁶ Cant. IV, 7.

por nuestro medio habéis de ser Reina de todos los hombres y de todos los Angeles.

En tercer lugar, la certeza de la salvación eterna dulcifica la muerte. Esta se llama tránsito, porque se pasa de una vida breve a una vida eterna. Por lo que, así como es muy grande el miedo de aquellos que mueren inciertos de su salvación y se acercan al momento supremo con justo temor de pasar a una muerte eterna; así, al contrario, es muy grande la alegría de los Santos al terminar la vida, con la esperanza casi cierta de ir a poseer a Dios en el cielo. Una religiosa de Santa Teresa, a quien el médico anunció la proximidad de su muerte, tuvo tanta alegría que quedó admirada de que le diese tan feliz noticia, sin pedirle por ello ninguna recompensa. Hallándose San Lorenzo Justiniano en el trance de la muerte, y viendo a los de su familia que lloraban a su alrededor, les dijo: “Id a otra parte a llorar; si queréis permanecer aquí conmigo habéis de alegraros como me alegro yo de ver que va a abrirseme la puerta del cielo para unirme con mi Dios.” San Pedro de Alcántara, San Luis Gonzaga y muchos otros Santos, al recibir la noticia de su muerte, dieron voces de júbilo; y, sin embargo, éstos no tenían la seguridad de alcanzar la divina gracia, ni estaban ciertos de su propia santidad, como lo estaba María. Pero ¿qué alegría debió experimentar la divina Madre al oír la noticia de su muerte, teniendo la certeza de gozar de la divina gracia, especialmente después que el arcángel San Gabriel le aseguró que estaba llena de ella y que poseía a Dios? Ella sabía muy bien que su corazón se abrasaba continuamente en el amor divino, de modo que, según San Bernardino de Bustos, María, por un

privilegio especial no concedido a ningún otro Santo, amaba y estaba actualmente amando a Dios en todos los instantes de su vida, y con tanto ardor que, como dice San Bernardo, se necesitó un milagro continuo para que pudiese vivir en medio de tantas llamas.

En los sagrados Cantares ya se dijo de María: “¿Quién es esta que sube por el desierto como una columnita de humo, formada de perfumes, de mirra y de incienso y de toda clase de aromas?”⁷ Su total mortificación figurada en la mirra, sus fervorosas oraciones significadas en el incienso, y todas sus santas virtudes unidas a su perfecto amor de Dios, encendían en Ella una llama tan intensa que, según escribió Ruperto, su hermosa alma, sacrificada y consumida por el amor, se elevaba continuamente a Dios como una columnita de perfumes, que por todas partes exhalaba suavísimo olor. Y Eustaquio añade con mayor expresión: “Y cual vivió la amante Virgen, tal murió. Así como el amor divino le dio la vida, así le dio la muerte, falleciendo, como comúnmente dicen los Doctores y los Santos Padres, no de ninguna enfermedad, sino por efecto del puro amor.”

PUNTO II

Veamos ahora cómo sucedió su bienaventurada muerte. Después de la Ascensión de Jesucristo María quedó en la tierra para cuidar de la propagación de la fe. Por lo que los discípulos de Jesucristo acudían a Ella, que les resolvía las dudas, les confortaba en la

⁷ Cant. III, 6.

persecuciones y les animaba a trabajar por la gloria de Dios y por la salvación de las almas redimidas. María accedió gustosa a permanecer en la tierra, conociendo que esta era la voluntad de Dios para bien de la Iglesia; sin embargo, no podía dejar de sentir la pena de verse privada de la presencia de su querido Hijo que se había subido al cielo. “En donde alguno cree que se halla su tesoro y su contento —dijo el Redentor—, allí se dirigen siempre su amor y los deseos de su corazón”⁸. No teniendo, pues, María otro bien que Jesús que se hallaba en el cielo, allí dirigía todos sus deseos. “La celda de María fue el cielo”, escribió Taulero⁹, porque hacía de él su continua morada con el afecto: “su escuela fue la eternidad”, desprendida siempre de los bienes temporales: “su ayo, la divina Verdad”, obrando siempre con la luz divina: “su espejo, la Divinidad”, porque solamente miraba a Dios para conformarse con su voluntad, y estaba dispuesta siempre a hacer lo que fuere de su agrado: “su adorno, la devoción”, pues toda pertenecía al Señor. En una palabra, “el lugar y tesoro de su corazón únicamente era Dios”. Ella procuraba consolar su corazón enamorado de tan dura ausencia recorriendo, según se refiere, los Santos Lugares de la Palestina, en donde el Hijo había estado durante su vida; visitaba con frecuencia ya el establo de Belén, en donde el Hijo había nacido; ya el taller de Nazareth, en que el Hijo había vivido muchos años en la pobreza y en el desprecio; ya el huerto de Gethsemaní, en donde

⁸ Luc. XII, 34.

⁹ Serm. de Nat. Virg. Mar.

comenzó su pasión; ya el pretorio de Pilatos, en donde fue azotado; ya el lugar donde fue coronado de espinas; pero más a menudo visitaba el Calvario en donde el Hijo expiró, y el Santo Sepulcro en donde depositó al fin su cuerpo. De este modo la tierna Madre procuraba aliviar la pena en su duro destierro; pero esto no bastaba para satisfacer su corazón, que no podía hallar su perfecto sosiego en este mundo, por lo que suspiraba incesantemente hacia su Señor, exclamando con David, pero con amor más ardiente: “¿Quién me diera las alas de la paloma para volar hacia mi Dios y hallar allí mi reposo?”¹⁰ Como el ciervo herido desea la fuente, así mi alma herida de vuestro amor, oh Dios mío, os desea y suspira por Vos¹¹. ¡Ah! los suspiros de esta santa tortolilla no podían dejar de penetrar en el corazón de su Dios, que tanto la amaba; por lo que no queriendo El diferir por más tiempo el consuelo a su amada, oye sus deseos y la llama a su reino.

Refieren Cedreno¹², Nicéforo¹³ y Metafraste¹⁴ que el Señor, algunos días antes de la muerte, le envió el Ángel San Gabriel, el mismo que le había anunciado en otro tiempo que Ella era la mujer bendita y escogida para Madre de Dios. “Señora y Reina mía —la dijo el Ángel—, Dios ha oído ya vuestros santos deseos, me ha enviado a deciros que os preparéis a dejar la tierra, porque El os quiere consigo en el cielo. Venid, pues, a tomar posesión de vuestro reino, porque yo y todos sus

¹⁰ Ps. LIV, 7.

¹¹ Ps. XLI, 2.

¹² Comp. hist.

¹³ L, 2, c. 12.

¹⁴ Ord. de Dormit. Mar.

santos ciudadanos os esperamos y deseamos.” ¿Qué haría al oír tan feliz anuncio nuestra humildísima y santa Virgen sino abismarse mucho más en su humildad y repetir aquellas mismas palabras que contestó a San Gabriel cuando le anunció la divina maternidad? “He aquí la esclava del Señor; El por su mera bondad me ha elegido y hecho su Madre, ahora me llama al cielo. Yo no merecía ninguna de estas honras, mas ya que El quiere manifestar conmigo su infinita liberalidad, estoy dispuesta para ir a donde El quiera; cúmplase siempre en mí la voluntad de mi Dios y Señor.”

Después de haber recibido este deseado aviso, lo participó a San Juan, quien podemos considerar con cuánto dolor y ternura lo oiría, cuando habiéndola asistido tantos años como hijo había ya disfrutado la celestial conversación de esta santísima Madre. Ella visitó después los Santos Lugares de Jerusalén despidiéndose tiernamente de ellos, en particular del Calvario en donde expiró su amado hijo, y luego se retiró a su pobre casa a prepararse para la muerte. Entre tanto no dejaban de ir con frecuencia los Angeles a saludar a su amada Reina, consolándose con saber que pronto la verían coronada en el cielo. Muchos autores refieren¹⁵ que antes de morir se juntaron milagrosamente los Apóstoles y también parte de los discípulos, que acudieron de diversas partes donde se hallaban dispersos, y todos se reunieron en la habitación de María; por lo que viendo allí en su presencia a aquellos amados hijos les habló de este modo: “Queridos

¹⁵ S. Andr. Cret. Or. de Dorm. Deip. Damascen. de Dorm. Deip. Euthim. l. 3 Hist. c. 40.

míos, mi Hijo me dejó por vuestro amor y para que os ayudase. La santa fe se halla ya ahora difundida por el mundo; el fruto de la divina semilla ya ha crecido; por lo que viendo mi Señor que mi asistencia ya no es necesaria en la tierra, y compadeciéndose de la pena que me causa su ausencia, ha oído mis deseos de salir de esta vida y de ir a verle en el cielo. Quedaos, pues, vosotros a trabajar por su gloria. Aunque yo os deje, no os deja mi corazón; llevaré y estará siempre conmigo el grande amor que os profeso. Voy al cielo a rogar por vosotros.” Al oír tan dolorosa nueva, ¿quién podrá comprender jamás cuáles serían las lágrimas y los lamentos de aquellos santos discípulos, pensando que dentro de poco habían de separarse de su Madre? ¡Oh María, dirían todos ellos llorando, oh María, ya queréis dejarnos!, es verdad que este mundo no es un lugar digno y propio de Vos, y que nosotros no merecemos gozar la compañía de una Madre de Dios; pero acordaos que Vos sois nuestra Madre, que habéis sido nuestra maestra en las dudas, la consoladora en las angustias, nuestra fortaleza en las persecuciones, ¿y cómo podréis ahora abandonarnos, dejándonos solos sin vuestro consuelo en medio de tantos enemigos y de tantos combates? Perdimos en la tierra a nuestro Maestro y Padre Jesús, el cual se subió al cielo, y durante este tiempo Vos, Madre nuestra, habéis sido nuestro consuelo. ¿Cómo podéis Vos también dejarnos huérfanos de Padre y Madre? Señora nuestra, o quedaos con nosotros, o llevadnos en vuestra compañía. Así habla San Juan Damasceno¹⁶. No, hijos míos, continuó di-

¹⁶ Orat. de Ass. Virg.

ciendo la amorosa Reina, no es tal la voluntad de Dios: conformaos con lo que El tiene dispuesto de mí y de vosotros. Aún os queda que trabajar en la tierra para gloria de vuestro Redentor y para concluir vuestra eterna corona. Yo no os dejo abandonados, sino para ayudaros aún más con mi intercesión cerca de Dios en el cielo. Quedad contentos. Os recomiendo la santa Iglesia y las almas redimidas; sea éste mi último adiós y el único recuerdo que os deje: hacedlo si me amáis: trabajad por las almas y por la gloria de mi Hijo, porque algún día nos veremos otra vez juntos en el cielo, para no separarnos en toda la eternidad.

Después les suplicó que sepultasen su cuerpo seguida su muerte, y les bendijo; ordenó a San Juan, como refiere el Damasceno, que diese dos vestidos a dos doncellas que la habían servido durante algún tiempo¹⁷. Y después se arregló decentemente sobre su pobre camilla, en la que aguardó ansiosa la muerte, y con ella el ir al encuentro del divino Esposo, que luego debía ir a llevársela para conducirla al cielo. Mas he aquí que siente ya en el corazón un júbilo extraordinario por la llegada del Esposo, que la llena toda de una inmensa y nueva dulzura. Viendo los santos Apóstoles que María se hallaba próxima a partir de este mundo, renovando las lágrimas, se postraron todos en torno de su cama: unos la besaban sus santos pies, otros la pedían su especial bendición, otros la encomendaban alguna necesidad particular, y llorando todos amargamente sentíanse traspasados de dolor

¹⁷ Nicéforo y Metafraste ap. l'Ist. di Mar. del P. F. Gius. di G. e M. l. 5. 13.

al haberse de separar para siempre en esta vida de su amada Señora. Y la amantísima Madre se compadecía de todos y consolaba a unos prometiéndoles su patrocinio, a otros bendiciéndoles con particular afecto, y a otros animándoles a la conversión del mundo, y llamando especialmente a San Pedro, como a cabeza de la Iglesia y vicario de su Hijo, le encargó principalmente la propagación de la fe, prometiéndole desde el cielo una particular protección. Pero especialmente llamó después a San Juan, el cual más que todos los otros experimentaba un dolor cruel al tener que separarse de aquella santa Madre, y acordándose la agradecidísima Señora del afecto y atención con que este santo discípulo la había servido durante el tiempo que Ella había estado en la tierra después de la muerte del Hijo: “Juan mío —le dijo con gran ternura—, Juan mío, te doy gracias por lo mucho que me has asistido: hijo mío, puedes estar seguro de que no te seré ingrata. Aunque ahora te deje, voy a rogar por ti. Quédate en paz en esta vida hasta que nos volvamos a ver en el cielo, donde te espero. No te olvides de mí; en todas tus necesidades llámame en tu ayuda, que jamás me olvidaré de ti, hijo mío querido. Hijo, te bendigo, te dejo mi bendición, queda en paz. Adios.”

Mas ya se aproxima la muerte de María. Habiendo el amor divino consumido con sus dichosas e intensas llamas los espíritus vitales, ya la celestial fénix en medio de tan voraz incendio va perdiendo la vida. Llegaban entonces legiones de Angeles a recibirla, como en acto de hallarse dispuestos para el gran triunfo con que debían acompañarla al cielo. Aunque María se consolaba a la vista de aquellos santos espí-

ritus, sin embargo su consuelo no era cumplido, no Viendo comparecer aún a su amado Jesús, que era todo el amor de su corazón; por lo que con frecuencia repetía a los Angeles que iban a saludarla: “Os conjuro, oh hijas de Jerusalén, que si hallareis a mi amado, le participéis que desfallezco de amor”¹⁸. “Angeles santos, hermosos ciudadanos de la celestial Jerusalén, vosotros a escuadrones venís corteses a consolarme, y todos me consoláis con vuestra amable presencia; yo os doy gracias, pero todos vosotros apenas me contentáis, porque aún no veo a mi Hijo para consolarme. Si me amáis, volved al cielo, y decid de mi parte a mi amado que desfallezco de amor por El; decidle que venga, y que venga presto, porque yo muero con el vivo deseo que tengo de verle.”

Mas he aquí que ya viene Jesús a recibir a su Madre para conducirla al cielo. Fue revelado a Santa Isabel que el Hijo se apareció a María antes de expirar, con la cruz en la mano, para manifestar la gloria especial que había alcanzado por medio de la redención y que por eternos siglos debía honrarle más que todos los hombres y que todos los Angeles. San Juan Damasceno refiere que el mismo Jesucristo la comulgó después por viático, diciéndole con amor: “Recibid, oh Madre mía, de mis manos aquel mismo cuerpo que Vos me disteis.” Y habiendo recibido la Madre con sumo amor aquella última comunión, en sus postrimeros alientos le dijo: “Hijo, en vuestras manos encomiendo mi espíritu: os encomiendo esta alma que Vos criasteis por vuestra bondad, rica desde el principio de tantas gracias, y con

¹⁸ Cant. V, 9.

especial privilegio conservada de toda mancha de culpa: os encomiendo mi cuerpo, del cual os dignasteis tomar carne y sangre: os encomiendo también estos mis hijos; ellos quedan afligidos con mi partida, consoladles Vos que les amáis más que yo; bendecidles y dadles fuerza para hacer cosas grandes para vuestra gloria”¹⁹.

Habiendo llegado el fin de la vida de María se oyó en el aposento en que descansaba una grande armonía, como refiere San Jerónimo. Y a más de esto, según fue revelado a Santa Brígida, se vio aparecer un grande resplandor, y conocieron luego los Apóstoles que la partida de María estaba próxima, por lo que renovaron las lágrimas y las súplicas, y levantando las manos exclamaron todos a una voz: “¡Oh última bendición, no os olvidéis de nosotros miserables.” Y volviendo María los ojos alrededor de todos, como despidiéndose por última vez: Adiós, hijos, les dijo “os bendigo, no dudéis, que no me olvidaré de vosotros.” Vino entonces la muerte, no vestida de luto y de tristeza, como viene para los otros hombres, sino adornada de luz y de alegría. Pero ¡qué muerte!, ¡qué muerte!, mejor diremos que el divino amor vino a cortar el hilo de aquella noble vida. Y así como una lámpara que estando para extinguirse, entre los últimos resplandores de su vida arroja una luz más brillante y después expira, así la bella mariposa invitándola su Hijo a que le siga, sumergida en la llama de su caridad, y en medio de sus tiernos suspiros, da un suspiro más grande de amor, expira y muere; y quedando así libre de los lazos de esta vida, aquella alma sublime, aquella

¹⁹ Ap. S. Joan. Damase. Pred. de Ass. V.

hermosa paloma del Señor, se elevó a la gloria bienaventurada, donde está sentada y lo estará como Reina del cielo por toda la eternidad.

María, pues, ha dejado ya la tierra, ya se halla en el cielo. Desde allá la piadosa Madre nos está mirando mientras estamos desterrados aún en este valle de lágrimas, se compadece de nuestras desgracias y nos promete su ayuda si la deseamos. Supliquémosle siempre que por los méritos de su dichosa muerte nos alcance una muerte feliz; y si fuese del agrado de Dios, que nos consiga la gracia de morir en un día de sábado, que es dedicado a su honor, o en algún día de la novena u octava de alguna de sus fiestas, como lo ha logrado a muchos de sus siervos, y particularmente a San Estanislao de Kostka, a quien alcanzó morir el día de su gloriosa Asunción, según refiere el padre Bartoli en su vida²⁰.

EJEMPLO

Viviendo este santo joven enteramente dedicado al amor de María, sucedió que el primer día de agosto oyó un sermón del padre Pedro Canisio, en el cual predicando a los novicios de la Compañía, lleno de fervor dio a todos el gran consejo de vivir cada día como si fuese el último de su vida, después del cual debiésemos presentarnos al tribunal de Dios. Concluido el sermón, San Estanislao dijo a los compañeros que aquel consejo había sido especialmente para él una voz divina, pues debía morir en aquel mismo mes.

²⁰ Lib. I, c. 12.

Habló así, o porque Dios expresamente se lo reveló, o a lo menos porque tuvo de ello cierto presentimiento secreto, como se ve por lo que aconteció después. Al cabo de cuatro días, yendo el santo joven con el padre Manuel a Santa María la Mayor, y conversando con él sobre la próxima fiesta de la Asunción, dijo: “Padre mío, yo creo que aquel día se vio en el cielo un nuevo cielo, pues se vio la gloria de la Madre de Dios coronada por Reina del cielo, y colocada muy cerca del Señor, sobre todos los coros de los Angeles. Y si es verdad, como yo lo tengo por cierto, que cada año se renueva la fiesta en el cielo, espero que veré la primera.” Luego, habiendo tocado por suerte a San Estanislao para protector del mes, según la costumbre de su religión, el glorioso mártir San Lorenzo, se dice que él escribió a su Madre María una carta, en la cual le rogaba que le alcanzase que pudiera hallarse en el paraíso para ver aquella fiesta. En el día de San Lorenzo comulgó, y suplicó después al Santo que presentase aquella carta a la divina Madre, interponiendo con Ella su intercesión para que María santísima le oyese. Y he aquí que al anochecer de aquel mismo día le acometió la calentura, y aunque muy ligera, sin embargo desde entonces obtuvo por cierta la gracia que había pedido de su cercana muerte. En efecto, al acostarse dijo transportado de júbilo y sonriéndose: “No me levantaré ya más de este lecho”; y añadió al padre Claudio Aquaviva: “Padre mío, creo que San Lorenzo me ha alcanzado ya de María la gracia de encontrarme en el cielo por la fiesta de su Asunción”; pero nadie hizo caso de tales palabras. Llegada la vigilia de la fiesta, el mal continuaba

presentándose leve, pero el Santo dijo a un hermano que a la noche siguiente moriría; a lo que éste contestó: “¡Oh hermano!, mayor milagro sería morir de un mal tan leve que el curar de él.” Mas he aquí que después de mediodía cayó en un abatimiento moral, un sudor frío bañaba su cuerpo, y perdió enteramente las fuerzas. Acudió el Superior, al cual Estanislao suplicó que le mandara poner sobre la tierra desnuda a fin de morir como penitente, lo que se le concedió para complacerle, y fue puesto en tierra sobre un colchoncito. Luego se confesó, recibió el Viático, no sin arrancar lágrimas a todos los que le asistían, porque al entrar en su celda el santísimo Sacramento vieron brillar en sus ojos una celestial alegría, y su rostro inflamado de santo amor, que parecía un Serafín. Recibió también la Extremaunción, y entre tanto no hacía más que levantar los ojos al cielo, o mirar, besar y estrechar amorosamente contra su corazón una imagen de María. Un padre le preguntó: “¿De qué os sirve este rosario en la mano si no podéis rezarlo?” “Me sirve, contestó, para consolarme, porque es cosa de mi Madre.” “¿Cuánto más. —replicó el padre—, os consolaréis viéndola y besándole la mano en el cielo?” Entonces el Santo, con el rostro inflamado, levantó las manos, manifestando así el deseo de hallarse luego en su presencia. En aquel momento se le apareció su amada Madre, como él mismo indicó a los circunstantes, y poco después del amanecer del día 15 de agosto expiró con un semblante de predestinado, con los ojos fijos en el cielo sin hacer el menor movimiento, de manera que presentándole después la imagen de la santísima Virgen, y viendo que ya no

hacía ningún acto de amor hacia Ella, advirtieron que había pasado ya al cielo a besar los pies de su amada Reina.

ORACIÓN

¡Oh! dulcísima Señora y Madre nuestra! Vos ya habéis dejado la tierra y habéis entrado en vuestro reino, en donde os halláis sentada como Reina sobre todos los coros de los Angeles, como canta la Iglesia. Ya sabemos que nosotros pecadores no éramos dignos de teneros en nuestra compañía en este valle de tinieblas; pero sabemos también que en medio de vuestra grandeza no os habéis olvidado de nosotros miserables, y que a pesar de hallaros elevada a tan grande gloria, lejos de haberse perdido, se ha aumentado en Vos la misericordia hacia los pobres hijos de Adán. Desde el excelso trono, pues, en que reináis, volved, oh María, también sobre nosotros vuestros ojos misericordiosos, y compadeceos de nosotros vuestros hijos. Acordaos que al partir de este mundo prometisteis no olvidarnos. Miradnos y socorrednos. Ved en qué tempestades y en cuántos peligros cada día nos hallamos y hallaremos expuestos, hasta que llegue el fin de nuestra vida. Por los méritos de vuestra bienaventurada muerte alcanzadnos la perseverancia en la divina amistad, para salir de esta vida en gracia de Dios, y llegar también un día a besaros los pies en el cielo, uniéndonos con aquellos bienaventurados espíritus, para alabaros y celebrar vuestras glorias como Vos merecéis. Amén.

DISCURSO VIII

OTRO DISCURSO SOBRE LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1.º Cuán glorioso fue el triunfo de María cuando subió al cielo. 2.º Cuán excelso es el trono en que fue colocada.

Parecería justo que en este día de la Asunción de María al cielo la santa Iglesia nos invitase más bien a llorar que no a regocijarnos, según dice San Bernardo¹, porque nuestra dulce Madre se va de este mundo, y nos deja privados de su amada presencia. Pero no; la Iglesia nos invita a alegrarnos, y con razón; pues si amamos a esta nuestra Madre, debemos alegrarnos más de su gloria que de nuestro propio consuelo. ¿Qué hijo no experimenta una satisfacción, aunque haya de separarse de su madre, si ésta va a tomar posesión de un reino? María va hoy a ser coronada Reina del cielo, y ¿no nos hallaremos transportados de júbilo, si verdaderamente la amamos? Para consolarnos más de su exaltación consideremos: Primero, cuán glorioso fue el triunfo de María cuando subió al cielo. Segundo, cuán excelso es el trono en que fue colocada.

PUNTO I

Después que Jesucristo nuestro Salvador cumplió la obra de nuestra redención con su muerte, los Angeles

¹ Serm. 1 de Ass.

anhelaban tenerle en su patria celestial, por lo que en sus oraciones le repetían incesantemente estas palabras de David: “Levántate, oh Señor, y ven al lugar de tu reposo, tú y el arca de tu santidad”². Así puntualmente hace hablar a los Angeles San Bernardino de Sena. “Levantaos, Señor, ahora que ya habéis redimido a los hombres, venid a vuestro reino con nosotros, y conducid también con Vos el arca viva de vuestra santificación, esto es, vuestra Madre, que fue el arca santificada por Vos que habitasteis en su seno”³. Por esto se dignó al fin el Señor condescender a los deseos de la corte celestial, llamando a María al cielo. Mas si quiso que el arca del Testamento fuese introducida con gran pompa en la ciudad de David; dispuso que su Madre entrase en el cielo con otra pompa más noble y gloriosa. El profeta Elías fue transportado al cielo en un carro de fuego, que según los intérpretes no fue otra cosa más que un grupo de Angeles que le levantaron de la tierra; “mas para conducirlos al cielo, oh Madre de Dios —dice el abad Ruperto—, no bastó un solo grupo de Angeles, sino que vino a acompañaros el mismo Rey del cielo con toda su corte”.

Del mismo modo de pensar es San Bernardino de Sena, siendo de opinión que Jesucristo para honrar el triunfo de María vino El mismo del cielo a encontrarla y acompañarla; “para cuyo objeto —dice San Anselmo—, quiso el Redentor subir al cielo antes que llegase allá su Madre, no sólo para prepararle el trono en aquel palacio, sino también para hacer más gloriosa

² Ps. CXXXI, 8.

³ Serm. de Ass.

su entrada en el paraíso, acompañándola El mismo junto con todos los espíritus bienaventurados”⁴. De aquí es que meditando San Pedro Damiano sobre el esplendor de la Asunción de María al cielo dice que la hallaremos más gloriosa que la Ascensión de Jesucristo, porque tan sólo los Angeles salieron al encuentro del Redentor, pero la bienaventurada Virgen subió a la gloria con la compañía del mismo Señor de la gloria, que había ido a recibirla, y la de los santos Angeles⁵. Por lo que el abad Guérnico hace hablar así sobre esto al Verbo Divino: “Para glorificar a mi Padre bajé del cielo a la tierra; pero después para honrar a mi Madre subí otra vez al cielo a fin de poder salirle al encuentro y acompañarla con mi presencia al paraíso.”

Consideremos, pues, cómo vino ya el Salvador del cielo al encuentro de su Madre, y luego que la vio le dijo para consolarla: “Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, pues ya pasó el invierno”⁶. “Levántate, querida Madre, hermosa y pura paloma, deja este valle de lágrimas en donde tanto has padecido por mi amor. Ven del Líbano, Esposa mía, ven del Líbano, ven y serás coronada”⁷. Ven en cuerpo y alma a gozar la recompensa de su santa vida. Si has padecido mucho en la tierra, la gloria que yo te he preparado en el cielo es mucho mayor. Ven allí a sentarte junto a mí, ven a recibir la corona que te daré de Reina del universo. He aquí que

⁴ Vid. de Exc. V. c. 8.

⁵ Serm. de Ass.

⁶ Cant. II, 10, 11.

⁷ Cant. IV, 8.

María deja ya la tierra, y acordándose de tantas gracias, como allí recibió de su Señor, la mira con afecto y compasión a la vez, por dejar en ella tantos pobres hijos expuestos a tantas miserias y peligros. He aquí cómo Jesús le tiende la mano, y la bienaventurada Madre ya se levanta en el aire y atraviesa las nubes y las esferas. He aquí que llega ya a las puertas del cielo. Cuando los monarcas hacen su entrada para tomar posesión del reino, no pasan por las puertas de la ciudad, sino que o se quitan éstas, o pasan por encima de ellas. Por esto los Angeles, cuando Jesucristo entró en el cielo, decían: “Levantad, oh príncipes, vuestras puertas, y elevaos, oh puertas de la eternidad, y entrará el Rey de la gloria”⁸. Del mismo modo ahora que María va a tomar posesión del reino de los cielos, los Angeles que la acompañan gritan a los de dentro: “Presto, oh príncipes del cielo, levantad, quitad las puertas, porque ha de entrar la Reina de la gloria.” Pero he aquí que entra ya María en la patria bienaventurada; y al entrar y al verla tan hermosa y rodeada de gloria aquellos espíritus celestiales preguntan a los Angeles que vienen de fuera, como contempla Orígenes: “¿Quién es esta criatura tan bella que viene del desierto de la tierra, lugar lleno de espinas y abrojos, pero que viene tan pura, tan rica de virtudes, reclinada sobre su querido Señor que se digna con tanto honor acompañarla? “¿Quién es? —contestan los Angeles que la acompañan—. Esta es la Madre de nuestro Rey, es nuestra Reina, es la bendita entre las mujeres; la

⁸ Ps. XXIII, 7.

llena de gracia, la santa de las santas, la querida de Dios, la Inmaculada, la paloma, la más hermosa de todas las criaturas”, y entonces todos aquellos bienaventurados espíritus empiezan a bendecirla y alabarla cantando con más motivo que los hebreos de Judith: “¡Ah Señora y Reina nuestra!, Vos sois la gloria del paraíso, la alegría de nuestra patria, el honor de todos nosotros”⁹. “Seáis, pues, siempre bien venida, seáis siempre bendita, he aquí vuestro reino; todos nosotros somos vuestros vasallos dispuestos a obedeceros.”

En seguida acudieron a darle la bienvenida y a saludarla como a su Reina todos los Santos que entonces se hallaban en el cielo. Vinieron las santas Virgenes; viéronla las doncellas, y la aclamaron felicísima y colmaron de alabanzas¹⁰. Nosotras, —dijeron—, oh bienaventurada Virgen, somos también reinas de este reino, pero Vos sois nuestra Reina, porque fuisteis la primera en darnos el gran ejemplo de consagrar nuestra virginidad a Dios; todas nosotras os bendecimos y damos gracias.” Vinieron luego los santos Confesores a saludar, como a su maestra, a la que con su santa vida les había enseñado tan hermosas virtudes. Vinieron también los santos Mártires a saludarla como a su Reina, porque con su gran constancia en medio de los dolores de la pasión de su Hijo les había enseñado y aun alcanzado con sus méritos la fortaleza para dar la vida por la fe. Vino también Santiago, que era el único de los Apóstoles que se

⁹ Judith XV, 10.

¹⁰ Cant. VI, 8.

hallaba entonces en el cielo, a darle gracias de parte de los otros por los consuelos y auxilios que de Ella habían recibido estando en la tierra. Vinieron después a saludarla los profetas, los cuales le decían: “¡Ah Señora!, Vos fuisteis la figurada en nuestras profecías.” Vinieron los santos patriarcas y le decían: “¡Oh María!, Vos fuisteis nuestra esperanza tanto y por tan largo tiempo de nosotros suspirada.” Mas los que entre éstos le tributaron gracias con mayor afecto fueron nuestros primeros padres Adán y Eva. “¡Ah, Hija querida! —le decían—. Vos habéis reparado el daño que nosotros causamos al género humano; Vos habéis alcanzado para el mundo aquella bendición que nosotros perdimos por nuestra culpa, por Vos nos hemos salvado; seáis eternamente bendita.”

En seguida vino San Simeón a besarle los pies, recordándole con grán alegría aquel día en que él recibió de sus manos al niño Jesús. Vinieron San Zacarías y Santa Isabel, y de nuevo le dieron gracias por la amorosa visita que Ella con tanta humildad y caridad les hizo en su casa, y por medio de la cual recibieron tan grandes tesoros de gracias. Vino San Juan Bautista a darle con mayor afecto las gracias de haberle santificado con sus palabras. Mas ¿qué le dirían San Joaquín y Santa Ana, sus queridos padres, cuando vinieron a saludarla? ¡Oh Dios mío!, con qué ternura debieron bendecirla diciendo: “¡Ah, Hija querida! ¿qué fortuna ha sido la nuestra de tener tal Hija? ¡Ah!, ahora eres nuestra Reina, en calidad de Madre de nuestro Dios: como a tal te saludamos y adoramos.” Pero ¿quién puede comprender el afecto con que vino a saludarla su querido esposo San José?

¿Quién podrá explicar jamás la alegría que tuvo el santo patriarca al ver llegar a su Esposa al cielo con tanto triunfo, y que había sido hecha Reina de todo el paraíso? Con qué ternura debió decirle: “¡Ah Señora y Esposa mía! Y ¿cuándo podré yo llegar a tributar debidamente gracias a nuestro Dios por haberme hecho esposo de su verdadera Madre, que sois Vos? Por Vos merecí en la tierra asistir en su niñez al Verbo encarnado, llevarle tantas veces en mis brazos, y recibir de El tantas gracias especiales. Benditos sean los momentos que pasé en mi vida sirviendo a Jesús y a Vos mi santa Esposa. He aquí a nuestro Jesús, consolémonos, que ahora no se halla acostado en un establo sobre el heno, como le vimos nacido en Belén; ya no vive pobre y despreciado en una tienda, como vivió algún tiempo con nosotros en Nazareth; no está clavado en un infame patíbulo, como en Jerusalén, en donde murió por la salvación del mundo; sino que está sentado a la derecha del Padre, como Rey y Señor del cielo y de la tierra. Y ahora nosotros, Reina mía, no nos apartaremos de sus santos pies para bendecirle y amarle por una eternidad.”

Finalmente, vinieron todos los Angeles a saludarla, y la gran Reina dio a todos las gracias por su asistencia en la tierra, tributándolas especialmente al arcángel San Gabriel, que fue el embajador feliz por medio del cual Ella supo su dicha cuando vino a darle la noticia de ser hecha Madre de Dios. Arrodillada después la humilde y santa Virgen adora la divina Majestad, y abismada enteramente en el conocimiento de su nada, le da gracias de todos los favores que por su bondad había recibido, y especialmente de haberla hecho

Madre del Verbo eterno. Figúrese cualquiera, si le es posible, con qué amor la santísima Trinidad la bendijo; qué acogida hizo el eterno Padre a su Hija, el Hijo a su Madre, el Espíritu Santo a su Esposa. El Padre la corona participándole su poder, el Hijo la sabiduría, el Espíritu Santo el amor. Y colocando las tres Personas divinas el trono de María a la derecha de Jesús, la declaran Reina universal del cielo y de la tierra, y mandan a los Angeles y a todas las criaturas que la reconozcan por su Reina, y como a tal la sirvan y obedezcan. Pasemos ahora a considerar cuán excelso fue este trono en el cual María fue colocada en el cielo.

PUNTO II

“Si el entendimiento humano, —dice San Bernardo—, no puede llegar a comprender la inmensa gloria que Dios ha preparado en el cielo a los que en la tierra le han amado, como dijo el Apóstol, ¿quién llegará a comprender jamás qué gloria tuvo preparada a su querida Madre, que en la tierra le amó más que todos los hombres, y que aun desde el primer momento en que fue criada le amó más que todos los hombres y todos los Angeles juntos? Con razón, pues, la Iglesia canta que María ha sido exaltada sobre todos los coros de los espíritus celestiales, habiendo amado a Dios más que todos los Angeles-” ¹¹. “Si —dice Guillermo abad—. Ella fue exaltada sobre los Angeles, de modo

¹¹ In Fest. Asumpt.

que no ve sobre de sí sino a su Hijo, que es el unigénito de Dios¹².

Esto es lo que considera el docto Gerson cuando afirma que “independientemente de las tres jerarquías en las cuales se hallan distribuidos todos los órdenes de los Angeles y de los Santos, como enseñan Santo Tomás y San Dionisio, María formó en el cielo una jerarquía separada, la más sublime de todas, y la segunda después de Dios”¹³. “Y así como —añade San Antonino—, la señora se diferencia sin comparación de los esclavos, así la gloria de María es incomparablemente mayor que la de los Angeles”¹⁴. Para entender esto, basta saber lo que nos dijo David, que esta Señora fue colocada a la derecha del Hijo¹⁵, esto es, de Dios, como dice San Atanasio¹⁶.

Es cierto, como dice San Ildefonso, que las obras de María aventajaron incomparablemente en mérito a las de todos los Santos, y por esto no puede comprenderse la recompensa y la gloria que Ella mereció¹⁷. Y si es cierto, como escribió el Apóstol, que Dios premia según el mérito¹⁸, lo es también, dice Santo Tomás, que la Virgen, cuyo mérito excedió al de todos los hombres y Angeles, debió ser exaltada sobre todos los órdenes celestiales¹⁹. “En una palabra, —añade San Bernar-

¹² Serm. 4 de Ass.

¹³ Super Magn. tract. 4.

¹⁴ 4 p. tit. 15, c. 10.

¹⁵ Ps. XLIV.

¹⁶ De Ass. B. V.

¹⁷ Serm. 2 de Ass.

¹⁸ Rom. II, 6.

¹⁹ Lib. de Sol. Sanct.

do —, mídase la gracia singular que María recibió en la tierra y luego mídase por ello la gloria singular que obtuvo en el cielo.

La gloria de María, dice un sabio autor²⁰, fue una gloria llena, una gloria completa, a diferencia de la que gozan los otros Santos en el cielo. Esta reflexión es muy hermosa; pues si bien es cierto que en el cielo todos los bienaventurados gozan una paz perfecta y completo contento, sin embargo siempre será verdad que ninguno de ellos disfruta de aquella gloria que hubiera podido merecer, si hubiese servido y amado a Dios con mayor fidelidad. De aquí es que si bien los Santos en el cielo no desean más de lo que poseen, sin embargo tendrían aún que desear. Es verdad igualmente que allí no se sufre pena alguna por los pecados cometidos y el tiempo perdido, pero es innegable que causa sumo contento el mayor bien que se hizo en vida, el haber conservado la inocencia y empleado mejor el tiempo. María en el cielo nada desea y nada tiene que desear. “¿Cuál de los Santos —dice San Agustín—, a excepción de María, puede decir que no ha cometido ningún pecado²¹? Ella no cometió jamás culpa alguna ni cayó en defecto alguno; y esto es cierto, porque así lo ha definido el santo concilio de Trento²². No sólo no perdió jamás ni oscureció la divina gracia, sino que nunca la tuvo ociosa: no hizo acción que no fuese meritoria, no profirió ninguna palabra, no tuvo pensamiento, no respiró jamás sin

²⁰ El P. la Colombière. Pred. 18.

²¹ De Nat. et Grat. l. 7, c. 36.

²² Sess. 6, can. 13.

que tuviese por objeto la mayor gloria de Dios. En suma, jamás se entibió su afecto, ni paró un solo momento de correr hacia Dios, nunca perdió nada por su descuido, de manera que siempre correspondió a la gracia con todas sus fuerzas, y amó a Dios tanto como pudo amarle. Señor, le dice ahora en el cielo, si no os he amado tanto como Vos merecéis, a lo menos os he amado cuanto he podido.

En los Santos, como dice San Pablo, las gracias han sido varias. Por lo cual cada uno de ellos, correspondiendo después a la gracia recibida, ha sobresalido en alguna virtud, uno en salvar almas, otro en hacer vida penitente, éste en sufrir los tormentos, aquél en la vida contemplativa, lo que justifica las palabras que usa la Iglesia cuando celebra sus fiestas: Que no se halló semejante a El. Y su gloria en el cielo es diferente según sus méritos. Los Apóstoles se distinguen de los Mártires, los Confesores de las Vírgenes, los Inocentes de los Penitentes. Habiendo estado la santísima Virgen llena de todas las gracias, aventajó a cada uno de los Santos en toda clase de virtud. Ella fue Apóstol de los Apóstoles, y la Reina de los Mártires, porque padeció más que todos ellos; fue la portaestandarte de las Vírgenes y el dechado de las esposas. A la inocencia más perfecta supo unir la más austera mortificación; en una palabra, hizo de su corazón el santuario de todas las heroicas virtudes que jamás supo algún santo practicar. De María escribe el salmista estas palabras: *A tu diestra está la Reina con vestido bordado de oro y engalanada con variados adornos* (Ps. 44, 10) ; y esto lo dice, precisamente, porque todas las gracias y prerrogativas y méritos de los demás santos se hallan reuni-

dos en María, como dice el abad de Celles: “¡Oh afortunada Virgen María!, todos los privilegios de los demás habéis logrado atesorarlos en vuestro corazón.”

Por manera que, como dice San Basilio, la gloria de María supera a la de los demás bienaventurados, bien así como el resplandor del sol vence en claridad a la claridad de todas las demás estrellas. Y San Pedro Damiano añade: “Que así como la luz del sol eclipsa el resplandor de la luna y de las estrellas, y las deja como si no existieran, así también delante de la gloria de María queda velado el esplendor y la gloria de los hombres y de los Angeles, como si no estuviesen en el Cielo.” San Bernardino de Sena afirma con San Bernardo “que los bienaventurados participan de la gloria de Dios como con tasa y con medida, al paso que la Virgen María está tan abismada en el seno de la divinidad que parece imposible que una pura criatura pueda estar más unida con Dios que lo está María Santísima”. Añádase a esto lo que dice San Alberto Magno: “Colocada María más cerca de la divinidad que todos los espíritus bienaventurados, contempla a Dios y goza de Dios incomparablemente más que todos ellos.” Y va más adelante San Bernardino de Sena, ya citado, y dice que “así como el sol ilumina a los demás planetas, así también toda la corte celestial recibe gozo y alegría muy cumplidos con la presencia de María”. Y San Bernardo asegura también que “al entrar en el Cielo la gloriosa Virgen María se aumentó el gozo de todos sus dichosos moradores”²³. Por eso

²³ Ps. XLIV, 10.

San Pedro Damiano llega hasta decir que después de la felicidad que causa al alma el ver a Dios cara a cara, el cabal complemento de la gloria está en contemplar a esta bellísima Reina. “Veros a Vos —dice el Santo dirigiéndose a María— es, después de la visión de Dios, el colmo de la felicidad”²⁴. Y San Buenaventura pone en boca de los bienaventurados estas palabras: “Después de Dios, nuestro mayor gozo y nuestra mayor gloria tienen su fuente en María.”

Alegrémonos por ser la exaltada nuestra Madre. Pongamos en ella toda nuestra esperanza. Alegrémonos y regocijémonos con nuestra Madre, al verla en el Paraíso sublimada por Dios a tan excelso trono. Alegrémonos también, porque si hemos perdido la presencia corporal de nuestra augusta Señora por haber subido al cielo, esto no obstante, su afecto maternal no nos desampara; pues estando más cerca de Dios, conoce mejor nuestras miserias y se compadece de ellas y las socorre con más facilidad y prontitud. “¡Por ventura será posible —exclama San Pedro Damiano— que Vos, oh bienaventurada Virgen María, después de haber sido glorificada en el Cielo, os hayáis olvidado de nosotros, pobres pecadores! No; librenos Dios de pensar tal cosa, que no es propio de un corazón tan misericordioso como el vuestro olvidarse de miserias tan grandes como las nuestras.” “Si grande fue la misericordia de María —dice San Buenaventura— mientras peregrinó por este nuestro destierro, mucho mayor es ahora, que reina en los Cielos.”

²⁴ Or. de Ann.

Entremos, por tanto, al servicio de esta Reina, honrémosla y amémosla con todas nuestras fuerzas. “Porque esta nuestra augusta Soberana — dice Ricardo de San Lorenzo — no es como los otros reyes, que agobian a sus vasallos con alcabalas y tributos, antes por el contrario, distribuye con larga mano entre sus servidores dones de gracias, tesoros de méritos, riquezas celestiales y otras magníficas recompensas.” Acabemos diciéndole con el abad Guerrico: “¡Oh Madre de misericordia! Ya que estáis tan cerca de Dios, sentada como Reina del mundo en trono de majestad, saciaos y embriagaos de la gloria de vuestro Hijo, pero repartid las sobras entre vuestros siervos. Sentada a la mesa del Señor, gustáis de los más exquisitos manjares; nosotros, como hambrientos cachorrillos, estamos aquí en la tierra, como debajo de la mesa; compadeceos de nosotros.”

EJEMPLO

María se aparece a un devoto suyo.

Refiere el padre Silvano Razzi que, habiendo oído un piadoso clérigo, muy devoto de la Virgen María, alabar su incomparable hermosura, entró en deseos de ver a lo menos una vez a su augusta Señora, y con humildes plegarias le pedía este insigne favor. La bondadosísima Madre le mandó decir, por medio de un ángel, que pronta estaba a complacerle, pero con la condición de que después de verla quedaría ciego. Luego que aceptó la condición, la Virgen no se hizo rogar, y se le apareció. El devoto clérigo, para no quedar totalmente ciego, al principio la miró con un solo ojo. Mas, fascinado por tanta hermosura, para contemplarla mejor, se apresuró a abrir el otro ojo; mas de repente la Madre de Dios desapareció. Perdido que hubo la presencia de su amada Reina, no se cansaba de lamentarse y llorar, no por haber quedado ciego de un ojo, sino por no haber perdido entrambos mirando tan arrebatadora belleza.

Después entonces volvió a suplicar a María que se le apareciese otra vez, aunque tuviera que perder el otro ojo y quedar ciego. “Por muy feliz y dichoso me tendré —decía— si llego a perder del todo la vista por tan buena causa, porque así quedaré más prendado de Vos y de vuestra belleza.” Quiso María proporcionarle este consuelo, y de nuevo se le apareció. Mas como esta amorosa Reina no sabe hacer mal a nadie, al aparecersele por segunda vez no sólo no le cegó del otro ojo, sino que devolvió la vista al ojo que la había perdido.

ORACIÓN

(en que el alma pide a María toda suerte de gracias)

¡Oh grande, oh excelsa y gloriosísima Señora!, postrados a los pies de vuestro trono os adoramos desde este valle de lágrimas y nos complacemos de la gloria inmensa con que el Señor os ha enriquecido. Ahora que gozáis de la dignidad de Reina del Cielo y de la tierra, no os olvidéis de nosotros, pobres siervos vuestros. Desde ese excelso solio en que os sentáis como Reina, no os desdeñéis de inclinar los ojos de vuestra misericordia hacia nosotros, miserables pecadores. Y puesto que os halláis tan próxima a la fuente de la gracia, con mucha facilidad nos la podéis proporcionar; ya que en el Cielo conocéis mejor nuestras necesidades, mas debéis compadeceros de ellas y otorgarnos vuestro favor. Haced que en la tierra seamos fieles siervos vuestros, a fin de que podamos ir un día a alabaros en el Cielo. En este día, en que habéis sido coronada por Reina del universo, nos consagramos a vuestro servicio. Comunicad parte de las inefables alegrías que hoy gozáis a los que habéis aceptado por vasallos vuestros.

Vos sois, pues, nuestra Madre. ¡Ah Madre dulcísima y amabilísima! Veo vuestros altares cercados de gentes que os piden, unos verse libres de sus dolencias, otros ser remediados en sus necesidades; éstos, buena cosecha; aquéllos, feliz éxito en un pleito. Nosotros os pedimos gracias más conformes con los deseos de vuestro corazón: concedednos la humildad, despren-

dednos de las cosas de la tierra, haced que vivamos resignados a la voluntad de Dios; alcanzadnos el santo amor de Dios, una buena muerte y el Paraíso. Trocadnos, Señora, de pecadores en santos; obrad este milagro, que os dará más honra y gloria que si devolvieseis la vista a mil ciegos y resucitaseis a mil muertos. Sois poderosísima para con Dios; baste decir que sois su Madre, la más amada de su corazón, la llena de su gracia. Por tanto, ¿qué os podrá rehusar? ¡Oh hermosísima Reina!, no pretendemos veros en la tierra, mas esperamos ir a gozar de vuestra presencia en el Cielo; Vos nos habéis de alcanzar esta dicha. Así lo esperamos. Amén, así sea.

DISCURSO IX

DE LOS DOLORES DE MARÍA

María fue Reina de los mártires porque su martirio fue más cruel y más prolongado que el de todos ellos.

¿Habrá en el mundo un hombre tan duro de corazón que no se conmueva y se ablande al oír el lamentable suceso de que la tierra fue un día teatro? Era una Madre noble por su nacimiento, santa entre todas por su pureza de vida, que tenía un solo Hijo, el más amable que se puede imaginar, el más inocente, virtuoso y agraciado, que amaba a su Madre con toda la ternura de su corazón, hasta el punto de que, lejos de haberle dado el más pequeño disgusto, siempre le

había manifestado sumo respeto, rendida obediencia y ciego amor; y esa Madre había puesto en este Hijo todo su amor. ¿Y qué sucedió después? Este Hijo por envidia de sus enemigos fue acusado falsamente, y aunque el juez conoció y confesó su inocencia, por no disgustarles le condenó a una muerte infame, como ellos la habían pedido. Esta pobre Madre tuvo que sufrir el dolor de verse arrebatado así injustamente a su Hijo en la flor de su juventud con un bárbaro suplicio, porque a fuerza de tormentos le hicieron morir desangrado ante sus ojos públicamente en un infame patíbulo. ¿Qué decís, almas devotas? ¿Este acontecimiento y esta infeliz Madre son dignos de compasión? Ya comprendéis de quién hablo. Este Hijo tan cruelmente entregado a la muerte fue nuestro amoroso Redentor Jesús, y esta Madre la bienaventurada Virgen María, que por nuestro amor consintió en verle inmolado a la divina justicia por la barbaridad de los hombres. El cruel dolor que María sufrió por nosotros, dolor que le costó más de mil muertes, merece nuestra compasión y gratitud. Y si no podemos corresponder de otro modo a tanto amor, detengámonos a lo menos algunos momentos a considerar hoy la amargura de esta pena, por la cual fue María Reina de los Mártires, pues su cruel martirio excedió al de todos los Mártires. En efecto; primeramente, porque fue más prolongado, y en segundo lugar, porque fue más doloroso.

PUNTO I

Así como Jesús se llama Rey de los dolores y de los martirios, porque durante su vida padeció más que





Beati in omni generatione Luc.

todos los otros Mártires; así también María se llama con razón Reina de los Mártires, título que mereció por haber sufrido el más doloroso martirio que pueda sufrirse después del de su Hijo. Por lo que con razón la llama Ricardo de San Lorenzo “Mártir de los Mártires”; pudiendo decirse de Ella lo que dijo Isaías: “Te coronará con una corona de tribulaciones”¹. Esto es, que la corona con que fue coronada María por Reina de los Mártires fue su misma pena, que excedió a la de todos los otros Mártires juntos. No puede dudarse que la Virgen haya sido verdaderamente mártir, según afirman el Cartujano, Pelbarto, Catarino y otros, porque es incontestable que para el martirio basta que se sufra un dolor capaz de quitar la vida, aunque no se siga realmente la muerte. San Juan Evangelista es venerado como mártir, aunque no murió en la tinaja de aceite hirviendo, de la que salió más sano que había entrado². Para tener la gloria del martirio basta — dice Santo Tomás —, que se obedezca ofreciéndose uno a sí mismo hasta la muerte”³. “María fue mártir — dice San Bernardo —, no por la espada del verdugo, sino por el acerbo dolor del corazón”⁴. Si su cuerpo no fue herido por mano del verdugo, sin embargo, su corazón bendito fue traspasado de dolor de la pasión de su Hijo, dolor que era suficiente para darle no una, sino mil muertes. Y con esto veremos que María no sólo fue verdaderamente mártir, sino que su martirio aventajó

¹ Cap. XXII, 18.

² Brev. Rom. 6. Maj.

³ 2, 2, q. 124. art. 3, ad. 3.

⁴ Ap. Baldi, t. 2, p. 146.

al de todos los otros Mártires, porque fue más prolongado, y por decirlo así, toda su vida fue una continuada agonía.

“Así como la pasión de Jesús —dice San Bernardo—, empezó desde su nacimiento⁵, así también María, en todo semejante al Hijo, padeció martirio durante toda su vida. El nombre de María entre otras significaciones, como afirma el beato Alberto Magno, tiene la de *mar amargo*; por lo que se le aplica el pasaje de Jeremías: “Grande es como el mar tu dolor”⁶. Y en efecto, así como el mar es amargo y salobre, así la vida de María estuvo llena de amargura, a vista de la pasión del Redentor que sin cesar tuvo presente. Es indudable, según dijo el Angel a santa Brígida, que iluminada la Virgen del Espíritu Santo más que los profetas, comprendió mejor que todos ellos las predicaciones del Mesías contenidas en las Sagradas Escrituras⁷. Por lo que, como afirmó el mismo Angel, comprendiendo María cuánto debía padecer el Verbo encarnado por la salvación de los hombres, empezó a sufrir su doloroso martirio, compadeciéndose ya desde entonces y antes de ser hecha la Madre de este Salvador inocente, que debía expiar con una muerte tan atroz los pecados que El no había cometido⁸.

Este dolor fue después inmenso cuando fue hecha Madre del Salvador; de manera que a la triste idea de todas las penas que debía sufrir su pobre Hijo, Ella

⁵ Serm. 2 de Pass.

⁶ Thr. II, 13.

⁷ Serm. Ang. 17.

⁸ Serm. Ang. c. 16

padeció un martirio cruel y que continuó durante toda su vida⁹. Y esto significó precisamente la visión que Santa Brígida tuvo en Roma en la iglesia de Santa María la Mayor, en donde se le apareció la bienaventurada Virgen con San Simeón y un Angel que llevaba una espada muy larga y toda ensangrentada, denotando con ella el acerbo y largo dolor que traspasó el corazón de María durante toda su vida¹⁰. Por lo que el citado Ruperto hace decir a María: “Almas redimidas, hijas mías queridas, no basta que me compadezcáis por lo que sufrí al ver morir a mi Hijo Jesús, porque la espada de dolor que San Simeón me vaticinó, me atravesó el corazón toda mi vida. Cuando amamantaba a mi Hijo, y le estrechaba entre mis brazos, ya contemplaba la amarga muerte que le aguardaba; considerad, pues, cuán cruel y continuo había de ser el dolor que yo sufriría”¹¹.

María, pues, pudo decir muy bien por boca de David: “Mi vida pasó toda en dolor y lágrimas”¹², “porque mi dolor, esto es, mi compasión por mi querido Hijo, no se apartaba nunca de mis ojos”¹³, “que sin cesar veían los tormentos y la muerte que algún día había de sufrir. La misma divina Madre reveló a Santa Brígida que después de la muerte y ascensión de Jesucristo la memoria de su pasión no se apartaba de su tierno corazón un solo instante”¹⁴. Por lo

⁹ In Cant. c. 4.

¹⁰ Rev. lib. 7, c. 2.

¹¹ Loc. cit.

¹² Ps. XXX, 11.

¹³ Idem XXXVII, 18.

¹⁴ Rev. l. 6, c. 65.

que escribió Taulero que María pasó toda su vida en un continuo dolor, pues su corazón no experimentaba más que tristeza y penas¹⁵.

De modo que el tiempo, que comúnmente mitiga el dolor a los afligidos, no alivió el de María, antes bien le aumentaba las penas, pues a medida que Jesús iba creciendo y se mostraba más hermoso y amable, se acercaba también y se mostraba el tiempo de su muerte, aumentándose más y más en el corazón de María el dolor de haberle de perder aquí en la tierra. “Como crece la rosa entre las espinas —dijo el Angel a Santa Brígida—, así la Madre de Dios adelantaba en años, en medio de las penas; y así como a medida que crece la rosa, las espinas crecen con ella, así María, esta rosa escogida del Señor, cuanto más crecía en edad, tanto más las espinas de sus dolores crecían para atormentarla”¹⁶. Después de haber considerado la duración de este dolor, pasemos al segundo punto para ver cuán acerbo fue.

PUNTO II

¡Ah!, María no sólo fue Reina de los Mártires porque su martirio fue el más prolongado de todos, sino también porque fue de todos el más doloroso. Mas ¿quién podrá medir su intensidad? Jeremías no sabe a qué comparar esta Madre de dolor, cuando considera el tormento que experimentó por la muerte

¹⁵ Vit. Christ. c. 18.

¹⁶ Serm. Aug. c. 6.

de su Hijo: “¿A quién te compararé —le dice— o a quién te asemejaré, oh hija de Jerusalén? Porque tu dolor es grande como el mar. ¿Quién te consolará?”¹⁷. Comentando el cardenal Hugo estas palabras exclama: “¡Oh Virgen bendita!, así como la amargura del mar aventaja a otra cualquiera amargura, así tu dolor excede a todos los demás dolores.” De ahí afirmó San Anselmo que si Dios, por un milagro especial, no hubiera conservado la vida a María, su dolor hubiera bastado para causarle a cada momento la muerte¹⁸. Y San Bernardino de Sena llegó a decir que el dolor de María fue tan grande que dividido entre todos los hombres hubiera bastado para hacerles morir a todos repentinamente¹⁹.

Mas examinemos por qué el martirio de María fue más doloroso que el de todos los Mártires. En primer lugar reflexiónese que los Mártires han padecido en los cuerpos por medio del fuego o del hierro: María padeció su martirio en el alma, como Simeón se lo había profetizado²⁰. Como si el santo viejo le hubiese dicho: “¡Oh Virgen sacrosanta!, los otros Mártires verán despedazados sus cuerpos con el hierro, pero Vos seréis traspasada y martirizada en el alma con la pasión de vuestro mismo Hijo.” Así como el alma es más noble que el cuerpo, así el dolor de María excedió al de todos los Mártires, como dijo Jesucristo a Santa Catalina de Sena. El dolor del alma es incomparable

¹⁷ Thr. II, 13.

¹⁸ De Exc. Virg. c. 3.

¹⁹ Tom. I. Serm. 61.

²⁰ Luc. II, 35.

con el del cuerpo; por lo que el santo abad Arnoldo Carnotense dijo que quien se hubiese hallado en el Calvario para asistir al grande sacrificio del Cordero inmaculado, cuando murió en la cruz, hubiera visto allí dos grandes altares, uno en el cuerpo de Jesús, otro en el corazón de María, donde al mismo tiempo que su Hijo sacrificaba su cuerpo con la muerte, María sacrificaba el alma con la compasión²¹.

A mas de esto, dice San Antonino²² que los demás Mártires padecieron sacrificando la vida propia, pero la bienaventurada Virgen sufrió sacrificando la vida del Hijo, a la cual amaba mucho más que la suya propia; de manera que no sólo padeció en el espíritu todo lo que padeció el Hijo en el cuerpo, sino que además causó a su corazón más dolor la vista de los tormentos de Jesucristo que si Ella misma los hubiera sufrido. Que María padeciese en su corazón todas las penas que vio sufrir a su.amado Jesús no puede dudarse; porque nadie ignora que las penas de los hijos lo son también para las madres cuando ven que ellos están sufriendo; por lo que considerando San Agustín el tormento que padecía la madre de los Macabeos en los suplicios que veía padecer a sus hijos. dice que padecía en todos ellos y que sufría con sus ojos lo que cada uno de ellos en su cuerpo²³. Asi sucedió también en María: todos los tormentos, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz que lastimaron al cuerpo inocente de Jesús, penetraron al mismo tiempo

²¹ Tr. de Sep. ver Do. in Cru.

²² P. 1, tit. 15, c. 24.

²³ Serm. 109 de Divers. c. 6.

en el corazón de María para colmo de su martirio, según escribió San Amadeo²⁴. De manera que, como dice San Lorenzo Justiniano, el corazón de María fue como un espejo de los dolores del Hijo, en el que se veían las salivas, los golpes, las heridas y todo lo que sufría Jesús²⁵. Y San Buenaventura observa que aquellas llagas esparcidas por todo el cuerpo de Jesús se hallaban después reunidas en el corazón de María²⁶.

De modo que la Virgen por la compasión del Hijo fue en su tierno corazón azotada, coronada de espinas, despreciada y clavada en la cruz. Por lo que contemplando el mismo Santo a María en el monte Calvario, cuando asistía al Hijo moribundo, le preguntaba: “Decidme, Señora, ¿dónde estábais entonces? ¿Os hallábais solamente cerca de la cruz? No, diré mejor que estabais en la misma cruz crucificada juntamente con vuestro Hijo”²⁷. Y comentando Ricardo de San Lorenzo las palabras que el Redentor dijo por Isaías: “Yo sólo pisé el lagar, y de las naciones no hay hombre alguno conmigo”²⁸, exclama: “Señor, tenéis razón de decir que en la obra de la humana redención sois solo para padecer, y no tenéis hombre alguno que se compadezca bastantemente de Vos; pero tenéis una mujer que es vuestra Madre, la cual sufre en su corazón cuanto Vos padecéis en el cuerpo.”

Mas todo esto es decir muy poco de los dolores de María, porque Ella, como dije, viendo padecer a su

²⁴ Hom. 5.

²⁵ De Agon. Christ. c. 11.

²⁶ De planeta Virg. in Stim. Am.

²⁷ Loc. cit.

²⁸ Isai. LXIII, 3.

amado Jesús, sufrió más que si en su misma persona hubiese padecido todos los tormentos y la muerte de su Hijo. Dejó escrito Erasmo que los padres, generalmente hablando, sienten más las penas de sus hijos que las suyas propias²⁹; lo que no es siempre cierto; pero en María ciertamente sucedió así, pues amaba infinitamente más al Hijo y su vida que a sí misma y a mil vidas que hubiera tenido. Por lo que bien dice San Amadeo que la afligida Madre, a la triste vista de los tormentos de su amado Jesús, padeció mucho más que si Ella misma hubiese sufrido toda su pasión³⁰. La razón es manifiesta porque, como dice San Bernardo: “El alma está más donde ama que donde anima.” Y antes lo dijo ya el Salvador, asegurando que nuestro corazón está allí en donde se halla el bien que amamos³¹. Si María, pues, por el amor vivía más en el Hijo que en sí misma, debió experimentar un dolor mucho mayor en la muerte del mismo que si Ella hubiese sufrido la muerte más cruel del mundo.

Y aquí entra la otra reflexión que manifestará que el martirio de María fue incomparablemente más doloroso que el suplicio de todos los Mártires, porque Ella en la pasión de Jesús sufrió mucho, y sufrió sin alivio. Los Mártires padecían en los tormentos que les daban los tiranos, pero su amor a Jesús les hacía dulces y amables los dolores. Padecía un San Vicente en su martirio, le atormentaban en el potro, le despedazaban con garfios, le quemaban con planchas encendidas;

²⁹ Libell. de Machab.

³⁰ Hom. 14.

³¹ Luc. XII, 34.

¿pero qué?, decía San Agustín: Uno al parecer era el que padecía, y otro el que hablaba. Hablaba con tal firmeza al tirano y con tanto desprecio de los tormentos, que al parecer era un Vicente el que padecía y otro Vicente el que hablaba; tanto le confortaba su Dios con la dulzura de su amor en medio de aquellas penas. Un San Bonifacio tenía el cuerpo despedazado por los hierros, agudas cañas penetraban entre la carne y uñas de sus dedos, le vertían plomo derretido en la boca, y él al mismo tiempo no se saciaba de dar gracias a Dios. Padecían un San Marco y San Marceliano atados a un palo con los pies atravesados de los clavos, y diciéndoles el tirano: “Miserables, retractaos y libraos de estas penas”, ellos le contestaban: “¿De qué penas nos hablas? Nunca hemos disfrutado mayor placer que ahora que padecemos gustosos por amor de Jesucristo.” Padecía un San Lorenzo, pero mientras estaba asándose sobre las parrillas, según dice San León, era más poderosa la llama interior del amor divino para consolar su alma que el fuego exterior para atormentar su cuerpo³². Por lo que era tal la fuerza que le daba el amor que llegó a insultar al tirano diciéndole: “Tirano, si quieres comer mi carne, una parte de ella ya está cocida, da una vuelta a mi cuerpo y come. Mas ¿cómo entre tantos tormentos en aquella prolongada muerte podía el Santo estar alegre? “¡Ah! —responde San Agustín—, embriagado con el vino del divino amor, no sentí ni los tormentos ni la muerte”³³.

Según esto podemos decir que cuanto más los santos

³² In Nat. S. Laur.

³³ Tract. 27.

Mártires amaban a Jesús, tanto menos sentían los tormentos y la muerte; y la sola vista de las penas de un Dios crucificado era suficiente para consolarles. Mas ¿por ventura nuestra afligida Madre lograba también este consuelo en el amor hacia su Hijo y a la vista de sus penas? No, porque este mismo Hijo que padecía era toda la causa de su dolor, y el amor que le tenía era su único e inexorable verdugo; porque el martirio de María sólo consistió en ver y compadecerse de su inocente y amado Hijo que tanto sufría. De aquí es que cuanto más le amaba, tanto más acerbo y destituido de alivio fue su dolor. ¡Ah Reina del cielo!, a los otros Mártires el amor les ha mitigado la pena, les ha curado las heridas, pero a Vos ¿quién os endulzó vuestra grande aflicción y curó las profundas heridas de vuestro corazón, si aquel mismo Hijo que podría consolaros era por sus sufrimientos el único motivo de vuestras penas, y el amor que le teníais causaba todo vuestro martirio? Por esto, según observa Díez, así como los demás Mártires son representados cada cual con el instrumento de su suplicio, San Pablo con la espada, San Andrés con la cruz, San Lorenzo con las parrillas, se representa a María con su Hijo muerto en los brazos, porque Jesús fue el único instrumento de su martirio a causa del amor que Ella le tenía. Todo esto que acabo de decir lo confirma San Bernardo con estas pocas palabras: “En los otros Mártires la grandeza del amor mitigó el dolor de los padecimientos; pero la bienaventurada Virgen tanto más sintió el dolor, y más vehemente fue su martirio, cuanto más amó”³⁴. Es

³⁴ Ap. Croisset, vit. Mar., pár. 23.

cierto que cuanto más se ama una cosa, tanto más se siente la pena de perderla. La muerte de un hermano causa más aflicción que la muerte de un jumento, la de un hijo más que la de un amigo. Para comprender, pues, dice Cornelio Alápide cuán vehemente fue el dolor de María en la muerte de su Hijo, era preciso comprender cuánto era el amor que le tenía; pero ¿quién podrá medir este amor? El beato Amadeo dice que en el corazón de María se hallaban reunidos dos especies de amor, el sobrenatural, con el cual le amaba como a su Dios, y el natural, con el cual le amaba como a Hijo suyo³⁵. De modo que estos dos amores no formaron en Ella más que uno solo, pero inmenso, en términos que Guillermo de París pretende que la bienaventurada Virgen amó a Jesús hasta tal punto que una pura criatura no pudiera amarle más. Por esto Ricardo de San Lorenzo dice: “Así como no hubo amor como el suyo, así también no hubo dolor como su dolor”; “y si el amor de María hacia su Hijo fue inmenso — el beato Alberto Magno —, debió Ella experimentar también un dolor inmenso al perderle con la muerte”.

Figurémonos ahora que estando la divina Madre al pie de la cruz a vista de su moribundo Hijo, aplicándonos justamente las palabras de Jeremías, nos dice: “¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor!”³⁶. “¡Oh vosotros que pasáis la vida en esta tierra sin compadeceros de mi dolor, deteneos un momento a contem-

³⁵ Hom. 5 de Laud. V.

³⁶ Jer. Thren. 1, 12.

plarme mientras veo expirar delante de mis ojos a este Hijo amado, y ved después si entre todos los afligidos y atormentados se halla dolor semejante a mi dolor! “No puede hallarse, oh Madre dolorosa —le responde San Buenaventura—, dolor más amargo que el que Vos sufrísteis, porque no puede encontrarse Hijo más amado que el vuestro”³⁷. “¡Ah! —repite San Lorenzo Justiniano—, nunca ha habido en el mundo Hijo más amable que Jesús, ni Madre más amante de un Hijo que María. Si en el mundo, pues, no ha habido amor semejante al de la Virgen, ¿cómo puede hallarse dolor semejante a su dolor?”³⁸. San Ildefonso no vaciló en afirmar que es poco el decir que los dolores de la Virgen excedieron a todos los tormentos de los Mártires juntos³⁹. Y San Anselmo añadió que los tormentos más crueles que sufrieron los santos Mártires fueron ligeros o realmente nada comparados con el martirio de María⁴⁰. Y San Basilio escribió igualmente que así como el sol aventaja en resplandor a todos los otros planetas, así los sufrimientos de María exceden a los de todos los demás Mártires. En fin, concluye un docto autor con este bello pensamiento: “Fue tan grande el dolor que sufrió esta tierna Madre en la pasión de Jesús que sólo Ella pudo compadecerse dignamente de la muerte de un Dios hecho hombre.”

“Oh Señora —dice San Buenaventura dirigiéndose a esta Virgen bendita—, ¿por qué quisisteis ir Vos tam-

³⁷ De compas. Virg., c. 2.

³⁸ Lib. 3 de Laud. Virg.

³⁹ Ap. Sinisch. di Mar. cons. 36.

⁴⁰ De Exc. Virg., c. 5.

bién a sacrificaros en el Calvario? ¿Acaso no bastaba para nuestra redención un Dios crucificado, sin que su Madre fuese crucificada con El”⁴¹. ¡Oh!, la muerte de Jesús bastaba ciertamente para salvar al mundo, y aun a infinitos mundos, pero esta buena Madre, llena de amor por nosotros, quiso con los méritos de sus dolores que ofreció por nosotros en el Calvario concurrir a la obra de nuestra salvación. Por esta razón dice el beato Alberto Magno que así como estamos obligados a Jesucristo por la pasión que sufrió por nuestro amor, así también estamos obligados a María por el martirio que en la muerte del Hijo quiso padecer voluntariamente por nuestra salvación⁴². Añade *voluntariamente* porque según el Angel reveló a Santa Brígida, esta buena y tierna Madre nuestra prefirió sufrir toda especie de tormentos antes que ver las almas sin redimir y sumidas en su antigua perdición⁴³. “El único consuelo de María, —dice Simeón de Casia—, en medio del gran dolor que le causaba la pasión de su Hijo, era el ver al mundo perdido redimido con su muerte, y reconciliados con Dios los hombres sus enemigos”⁴⁴.

Tan grande amor de María merece nuestro agradecimiento, y éste ha de consistir a lo menos en meditar sus dolores y compadecernos de ellos. Sin embargo, de esto se quejó Ella hablando con Santa Brígida de que muy pocos se compadecen de Ella y la mayor parte

⁴¹ Ap. Pac. Exc. 10 in Sal. Ang.

⁴² Sup. Miss., c. 20.

⁴³ Rev., l. 3, c. 30.

⁴⁴ De Gest. D. D., l. 2, c. 27.

viven olvidados; por lo que encargó encarecidamente a la Santa que tuviese presentes sus dolores⁴⁵. Para comprender cuánto agradece la Virgen que nos acordemos de sus dolores bastaría saber que en 1239 se apareció con un vestido negro en la mano a siete devotos suyos, que después fundaron la religión de los Servitas, y les ordenó que si querían complacerla meditasen con frecuencia sus dolores, y que por esto quería que en memoria de ellos llevasen en adelante aquel lúgubre vestido⁴⁶. El mismo Jesucristo reveló a la beata Verónica de Binasco que El se complace más viendo que se compadecen de su Madre que de sí mismo, pues le habló así: “Hija mía, las lágrimas que se derraman por mi pasión me son muy agradables; mas como amo a mi Madre María con un amor inmenso, prefiero que se mediten los dolores que Ella sufrió viéndome morir”⁴⁷. Por esto son muy grandes las gracias que Jesús tiene prometidas a los devotos de los dolores de María, como le fue revelado a Santa Isabel, según refiere Pelberto. En prueba de ello véase en el siguiente ejemplo cuán útil les sea esta devoción para alcanzar la salvación eterna.

EJEMPLO

Léese en las Revelaciones de Santa Brígida⁴⁸ que había un caballero de tan ilustre nacimiento, como de

⁴⁵ Rev., l. 2, c. 24.

⁴⁶ Gian. Cent. Serv., lib. 1, cap. 4.

⁴⁷ Bolland. 13 Jun.

⁴⁸ L. 6, c. 97.

villanas y depravadas costumbres, el cual se había entregado con pacto expreso por esclavo del demonio y le había servido por espacio de sesenta años, entregándose a todos los desórdenes imaginables, sin frecuentar jamás los sacramentos. Acercándose la hora de su muerte, quiso Jesucristo usar con él de misericordia, por lo que mandó a Santa Brígida que dijese a su confesor que fuese a visitarle y le exhortase a que se confesara. Hízolo así el confesor, pero él le contestó que no tenía necesidad de confesión, porque se había confesado a menudo. Visitóle otra vez, y aquel desdichado esclavo del infierno continuaba en su obstinación no queriendo confesarse. Jesús repitió a la Santa que el confesor volviese allá. Este lo hizo así, y en esta tercera vez le refirió la revelación hecha a la Santa, y que había vuelto tantas veces porque el Señor así lo había mandado, pues quería usar con él de misericordia. Al oír esto el infeliz enfermo se enterneció y empezó a llorar. “Mas ¿cómo —exclamó— podré ser perdonado después de haber servido al demonio por espacio de sesenta años, siendo su esclavo, y teniendo cargada mi alma de innumerables pecados?” “Hijo —respondió el padre animándole, no dudes, pues si te arrepintieres de ello te prometo de parte de Dios el perdón.” Empezando entonces a confiarse, dijo él al confesor: Padre mío, yo me creía ya condenado y desesperaba de la salvación; mas ahora siento un dolor de mis pecados que me anima a tener esperanza, por lo cual ya que Dios aún no me ha abandonado, quiero confesarme.” En efecto, en aquel día se confesó cuatro veces con un vivo dolor; al siguiente comulgó, y en el mismo día murió muy contrito y resignado. Después

de su muerte Jesucristo habló otra vez a Santa Brígida, y le dijo que aquel pecador se había salvado por la intercesión de su Madre la Virgen, y que se hallaba ya en el purgatorio, porque a pesar de la vida depravada que había llevado había conservado siempre tal devoción a sus dolores que no pensaba en ellos sin compadecer a María.

ORACIÓN

¡Oh Madre de los sufrimientos! Reina de los Mártires y de los dolores, Vos tanto llorasteis a vuestro Hijo muerto por mi salvación; mas ¿de qué me aprovecharán vuestras lágrimas si me condeno? Por los méritos, pues, de vuestros dolores, alcanzadme una verdadera contrición de mis pecados y una verdadera enmienda de mi vida, con una tierna y continua compasión de la pasión de Jesús y de vuestros dolores. Y si Jesús y Vos, aunque inocentes, habéis padecido tanto por mí, alcanzadme que yo, reo del infierno, padezca también alguna cosa por vuestro amor. “Oh Señora, os diré con San Buenaventura, si os ofendí, justo es que hiráis mi corazón; si os he servido, os pido en recompensa que le hiráis. Es vergonzoso para mí permanecer ileso viendo a Jesús mi Señor lleno de heridas y a Vos herida también.” Finalmente, oh Madre mía, por la aflicción que tuvisteis al ver delante de vuestros ojos a vuestro Hijo inclinar la cabeza oprimido por tantas penas y expirar sobre la cruz, os suplico me alcancéis una buena muerte. ¡Ah!, no dejéis entonces, abogada de los pecadores, de asistir a

mi afligida y combatida alma en aquel terrible tránsito de la vida a la eternidad. Y como tal vez entonces no podré hablar para invocar vuestro nombre y el de Jesús, en que cifro todas mis esperanzas, desde ahora invoco a vuestro Hijo y a Vos para que me socorráis en aquel último instante, repitiéndoos: Jesús y María, a vosotros encomiendo mi alma. Amén.

REFLEXIONES SOBRE CADA UNO
DE LOS SIETE DOLORES DE MARIA
EN PARTICULAR
SOBRE EL PRIMER DOLOR

De la profecía de Simeón.

En este valle de lágrimas todos nacemos para llorar, y cada uno ha de sufrir los males que le suceden durante la jornada. Pero ¿cuánto más desgraciada sería la vida si cada uno conociese también los males que le afligirán en lo sucesivo? “Muy infeliz — dice Séneca —, sería aquel a quien estuviese reservada una suerte semejante”¹. El Señor se compadece, pues, de nosotros ocultándonos las cruces que nos aguardan, para que, ya que debemos padecerlas, las padezcamos a lo menos una sola vez. Mas no se compadeció así de María, la cual, hallándose destinada a ser Reina de los dolores y toda semejante al Hijo, tuvo continuamente delante de sus ojos, y sufrió sin cesar todas las penas que le esperaban, a saber, las de la pasión y muerte de

¹ Ep. 98.

su amado Jesús. He aquí a San Simeón en el templo que después de haber recibido al divino Niño en sus brazos le profetiza que aquel Hijo suyo había de ser el blanco de todas las contradicciones y persecuciones de los hombres y que por esto la espada del dolor debía atravesarle el alma². La misma Virgen dijo a Santa Matilde que al oír esta profecía de San Simeón toda su alegría se convirtió en tristeza. Porque, como fue revelado a Santa Teresa, aunque la bendita Madre sabía antes el sacrificio que debía hacer su Hijo por la salud del mundo, sin embargo conoció entonces en particular y de un modo diferente los tormentos y la muerte cruel que esperaban a su pobre Hijo. Conoció que había de ser contradecido, y contradecido en todo. Contradecido en la doctrina, pues en vez de ser creído debía ser tenido por blasfemo enseñando que era Hijo de Dios, como lo declaró el impío Caifás diciendo: “Ha blasfemado... es reo de muerte”³. Contradecido en la estimación, pues siendo noble y de estirpe real, fue despreciado como villano: “¿No es el hijo del artesano?”⁴. “¿No es éste aquel artesano hijo de María?”⁵. Era la misma sabiduría, y fue tratado de ignorante: “¿Cómo sabe éste las Sagradas Letras sin haber estudiado?”⁶. De falso profeta: “Y habiéndole tapado los ojos le daban bofetones diciéndole: Adivina quién es el que te ha herido”⁷. Tratado como loco: “Se ha

² Luc. II, 35.

³ Matth. XXVI, 65.

⁴ Matth. XIII, 55.

⁵ Ibid.

⁶ Joan. VII, 15.

⁷ Luc. XXIII, 64.

vuelto loco, ¿por qué le escuchas?”⁸. Como borracho, glotón y amigo de los malos: “He aquí un hombre voraz y bebedor, amigo de los publicanos y de gentes de mala vida-”⁹. Como hechicero: “Por arte del príncipe de los demonios echa a los demonios”¹⁰. Como hereje y endemoniado: “¿No decimos bien que tú eres un samaritano y que estás poseído del demonio?”¹¹ En una palabra, Jesús fue tenido por tan público malhechor, que no se necesitaba proceso para condenarle, como los judíos dijeron a Pilatos: “Si éste no fuese malhechor, no te le hubiéramos entregado”¹². Contradecido en el alma, pues su Padre eterno para satisfacer a la divina justicia le contradijo en no quererle oír cuando le rogaba: “Padre mío, si es posible, no me hagáis beber este cáliz”¹³. Y le abandonó al temor, a la fatiga y a la tristeza, de modo que el afligido Señor dijo: “Mi alma siente las angustias de la muerte”¹⁴. Y era tal la pena interior que experimentaba que llegó a sudar sangre viva. Contradecido y perseguido, en fin, en su cuerpo y en su vida, porque baste decir que fue maltratado en todos sus sagrados miembros, en las manos, en los pies, en el rostro, en la cabeza y en todo el cuerpo, hasta morir de dolor, desangrado y vergonzosamente clavado a un infame madero.

⁸ Joan. X, 20.

⁹ Luc. VII, 34.

¹⁰ Matth. IX, 34.

¹¹ Joan. VIII, 48.

¹² Idem, XVIII, 30.

¹³ Matth. XXVI, 39.

¹⁴ Matth. XXVI, 38.

Cuando David en medio de todas sus delicias y grandezas reales oyó que el profeta Natán le anunciaba la muerte del hijo: “El hijo que te ha nacido morirá irremisiblemente”¹⁵, no sabía consolarse, lloró, ayunó y durmió sobre la tierra. María recibió con suma paz la noticia de la muerte de su Hijo, y continuó sufriendola pacíficamente; mas ¿qué dolor debía padecer de continuo al ver siempre delante de sus ojos aquel Hijo amable, oírle proferir aquellas palabras de vida eterna, y mirar su conducta tan santa? Abraham padeció un gran tormento durante aquellos tres días que había de hablar con su amado hijo Isaac, sabiendo que debía perderle. ¡Dios mío! María no sólo tuvo que sufrir un tormento semejante tres días, sino treinta y tres años. ¿Qué digo semejante? Un tormento tanto más vivo cuanto más amable era el Hijo de María que el hijo de Abraham. La misma bienaventurada Virgen reveló a Santa Brígida¹⁶, que mientras vivió en el mundo no tuvo un instante sin que este dolor le traspasase el alma. “Cuántas veces —prosigue diciendo— miraba a mi Hijo, cuántas veces le envolvía en los pañales, cuántas veces contemplaba sus manos y pies otras tantas mi ánimo quedaba sumido en nuevo dolor considerándole clavado en la cruz”¹⁷. El abad Ruperto contempla que mientras amamantaba a su Hijo le decía: “¡Ah Hijo mío!, yo te estrecho entre mis brazos, porque te amo mucho; pero cuanto más entrañable es mi amor, más pronto eres para mí un

¹⁵ II Reg. XII, 14.

¹⁶ Lib. 6 Rev., c. 9.

¹⁷ Lib. 6, c. 57.

manojito de mirra y de dolor pensando en tus penas”¹⁸. “María consideraba —dice San Bernardino¹⁹— que la fortaleza de los Santos sería reducida a la agonía, la hermosura del cielo afrentada, el Señor del mundo atado como reo, el Criador de todas las cosas maltratado y lleno de heridas, el Juez universal sentenciado, la gloria de los cielos despreciada, el Rey de los reyes coronado de espinas y tratado como rey de farsa.”

Escribe el padre Engelgrave²⁰, que fue revelado a la misma Santa Brígida, que sabiendo ya la afligida Madre cuánto había de padecer el Hijo, al darle el pecho se le representaba la hiel y vinagre, al envolverle en los pañales se le figuraba ver las cuerdas con que había de ser atado; si le llevaba en brazos, le parecía verle clavado en la cruz, y al contemplarle dormido, se le representaba la hora de su muerte. Nunca le ponía su túnica sin pensar que un día le sería arrancada de su cuerpo para crucificarle, y cuando miraba aquellas manos y pies sagrados pensaba en los clavos que habían de traspasarlos. “Mis ojos — dijo Ella misma a Santa Brígida — lloraban amargamente, y un dolor cruel atormentaba mi corazón”²¹.

Se lee en el Evangelio que a medida que Jesús crecía en años, crecía también en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres²². Por lo que debe entenderse que crecía en sabiduría y en gracia para con los hombres en cuanto a la opinión de éstos, y para

¹⁸ Cant. I, 12.

¹⁹ T. 3, serm. 2, c. 1.

²⁰ T. 1, ev. Luc. Dom. infr. Oct. Nat., pár. 1.

²¹ Lib. 6, c. 57, et l. 7, c. 7.

²² Luc. II, 40.

con Dios en cuanto, como explica Santo Tomás, todas sus acciones hubieran podido servir para aumentar su mérito, si ya desde el principio no le hubiese sido conferida la plenitud consumada de la gracia por razón de la unión hipostática; pero si Jesús adelantaba en el concepto y amor de los hombres, ¿cuánto más no debió adelantar en el de María? Pero, ¡oh Dios!, que cuanto más se aumentaba su amor, más grande era el dolor que sentía por tenerle que perder con una muerte tan cruel, y cuanto más se aproximaba el tiempo de la pasión de su Hijo, con tanta mayor fuerza aquella espada de dolor que San Simeón profetizara traspasaba el corazón de aquella Madre, como el Angel lo reveló a Santa Brígida²³.

Si, pues, Jesús nuestro Rey y su santísima Madre no rehusaron por nuestro amor sufrir durante su vida una pena tan cruel, no es justo que nosotros nos lamentemos si sufrimos un poco. Un día se apareció Jesús crucificado a sor Magdalena Orsini, dominica, la cual mucho tiempo había que padecía una tribulación, y la animó a estar con El en la cruz sufriendo aquel trabajo que la afligía. Lamentándose sor Magdalena, le contestó: “Señor, Vos sólo permanecisteis en la cruz tres horas, pero yo muchos años ha que sufro la mía.” Entonces el Redentor replicó: “¿Qué dice?, ¡ignorante! Yo desde el primer instante en que fui concebido padecí en mi corazón lo que después en la muerte sufrí en la cruz.” De consiguiente, cuando suframos también alguna pena y nos lamentemos, figurémonos que Jesús y su Madre María nos dicen lo mismo.

²³ Fer. 6, lect. 2, c. 16.

EJEMPLO

El padre Roviglione, de la Compañía de Jesús, refiere²⁴ que un joven acostumbraba visitar todos los días a una imagen de la Virgen de los Dolores, que tenía siete espadas en el pecho. Una noche el infeliz tuvo la desgracia de cometer un pecado mortal: habiendo ido por la mañana a visitar la imagen vio en el pecho de la santísima Virgen ocho espadas en vez de siete; y mientras estaba contemplando aquel prodigio oyó una voz que le decía que aquel pecado había añadido la octava espada al corazón de María; por lo que enternecido y arrepentido fue luego a confesarse, y por intercesión de su abogada recobró la divina gracia.

ORACIÓN

¡Ah Madre mía bendita!, no una sola espada, sino tantas espadas como pecados he cometido he añadido a vuestro corazón. ¡Ah Señora!, las penas no deben recaer sobre Vos, que sois la misma inocencia, sino sobre mí, que he cometido tantos crímenes. Mas, ya que Vos habéis querido padecer tanto por mí, alcanzadme por vuestros méritos un grande dolor de mis culpas y paciencia para sufrir los trabajos de esta vida, que siempre serán ligeros comparados con mis deméritos, pues tantas veces por ellos me he hecho acreedor del infierno. Amén.

²⁴ Fasc. di Rose, p. 2, c. 4.

SOBRE EL SEGUNDO DOLOR

De la huida de Jesús a Egipto.

Así como la cierva herida de una saeta lleva a todas partes su dolor, junto con el instrumento que la ha herido, así la divina Madre después de la funesta profecía de San Simeón, como vimos en la consideración del primer dolor, llevó siempre consigo su tormento con la memoria continua de la pasión de su Hijo. Explicando Hailgrino aquel pasaje de los Cantares: “Y los cabellos de tu cabeza como púrpura de rey atada en canales”¹, dice que estos cabellos de color de púrpura de María eran los pensamientos continuos de la pasión de Jesús que sin cesar le representaban la sangre que algún día habían de verter sus llagas².

El mismo Hijo, pues, era la saeta que traspasaba el corazón de María, y cuanto más amable se le mostraba, tanto más le hería con el dolor de haberle de perder con una muerte tan cruel. Examinemos ahora la segunda espada de dolor que hirió a María en la huida a Egipto, que la persecución de Herodes le obligó a emprender con el niño Jesús.

Habiendo sabido Herodes que había nacido el deseado Mesías, temió neciamente que le quitase el trono, temor ridículo, que San Fulgencio le reprende en estos términos: “¿Por qué así te turbas, Herodes? Este Rey que ha nacido no viene a vencer reyes

¹ Cant. VII, 5.

² In Cant., l. c.

combatiendo, sino a subyugar de un modo admirable a las naciones muriendo”³. El impío esperaba saber por los santos Magos el lugar en donde hubiese nacido el Rey para quitarle la vida; mas viéndose burlado de éstos, ordenó la muerte de todos los niños que entonces se hallaban en los alrededores de Belén. Entonces fue cuando el Angel se apareció en sueños a San José y le dijo: “Levántate, toma al Niño y a su Madre, y huye a Egipto”⁴. Gerson pretende que luego en aquella misma noche San José lo participó a María, y tomando al niño Jesús se pusieron en camino, como parece que se deduce claramente del mismo Evangelio: “Levantándose tomó al Niño y a su Madre en la noche, y se retiró a Egipto”⁵. ¡Oh Dios!, diría entonces María, según el beato Alberto Magno, ¿el que ha venido a salvar a los hombres ha de huir de ellos? Entonces conoció la afligida Madre que ya empezaba a verificarse en el Hijo la profecía de Simeón: “Está destinado para ser el blanco de la contradicción de los hombres”, viendo que apenas acababa de nacer ya era perseguido de muerte. “¿Qué pena debió experimentar el corazón de María —escribió San Juan Crisóstomo—, cuando se le intimó aquel duro destierro junto con el Hijo?”

Muy fácil será conocer cuánto padecería María durante este viaje. La distancia que les separaba de Egipto era muy larga, pues según dicen los autores con Barrada, era de cuatrocientas millas, de modo que el viaje duró a lo menos treinta jornadas. Por otra parte,

³ Serm. 3 de Epiph.

⁴ Matth. II, 13.

⁵ V. 14.

el camino, tal como lo describe San Buenaventura, era áspero, desconocido, lleno de bosques y poco frecuentado. Era entonces en invierno, por lo que tuvieron que caminar con nieves, lluvias y vientos, por senderos quebrados y llenos de lodo. María tenía a la sazón quince años, doncella delicada y no acostumbrada a semejantes viajes. No tenían quién les sirviese, ni criado ni criada, como dijo San Pedro Crisólogo; ellos mismos son los amos y criados. ¡Oh Dios mío!, ¡qué compasión daría el ver aquella tierna doncellita con aquel Niño recién nacido en sus brazos cómo huía por ese mundo! San Buenaventura pregunta: “¿Cómo hacían para comer? ¿En dónde pasaban las noches? ¿Cómo se hospedaban?”⁶. ¿Y qué podía ser su alimento sino un trozo de pan duro que llevaría San José o que recogerían de limosna? ¿Dónde habían de dormir en aquel camino, especialmente en aquellas doscientas millas de desierto que habían de atravesar, como refieren los autores, en donde no había ni casas, ni posadas, sino sobre la arena, o en el bosque debajo de algún árbol, expuestos a la intemperie, con peligro de los ladrones o de las fieras de que abunda el Egipto? ¡Oh!, cualquiera que hubiese encontrado a estos tres grandes personajes, sin duda les hubiera tenido por tres infelices mendigos y vagamundos.

Según Brocardo y Jansenio habitaron el Egipto en un lugar llamado Maturea; aunque San Anselmo opina que se establecieron en la ciudad de Heliópolis, antes llamada Menfis y ahora Cairo. Y aquí puede considerarse la gran pobreza que sufrirían durante

⁶ De vita Christi.

aquellos siete años que estuvieron allí, como afirma San Antonino con Santo Tomás y otros. Eran extranjeros, desconocidos, sin rentas, sin dinero, sin parientes; apenas podían sustentarse con el trabajo de sus manos. “Siendo unos necesitados —escribió San Basilio—, es evidente que se proporcionarían el indispensable sustento con su trabajo.” Landolfo de Sajonia dice además, y sirva esto para consuelo de los pobres, que María padecía allí tanta pobreza que algunas veces carecía hasta de un pedazo de pan que su Hijo le pedía acosado por el hambre⁷.

Después de la muerte de Herodes, refiere el mismo San Mateo, que el Angel se apareció otra vez en sueños a San José, y le ordenó que volviese a Judea. Hablando San Buenaventura de este regreso considera la extremada angustia que la bienaventurada Virgen sufriría por la fatiga que en aquel viaje debió padecer Jesús, el cual entonces tenía unos siete años poco más o menos, pues en tal edad, dice el Santo: “Era tan crecido que no podía llevarle en brazos, y tan pequeño que no podía caminar por sus pies.”

El espectáculo, pues, de Jesús y María así fugitivos peregrinando por este mundo, nos enseña a vivir también a nosotros en esta tierra como peregrinos, sin tener apego a los bienes que el mundo nos ofrece, y que deberemos dejar luego para pasar a la eternidad⁸. “A lo que San Agustín añade: Aquí eres huésped, miras y prosigues tu camino.” Además nos enseña a abrazar la cruz, pues no se puede vivir en este mundo

⁷ In vita Christi, c. 13.

⁸ Hebr. XIII, 14.

sin ella. En prueba de esto leemos, que habiendo la beata Verónica de Binasco, religiosa de San Agustín, acompañado en espíritu a María y al Niño Jesús en su huida a Egipto, al fin del viaje la divina Madre le dijo: “Hija mía, has visto con qué pena hemos llegado a este país; has de saber, pues, que sin padecer nadie recibe gracias.” El que quiera sentir menos los trabajos de esta vida debe tomar consigo a Jesús y a María. Al que lleva con amor en su corazón a este Hijo y a esta Madre, todas las penas se le vuelven ligeras y aun dulces y agradables. Amémosles, pues, consolemos a María, acogiendo gustosos en nuestros corazones a su Hijo, que aun actualmente continúa en ser perseguido por los pecados de los hombres.

EJEMPLO

Aparecióse un día María santísima a la beata Coleta de la Orden de San Francisco, y mostrándole en una fuente al niño Jesús hecho pedazos le dijo: “De este modo tratan continuamente los pecadores a mi Hijo, renovando su muerte y a mí los dolores: hija mía, ruega por ellos a fin de que se conviertan”⁹. A esto se añade aquella otra visión que tuvo la venerable sor Juana de Jesús y María, también de la Orden de San Francisco. Pensando ésta un día en el Niño Jesús perseguido por Herodes, oyó un gran ruido como de gente armada que perseguía a alguna persona, y luego vio delante de sí a un hermosísimo niño que huía

⁹ Ap. P. Genov. Serv. Dol. di Mar.

atigado, y le decía: “Juana mía, ayúdame, escóndeme; yo soy Jesús Nazareno, huyo de los pecadores que me quieren matar, y me persiguen como Herodes. líbrame tú”¹⁰.

ORACIÓN

¡Oh María! Después que vuestro Hijo ha sido inmolado por mano de los hombres que le han perseguido hasta la muerte, prosiguen todavía estos ingratos persiguiéndole con sus pecados, y afligiéndoos a Vos. Madre de dolores. ¡Dios mío! ¿No he sido yo mismo uno de éstos? ¡Ah mi dulcísima Madre!, alcanzadme lágrimas para llorar tanta ingratitud. Y por los trabajos que sufristeis en el viaje de Egipto, asistidme con vuestro auxilio en el viaje que estoy haciendo hacia la eternidad, para que al fin pueda ir con Vos a amar a mi perseguido Salvador en la patria de los bienaventurados. Amén.

SOBRE EL TERCER DOLOR

Del niño Jesús perdido en el templo.

El apóstol San Jaime escribió que nuestra perfección consiste en la virtud de la paciencia¹. Habiéndonos dado el Señor a la Virgen María por modelo de perfección, fue preciso que la colmase de penas, para que

¹⁰ Loc. cit.

¹ Jac. I, 4.

así pudiésemos admirar en Ella e imitar su heroica paciencia. El dolor más grande que la divina Madre sufrió en su vida fue el que hoy vamos a considerar, a saber, la pérdida de su Hijo en el templo. El ciego de nacimiento poco siente la pena de estar privado de ver la luz del día; pero al que ha visto algún tiempo y gozó de ella le es muy duro verse después privado de la misma con la ceguera. Así igualmente aquellas almas infelices que ciegas con el lodo de este mundo han conocido poco a Dios, sienten también poco no hallarle; mas al contrario, el que iluminado de la luz celestial se ha hecho digno por su amor de gozar la dulce presencia del sumo Bien, mucho se duele, ¡Dios mío!, cuando se ve privado de ella. Veamos, pues, cuán dolorosa debió ser para María, que estaba acostumbrada a gozar continuamente de la dulcísima presencia de su Jesús, esta tercera espada, cuando habiéndole perdido en Jerusalén se vio separada de El por espacio de tres días.

San Lucas refiere en el capítulo II, que acostumbrando la bienaventurada Virgen con su esposo José y con Jesús ir a visitar cada año el templo en la solemnidad de la Pascua, lo verificó una vez cuando el Hijo tenía doce años; pero habiéndose quedado Jesús en Jerusalén, no lo advirtió, creyendo que había regresado en compañía de los otros. Por esto habiendo llegado a Nazareth preguntó luego por el Hijo, y no hallándole allí volvió al momento a Jerusalén a buscarle, mas no le halló hasta después de tres días. Consideremos ahora la inquietud que experimentaría esta afligida Madre durante aquellos tres días en que por todas partes preguntaba por su Hijo con la Esposa de los

Cantares: “¿Visteis acaso al que ama mi alma?”² y no podía hallar noticias de El. Extenuada de fatiga, y no pudiendo encontrar a su amado, ¿con cuánta mayor ternura debía decir María lo que dijo Rubén de su hermano José? Mi Jesús no parece, yo no sé qué más hacer para hallarle; pero ¿a dónde iré sin mi tesoro? Ella llorando continuamente aquellos tres días repetiría con David: “Mis lágrimas fueron para mí panes de día y noche, mientras que cada día se me pregunta: ¿En dónde está tu Dios?”³. Por lo que con razón escribió Pelbarto que en aquellas tres noches la afligida Madre no concilió el sueño, llorando y rogando a Dios sin cesar que le hiciese hallar a su Hijo, a quien al mismo tiempo con frecuencia repetía las palabras de la Esposa, que San Bernardo le aplica: “Hijo mío, muéstrame en dónde apacientas, dónde pasas la siesta, para que no empiece a vagar”⁴. “Hijo mío, dime en dónde estás a fin de que yo no vaya a buscarte en vano por todas partes.”

Hay quien dice que este dolor no sólo fue de los mayores que tuvo María en su vida, sino que fue más grande y cruel que todos los otros, y no sin motivo. En primer lugar, María en los demás dolores tenía consigo a Jesús, padeció en el vaticinio que le hizo San Simeón en el templo, padeció en la huida a Egipto, pero siempre con Jesús; en este dolor, al contrario, sufrió lejos de Jesús, ignorando dónde estaba. Así es que inundada de lágrimas exclamaba: “¡Ay de mí!, la luz

² Cant. III, 3.

³ Psalm. XLI, 4.

⁴ Cant. I, 6.

de mis ojos, mi amado Jesús, ya no está conmigo, vive lejos de mí, y no sé dónde está.” Orígenes dice que por el amor que esta santa Madre tenía a su Hijo sufrió más perdiendo a Jesús de lo que cualquier Mártir haya podido padecer de dolor en su muerte⁵. ¡Ah!, tan largos fueron para María estos tres días que le parecieron tres siglos; días de amargura, días sin consuelo. “¿Quién podrá consolarme —decía con Jeremías—, si el que puede hacerlo está lejos de mí?”⁶. Por esto mis ojos no cesan de derramar lágrimas; y repetía con Tobías: “¿Qué gozo puedo tener viviendo en tinieblas y sin ver la luz del cielo?”⁷.

En segundo lugar: María comprendía la causa y el fin de los otros dolores, esto es, la redención del mundo y la voluntad de Dios; pero en éste ignoraba por qué motivo el Hijo se había alejado. Esta Madre de dolores se dolía de la ausencia del Hijo, “porque su humildad —dice Lanspergio—, le hacía creer que era indigna de estar con El para asistirle acá en la tierra, y de cuidar un tesoro tan grande.” “¿Y quién sabe —escribió Orígenes—, tal vez diría entre sí, si no le he servido como debía? ¿Si habré cometido algún descuido que haya motivado su partida?”⁸. Ahora bien: es cierto que no hay mayor pena para un alma amante de Dios que el temor de haberla disgustado. Por esto María en ningún otro dolor se lamentó como en éste, quejándose amorosamente de Jesús después de haberle hallado: “Hijo, ¿por qué te has portado así con

⁵ Hom. infr. Oct. Ep.

⁶ Thren. I, 16.

⁷ Tob. V, 12.

⁸ Ap. Corn. a Lap. in Luc. II.

nosotros? Tu padre y yo afligidos te íbamos buscando”⁹; con cuyas palabras no quiso reprender a Jesús, como blasfeman los herejes, sino que solamente quiso manifestarle el dolor que había sufrido separada de El por el amor que le profesaba. “No era reprensión —dice el beato Dionisio Cartujano—, sino una queja amorosa.” En pocas palabras, la espada de este dolor traspasó tan cruelmente el corazón de María que deseando y suplicando un día la beata Bienvenida a la santa Madre el poder acompañarla también en este dolor, se le apareció María con el Niño Jesús en brazos, pero mientras Bienvenida estaba gozando de la vista de aquel hermosísimo Niño, de repente se vio privada de tal dicha; y fue tan grande la pena que experimentó la beata que acudió a María suplicándole por piedad que no la hiciese morir de dolor. Tres días después se le volvió a aparecer la Virgen santísima, y le dijo: “Has de saber, hija mía, que tu dolor no ha sido sino una débil sombra del que yo experimenté cuando perdí a mi Hijo”¹⁰.

Este dolor de María ha de servir principalmente de alivio a aquellas almas que se hallan desconsoladas y no gozan de la dulce presencia del Señor, como en otro tiempo. Que lloren, pero que lloren en paz como lloró María la ausencia de su Hijo, y no teman que hayan perdido por esto la divina gracia, porque el mismo Dios dijo a Santa Teresa: “Nadie se pierde sin conocerlo, ni es engañado sin querer serlo.” Si el Señor se aparta de los ojos de un alma que le ama, no por eso se

⁹ Luc. II, 48.

¹⁰ March. Diar. 32, Ort.

aparta del corazón. Con frecuencia se esconde para que ella le busque con mayor deseo y amor. Mas el que quiera hallar a Jesús debe buscarle no en medio de los placeres y las delicias del mundo, sino entre las cruces y mortificaciones, a ejemplo de María: “Afligidos te íbamos buscando”, como dijo Ella al Hijo. “Aprende de María a buscar a Jesús”, escribió Orígenes.

Por otra parte, en este mundo no debemos buscar otro bien que Jesús. No fue Job desgraciado cuando perdió todo lo que poseía en la tierra: bienes, hijos, salud, honores, hasta bajar del trono a un muladar, sino antes al contrario, porque tenía a Dios consigo aun entonces era feliz. Hablando de El San Agustín, dijo: “Había perdido todo lo que Dios le había dado, pero conservaba consigo al mismo Dios.” Sólo son verdaderamente miserables e infelices aquellas almas que han perdido a Dios. Si María lloró la ausencia de su Hijo por espacio de tres días, cuánto deberían llorar los pecadores que han perdido la divina gracia, a quienes Dios dice: “Vosotros ya no sois mi pueblo, y yo no seré vuestro Dios”¹¹. Porque esto tiene de peculiar el pecado que separa el alma de Dios. “Vuestras iniquidades os separaron de vuestro Dios”¹². Y de aquí proviene que si se poseen todos los bienes de la tierra, habiendo perdido a Dios éstos se convierten en humo y causan pena, aun acá en el mundo, como confesó Salomón: “Todo es vanidad y aflicción de espíritu”¹³.

¹¹ Os. I, 9.

¹² Isai. LIX, 2.

¹³ Eccles. I, 14.

mas la mayor desgracia para estas pobres almas ciegas —dice San Agustín— es ver que si pierden un buey van luego en su busca; si pierden una oveja, no omiten diligencia para encontrarla; si pierden un jumento, no tienen un instante de reposo; y cuando pierden al sumo bien que es Dios, comen, beben y descansan.”

EJEMPLO

En las cartas anuales de la Compañía de Jesús se halla que al querer en las Indias salir de su habitación un joven para cometer un pecado, oyó que le dirigían estas palabras: “Detente, ¿dónde vas?” Volvióse y vio una imagen de relieve de la Virgen de los Dolores, que estaba allí colocada, la cual arrancándose la espada que tenía clavada en el pecho se la presentó diciendo: “Ea, toma esta espada, y hiéreme antes a mí que a mi Hijo con este pecado.” Al oír esto el joven se postró en tierra, y contrito y llorando amargamente pidió a Dios y a la Virgen el perdón de su falta, y le alcanzó.

ORACIÓN

¡Oh Virgen bendita! ¿Por qué os afligís buscando a vuestro Hijo? ¿Es acaso porque ignoráis en dónde se halla? Mas ¿no veis que está en vuestro corazón? ¿No sabéis que se apacienta entre las azucenas? Vos misma lo dijisteis¹⁴. Vuestros pensamientos, vuestros afectos enteramente humildes, puros y santos, son las azucenas que convidan a que habite en Vos el divino Es-

¹⁴ Cant. II, 16.

poso. ¡Ah María! Vos suspiráis por Jesús, Vos que sólo amáis a Jesús. Dejadme suspirar por El a mí y a tantos pecadores que no le aman y con sus ofensas le han perdido. ¡Oh mi amabilísima Madre!, si por falta mía vuestro Hijo no ha vuelto todavía a mi alma, haced Vos que yo le halle. Yo bien sé que se deja hallar de quien le busca¹⁵; mas haced que yo le busque como debo buscarle. Vos sois la puerta por la cual todos hallan a Jesús, por Vos espero hallarle yo también. Amén.

SOBRE EL CUARTO DOLOR

Del encuentro con Jesús que iba a morir.

Dice San Bernardino que para comprender el grande dolor de María, a quien la muerte iba a arrebatarse a su Hijo, es preciso considerar el amor que esta Madre tenía al mismo. Todas las madres sienten como propias las penas de sus hijos. Por eso cuando la Cananea suplicó al Salvador que librase a su hija del demonio que la poseía, le dijo que más se compadeciese de ella que era su madre, que no de su hija¹. Pero ¿qué madre amó jamás tanto a su hijo como María a Jesús? El era su Hijo único criado con tantas penas; Hijo amabilísimo y amantísimo de la Madre; Hijo que era suyo y al mismo tiempo Dios, el cual vino a la tierra, como El mismo lo aseguró, “para encender en

¹⁵ Thren. III, 25.

¹ Matth. XV, 22.

todos los corazones el sagrado fuego del divino amor”². Consideremos, pues, qué llama debió encender en el corazón de su santa Madre tan puro y libre de todo afecto mundano. En suma, la bienaventurada Virgen dijo a Santa Brígida que por el amor una misma cosa era su corazón y el de su Hijo. Esta mezcla de esclava y Madre, de Hijo y Dios, formó en el corazón de María un incendio compuesto de mil incendios. Pero después todo este volcán de amor en el tiempo de la pasión se convirtió en un mar de dolor; por lo que dijo San Bernardino: “Aunque todos los dolores del mundo se reuniesen, nunca llegarían al de la bienaventurada Virgen María”³. “Sí, porque esta Madre —como escribió San Lorenzo Justiniano—, con cuánta mayor ternura amó a su Hijo, con tanto mayor dolor tuvo que verle padecer, especialmente cuando le encontró, que condenado ya a muerte caminaba con la cruz a cuestas al lugar del suplicio.” Y ésta es la cuarta espada de dolor que hoy hemos de considerar.

La bienaventurada Virgen reveló a Santa Brígida que cuando se aproximaba la pasión del Señor sus ojos estaban siempre llenos de lágrimas pensando en el Hijo amado que iba a perder acá en el mundo, y por eso dijo también que un sudor frío corría por sus miembros, a causa del dolor que experimentaba al representársele aquel próximo espectáculo de dolor⁴. Finalmente, amaneció el día destinado; vino Jesús y se despidió llorando de su Madre para ir a morir. Medi-

² Luc. XII, 49.

³ Tom. 3, pár. 45.

⁴ Lib. 1, Rev., c. 10.





Meamus cum fiducia ad thronum gratiae et misericordiae
consequamur

ando San Buenaventura sobre lo que haría la Virgen en aquella noche le dice así: “La pasaste sin dormir, y cuando los otros estaban entregados al sueño, tú estuviste velando.” Por la mañana los discípulos de Jesucristo iban a ver a esta afligida Madre para traerle noticias, pero todas de dolor, verificándose entonces en Ella las palabras de Jeremías: “Llora sin consuelo toda la noche, y las lágrimas corren por sus mejillas; entre todos sus amantes no hay quién la consuele”⁵. El uno venía a referirle los malos tratamientos que su Hijo había sufrido en casa de Caifás, otro los insultos que había recibido de Herodes. Finalmente, llegó San Juan (omito todo lo demás para llegar a mi objeto), quien aún anunció a María que el injustísimo Pilatos le había condenado a morir crucificado. He dicho *injustísimo* porque, como observó San León, este inicuo juez le condena a muerte con los mismos labios con que le había declarado inocente. “¡Ah dolorosísima Madre! —la dijo San Juan—, vuestro Hijo ya se halla sentenciado a muerte, y ya ha salido llevando El mismo su cruz para ir al Calvario” (como después lo refirió en su Evangelio⁶). Venid, si queréis verle y darle el último adiós en alguna calle por donde haya de pasar.”

María parte con San Juan, y por los vestigios de sangre que hallaba en la calle conocía que por allí había pasado su Hijo, como Ella lo revelo a Santa Brígida⁷. Considera San Buenaventura⁸ que tomando

⁵ Thren. I, 2.

⁶ Joan. X, 17.

⁷ Lib. 4, c. 77.

⁸ Med. 5.

la afligida Madre una calle que abreviaba su camino, se colocó al cabo de la misma por donde había de pasar su angustiado Hijo para encontrarse con El. Habiéndose parado en aquel lugar, ¿cuántas palabras debió oír de boca de los judíos, que ya la conocían, contra su querido Hijo, y quizá cuántas injurias contra Ella misma? ¡Ay de mí!, ¡qué doloroso aparato debieron ofrecer a sus ojos los clavos, los martillos, las cuerdas que llevaban delante, instrumentos funestos de la muerte de Jesús! ¡Y qué espada fue para su corazón el oír aquella trompeta que iba publicando la sentencia proferida contra su Hijo! Mas he aquí que después de haber pasado los instrumentos del suplicio, el pregonero y los ministros de justicia, levanta los ojos y ve, ¡oh Dios!, a un joven todo cubierto de sangre y heridas desde la cabeza a los pies, coronado con un haz de espinas, y con una pesada cruz sobre sus hombros; le mira y apenas le conoce, diciendo entonces con Isaías: “Le vimos, y estaba desconocido”⁹. Sí, porque las heridas, los cardenales, la sangre ennegrecida “le hacían parecer un leproso”¹⁰; de modo que apenas era conocido. Sin embargo, el amor se lo manifiesta, y habiéndolo conocido, ¡ay de mí! ¿cuál fue entonces —dice San Pedro de Alcántara en sus *Meditaciones*—, el amor y el temor del corazón de María?” Por una parte deseaba verle, por otra no se atrevía a mirar una figura tan digna de compasión. Se miran finalmente; el Hijo, quitándose de los ojos un cuajaron de sangre

⁹ Cap. LIII. 2.

¹⁰ Ibidem.

que le impedía la vista, como fue revelado a Santa Brígida, miró a la Madre; la Madre miró al Hijo. ¡Ay miradas de dolor, que como otras tantas saetas traspasaron entonces esas dos hermosas y enamoradas almas! Cuando Margarita, hija de Tomás Moro, encontró a su padre que era conducido al suplicio, sólo pudo decirle: “¡Oh padre!, oh padre!”, y cayó desmayada a sus pies. María, a la vista de su Hijo que iba al Calvario, no se desmayó, no, porque no convenía a esta Madre perder el uso de la razón, como dice el padre Suárez, ni murió, porque Dios la reservaba para mayor dolor; pero si no murió, sufrió sin embargo un dolor capaz de darle mil muertes.

La Madre quería abrazar al Hijo, como dice San Anselmo, pero los verdugos la arrojan con injuria y la arrancan de la presencia del adolorido Señor, y María le sigue. ¡Ah Virgen santa!, ¿dónde vais?, ¿al Calvario? “¿Y tendréis valor para ver pendiente de un leño al que es vuestra vida?”¹¹ “¡Ah Madre mía!, deteneos, le diría entonces Jesús —como observa San Lorenzo Justiniano—, ¿a dónde os dirigís?, ¿a dónde vais? Si queréis acompañarme, seréis atormentada con mi suplicio, y yo con el vuestro.” Mas a pesar de que el espectáculo de la muerte de su Hijo le ha de costar un dolor tan cruel, la Madre va en pos de El para ser también crucificada con Jesús, como dice Guillermo¹². San Juan Crisóstomo escribió: “También nos compadecemos de las fieras. Si viéramos una leona que sigue

¹¹ Deuter. XXVIII, 66.

¹² In Cant. VII.

a su cachorro al que llevan a matar, aunque fiera, nos causaría lástima. ¿Y no nos compadeceremos de ver a María que va detrás de su Cordero inmaculado, el cual marcha al suplicio? Compadezcámonos, pues, de sus dolores, y procuremos acompañar al Hijo y a la Madre, llevando con paciencia la cruz que el Señor nos envía.” Pregunta San Juan Crisóstomo: “¿Por qué Jesucristo en sus otras penas quiso ser solo, y para llevar la cruz quiso que le ayudase el Cireneo?”, y contesta que la cruz sola de Jesucristo no basta para salvarnos si nosotros no llevamos también la nuestra con resignación hasta la muerte.

EJEMPLO

El Salvador se apareció un día a Santa Dionisia, monja de Florencia, y le dijo: “Piensa en mí y ámame, que yo pensaré en ti y te amaré.” Y al mismo tiempo le presentó un ramillete de flores con una cruz, significándole con esto que los consuelos de los Santos en este mundo han de ir siempre acompañados de la cruz, que une las almas con Dios. San Jerónimo Emiliano, que era soldado y se hallaba entregado a los vicios, fue encerrado en una torre por sus enemigos. Instruido allí por la desgracia e iluminado de Dios para que mudase de vida, acudió a María santísima, y entonces con los auxilios de esta divina Madre empezó a hacer vida de santo. Por lo que mereció ver un día el excelso lugar que Dios le tenía preparado en el Cielo. Llegó a ser fundador de los Padres de Somasco, murió en opinión de Santo y últimamente la Iglesia le ha canonizado.

ORACIÓN

Madre mía dolorosísima, por el mérito de aquel dolor que sufristeis viendo conducir a la muerte a vuestro amado Jesús, alcanzadme la gracia de llevar también con paciencia las cruces que Dios me envía. Feliz yo si supiera acompañaros también con mi cruz hasta la muerte. Vos y Jesús siendo inocentes habéis llevado una cruz muy pesada, ¿y yo pecador que he merecido el infierno rehusaré la mía? ¡Ah Virgen Inmaculada!, espero que Vos me ayudaréis a sufrir las cruces con paciencia. Amén.

SOBRE EL QUINTO DOLOR

De la muerte de Jesús.

Contemplemos una nueva especie de martirio. Una Madre condenada a ver morir delante de sus ojos y en medio de los más atroces tormentos a un Hijo inocente, al que entrañablemente ama. “Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre.” “No es necesario expresar otra cosa del martirio de María; miradla cerca de la cruz en presencia de su Hijo moribundo, y ved después si hay un dolor semejante al suyo.” Detengámonos, pues, también hoy nosotros en el Calvario a considerar esta quinta espada que traspasó el corazón de María con la muerte de Jesús.

Luego que nuestro fatigado Redentor llegó al Calvario, los verdugos le desnudaron de sus vestidos y, taladrando sus manos y pies sacrosantos con clavos no

agudos sino obtusos¹, como dice San Bernardo, para atormentarle más, le clavarón en la cruz. Después de haberle crucificado, levantaron la cruz, procuraron asegurarla, y le dejaron de este modo para que muriera. Los verdugos le abandonan, pero María no se aparta de allí, y entonces se acerca más a la cruz para asistir a su muerte, como la santísima Virgen lo reveló a Santa Brígida². “Mas ¿por qué, oh Señora —pregunta San Buenaventura—, habéis ido al Calvario? ¿Para ver morir a vuestro Hijo? El rubor debía a lo menos deteneros, pues que, siendo su Madre, su oprobio era también el vuestro. A lo menos debía deteneros el horror de tan grande delito, viendo a un Dios crucificado por sus mismas criaturas.” Pero responde el mismo Santo: “¡Ah!, vuestro corazón no se ocupaba entonces de sus penas, sino del dolor y de la muerte de vuestro amado Hijo; por lo que quisisteis Vos misma asistirle, a lo menos para compadeceros de El.” “¡Ah verdadera Madre —dice el abad Guillermo—, Madre llena de ternura, ni aun el terror de la muerte pudo separaros de un Hijo tan amado!”³ Mas, ¡oh Dios mío!, ¿qué espectáculo tan doloroso sería entonces ver a este Hijo agonizando en la cruz, y al pie de ella ver agonizar a esta Madre que sufría todas las penas que padecía el Hijo! He aquí en qué términos María describió a Santa Brígida el estado bien digno de compasión en que Ella vio a su Hijo en la cruz: “Mi querido Jesús estaba en la cruz abrumado de tormen-

¹ Serm. 2 de Pass.

² Lib. 1, c. 6.

³ Serm. 3 de Ass.

tos y agonizando; tenía los ojos hundidos, medio cerrados y moribundos, los labios pendientes y la boca entreabierta; las mejillas descarnadas, desencajadas las facciones, la nariz afilada, el rostro cubierto de tristeza, la cabeza caída sobre el pecho, los cabellos cuajados de sangre, el vientre hundido en los riñones, los brazos y las piernas yertas, y todo lo restante del cuerpo cubierto de llagas y sangre”⁴.

“Todas estas penas de Jesús eran también penas de María,” dice San Jerónimo⁵. “Cualquiera, pues, que se hubiese hallado entonces en el Calvario —dice San Juan Crisóstomo—, hubiera visto allí dos altares en donde se consumaban dos grandes sacrificios: uno en el cuerpo de Jesús, otro en el corazón de María”, “o más bien —dice San Buenaventura—, no había más que uno, a saber, la cruz del Hijo, en la cual la Madre era sacrificada junto con la víctima de este Cordero divino”. Por lo que el Santo le pregunta: “¡Oh María!, ¿dónde estáis? ¿Cerca de la cruz? ¡Ah!, con más razón diré que estáis en la misma cruz para sacrificaros crucificada junto con vuestro Hijo⁶. Sí porque como dice San Bernardo, “lo que hacían los clavos en el cuerpo de Jesús obraba el amor en el corazón de María”; de suerte que, según San Bernardino, “al mismo tiempo que el Hijo sacrificaba el cuerpo, la Madre sacrificaba el alma”⁷.

Las madres huyen de la presencia de los hijos moribundos; pero si por ventura alguna madre se ve

⁴ Lib. 1 Rev., c. 10, et l. 4, c. 70.

⁵ Ap. Baldi, t. 1, p. 499.

⁶ Ibid. loc. cit., p. 452.

⁷ Tom. 1, serm. 31.

obligada a asistir a su hijo en un trance tan angustioso, e va procurando todos los alivios que puede darle; le compone la cama a fin de que esté más cómodamente, e suministra bebidas que le refrigeren, y así la pobre madre va aliviando su dolor. ¡Ah la más afligida de todas las madres! ¡Oh María!, a Vos se os ha ordenado asistir a Jesús moribundo, sin poderle dar algún consuelo. María oyó al Hijo que dijo: “Tengo sed”, pero no se le permitió darle un poco de agua para apagar aquella sed ardiente. Sólo pudo decirle, como contempla San Vicente Ferrer: “Hijo mío, no tengo sino agua de lágrimas”⁸. Veía en aquel lecho de dolores al Hijo pendiente de aquellos tres garfios de hierro sin hallar descanso; quería abrazarle, dice San Bernardo, a lo menos para darle el consuelo de espirar entre sus brazos, pero esto le estaba prohibido⁹. Veía a su pobre Hijo que sumido en aquel mar de dolores buscaba quien le consolase como ya lo había vaticinado por boca del profeta: “Yo sólo pisé el lagar... eché la vista alrededor y no hubo quien acudiese a mi socorro”¹⁰. Pero ¿qué consuelo podía esperar de los hombres si todos eran enemigos suyos? Aun en la cruz blasfemaban y se burlaban de El, unos de un modo, otros de otro¹¹. Unos le decían en la cara: “Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz”¹². Otros: “Libró a otros y no puede librarse a sí”¹³. Otros: “Si es Rey de Israel, que

⁸ Ap. Baldi, p. 456.

⁹ Ibidem, p. 463.

¹⁰ Isai. LXIII, 5.

¹¹ Matth. XXVII.

¹² Ibidem, XL.

¹³ Ibidem, XLII.

baje ahora de la cruz”¹⁴. Además, la bienaventurada Virgen dijo a Santa Brígida¹⁵: “Oía a otros que decían que mi Hijo era un ladrón, otros que era un impostor, otros que ninguno merecía la muerte como El, y todas aquellas palabras eran para mí nuevas espadas de dolor.”

Pero lo que después aumentó considerablemente el dolor de María por la compasión hacia el Hijo fue el oír cómo se lamentaba en la cruz de que el eterno Padre le hubiese también desamparado: “Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”¹⁶, palabras que, como la divina Madre dijo a la misma Santa Brígida, no pudo olvidarlas en toda su vida¹⁷. De manera que la afligida Madre veía a su Jesús abrumado de dolor por todas partes, quería aliviarle, pero no podía. Y lo que le causaba más pena era el ver que ella misma con su presencia y dolor aumentaba el tormento de su Hijo. “La misma pena —dice San Bernardo—, que llenaba el corazón de María, inundaba de amargura el de Jesús”¹⁸; y añade que el Salvador sufría en la cruz más por compasión de su Madre que por sus propios dolores. El mismo Santo hace hablar así a la Virgen: ‘Estaba yo viéndole, y El me veía a mí, y más sufría por mí que por sí mismo’¹⁹. Por lo que hablando el mismo Santo de María junto a su Hijo moribundo dice

¹⁴ Ibidem.

¹⁵ Rev. I. 4, c. 70.

¹⁶ Matth. XXVII, 46.

¹⁷ Rev. I. c.

¹⁸ Hom. in ev. Stabat.

¹⁹ Ap. Sinisch. cons. 28.

que Ella vivía muriendo sin poder morir²⁰. Pasino escribe que hablando un día el mismo Jesucristo con la beata Bautista Varand de Camerino le dijo que fue tal la aflicción que experimentó estando en la cruz al ver a sus pies a su Madre tan llena de dolor, que la compasión que de Ella tenía le hizo morir desconsolado. De manera que habiendo sido dicha beata iluminada para conocer este dolor de Jesús, exclamó: “Señor, no prosigáis hablándome de lo que entonces sufristeis, porque no puedo más.”

“Pasmábanse los hombres — dice Simón de Casia —, de ver a María guardar entonces silencio y sin quejarse en medio de tan cruel dolor; pero si sus labios callaban, hablaba su corazón, porque entonces no cesaba de ofrecer a la divina Justicia la vida del Hijo por nuestra salvación.” Además sabemos —dice Lanspergio—, que Ella por el mérito de sus dolores cooperó a hacernos nacer a la vida de la gracia, por lo que somos hijos de sus dolores”²¹. Y si por ventura en aquel mar de tristeza, esto es, en el corazón de María, entró algún consuelo, la única cosa que entonces la aliviaba era saber que sus dolores nos abrían las puertas del cielo, como el mismo Jesús lo reveló a Santa Brígida²². En efecto, éstas fueron las últimas palabras con las cuales Jesús se despidió de su Madre antes de morir, éste fue su último encargo, el dejarnos por hijos suyos en la persona de Juan, cuando le dijo: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”²³. Y desde entonces María empezó a ejercer

²⁰ De Lament. Virg.

²¹ Hom. 44 de Psalm. Dom.

²² Lib. 2, c. 30.

²³ Joan. XIX, 26.

con nosotros el oficio de tierna Madre, pues como afirma San Pedro Damiano²⁴, por los ruegos de María se convirtió entonces y se salvó el buen ladrón, el cual, según refieren algunos autores, cuando se verificó el viaje con el Niño Jesús a Egipto, se portó cortésmente con la Sagrada Familia. Este oficio la santísima Virgen ha continuado y continúa ejerciéndolo siempre.

EJEMPLO

En Perugia un joven prometió al demonio que si le proporcionaba medios para cometer cierto pecado le entregaría su alma, a cuyo efecto le hizo una escritura firmada con su sangre. Después de haber cometido el pecado, queriendo el demonio que cumpliese la promesa, le llevó junto a un pozo amenazándole que si él mismo no se echaba dentro de él, le llevaría en cuerpo y alma al infierno. Creyendo el desdichado joven que ya no podría escapar de sus manos, subió al brocal para arrojarle dentro; pero atemorizado de la muerte dijo al enemigo que no tenía valor para echarse al pozo, por lo que si quería que muriese le diese un empujón para precipitarle al agua. El joven llevaba al cuello el escapulario de la *Virgen de los Dolores*, por lo que el demonio le dijo: "Quítate ese escapulario y te daré el empujón"; pero reconociendo el joven la protección que la divina Madre todavía le dispensaba, no se lo quiso quitar; de modo que después de muchos debates el demonio avergonzado huyó y el pecador fue a dar las gracias a su dolorosa Madre, y arrepen-

²⁴ Ap. Salm. tom. 1, tract. 47.

tido de sus culpas quiso colgar el voto expreso en un cuadro en su altar de Santa María la Nueva en Perugia

ORACIÓN

¡Ah Madre la más afligida de todas las madres! ¿Ha muerto, pues, vuestro Hijo, este Hijo tan amable y que tanto os amaba? Llorad, que razón tenéis para ello. ¿Quién pudiera consolaros? Nada puede daros consuelo sino el pensar que Jesús con su muerte ha vencido al infierno, ha abierto el cielo, que estaba cerrado para los hombres, y ha conquistado tantas almas. En aquel trono de la cruz reinará sobre tantos corazones que vencidos de su amor le servirán con amor. No os desdeñéis entre tanto, Madre mía, de dejarme acercar a Vos para llorar en vuestra compañía, porque yo tengo más motivo que Vos para llorar a causa de mis pecados. ¡Ah Madre de misericordia!, primeramente por la muerte de mi Redentor, y después por los méritos de vuestros dolores, espero el perdón y mi salvación eterna. Amén.

SOBRE EL SEXTO DOLOR

De la lanzada y descendimiento de Jesucristo en la cruz.

“¡Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor!”¹ Almas devotas, oíd lo que os dice hoy la Madre de los dolores: Hijas queridas, yo no quiero que procuréis consolarme, no, porque mi corazón no es capaz de

¹ Thren. I, 12.

consuelo en este mundo después de la muerte de mi amado Jesús. Si queréis complacerme, sólo quiero de vosotras que os volváis a mí, y veáis si hubo jamás en el mundo dolor semejante al mío, al verme quitar con tanta crueldad al que era todo mi amor. Mas, Señora ya que no queréis ser consolada y tenéis tanta sed de penas, os diré que la muerte de vuestro Hijo no pone todavía término a vuestros tormentos. Hoy seréis herida con otra espada de dolor viendo traspasar con una lanza cruel el costado de vuestro mismo Hijo ya difunto, y teniéndole de recibir después en vuestros brazos al bajarle de la cruz. Consideremos, pues, hoy el sexto dolor que afligió a esta pobre Madre. Estemos atentos y lloremos. Hasta ahora han venido los dolores uno a uno para atormentar a María, pero hoy parece que vienen todos juntos a asaltarla.

Basta anunciar a una madre la muerte de su hijo para encender todo su amor por el hijo que ha perdido. Algunos, para aliviar el dolor que las madres sienten por la muerte de sus hijos, acostumbran recordarles los disgustos que los mismos les han causado; mas si yo quisiese probar por este medio, oh Reina mía, aliviar vuestro dolor en la muerte de Jesús, ¿qué disgusto pudiera recordaros que jamás hayáis recibido de El? ¡Ah!, no, El os amó siempre, siempre os obedeció y respetó. Ahora que le habéis perdido, ¿quién podrá explicar vuestro dolor? Explicadlo Vos misma que lo sufristeis. Muerto que fue nuestro Redentor, dice un autor piadoso, los primeros afectos de esta sublime Madre fueron acompañar el alma santísima de su Hijo, y presentarla al Padre eterno. Dios mío, debió entonces decirle María, Dios mío, os presento el

alma inmaculada de vuestro Hijo y mío, que os ha obedecido hasta la muerte; recibidla en vuestros brazos. He aquí satisfecha ya vuestra justicia, cumplida vuestra voluntad; el gran sacrificio para vuestra gloria eterna está ya consumado. Y volviéndose después hacia el cuerpo exánime de su Hijo: ¡Oh llagas, diría, llagas amorosas!, yo os adoro, y con vosotras me congratulo porque por vuestro medio se ha dado la salud al mundo. Vosotras permaneceréis abiertas en el cuerpo de mi Hijo para ser el refugio de los que a vosotras acudan. ¡Oh cuántos pecadores recibirán por vosotras el perdón de sus pecados y se inflamarán en el amor del sumo Bien!

A fin de que no se turbase la alegría del siguiente sábado pascual, los judíos querían que se quitase de la cruz el cuerpo de Jesús, pero como los sentenciados a ella no podían ser bajados si no estaban muertos, algunos se presentaron con mazas de hierro para romperle las piernas, como ya lo habían hecho con los dos ladrones allí también crucificados. He aquí, pues, que mientras María estaba llorando la muerte de su Hijo, ve aquellos hombres armados que se dirigían contra Jesús. A tal vista, primero tembló de espanto y después les dijo: “¡Ah!, mi Hijo está ya muerto, no le ultrajéis más, y cesad de atormentarme a mí que soy su pobre Madre.” “Les rogó —dice San Buenaventura—, que no le rompiesen las piernas. Pero mientras está diciendo esto, ve ¡oh Dios!, a un soldado que levanta con ímpetu una lanza con la que abre el costado de Jesús, y al momento salió sangre y agua”². Al golpe de

² Joan. XIII, 34.

la lanza retembló la cruz, y el corazón de Jesús quedó dividido en dos partes, como fue revelado a Santa Brígida³. Salió sangre y agua, porque ya no quedaban allí más que aquellas gotas de sangre, y el Salvador aún quiso derramarlas para darnos a entender que no tenía más sangre para darnos. La injuria de aquella lanzada se dirigió a Jesús, pero María sufrió el dolor, como dice el devoto Lanspergio. Los Santos Padres pretenden, y entre otros San Bernardo, que ésta fue propiamente la espada que San Simeón vaticinó a la Virgen; espada no de hierro, sino de dolor, que traspasó su alma bendita en el corazón de Jesús donde ella habitaba siempre⁴. Y la misma divina Madre reveló a Santa Brígida que al retirar la lanza apareció la punta enrojecida de sangre, y entonces le pareció como si su corazón se hubiese taladrado, viendo que lo estaba el del Hijo⁵. “Tan grandes fueron los dolores de María —dijo el Angel a la misma Santa— que fue preciso que Dios obrara un milagro para que no muriese en aquel momento. En los otros dolores tenía a lo menos al Hijo que se compadecía de Ella, pero ahora ni aun tiene al Hijo que se compadezca de su dolor.”

Sin embargo, temiendo la afligida Madre que su amado Hijo recibiese nuevas injurias, ruega a José de Arimatea que obtenga de Pilatos el cuerpo de su Jesús, para que a lo menos después de su muerte pudiera preservarle de los ultrajes. José fue a encontrar a Pilatos, a quien manifestó el dolor y el deseo de esta

³ Rev. l. 2, cap. 21.

⁴ De Lament. Virg.

⁵ Rev. lib. 2, cap. 10.

afligida Madre; y opina San Anselmo que la compasión de la Madre enterneció a Pilatos y le movió a concederle el cuerpo del Salvador. Jesús, pues, fue bajado de la cruz. ¡Oh Virgen sacrosanta!, después que con tanto amor disteis al mundo a vuestro Hijo para nuestra salvación, el mundo os lo devuelve. Mas, ¡oh Dios!, ¿en qué estado me lo vuelves?, decía entonces María al mundo; mi Hijo tenía el color blanco y colorado, pero tú me lo vuelves negro con los golpes, y rojo no por el color, sino por las heridas que le has abierto. El era hermoso, y ahora está todo afeado; enamoraba con su aspecto y ahora causa horror a quien le mira. ¡Oh cuántas espadas, dice San Buenaventura, traspasaron el alma de esta Madre al presentarle a su Hijo bajado de la cruz! Considérese la pena que sentiría cualquier madre a la vista de su hijo difunto. Fue revelado a Santa Brígida que para el descendimiento apoyaron tres escalas contra la cruz; primero aquellos santos discípulos desclavaron las manos, después los pies, y entregaron los clavos a María, como refiere Metafrasto. Luego, sosteniendo uno de ellos por arriba el cuerpo de Jesús, y el otro desde abajo, le descendieron de la cruz. Bernardino de Bustos contempla esta afligida Madre, que levantándose de puntillas extiende los brazos para recibir a su querido Hijo; le abraza, y después se sienta al pie de la cruz. Mira su boca abierta, sus ojos oscurecidos, contempla aquellas carnes despedazadas, aquellos huesos descubiertos; le quita la corona de espinas y mira las llagas que había hecho en aquella sagrada cabeza; examina aquellas manos y aquellos pies atravesados y dice: ¡Ah Hijo mío, a qué estado os ha reducido el

amor que habéis tenido a los hombres! Pero Vos, ¿qué mal les habéis hecho para que os hayan maltratado así? Tú eras para mí mi padre, prosigue haciéndola hablar Bernardino de Bustos, tú eras mi hermano, mi esposo, mis delicias, mi gloria, mi todo. Hijo mío, ve mi aflicción, mírame y consuélame, pero tú ya no me miras. Habla, dirígeme una palabra de consuelo, pero tú ya no hablas, porque estás muerto. ¡Oh espinas crueles!, decía después volviéndose a aquellos bárbaros instrumentos del suplicio, clavos, lanza cruel, ¿cómo habéis podido atormentar así a vuestro Creador? Mas ¿qué digo? ¿Qué espinas?, ¿qué clavos?, ¡ay pecadores, exclamaba, vosotros habéis maltratado así a mi Hijo!

Esto decía María entonces y se quejaba de nosotros. Pero si ahora fuese susceptible de dolor, ¿qué diría? ¿Qué pena no experimentaría al ver que los hombres, después de la muerte de su Hijo, continúan maltratándole y crucificándole con sus pecados? No atormentemos, pues, más a esta dolorosa Madre; y si por lo pasado la hemos también afligido con nuestras culpas, practiquemos ahora lo que ella nos dice: “Pecadores, volved al corazón herido de mi Jesús”⁶, volved arrepentidos, que El os acogerá. Huye de él, prosigue diciéndonos con el abad Guérnico, para acudir a El: del Juez al Redentor, del tribunal a la cruz. La misma Santísima Virgen reveló a Santa Brígida que Ella cerró los ojos a su Hijo bajado de la cruz, pero que no pudo encogerle los brazos; dándonos a entender con esto Jesucristo que sus brazos quedaban abiertos para

⁶ Isai. XLVI, 8.

recibir a todos los pecadores arrepentidos que volvieran a él. “¡Oh mundo! —prosigue, pues, diciendo María—, ahora que mi Hijo ha muerto para salvarte, ha pasado ya para ti el tiempo del temor, y el del amor está empezando”⁷, tiempo de amar al que para probarte su amor, tanto ha querido sufrir. “El corazón de Cristo está llagado —dice San Bernardo— para que por la llaga visible se descubra la del invisible amor⁸. Si mi Hijo, pues —concluye María con el Idiota—, quiso que le abrieran el costado para darte su corazón, justo es, ¡oh hombre!, que le des el tuyo.” “Y si queréis, ¡oh hijos de María!, hallar lugar en el corazón de Jesús sin temor de ser rechazados, id —dice Ubertino de Casale—, id junto con María, que ella os alcanzará la gracia.” He aquí en corroboración de esto un hermoso

EJEMPLO

Refiere el Discípulo⁹ que había un pobre pecador, quien, entre otros crímenes, había cometido el de matar a su padre y a un hermano, por lo que andaba fugitivo. Habiendo asistido un día de Cuaresma a un sermón sobre la divina misericordia, se fue voluntariamente a confesar; mas habiendo oído el confesor aquellos excesos le envió a un altar de la Virgen de los Dolores para que le alcanzase contrición y el perdón de sus pecados. Va allí el pecador, empieza a orar y cayó muerto de repente. Al día siguiente, encomen-

⁷ Ezech. XVI, 8.

⁸ Serm. de Pass. Dom.

⁹ Prompt. Ex. V. Miser.

dando el sacerdote al pueblo que rogase por aquel difunto, apareció en la iglesia una blanca paloma, la cual dejó caer a vista de todos un papel a los pies del sacerdote. Este lo tomó y halló escritas en él estas palabras: “Apenas el alma del difunto salió del cuerpo, se fue al cielo. Y vos proseguid predicando la infinita misericordia de Dios.”

ORACIÓN

¡Oh Virgen afligida!, ¡oh alma grande en las virtudes y grande también en los dolores!, pues que éstos y aquéllas nacen del grande incendio de amor en que os abrasáis por Dios, porque vuestro corazón no sabe amar más que a El. ¡Ah Madre mía!, compadeceos de mí que lejos de haber amado a Dios no he hecho más que ofenderle. Vuestros dolores me animan en gran manera a esperar el perdón; pero esto no me basta; yo quiero amar a mi Señor. ¿Y quién me podrá conseguir esta gracia mejor que Vos que sois la Madre del amor hermoso? ¡Ah María! Vos consoláis a todos, consoladme también a mí. Amén.

SOBRE EL SÉPTIMO DOLOR

De la inhumación del cuerpo de Jesús

Cuando una madre está presenciando los sufrimientos y la muerte de su hijo, no hay duda que entonces ella siente todas las penas del mismo; mas cuando, después de atormentado y muerto el hijo, se le

ha de sepultar, y la afligida madre está allí para despedirse de él, ¡oh Dios!, la idea de que ya no le verá más es un dolor que excede a todos los demás dolores. He aquí la última espada de dolor que hoy hemos de considerar, cuando María, después de haber asistido al Hijo en la cruz y de haberlo abrazado muerto, debió finalmente dejarle en el sepulcro para no gozar más de su amada presencia.

Mas para considerar mejor este último dolor volvamos al Calvario a contemplar a esta afligida Madre que aún tiene abrazado a su Hijo difunto. “Hijo, parece que prosiguiera diciéndole con Job¹, Hijo mío, os habéis vuelto cruel conmigo. Sí, porque todas vuestras amables cualidades, todas las señales de amor especial que me habéis manifestado, los singulares favores que me habéis dispensado, todos se han trocado en otras tantas saetas de dolor que cuanto más me inflamaron en vuestro amor, tanto más cruel es la pena que siento por haberos perdido. ¡Ah mi amado Hijo!, perdiéndoos a Vos lo he perdido todo.” San Bernardo la hace hablar así: “¡Oh verdadero Hijo de Dios!, tú eras mi Padre, tú mi Hijo, tú mi Esposo, tú mi alma. Ahora he quedado huérfana sin Padre, viuda sin Esposo, madre sin Hijo, pues perdiendo a mi Hijo todo lo pierdo a la vez”².

Así estaba María consumiéndose de dolor abrazada con su Hijo; por lo que temiendo aquellos santos discípulos que esta pobre Madre muriese allí de pena, se apresuraron a quitarle luego de su seno a su Hijo

¹ Cap. XXX. 21.

² De Laud. V. Mar.

difunto para sepultarle. Por lo que, haciendo una respetuosa violencia a María, se lo quitaron de los brazos y embalsamándole con aromas le envolvieron en una sábana que tenían prevenida, en la cual el Señor quiso dejar al mundo su figura impresa, como se ve hoy en Turín. Ved como ya le conducen al sepulcro, ya la afligida Virgen se prepara, los discípulos se cargan el cuerpo sobre sus hombros, los Angeles del cielo puestos en orden como en procesión le van acompañando, aquellas santas mujeres le siguen, y en medio de ellas va la Madre de los dolores acompañando a su Hijo hasta la sepultura. Llegando al lugar destinado, ¡cuán gustosa, como dijo a Santa Brígida, se hubiera María sepultado viva con el Hijo!³. Mas porque ésta no era la voluntad de Dios, solamente acompañó el cuerpo sacrosanto de Jesús hasta el sepulcro, en donde, según refiere Baronio, depositaron los clavos y la corona de espinas. Al levantar después la piedra para cerrar el sepulcro, aquellos discípulos del Salvador debieron volverse a María y decirle: “Animo, Señora, vamos a cerrar el sepulcro, tened paciencia, miradle por última vez y despedíos de vuestro Hijo.” “¿Conque, Hijo mío querido —diría entonces la dolorosa Madre—, ya no os veré más? Permitidme, pues, que por última vez os contemple, recibid el último adiós de vuestra tierna Madre; recibid mi corazón que dejo sepultado con Vos.” Deseó con vehemencia la Virgen, escribió San Fulgencio, que su alma fuese sepultada con el cuerpo de Cristo. Y la misma Virgen lo reveló a Santa Brígida diciendo: “Verdaderamente

³ Rev. I. I.

puedo decir que desde que fue sepultado mi Hijo hubo dos corazones en un sepulcro”⁴.

Finalmente, los discípulos acercan la piedra y cierran en el santo sepulcro el cuerpo de Jesús, aquel gran tesoro que no le hay mayor ni en la tierra ni en el cielo. Permítaseme aquí una digresión. María deja sepultado su corazón con Jesús porque Jesús es todo su tesoro. ¿Y nosotros dónde tendremos sepultado nuestro corazón?, ¿por ventura en las criaturas?, ¿en el lodo? ¿Y por qué no en Jesús, quien, aunque subió al cielo, ha querido quedarse con nosotros no muerto, sino vivo en el Santísimo Sacramento del altar, precisamente para tener consigo y poseer nuestros corazones? Pero volvamos a María. San Buenaventura afirma que antes de separarse del sepulcro bendijo aquella sagrada piedra diciendo: “¡Oh piedra feliz que ahora encierras al que levé nueve meses en mi seno! Yo te bendigo y envidio tu suerte; te dejo para que me guardes a este mi Hijo que es todo mi bien y todo mi amor.” Dirigiéndose después el eterno Padre, dijo: “¡Oh Padre!, a Vos encomiendo vuestro Hijo y el mío”; y dando el último adiós al Hijo y al sepulcro se aparta de aquel sitio y vuelve a su casa. Dice San Bernardo que iba tan afligida y triste esta pobre Madre que todos los que la encontraban no podían contener las lágrimas; añade que aquellos santos discípulos y las mujeres que la acompañaban se compadecían más de ella que del Señor.

San Buenaventura dice que sus hermanas la cubrieron con un manto de luto, y que pasando ella a su

⁴ Rev. I. 2, c. 21.

regreso por delante de la cruz, bañada todavía con la sangre de su Jesús, fue la primera que la adoró. “¡Oh cruz santa! —dijo entonces— Yo te beso y te adoro, porque ahora ya no eres un infame leño, sino trono de amor y altar de misericordia consagrado con la sangre del Cordero divino, que en ti ha sido sacrificado por la salvación del mundo.” Deja la cruz y regresa a casa, en donde apenas llega la afligida Madre dirige a todas partes sus miradas, y ya no ve a su Jesús, sino que en vez de su amado Hijo se presentan a su imaginación todos los recuerdos de su preciosa vida y de su horrosa muerte. Acuérdate de los abrazos que dio al Hijo en el establo de Belén, de las conversaciones que había tenido con él por espacio de tantos años en la tienda de Nazareth; de los afectos recíprocos, de las tiernas miradas, de las palabras de vida eterna que profirió su boca divina. Y luego se le representa la escena funesta que había presenciado en aquel mismo día; cree tener delante aquellos clavos, aquellas espinas, aquellas carnes destrozadas de su Hijo, aquellas profundas llagas, aquellos huesos descarnados, aquella boca abierta, aquellos ojos apagados. ¡Ah qué noche de dolor fue aquélla para María! Dirigiéndose la afligida Madre a San Juan, llena de dolor le preguntaba: “¡Ay Juan!, ¿dónde está tu Maestro?” Preguntaba después a la Magdalena: “Hija, dime, ¿dónde está tu amado? ¡Oh Dios!, ¿quién nos lo ha quitado?” Lloraba María, y todos los que estaban con ella también lloraban. ¿Y tú, alma mía, no lloras? ¡Ah!, dirígete a María y dile con San Buenaventura: “Permíteme, Señora, permíteme que llore; tú eres inocente, yo soy el culpable. Rúégale a lo menos que te admita consigo a llorar. Ella

llora por amor, llora tú por dolor de tus pecados y sólo de este modo podrás tener la suerte de que se habla en el siguiente”

EJEMPLO

Refiere el padre Engelgrave⁵ que hubo un religioso tan atormentado de escrúpulos que a veces casi se veía reducido a un estado de desesperación; pero como era muy devoto de la Virgen de los Dolores, en las angustias de su espíritu siempre acudía a ella, y contemplando sus dolores se sentía animado. Llegó la hora de su muerte y entonces el demonio le abrumaba más que nunca en sus escrúpulos y le tentaba para que se desesperase. Cuando he aquí que la piadosa Madre, viendo al pobre hijo tan angustiado, se le apareció y le dijo: “Hijo mío, ¿por qué temes y te entristeces tanto, tú que tantas veces me has consolado compadeciéndote de mis dolores? Jesús —le añadió— me envía ahora para consolarte a mi vez; consuélate y alégrate; sígueme al cielo.” Y al decir esto, el devoto religioso lleno de consuelo y confianza expiró dulcemente.

ORACIÓN

Madre mía dolorosísima, no os quiero dejar sola para llorar, no; quiero unir también mis lágrimas a las vuestras. Hoy os pido esta gracia: alcanzadme que me acuerde continuamente y con una tierna devoción de la pasión de Jesús y vuestra, a fin de que todos los días

⁵ Dom. infra Oct. Nat. pár. 2.

que me quedan de vida los emplee en llorar vuestros dolores y los de mi Redentor. Espero que estos dolores en la hora de mi muerte me darán confianza y fortaleza para no desesperarme a la vista de las ofensas que he cometido contra mi Señor. Estos me han de alcanzar el perdón, la perseverancia y el cielo, en donde espero regocijarme después con Vos y cantar las misericordias infinitas de mi Dios por toda la eternidad. Así lo espero, así sea. Amén, amén.

El que tuviere devoción de rezar la Corona de los dolores de María la hallará al fin de este libro. La compuse muchos años ha, y la insertaré nuevamente aquí para comodidad de los devotos de la Virgen de los Dolores, a quienes ruego que por caridad me encomienden a ella cuando mediten sus dolores.

¡Oh Señora!, que dulcemente arrebatas los corazones de los hombres, ¿no arrebataste también el mío? ¡Oh raptriz de los corazones!, ¿cuándo me restituirás el mío? Dirígele con el tuyo y ponlo al lado del de tu Hijo. Entonces poseeré lo que espero, porque tú eres nuestra esperanza⁶.

DE LAS VIRTUDES DE MARÍA SANTÍSIMA

Dice San Agustín que para alcanzar con más seguridad y abundancia el favor de los Santos es necesario imitarles, porque viendo que nosotros practicamos las virtudes en que ellos se ejercitan, entonces se hallan

⁶ San Bernardo: Meditación sobre la Salve Regina, Registr. en San Buenaventura, Stim., cap. 19, p. 3.

mas dispuestos a rogar por nosotros. La Reina de los Santos y nuestra primera abogada María, cuando ha librado algún alma de las garras de Lucifer para unirla a Dios, quiere que la imite, de lo contrario no podrá enriquecerla de sus gracias como desearía viendo que con su conducta opone obstáculos para ello. Por esto María llama bienaventurados a los que imitan cuidadosamente su vida¹. El que ama, o es, o procura hacerse semejante a la persona amada, según el célebre proverbio: *El amor o halla o hace iguales a los amantes*. Por esto San Jerónimo nos exhorta que si amamos a María es preciso que procuremos imitarla, porque éste es el mayor obsequio que podemos tributarle². Y Ricardo dice que sólo pueden llamarse verdaderos hijos de María los que conforman su vida a la suya. “Procure, pues, el hijo —concluye San Bernardo— imitar a la Madre si desea sus favores, porque viéndose entonces honrada como a madre, le tratará y favorecerá como a hijo.”

Hablando, pues, de las virtudes de esta Madre, aunque los Evangelistas nos ofrecen pocas noticias sobre el particular, no obstante, diciendo que estuvo llena de gracia, se nos da bien a entender que tuvo todas las virtudes, y todas en grado heroico; de manera que, como dice Santo Tomás, aun cuando cada uno de los Santos haya sobresalido en alguna virtud particular, la bienaventurada Virgen les ha excedido en todas y nos ha sido dada en todas por modelo³; lo que

¹ Prov. VIII, 32.

² Serm. de Ass. ap. Loheun.

³ Opusc. 8.

confirma San Ambrosio diciendo: “Fue tal María, que su vida es enseñanza para todos”⁴; por lo que nos dejó escrito: “Tened siempre puestos los ojos, como ante una viva imagen, en la virginidad y la vida de María, en que resplandece la forma de la virtud. Tomadla por modelo de vuestra vida..., y aprended lo que debéis corregir, evitar o continuar practicando”⁵. Y como, según los santos Padres, la humildad es el fundamento de todas las virtudes, veamos en primer lugar cuán grande fue la humildad de la Madre de Dios.

I. *De la humildad de María*

La humildad —dice San Bernardo— es el fundamento y guarda de todas las virtudes. Y con razón, porque sin humildad no puede haber ninguna otra virtud en un alma, pues aunque poseyera todas las virtudes, las perdería si le faltase la humildad. Y al contrario, decía San Francisco de Sales escribiendo a Santa Juana Fremiot de Chantal⁶, que Dios ama tanto la humildad, que luego corre donde la ve. Esta hermosa y necesaria virtud era desconocida en el mundo, hasta que el mismo Hijo de Dios bajó a la tierra para enseñarla con su ejemplo, y quiso que en ella principalmente procurásemos imitarle. “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”⁷. Y así como

⁴ Lib. 2 de Virg.

⁵ Loc. cit.

⁶ Vita, l. 6, c. 2, par. 11.

⁷ Matth. XI, 29.

María fue la primera y más perfecta imitadora de Jesucristo en todas las virtudes, así también lo fue en ésta de la humildad, por lo cual mereció ser exaltada sobre todas las criaturas. Esta es la primera virtud en que singularmente se ejercitó la bienaventurada Virgen desde su niñez, como fue revelado a Santa Matilde.

El primer acto de la humildad de corazón es tener una modesta opinión de sí mismo; y María, como fue revelado a la misma Santa Matilde, se formó siempre de sí una opinión tan modesta que, aunque se veía enriquecida de gracias sobre todos los demás, nunca se prefirió a persona alguna. Por esto, explicando el abad Ruperto el pasaje de los Cánticos: “Tú heriste mi corazón, ¡oh hermana mía!, Esposa... con una trenza de tu cuello”⁸, dice que este cabello del cuello de la Esposa fue el humilde concepto que María tenía de sí misma, con el cual hirió el corazón de Dios. No quiere decir esto que la Santísima Virgen se considerase pecadora, porque la humildad es la verdad, como dice Santa Teresa, y María conocía que jamás había ofendido a Dios; ni ignoraba tampoco que el Señor le había dispensado gracias mayores que a todas las demás criaturas, porque un corazón humilde reconoce estos favores especiales de Dios para más humillarse; sino que la divina Madre, con la misma abundancia de luz que tenía para conocer la infinita grandeza y bondad de su Dios, conocía más claramente su propia pequeñez; y por esto se humillaba más que todos y decía con la sagrada Esposa: “No reparéis en que sea

⁸ Cant. IV. 9.

morena, porque el sol me ha descolorido”⁹. Esto es, como expone San Bernardo: “Acercándome a El, mi rostro se ennegrece.” Sí, porque San Bernardino dice: “La Virgen consideraba continuamente la nada de su ser y la grandeza de la divina Majestad. A la manera que una mendiga, vestida con un rico traje que le han dado, lejos de envanecerse, se humilla aún más delante de su bienhechor, porque entonces recuerda su pobreza.” Así María, cuanto más enriquecida en gracias se veía, tanto más se humillaba acordándose que todo era un don de Dios, como ella misma lo declaró a Santa Isabel del Orden de San Benito¹⁰. Por esto dijo San Bernardino que no ha habido en el mundo criatura más exaltada, pues no ha existido ninguna que se haya humillado tanto como María¹¹.

Además, es un acto de humildad el ocultar los dones del cielo. María ocultó a San José la gracia de haber sido hecha Madre de Dios, aun cuando el manifestárselo parecía entonces necesario, a lo menos para librar al pobre esposo de las sospechas que viéndola en cinta podía concebir acerca de su honestidad, o para evitar la confusión en que efectivamente se hallaba; pues no pudiendo San José por una parte dudar de la castidad de María, y por otra ignorando el misterio, para librarse de la confusión se decidió a dejarla secretamente¹². Y ya la hubiera dejado si el Angel no le hubiera dado a entender que su Esposa se hallaba en

⁹ Cant. I, 5.

¹⁰ Ap. S. Ben. De vit. Christ.

¹¹ Tom. 2, serm. 51, c. 3.

¹² Matth. I, 19.

cinta por obra del Espíritu Santo. Rehusa también el humilde las alabanzas para sí, y todas las ofrece a Dios. María se turba al oír los elogios que le tributa San Gabriel; y cuando Santa Isabel le dijo: “Bendita tú eres entre todas las mujeres... Y ¿de dónde a mí tanto bien, que venga a visitarme la Madre de mi Señor... Bienaventurada tú que has creído”¹³. Atribuyendo María todas aquellas alabanzas a Dios contestó con aquel humilde cántico: “Mi alma glorifica al Señor”; como si dijese: Isabel, tú me alabas, pero yo alabo al Señor a quien únicamente todo honor es debido. Tú te admiras de que yo venga a ti, y yo admiro la divina bondad en la que tan sólo se regocija mi alma: “Y mi espíritu se regocija en el Dios Salvador mío.” Tú me alabas porque he creído, y yo alabo a Dios que ha querido exaltar mi nada; porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava. Por lo que dijo la Virgen a Santa Brígida: “¿Por qué me humillé hasta tal punto o merecí tanta gracia, sino porque pensé y creí que por mí nada era y nada tenía? Por eso rehusé las alabanzas y sólo quise que fuese alabado el Dador y Criador Así, hablando de la humildad de María, dijo San Agustín: “¡Oh humildad verdaderamente dichosa, que dio a los hombres un Dios hecho hombre, abrió el paraíso, y libró a las almas del infierno”¹⁵.

Es igualmente propio de los humildes el servir a los otros, y María no rehusó el ir a servir a Isabel por

¹³ Luc. I, 42, 43.

¹⁴ Rev. I. 2, c. 23.

¹⁵ Serm. 36 de Sanctis.

espacio de tres meses; por lo que dice San Bernardo: “Se admiraba Isabel de que María fuese a visitarla, pero aún debía admirarse más de que fuera a servirla y no a ser servida”¹⁶. Los humildes viven retirados y escogen para sí el lugar menos cómodo, y por esto María, como reflexiona San Bernardo, cuando quería hablar a su Hijo, que estaba predicando en aquella casa de que hace mención San Mateo, en el capítulo XII, no quiso entrar en ella por propia autoridad. Por este motivo también, hallándose en el Cenáculo con los Apóstoles, quiso colocarse en el último asiento, y así escribió San Lucas: “Todos éstos perseveraban unánimes orando con las mujeres y con María Madre de Jesús”¹⁷. No porque San Lucas ignorase el mérito de la divina Madre, a la que debiera haber nombrado antes que todos los demás, sino porque ella se había colocado en el último puesto del Cenáculo después de los Apóstoles y de las otras mujeres, pues, como observa un autor, San Lucas los enumeró según el orden con que se hallaban sentados. Y San Bernardo añade: “Con razón se coloca en último lugar la primera, que, siendo la principal de todas, se consideraba la última”¹⁸. Finalmente, los humildes buscan el menosprecio, y por esto no se lee que María se presentase en Jerusalén cuando su Hijo en el Domingo de Ramos fue recibido con tanto honor por el pueblo: al contrario, al tiempo de la muerte del mismo no reparó en presentarse públicamente en el Calvario, no retrocediendo a vista de la deshonra de ser conocida por

¹⁶ Serm. de Nat. Virg.

¹⁷ Act. I, 14.

¹⁸ Serm. sup. S. Ma.

Madre del sentenciado, que como intaine iba a sufrir una muerte ignominiosa. Por esto dijo ella a Santa Brigida: “Qué cosa más despreciable que ser tenida por demente, necesitar de todos y considerarse la más indigna de todos? Tal fue, hija, mi humildad, mi gozo, mi voluntad, que no deseaba complacer más que a mi Hijo.”

La venerable sor Paula de Foliño tuvo la dicha de conocer en un éxtasis cuán grande fue la humildad de la santísima Virgen, y refiriéndolo después a su confesor exclamaba llena de asombro: “¡La humildad de la Madre de Dios! ¡Ah padre, la humildad de la Madre de Dios!, en el mundo no hay nada tan humilde que pueda compararse ni aun remotamente con la humildad de María.” El Señor permitió otra vez a Santa Brígida ver dos damas, una de las cuales era todo fausto y vanidad: “Esta —le dijo— es la soberbia. La otra que ves cabizbaja, obsequiosa con todos, pensando únicamente en Dios, y que se tiene en nada, ésta es la humildad, y se llama María”¹⁹. Con lo que quiso Dios manifestar que su bienaventurada Madre fue tan humilde que era la misma humildad.

Es indudable que a causa de la corrupción de nuestra naturaleza, ocasionada por el pecado, no hay tal vez, como dice San Gregorio Niceno, una virtud más difícil de practicar como la de la humildad. Pero, por más que hagamos, no podremos ser jamás verdaderos hijos de María si no somos humildes. “Si no puedes imitar la virginidad —dice pues San Bernardo—, imita siendo humilde la humildad de la Vir-

¹⁹ Rev. I. I, c. 29.

gen”²⁰. Ella aborrece a los soberbios, sólo llama a sí a los humildes: “El que fuere párvulo, véngase a mí.” “María —dijo Ricardo— nos protege bajo el manto de la humildad”; lo que explicó también la misma Madre de Dios a Santa Brígida diciéndole: “Ven, pues, hija mía, y acógete bajo mi manto, que es la humildad.” Y le añadió que “la consideración de su humildad era como una capa que comunica calor; pero así como ésta —dijo después— no calienta sino al que la lleva, no en el pensamiento, sino en realidad, así mi humildad no aprovecha tampoco al que no procura imitarme. Así, pues, hija mía —concluyó—, vístete de esta humildad”. ¡Oh cuánto ama María a las almas humildes! San Bernardo escribió: “María conoce y ama a los que la aman, y se halla cerca de los que la invocan, especialmente a los que ve que se conforman con ella en la castidad y humildad”²¹. Por lo que después el Santo exhorta a todos los que aman a María a ser humildes. Marino, o Martino de Alberto, de la Compañía de Jesús, por amor de María acostumbraba a barrer la casa y recoger la basura. Cierta día se le apareció la divina Madre, según refiere el padre Nieremberg en su vida, y como si le diera las gracias le dijo: “¡Cuán agradable me es este acto de humildad practicado por mi amor! Luego, oh Reina mía, no podré ser jamás vuestro verdadero hijo si no soy humilde. Mas ¿no veis que mis pecados, después de haberme hecho ingrato a mi Señor, me han hecho también soberbio? ¡Oh Madre mía! remediadlo Vos, y por los méritos de vuestra

²⁰ Hom. 1 sup. Miss.

²¹ In Salv. Reg.

humildad alcanzadme el ser humilde a fin de llegar por este medio a ser vuestro hijo.”

II. *Del amor de María hacia Dios*

San Anselmo dice: “Cuanto más puro y desprendido de sí mismo está un corazón, tanto más lleno estará de amor hacia Dios.” Así es que, como María Santísima fue toda humildad y desprecio de sí misma, según escribió San Bernardo, por esto estuvo llena del amor divino; de manera que su amor hacia Dios excedió al de todos los hombres y de todos los Angeles. Por lo que con razón San Francisco de Sales la llama *la Reina del amor*. El Señor ya ordenó al hombre que le amase de todo corazón²²; pero los hombres, dice Santo Tomás, no cumplirán perfectamente acá en la tierra este precepto, sino en el cielo²³. Mas, según la reflexión que hace el beato Alberto Magno, en cierto modo hubiera sido impropio de la bondad divina que Dios impusiera un precepto que nadie hubiese observado perfectamente, lo que hubiera sucedido de no existir su divina Madre, la cual lo cumplió con toda exactitud; reflexión que confirma Ricardo de San Víctor diciendo: “La Madre de nuestro Emanuel poseyó en el mayor grado de perfección todas las virtudes. ¿Quién cumplió jamás como ella el primer mandamiento: Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón? El amor divino fue en ella tan intenso que no pudo concurrir en la misma

²² Matth. XXII, 37

²³ 2, 2, q. 24, art. 6 et 8.

defecto alguno”²⁴. “El amor divino —dice San Bernardo— hirió y traspasó de tal manera el alma de María que no dejó parte alguna libre de amor, por lo que cumplió después perfectamente este primer precepto”²⁵. Bien podía, pues, decir María: “Mi amado se ha entregado todo a mí, y yo toda a El”²⁶. “¡Ah! —exclama Ricardo, los Serafines mismos pudieran descender del cielo para aprender en el corazón de María el modo de amar a Dios.”

Dios, que es amor²⁷, vino a la tierra a encender en todos la llama de su amor divino; pero a ningún corazón inflamó tanto como al de su Madre, el cual, hallándose enteramente puro de afectos terrenos, estaba enteramente dispuesto para abrasarse en este amor celestial. “Tanto se había apoderado de ella el amor divino —dice San Jerónimo— que nada en el mundo le impedía su afecto, y todo era en ella incesante ardor y embriaguez del inmenso amor en que se abrasaba”²⁸. El corazón de María fue, pues, todo fuego y llamas, como se lee en los sagrados Cánticos²⁹; fuego interior sostenido por el amor, como explica San Anselmo, y llamas que brillaban exteriormente para todos con el ejercicio de las virtudes. Cuando, pues, María llevaba en la tierra a Jesús en brazos podía llamarse un fuego llevando a otro fuego, con más razón que aquella mujer que llevaba fuego en la mano,

²⁴ Lib. 2 de Em., c. 29.

²⁵ Serm. 29 in Cant.

²⁶ Cant. II, 16.

²⁷ I Joan. IV, 8.

²⁸ Serm. aut Soffron. de Ass.

²⁹ Cant. VIII, 6.

de la que un día Hipócrates dijo lo mismo, aunque en diferente sentido. Así fue en realidad, pues dice San Ildefonso que el Espíritu Santo, al modo que el fuego enciende el hierro, encendió María toda, de modo que sólo se viese en ella la llama del Espíritu Santo, y sólo en ella se sintiese el fuego del amor de Dios³⁰, y Santo Tomás de Villanueva dice que el corazón de María estaba figurado en aquella zarza que Moisés vio arder sin consumirse. “Por esto —dice San Bernardo—, con razón se manifestó a San Juan vestida del sol”³¹, “porque estuvo tan unida a Dios por el amor que parece no pueda unírsele más una criatura”³².

Por esta razón afirma San Buenaventura que la Santísima Virgen jamás fue tentada por el infierno; porque así como las moscas huyen de un gran fuego, así los demonios se alejaban de su corazón todo inflamado en amor; de modo que ni siquiera se atrevieron a acercarse a él³³. Lo mismo dice también Ricardo³⁴. La misma Virgen reveló a Santa Brígida que en este mundo no tuvo otro pensamiento, otro deseo ni otro gozo que Dios; por lo que dice el padre Suárez: “Estando su alma bendita casi siempre ocupada en este mundo en contemplar a Dios, hacía innumerables actos de amor”³⁵. Pero más me gusta aún lo que dijo Bernardino de Bustos, a saber, que María no tan sólo repetía consecutivamente los actos de amor como los

³⁰ De Ass. Or.

³¹ Apoc. XII, 1.

³² Serm. in Sign. magn.

³³ Tom. 2, serm. 51, a. 3.

³⁴ P. 2, c. 26 in Cant.

³⁵ Tom. 2 in 3 p. d. 18, sec. 4.

demás Santos, sino que con un acto continuo, por un privilegio especial, amaba siempre actualmente a Dios³⁶. Como águila real tenía sin cesar los ojos fijos en el divino sol, de manera, dice San Pedro Damiano, “que ni las acciones de la vida le impedían amar, ni el amor le privaba de tratar”³⁷. Esto obligó a San German a decir que María estuvo figurada en el altar de propiciación, en el cual no se extinguía el fuego ni de día ni de noche.

Ni aun el sueño impedía a la Virgen amar a su Dios; cuyo privilegio, si es que fue concedido a nuestros primeros padres en el estado de inocencia, como afirma San Agustín diciendo que tan felices eran entonces en sus sueños como en sus vigiliass³⁸, no puede negarse ciertamente a la divina Madre, como opinan Suárez y el abad Ruperto, con San Bernardino y San Ambrosio, el cual hablando de María dejó escrito: “Cuando descansaba el cuerpo, velaba el ánimo”³⁹; verificándose en ella lo que dijo el Sabio: “Su luz no se apagará en toda la noche”⁴⁰. Sí, porque su bienaventurado cuerpo con un ligero sueño tomaba el descanso necesario; su alma, dice San Bernardino, se elevaba libremente a Dios; por lo que era entonces su contemplación tan perfecta, cual nunca la logró otro alguno mientras velaba. De suerte que bien podía decir con la Esposa: Yo duermo y mi corazón está

³⁶ P. 2, serm. 4 de Nat. Virg.

³⁷ Serm. 1 de Nat. Virg.

³⁸ Lib. 5 Jul. cap. 9.

³⁹ Lib. 2 de Virg.

⁴⁰ Prov. XXXI, 18.

velando⁴¹. Era tan feliz mientras dormía como cuando se hallaba despierta, según dijo Suárez. En pocas palabras, San Bernardino afirma que María mientras vivió en este mundo estaba amando incesantemente a Dios⁴². Y añade que ella únicamente hizo siempre lo que conoció que era agradable a Dios, y que le amó tanto, cuanto juzgó que debía amarle⁴³. De manera que, según el beato Alberto Magno, puede decirse que María estuvo llena de tanto amor, cuanto puede alcanzar una pura criatura en este mundo⁴⁴. Por esto dice Santo Tomás de Villanueva que la Virgen con su ardiente amor se hizo tan hermosa e inflamó de tal manera en amor a su Dios que prendado de su ternura bajó a su seno para hacerse hombre⁴⁵. Por esto, por fin, exclama San Bernardino: “¡Oh virtud de una Virgen madre! He aquí una doncella que con su virtud ha herido y arrebatado el corazón de Dios”⁴⁶.

María desea que amemos a Dios. Mas por lo mismo que María ama tanto a Dios, pide con todo encarecimiento a sus devotos que lo amen cuanto puedan. Apareciéndose cierto día a la beata Angela de Foligno, que acababa de comulgar, le dijo: “Que mi Hijo te bendiga, Angela; procura amarlo con todo tu corazón.” Y a Santa Brígida le dijo también estas palabras: “Si quieres, hija mía, que viva unida contigo, ama a mi Jesús.” No hay cosa que desee María con más vivas

⁴¹ Cant. V, 2.

⁴² Tom. 2, Serm. 5, art. 3, c. 3.

⁴³ Loc. cit.

⁴⁴ Lib. de Laud. Virg. c. 96.

⁴⁵ Conc. 4 in Nat. Dom.

⁴⁶ Tom. 2, Serm. 61, art. 1, cap. 4.

ansias que ver amado a su Dios y Señor. Sobre aquellas palabras de los Cantares: *Conjúroos, hijas de Jerusalén, que si viereis a mi amado le digáis que les fallezco de amor* (Cant. 5, 8), pregunta Novarino: ¿Por qué la Santísima Virgen conjuraba a los ángeles que diesen a entender al Señor el grande amor que le tenía? ¿Por ventura ignoraba Dios el amor que le profesaba? ¿Para qué mostrar la llaga del amor al que se la había causado?" "Con esto quiso la divina Madre — responde el mismo autor — descubrir su amor, no a Dios, sino a nosotros, a fin de comunicar a nuestros corazones las heridas de amor que llagaban el suyo." "Como quiera que María — añade San Buenaventura — ardía en vivas llamas de amor de Dios, quiere inflamar en este mismo amor y hacer semejantes a sí a todos los que la aman y se le acercan." Por esto Santa Catalina de Sena llamaba a María la portadora del fuego del amor divino. Si queremos, pues, inflamarnos en estas dichas llamas, procuremos acercarnos a María para pedírselo con fervorosas oraciones y devotos afectos.

¡Oh María, Reina del amor!, la más amable, la más amada y la más amante de todas las criaturas, como os llama San Francisco de Sales. ¡Oh Madre mía! Vos que siempre estuvisteis inflamada en el amor divino, dignaos comunicarme a lo menos una centellica de este divino fuego; Vos, que en cierta ocasión rogasteis a vuestro Hijo, por los esposos de Caná, diciéndole que *les faltaba el vino*, ¿no rogaréis también por nosotros, que nos hallamos faltos del amor de Dios, a quien tan obligados estamos a amar? Decidle, pues, *no tienen amor*, y alcanzádnoslo con vuestros poderosos ruegos;

ésta es la gracia que os pedimos. ¡Oh Madre mía!, por el amor que tenéis a Jesús, escuchad nuestras plegarias y rogad por nosotros. Amén.

III. *Del amor de María para con el prójimo*

1. *María, socorro de todos los hombres.* El amor a Dios y el amor al prójimo se ha impuesto a los hombres por un solo y mismo precepto. *Tenemos este mandamiento de Dios* —dice San Juan—, *que quien ama a Dios, ame también a su hermano (1 Jn. 4, 21)*. La razón de esto la da Santo Tomás⁴⁷ cuando dice que el que ama al Señor ama también las cosas por El amadas. Cierta día dijo a Dios Santa Catalina de Génova: “Vos, Señor, queréis que ame al prójimo, y yo no sé amar nada fuera de Vos.” “El que me ama a mí —respondió el Señor—, ama también lo que yo amo.” Y como quiera que no hay, ni habrá en el mundo, quien venza a María en el amor de Dios, así tampoco hay ni habrá quien ame al prójimo con más intenso amor que María.

Comentando Cornelio Lápidé aquel texto de los Cantares: *De maderas del Líbano se ha hecho el Rey Salomón su trono con el centro de cierto esmalte que inspira amor por causa de las hijas de Jerusalén* (Cant. 3, 9), dice que el seno purísimo de María fue el trono donde el Verbo encarnado se dignó reposar; y si el centro inspira caridad por causa de las hijas de Jerusalén, es porque Cristo, siendo la caridad por esencia, comunicó a su Madre caridad ardentísima, para que

⁴⁷ Santo Tomás de Aquino, *Summa*, 2-2, q. 25, a 1.

tuviese caudal suficiente, con el cual socorriese a los que imploran su favor.

2. *Caridad de María en la tierra.* Mientras que María vivió en la tierra, socorría a los necesitados, aun sin que nadie se lo pidiese, como sucedió precisamente en las bodas de Caná, cuando rogó a su Hijo que trocase el agua en vino, para sacar a aquella familia de la embarazosa situación en que se hallaba. ¡Oh, y qué prisa se daba siempre que se trataba de aliviar al prójimo! Cuando un deber de caridad la llevó a la casa de Isabel, *partió María* —dice San Lucas— *y se fue apresuradamente a las montañas* (Lc. 1, 39). Pero donde más gallardas muestras dio de caridad, fue al ofrecer su divino Hijo a la muerte por nuestra salvación. “De tal suerte amó María al mundo —dice San Buenaventura—, que no titubeó en darle a su unigénito Hijo”⁴⁸. “¡Oh mujer!, entre todas las mujeres bendita —exclamaba San Anselmo—, que vences a los Angeles en pureza y superas en caridad a todos los santos.”

3. *Caridad de María en el Cielo.* Ahora que María está en el Cielo, lejos de haberse entibiado su caridad, nos ama con más entrañable amor; “porque —como dice San Buenaventura— ahora conoce mejor las miserias de los hombres. Grande fue la compasión que tuvo de los miserables mientras vivió desterrada en la tierra; pero es incomparablemente mayor ahora que está reinando en los Cielos”. Y el Angel dijo a Santa Brígida “que no hay ninguno que, recurriendo a ‘

⁴⁸ San Buenaventura, *In I Sent.*, dist. 48, dub. 4.

piedad de María, no participe de sus misericordias”. ¡Desventurados de nosotros si nos llegasen a faltar las oraciones de María! “Sin las oraciones e intercesión de mi Madre —dijo el Señor a Santa Brígida— no quedaría al hombre ni la esperanza siquiera de alcanzar misericordia.”

4. *María será caritativa con nosotros en la medida que nosotros lo seamos con nuestros prójimos.* Bienaventurado el hombre que me escucha —dice María— y que vela continuamente a las puertas de mi casa, y está de observación en los umbrales de ella (Prov 8, 34); de suerte que, dócil a mis enseñanzas, estudia mi caridad para imitarla y para ponerla en práctica en el trato con sus prójimos. “No hay cosa que mejor nos concilie el afecto y benevolencia de María —dice San Gregorio Nacianceno— como el ser caritativos con nuestros prójimos.” Y así como Dios nos recomienda que seamos misericordiosos, como es misericordioso nuestro Padre celestial, así también María exhorta a sus hijos y les dice: “Sed misericordiosos, como lo es vuestra Madre que está en los Cielos” (Lc. 6, 36). Y no hay duda; según sea nuestra caridad con el prójimo, será con nosotros la caridad y misericordia de Jesús y de María. *Dad y se os dará.. Con la misma medida con que midiereis a los demás, se os medirá a vosotros* (Lc. 6, 58). “Da limosna al pobre —decía San Metodio— y recibe en recompensa el paraíso”⁴⁹. Y el Apóstol escribe que *la virtud de la caridad trae consigo la*

⁴⁹ No es de San Metodio, sino de San Juan Crisóstomo.

promesa de la vida presente y de la futura (1 Tim. 4, 8). Comentando San Juan Crisóstomo estas palabras de los Proverbios: *Quien se compadece del pobre da prestado al Señor* (Prov. 19, 17), pronuncia esta grave sentencia: “Socorrer al necesitado es hacer a Dios nuestro deudor.”

¡Oh Madre de misericordia! Vos, que con todos tuvisteis tan grande caridad, no os olvidéis de mis miserias; bien sé que las conocéis; encomendadme a Dios, que nada os niega. Obtenedme la gracia de poder imitar vuestra caridad para con Dios y para con el prójimo. Amén.

IV. *De la fe de María*

1. *María, madre de la fe.* Así como la Virgen Santísima es madre del amor y de la esperanza, así es también Madre de la fe. *Yo soy la madre del bello amor, y del temor, y de la ciencia de la fe y de la santa esperanza* (Eccli. 24, 24). Y con sobrada razón, porque, según San Ireneo, “María repara con su fe los estragos que causó Eva en el mundo con su incredulidad”⁵⁰. Eva, por creer a la serpiente y por dar más fe a sus palabras que a las de Dios, nos acarreó la muerte; pero nuestra augusta Reina nos devolvió la vida al creer las palabras del Ángel que, en nombre del Señor, le prometía que sería Madre de Dios, sin menoscabo de su virginidad. “Eva creyó a la serpiente — dice Tertu-

⁵⁰ San Ireneo, *Adversus haereses*.

liano —, y María a Gabriel; lo que destruyó la primera con su falsa credulidad, lo restauró la segunda con su fe.” “María — prosigue diciendo San Agustín —, dando su consentimiento a la encarnación del Verbo, abrió a los hombres las puertas del Paraíso.” Ricardo de San Lorenzo, glosando aquellas palabras del Apóstol: *Un marido infiel es santificado por la mujer fiel* (1 Cor. 7, 14), dice: “María es esta fidelísima mujer por cuya fe se salvó Adán, varón infiel, y toda su posteridad.” Por esta su fe Santa Isabel la llamó bienaventurada, diciéndole: *Bienaventurada tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor* (Lc. 1, 45). Y San Agustín asegura “que María fue más bienaventurada recibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo”⁵¹.

El padre Suárez dice que la Santísima Virgen tuvo más fe que todos los hombres y todos los Angeles. Veía a su Hijo en el establo de Belén, y le creía Criador del mundo. Le veía huir de Herodes, y no dejaba de creer que era Rey de reyes. Le veía nacer y le creyó eterno. Le vio pobre, necesitando el alimento, y le creyó Señor del universo; acostado sobre el heno, y le creyó omnipotente. Observó que no hablaba, y creyó que era la sabiduría infinita. Le oía llorar y creía que era el gozo del paraíso. Le vio en fin en la muerte abatido, despreciado y pendiente de la cruz, pero, aunque vacilase la fe de los demás, María a pesar de esto creyó siempre que era Dios. “Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre”, sobre cuyas palabras San Antonino escri-

⁵¹ San Agustín, *De sancta virginitate*.

bió: “María estaba en pie levantada por la fe, que conservó firme, de la divinidad de Cristo. Y es por esto —dice el Santo—, que en el oficio de las tinieblas sólo se deja al fin una vela encendida.” A cuyo propósito San León aplica a la Virgen aquel texto: “Su luz no se apagará en toda la noche”⁵². Y sobre las palabras de Isaías: “Yo solo pisé el lagar, y de las naciones no hay hombre alguno conmigo”⁵³, Santo Tomás dice que se expresa así el Profeta diciendo que no hubo *hombre alguno*, para exceptuar a la Virgen, a quien jamás faltó la fe. Por lo que dice San Alberto Magno, María practicó entonces un acto sublime de fe, por lo cual mereció ser la luz de todos los fieles, como la llamó San Metodio: “la Reina de la verdadera fe”, como dice San Cirilo de Alejandría. La Santa Iglesia atribuye a la Virgen por el mérito de su fe la extirpación de todas las herejías⁵⁴. Por lo que explicando Santo Tomás de Villanueva las palabras del Espíritu Santo: “Heriste mi corazón, hermana mía, Esposa... con una mirada de tus ojos”⁵⁵, dice que estos ojos fueron la fe de María que la hizo agradable a los ojos de Dios.

Aquí nos exhorta San Ildefonso diciendo: “Imitad este timbre de la fe de María.” Pero ¿cómo hemos de imitar esta fe? La fe es a un tiempo don y virtud. Es don de Dios en cuanto es una luz que Dios infunde en el alma; también es virtud en cuanto al ejercicio que

⁵² Prov. XXI, 18.

⁵³ Isai. LXIII, 3.

⁵⁴ Ant. I, noct. 3.

⁵⁵ Cant. IV, 9.

ésta hace de ella. Por lo que la fe no sólo ha de servirnos de regla para creer, sino también para obrar. Por esto dijo San Gregorio: "Aquel realmente cree, que practica lo que cree"; y San Agustín: "Dices creo, haz lo que dices, y esto es fe," Tener una fe viva, es vivir como se cree. "El justo mío vive por la fe"⁵⁶. Y así vivió la Santísima Virgen, a diferencia de aquellos que, no viviendo según su creencia, tienen una fe muerta, como dice el apóstol Santiago: "La fe sin las obras es una fe muerta"⁵⁷. Diógenes iba buscando un hombre por el mundo; pero Dios, entre tantos fieles como hay, parece que vaya buscando un cristiano. En efecto, son muy pocos los que observan una conducta cristiana, pues la mayor parte sólo tienen de cristianos el nombre. Mas a éstos debería decirseles lo que dijo Alejandro a un soldado cobarde que también se llamaba Alejandro: "O cambia el nombre o las costumbres." Pero mejor sería aún encerrar a estos miserables, según decía el padre maestro Avila, como locos en una cárcel, pues creyendo que se halla preparada una eternidad feliz para el que vive bien, y una eternidad infeliz para el que vive mal, viven como si no lo creyesen. De aquí es que San Agustín nos exhorta a ver las cosas con ojos cristianos, esto es, a la luz de la fe; pues Santa Teresa decía que de la falta de fe nacen todos los pecados. Roguemos, pues, a la Santísima Virgen que por el mérito de su fe nos alcance una fe viva. ¡Oh Señora!, aumentadnos la fe.

⁵⁶ Hebr. X, 38.

⁵⁷Jac. II, 26.





Prohibuit me huius no item ad salutem

Pecunia in portum

Vas in quodam

Memor ero Babelis destructionem me

V. *De la esperanza de María*

De la fe nace la esperanza, porque para este fin Dios nos ilumina con la fe en el conocimiento de su bondad y de sus promesas, para que con la esperanza nos levantemos después al deseo de poseerla. Habiendo, pues, tenido María la virtud de la fe por excelencia, poseyó también la de la esperanza en un grado sublime que le hacía decir con David: “Cifro mi bien en estar unido con Dios y poner en el Señor toda mi esperanza”⁵⁸. María fue aquella fiel Esposa del Espíritu Santo, de la cual se dijo: “¿Quién es esta que sube del desierto colmada de delicias, apoyada en su amado?”⁵⁹. Porque desprendida siempre enteramente de los afectos del mundo, que miraba como un desierto, como dice Ailgrinio, y desconfiando de las criaturas y de sus propios méritos, apoyada en la divina gracia en la que tenía puesta toda su confianza, se adelantó siempre en el amor de su Dios⁶⁰.

Y muy bien probó la Santísima Virgen cuán grande fuese esta su confianza en Dios; primeramente cuando advirtió que su santo esposo José, por ignorar la causa de su maravillosa preñez, estaba agitado y pensaba dejarla. “José... quiso dejarla ocultamente”⁶¹. Parecía entonces, según ya se ha visto, que era necesario que descubriese a José el oculto misterio; pero no, ella no

⁵⁸ Ps. LXXII, 28.

⁵⁹ Cant. VIII, 5.

⁶⁰ Ap. Cornel. loc. cit.

⁶¹ Matth. I, 19.

quiere revelar por sí misma la gracia recibida, prefiriendo entregarse enteramente a la divina Providencia, confiando que Dios mismo defendería su inocencia y su reputación. Así lo dijo Cornelio Alápide comentando dicho texto. A más de esto manifestó la confianza que tenía en Dios, cuando hallándose próxima al parto se vio desechada hasta de las hospederías de los pobres y reducida a parir en un establo. Entonces no profirió palabra alguna ni le escapó un lamento, sino que, abandonándose enteramente en las manos de Dios, confió que El la asistiría en aquella necesidad. Esta confianza de la divina Madre en la Providencia brilló aún más cuando fue avisada por San José que debían huir a Egipto; en la misma noche emprendió un viaje tan largo a un país extraño y desconocido, sin provisiones, sin dinero, sin más compañía que la del niño Jesús y de su pobre esposo⁶². María demostró también mucho más su confianza cuando pidió al Hijo la gracia de la conversión del vino para los esposos de Caná; porque habiendo dicho ella: “No tienen vino”, Jesús le respondió: “¿Qué nos importa a mí y a ti? Aún no ha llegado mi hora”⁶³. Pero a pesar de esta respuesta, en la que parecía claramente haberle regado la petición, confiando ella en la divina bondad, dijo a los criados que hiciesen lo que su Hijo les ordenase, porque la gracia era segura. En efecto, Jesucristo hizo llenar las vasijas de agua, y luego las convirtió en vino.

Aprendamos, pues, de María a confiar como es debido, principalmente en el gran negocio de la salud

⁶² Matth. II, 14.

⁶³ Joan. II.

eterna, en el cual, aunque se necesite nuestra cooperación, sin embargo sólo debemos esperar de Dios la gracia para alcanzarla, desconfiando enteramente de nuestras propias fuerzas, y diciendo cada uno con el Apóstol: “Todo lo puedo en aquel que me conforta”⁶⁴.

¡Ah Señora mía santísima!, el Eclesiástico me dice que Vos sois la “Madre de la esperanza”⁶⁵, y la Santa Iglesia que sois la esperanza misma. ¿Qué otra esperanza, pues, podré tener? Después de Jesús, Vos sois toda mi esperanza, así os llamaba San Bernardo, y así quiero también llamaros yo. Y os diré siempre con San Buenaventura: ¡Oh salud de los que te invocan!, sálvame.

VI. *De la castidad de María*

Después de la caída de Adán, rebelados los sentidos contra la razón, la virtud de la castidad es la más difícil que los hombres encuentran para practicar. “Entre todos los combates —dice San Agustín—, los más terribles son los de la castidad, con la cual todos los días se está luchando, y rara vez se consigue la victoria. Sea por lo tanto alabado siempre el Señor, que nos ha dado en María un gran modelo de esta virtud.” “Con razón —dice Alberto Magno— María se llama Virgen de las vírgenes, porque ofreciendo ella la primera sin consejo ni ejemplo de otros su virginidad a Dios, le ha

⁶⁴ Phil. IV, 13.

⁶⁵ Eccli. XXIV, 24.

dado después todas las vírgenes que la imitaron”⁶⁶, como ya lo predijo David: “Las vírgenes serán llevadas al templo del Rey en pos de ella”⁶⁷. Sin consejo, sin ejemplo, sí, porque como dice San Bernardo: “¡Oh Virgen!, ¿quién te enseñó a complacer a Dios con la virginidad y a llevar en la tierra una vida de Angeles?”⁶⁸. “¡Ah! —contesta Sofronio—, Dios escogió por Madre suya a esta purísima Virgen a fin de que fuese para todos un ejemplo de castidad”⁶⁹. Y por esto San Ambrosio dice que María enarboló el estandarte de la virginidad.

Por razón de esta pureza el Espíritu Santo llamó también a la Virgen “hermosa como la tortolilla”⁷⁰. María es tórtola castísima, comenta Aponio; y por esto fue también llamada azucena: “Como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes”⁷¹. En donde, según observa San Dionisio Cartujano, fue llamada azucena entre las espinas, porque todas las otras vírgenes fueron espinas para sí o para los otros, pero la bienaventurada Virgen no lo fue ni para ella ni para los demás, pues sólo su presencia inspiraba a todos pensamientos y deseos de pureza, lo que confirma Santo Tomás con estas palabras: “La hermosura de la bienaventurada Virgen infundía castidad a los que la miraban”⁷². Y San Jerónimo asegura ser de

⁶⁶ Mar., p. 9.

⁶⁷ Ps. XLIV, 15.

⁶⁸ Hom. 4 sup. Miss.

⁶⁹ Ap. Parav. 2, c. 1.

⁷⁰ Cant. I, 9.

⁷¹ Cant. II, 2.

⁷² Ap. Parav. loc. cit.

opinión que San José se mantuvo virgen por causa de la compañía de María, pues que escribiendo contra el hereje Elvidio, que negaba la virginidad de María, dice: “Tú afirmas que María no permaneció virgen; yo le doy aún más, esto es, que el mismo José fue virgen por causa de ella”⁷³. Un autor dice que la bienaventurada Virgen amó tanto esta virtud, que por conservarla hubiera renunciado hasta a la dignidad de Madre de Dios; lo que se deduce de la misma contestación que dio al Arcángel: “¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón alguno?”⁷⁴. Y de las palabras que añadió al fin: “Hágase en mí según tu palabra”, significando con esto que daba el consentimiento según el Angel le había asegurado que llegaría a ser Madre únicamente por obra del Espíritu Santo.

“Los que conservan la castidad — dice San Ambrosio —, son como los Angeles, según lo dijo el Señor”⁷⁵; pero los deshonestos se hacen odiosos a Dios como los demonios. Y San Remigio decía que la mayor parte de los adultos se pierden por este vicio. La victoria de este pecado es muy rara, según se ha dicho al principio con San Agustín, pero ¿por qué? Porque no se practican los medios para vencer, que según dicen los maestros espirituales con Belarmino, se hallan reducidos a tres: Ayuno, huir de las ocasiones y oración. Por ayuno se entiende la mortificación, especialmente de los ojos y de la gula. Aunque María se halló llena de la divina gracia, tuvo realmente tan mortificados los ojos que los

⁷³ Ap. Parav. loc. cit.

⁷⁴ Luc. I, 33.

⁷⁵ Matth. XXII, 30.

tenía siempre bajos, sin fijarlos nunca en persona alguna, como dicen San Epifanio y San Juan Damasceno, y añaden que desde su niñez era tan modesta que causaba admiración a todos. Por esto San Lucas observa que cuando fue a visitar a Santa Isabel *se apresuró*, para ser menos vista del público. En cuanto a la comida, refiere Filiberto que fue revelado a un ermitaño llamado Félix que María siendo niña mataba una sola vez al día. Y durante toda su vida, como afirman San Gregorio Turonense y San Buenaventura, prosiguió ayunando. En una palabra, fue María mortificada en todo, de manera que de ella se dijo: “Mis manos destilaron mirra”⁷⁶.

El segundo medio consiste en huir de las ocasiones: “El que evita los peligros, estará seguro”⁷⁷. Por lo que dice San Felipe Neri: “En la guerra de los sentidos vencen los cobardes”; esto es, los que huyen las ocasiones. María evitaba cuanto le era posible la vista de los hombres, pues, como ya advirtió San Lucas, en la visita de Isabel se fue apresuradamente a las montañas. Y advierte un autor que la Virgen se despidió de Isabel antes que ésta pariese, como se infiere del mismo Evangelio, donde se dice: “María permaneció con ella unos tres meses y después regresó a su casa. Entre tanto llegó el tiempo del parto de Isabel, y dio a luz un hijo”⁷⁸. ¿Y por qué no aguardó el parto? Para evitar las conversaciones y visitas que con ocasión del mismo debían tener lugar en aquella casa.

⁷⁶ Cant. V, 5.

⁷⁷ Prov. XI, 15.

⁷⁸ Cap. I, 56.

El tercer medio es la oración: “Y luego que conocí —dijo el Sabio— que no podía ser casto si Dios no me concedía esta gracia... acudí a El, y se la pedí fervorosamente”⁷⁹. La misma Santísima Virgen reveló a Santa Isabel, de la Orden de San Benito, que no tuvo virtud alguna sin trabajo y sin orar continuamente⁸⁰. “María es pura y amante de la pureza —dice San Juan Damasceno—; por lo que rechaza a los deshonestos. Pero el que acude a ella, ciertamente se librará de este vicio sólo pronunciando su nombre con confianza.” De modo que el venerable Juan de Avila decía que muchas personas tentadas contra la castidad sólo con el afecto a María Inmaculada salieron vencedoras. ¡Oh María, oh purísima paloma, cuántos se hallan en el infierno por este vicio! Libradnos, Señora, de él; haced que en las tentaciones acudamos siempre a Vos y os invoquemos diciendo: María, María, socorrednos. Amén.

VII. *De la pobreza de María*

Nuestro amoroso Redentor, para enseñarnos a despreciar los bienes mundanos, quiso ser pobre, como dice San Pablo⁸¹. Por lo que después él mismo exhortaba al que quisiese seguirle: “Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres; ven después y sígueme”⁸². María, su más perfecta discípula,

⁷⁹ Sap. VIII, 21.

⁸⁰ Ap. S. Bon. De vit. Christ., c. 3.

⁸¹ II Cor. VIII, 9.

⁸² Matth. XIX, 21.

fue la que mejor siguió su ejemplo. Con la herencia que le dejaron sus padres hubiera podido vivir con mucha comodidad, como prueba el padre Canisio; pero ella prefirió quedar pobre, reservándose tan sólo una pequeña parte de sus bienes y distribuyendo todo lo restante en limosnas al templo y a los pobres. Muchos aseguran que María hizo también voto de pobreza⁸³; y se sabe que ella misma en una revelación dijo a Santa Brígida: “Desde el principio ofrecí a Dios en mi corazón no poseer jamás cosa alguna en este mundo”⁸⁴. Los presentes que recibió de los Santos Magos ciertamente no debían ser de poco valor; pues bien, todos los distribuyó a los pobres, según asegura San Bernardo⁸⁵. Y que así luego lo hizo la divina Madre, se infiere de que al presentarse después en el templo no ofreció el cordero como lo hacía la gente acomodada, según consta del Levítico⁸⁶, sino las dos tórtolas o palomas, que era la ofrenda de los pobres⁸⁷. Ella misma dijo a Santa Brígida: “Todo cuanto tenía lo daba a los pobres, reservándome tan sólo lo que bastaba para vestir y comer moderadamente”⁸⁸.

Por amor a la pobreza no se desdeñó de desposarse con un pobre artesano, como fue San José, y de sustentarse después con el trabajo de sus manos, hilando o cosiendo, como atestigua San Buenaventura. El Ángel reveló a Santa Brígida, hablando de María,

⁸³ Ap. Parav., p. 2, c. 2.

⁸⁴ Lib. 1, c. 10.

⁸⁵ Ap. Parav. loc. cit.

⁸⁶ XII, 6.

⁸⁷ Luc. II, 24.

⁸⁸ Rev. I. 1, c. 10.

que las riquezas eran para ella tan viles como el barro; en una palabra, vivió siempre pobre y murió pobre, pues no se sabe que al morir dejase más que dos vestidos a dos mujeres que la habían asistido en vida, como refieren Metafrasto y Nicéforo⁸⁹.

“El que ama las riquezas —decía San Felipe Neri— jamás será santo.” Y Santa Teresa añadía: “Es muy justo que el que va en pos de las cosas perdidas se pierda él también.” Al contrario, decía la misma Santa, que la virtud de la pobreza es un bien que comprende todos los otros bienes. Dice *la virtud de la pobreza*, la cual, según dice San Bernardo, no consiste solamente en ser pobre, sino en amar la pobreza. Por esto dijo Jesucristo: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”⁹⁰. Bienaventurados, porque los que sólo quieren a Dios hallan en El toda especie de bienes; y en la pobreza encuentran su paraíso en la tierra, como lo halló San Francisco de Asis diciendo: “Mi Dios y mi todo.” “Amemos, pues, aquel único bien que contiene todos los bienes”, como exhortaba San Agustín; y roguemos al Señor diciendo con San Ignacio: “Dadme, Señor, sólo vuestro amor con vuestra gracia, que ya seré bastante rico.” Y cuando estemos sufriendo la pobreza, consolémonos considerando, como dijo San Buenaventura, que Jesús y su Madre fueron también pobres como nosotros⁹¹.

¡Ah Madre mía Santísima!, bien tuvisteis razón para

⁸⁹ Ap. el autor de la vida de María, l. 5, c. 13.
Matth. V, 3.
De Vit. Christ.

decir que en Dios hallábais todo vuestro gozo; porque en este mundo Vos no deseásteis ni amásteis otro bien que a Dios. Señora, desasidme del mundo y atraedme hacia Vos, a fin de que yo no ame más que a aquel único bien que merece exclusivamente ser amado. Amén.

VIII. *De la obediencia de María*

Por el amor que la Virgen tenía a la virtud de la obediencia, en la anunciación del arcángel San Gabriel no quiso darse otro nombre que el de esclava: “He aquí la esclava del Señor.” “Sí, esclava —dice Santo Tomás de Villanueva—, porque esta fiel esclava ni con las obras ni con el pensamiento contradijo jamás al Señor, sino que careciendo de voluntad propia obedeció siempre, y en todo vivía sumisa a la voluntad de Dios”⁹². Ella misma declaró que Dios se había complacido en su obediencia cuando dijo: “Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava”⁹³; porque la humildad de una esclava consiste en estar siempre dispuesta a obedecer. “Con su obediencia —dice San Agustín— reparó la divina Madre el mal que Eva hizo con su desobediencia”⁹⁴. La obediencia de María fue mucho más perfecta que la de todos los demás Santos, porque hallándose todos los hombres inclinados al mal por el pecado original, hallan dificultad en obrar bien;

⁹² Conc. de Annunt.

⁹³ Luc. I, 48.

⁹⁴ Ap. Parap., p. 2, c. 11.

“mas no sucedió así con la bienaventurada Virgen María —escribió San Bernardino—, porque hallándose exenta de la culpa, nada había que pudiese impedirle amar a Dios, sino que fue como una rueda que se movía veloz a todas las inspiraciones divinas”⁹⁵, “por lo que no hizo otra cosa en este mundo —como dice el mismo Santo—, sino observar y practicar lo que era del agrado de Dios”⁹⁶. De ella se dijo: “Mi alma quedó desfallecida al oír la voz de mi amado”⁹⁷. A lo que Ricardo añade que el alma de María era como un metal derretido dispuesta a tomar todas las formas que Dios quería darle.

En efecto, María manifestó bien cuán pronta se hallaba a obedecer, primeramente cuando para complacer a Dios quiso también obedecer al emperador romano, haciendo aquel viaje tan largo de noventa millas desde Nazareth a Belén, en tiempo de invierno, estando encinta y tan pobre que se vio después obligada a parir en un establo. Así también estuvo pronta al aviso de San José, para ponerse luego en camino en aquella misma noche y emprender otro viaje más largo y penoso a Egipto. Aquí pregunta Silveira: “¿Por qué la revelación de la huida a Egipto se hizo a San José y no a la bienaventurada Virgen, que debía experimentar más la fatiga del viaje?” Y contesta: “Para que la Virgen tuviese ocasión de practicar este acto de obediencia a lo que se hallaba tan dispuesta.” Mas, en lo que principalmente demostró su heroica obediencia a

⁹⁵ Serm. 11 a 3, c. 2.

⁹⁶ Tom. 2, S. 40, n. 3, c. 2.

⁹⁷ Cant. V, 6.

la voluntad divina, fue cuando ofreció su Hijo a la muerte con tanta constancia, que, como dijo San Ildefonso, a falta de verdugos, hubiera estado pronta para crucificarle⁹⁸. Así es que sobre las palabras que dijo el Redentor a aquella mujer del Evangelio, cuando exclamó: “Bienaventurado el vientre que te llevó”; y Jesús contestó: “Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la practican”⁹⁹; el venerable Beda escribió que María fue más dichosa por la obediencia a la divina voluntad que por haber sido Madre del mismo Dios¹⁰⁰.

Por esto los que practican la obediencia complacen especialmente a la Virgen. Un día se apareció la misma a un religioso franciscano llamado Acorso, en su misma celda; pero, a pesar de esta visita, éste salió de la celda porque le llamó la obediencia para ir a confesar a un enfermo. Habiendo regresado, encontró a María que le estaba esperando y le alabó mucho su obediencia. Al contrario, reprendió mucho a otro religioso porque oyendo tocar al refectorio se detuvo a concluir unas oraciones¹⁰¹. Y hablando a Santa Brígida de la seguridad que ofrece obedecer al padre espiritual le dijo: “La obediencia introduce a todos en la gloria”¹⁰². “Así es —decía San Felipe Neri—, porque Dios no pide cuenta de las cosas hechas por obediencia, habiendo El mismo dicho: «El que os escucha, me escucha a mí, y el que os desprecia, a mí me despre-

⁹⁸ Ap. Parav., p. 2, c. 12.

⁹⁹ Luc. XI. 28.

¹⁰⁰ C. 49 in Luc.

¹⁰¹ Véase el padre Marcancio: *Diario de la Virgen*

¹⁰² Rev. I. 6, c. 11.-

cia»”¹⁰³. Por fin, la misma Madre de Dios reveló también a Santa Brígida que por el mérito de su obediencia había alcanzado del Señor que todos los pecadores arrepentidos que acudiesen a ella sean perdonados. ¡Ah Reina y Madre nuestra!, rogad a Jesús por nosotros, y alcanzadnos por el mérito de vuestra obediencia el ser fieles en someternos a su voluntad y a los preceptos de nuestros padres espirituales. Amén.

IX. *De la paciencia de María*

Siendo este mundo un lugar de méritos, con razón se llama valle de lágrimas; pues aquí todos estamos puestos para padecer y conquistar con la paciencia la vida eterna a nuestras almas, como ya lo expresó el Señor diciendo: “Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas”¹⁰⁴. Dios nos dio a la Virgen María como modelo de todas las virtudes, pero especialmente como ejemplar de paciencia. San Francisco de Sales hace entre otras esta reflexión, que Jesucristo en las bodas de Caná dio para este fin a la Santísima Virgen aquella contestación con la cual parecía que no hacía caso de sus ruegos, precisamente para ofrecernos un ejemplo de la paciencia de su Santa Madre. Mas ¿qué necesidad hay de citar casos cuando toda la vida de María fue un continuo ejercicio de paciencia, cuando la bienaventurada Virgen vivió siempre entre penas, como el Ángel lo reveló a Santa Brígida?¹⁰⁵ Solamente

¹⁰³ Luc. X. 16.

¹⁰⁴ Luc. XXI. 19.

¹⁰⁵ Serm. Ang., c. 10.

el dolor que sintió por los tormentos del Redentor bastó para hacerla mártir de paciencia; por lo que dijo San Buenaventura: “Crucificada concibió al Crucificado.” Cuánto padeciese en el viaje y permanencia en Egipto, así como durante todo el tiempo que vivió con su Hijo en la tienda de Nazareth, ya lo hemos considerado antes al hablar de sus dolores. Solamente la presencia de María junto a su Hijo moribundo en el Calvario es suficiente para probar cuán constante y sublime fue su paciencia. Entonces fue cuando por el mérito de su paciencia, como dice el beato Alberto Magno, se hizo nuestra Madre y nos parió en la vida de la gracia.

Si deseamos, pues, ser hijos de María, debemos procurar imitar su paciencia. “¿Qué modo mejor —dice San Cipriano—, para enriquecernos de méritos en esta vida y de gloria en la otra, que el sufrir con paciencia las penas?” Dios dijo por boca de Oseas: “Yo cerraré tu camino con espinas”¹⁰⁶, a lo que San Gregorio añade: “Las sendas de los escogidos están circuidas de espinos. Así como se circuye la viña de espinos para conservarla, así Dios rodea de tribulaciones a sus siervos para que no tengan apego a las cosas de la tierra.” Por esto concluye San Cipriano que la paciencia nos libra del pecado y del infierno, y es la que hace los Santos¹⁰⁷, llevando con paz las cruces que nos vienen directamente de Dios, esto es, las enfermedades, la pobreza, etc., lo mismo que las que nos vienen de los hombres, como persecuciones, injurias,

¹⁰⁶ II, 6.

¹⁰⁷ Jac. II, 4.

etc. San Juan vio a todos los Santos con palmas en las manos (señal del martirio); lo que significa que todos los adultos que se salvan han de ser mártires o de sangre o de paciencia. A vista de esto exclama lleno de gozo San Gregorio: "Si conservamos la paciencia, podemos ser también mártires sin hierro." Si sufrimos las penas de esta vida, como dice San Bernardo, con paciencia, con gusto y con alegría, ¡ah!, ¡cómo fructificará en el cielo cada pena sufrida por Dios! Por esto, el Apóstol nos anima a que suframos las breves aflicciones de esta vida¹⁰⁸; y Santa Teresa nos hace estas hermosas advertencias: "El que abraza la cruz no la siente. Cuando alguno se decide a sufrir, la pena se acaba." Cuando nos sentimos, pues, oprimidos bajo el peso de las cruces, acudamos a María, a la cual la Iglesia llama: "Consuelo de afligidos"; y San Juan Damasceno: "Medicamento para todos los dolores de los corazones." ¡Ah Señora mía dulcísima, Vos inocente padecísteis con tanta paciencia, y yo reo del infierno rehusaré padecer! Madre mía, no os pido hoy la gracia de que me libréis de las cruces, sino la de llevarlas con paciencia. Por el amor de Jesús os ruego que me alcancéis esta gracia que espero de Vos.

X. *De la oración de María*

Jamás hubo alma alguna sobre la tierra que practicara con tanta perfección como la bienaventurada Virgen aquel gran precepto de nuestro Salvador:

¹⁰⁸ Apoc. VII, 9.

¹⁰⁹ II Cor. IV, 17.

“Conviene siempre orar y no desfallecer”¹¹⁰. “Nadie mejor que María —dice San Buenaventura— puede presentarnos el ejemplo y enseñarnos la necesidad de la perseverancia en la oración”¹¹¹. El beato Alberto Magno atestigua que en la virtud de la oración fue la divina Madre, después de Jesucristo, la más perfecta de cuantas ha habido ni habrá jamás¹¹². Primeramente, porque su oración fue continua y perseverante. Desde el primer instante de su vida, y del perfecto uso de su razón, como dijimos en el discurso sobre su nacimiento, empezó a orar. Por esto, también a fin de poder dedicarse mejor a la oración, quiso a la edad de tres años encerrarse en el retiro del templo, en donde, además de las horas destinadas a la oración, se levantaba siempre a la media noche para ir a orar delante del altar del templo, como ella misma lo dijo a Santa Isabel virgen¹¹³. A este fin también, y para meditar continuamente las penas de Jesús, según dice Odilon, visitaba con frecuencia los lugares del nacimiento, pasión y sepultura del Señor. Además, su oración fue enteramente recogida, como escribió San Dionisio Cartujano, y exenta de toda distracción y de todo afecto desordenado¹¹⁴.

Por esto la bienaventurada Virgen, estimulada por su amor a la oración, amó tanto la soledad que, como dijo a Santa Brígida, se abstuvo de hablar en el templo

¹¹⁰ Luc. 18, 1.

¹¹¹ In Spec., c. 4.

¹¹² Sup. Mis. 80.

¹¹³ Ap. S. Bon. de Vit. Christ., c. 3.

¹¹⁴ De Laud. Virg. l. 2, art. 8.

hasta con sus santos padres. Reflexionando San Jerónimo sobre las palabras de Isaías: “Una virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emanuel”¹¹⁵, dice que en hebreo la palabra “virgen” significa propiamente *virgen retirada*, de manera que hasta el Profeta vaticinó el amor que María había de tener a la soledad. Ricardo dice que si el Angel dijo aquellas palabras a la Virgen: “El Señor es contigo”, fue en mérito de la soledad que ella tanto amaba¹¹⁶. Y por esto afirma San Vicente Ferrer que la divina Madre nunca salió de su casa sino para ir al templo, y entonces andaba con la mayor compostura, fijos siempre los ojos en tierra¹¹⁷. Por esto, igualmente al ir a visitar a Santa Isabel caminó apresuradamente, con lo que, dice San Ambrosio, “las vírgenes deben aprender a huir del público”. San Bernardo afirmó que el amor de María a la oración y a la soledad hacía que procurase cuidadosamente evitar las conversaciones con los hombres, por lo que el Espíritu Santo la llama *tortolilla*¹¹⁸, palabra que explica Vergelio diciendo: “La tórtola es ave solitaria y designa la virtud unitiva del entendimiento”¹¹⁹. Y de aquí es que la bienaventurada Virgen vivió siempre solitaria en este mundo como en un desierto; y por esto se dijo de ella: “¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo?”¹²⁰. Sobre cuyas palabras escribió el abad

¹¹⁵ C. VII, 14.

¹¹⁶ L. I, c. 6.

¹¹⁷ Serm. in Virg. Nat.

¹¹⁸ Cant. I, 9.

¹¹⁹ Ap. S. Bon. Dist.

¹²⁰ Cant. III, 6.

Ruperto: “Así subiste por el desierto conservando la soledad en tu alma.”

Dice Filón que el Señor no habla a las almas, sino en la soledad; lo que declaró Dios mismo por Oseas: “La conduciré a la soledad y le hablaré al corazón”¹²¹. Por lo que San Jerónimo exclama: “¡Oh soledad en que Dios habla y conversa familiarmente con los suyos!” “Sí —dice San Bernardo—, porque la soledad y el silencio que en ella se goza impelen al alma a salir con el pensamiento de la tierra y a meditar los bienes del cielo.” Virgen Santísima, alcanzadnos el amor a la oración y a la soledad, a fin de que desprendiéndonos del amor de las criaturas podamos aspirar sólo a Dios y al cielo, en donde esperamos veros algún día para alabar siempre y amar juntamente con Vos a vuestro Hijo Jesús, en los siglos de los siglos. Amén.

“Acercaos a mí todos los que estáis prendados de mi amor, y saciaos de mis frutos”¹²². Los frutos de María son sus virtudes.

Ni antes ni después igual tuviste;

Sola a Dios sin ejemplo complaciste¹²³.

¹²¹ C. II, 14.

¹²² Eccli. XXIV, 26.

¹²³ Sedulius. -

VARIOS OBSEQUIOS
DE DEVOCIÓN
A MARIA SANTÍSIMA
CON EL MODO DE PRACTICARLOS

“La Reina del cielo es tan generosa y agradecida —dice San Andrés Cretense— que en recompensa de los más pequeños servicios otorga grandes favores”¹. Sin embargo, para ser así recompensado se necesitan dos cosas: la primera, que le ofrezcamos nuestros obsequios con el alma limpia de pecados; de lo contrario María nos daría la misma contestación que dio a un soldado vicioso, el cual, según refiere San Pedro Celestino², cada día practicaba algún acto de devoción en su honor. Un día que estaba sufriendo mucha hambre se le apareció la Virgen y le presentó algunas viandas exquisitas, pero dentro de una vasija tan sucia, que él no se atrevió a gustarlas. “Yo soy —le dijo

¹ Or. 2 de Dorm. Virg.

² Opusc., c. 23.

entonces María — la Madre de Dios que he venido a socorrer tu hambre.” “Pero en esta vasija —respondió el soldado—, no me atrevo a comer.” “Y ¿cómo quieres —replicó la Virgen— que yo acepte tus devociones ofreciéndomelas con un alma tan cargada de vicios? Al oír estas palabras el soldado se convirtió, se hizo ermitaño, vivió por espacio de treinta años en el desierto y apareciéndosele otra vez la Virgen a la hora de su muerte le llevó al cielo. He dicho en la primera parte que es imposible, moralmente hablando, que un devoto de María se condene; pero esto se entiende con la condición de que este viva sin pecados o a lo menos que desee salir de ellos, porque entonces María le ayudará. Al contrario, si alguno quisiese pecar con la esperanza de que la Santísima Virgen le salvará, por su culpa se haría indigno e incapaz de que la misma le protegiese. La segunda condición consiste en perseverar en la devoción de María. “Sólo la perseverancia —dice San Bernardo—, merece la corona”³. Tomás de Kempis acostumbraba en su juventud dirigir algunas oraciones a la Virgen; mas dejó de rezarlas un día, después por espacio de algunas semanas, y por último las dejó enteramente. Una noche vio en sueños a María que abrazaba a sus compañeros, pero llegando a él: “¿Qué esperas —le dijo—, tú que has dejado tus devociones? Apártate, que eres indigno de mis abrazos.” Tomás se despertó amedrentado y repitió sus acostumbradas oraciones. Luego dijo bien Ricardo: “El que acuda a María con perseverancia será bienaventurado en su esperanza, porque alcanzará cuanto

³ Ep. 129.

deseare”⁴. Mas como ninguno puede estar seguro de esta perseverancia, por esto nadie puede estar cierto de su salvación hasta la muerte. No deja de ser, pues, una lección bien memorable la que el hermano Juan Berkmans dio al morir a sus compañeros, cuando pidiéndole les dijera qué devociones podían practicar más agradables a la Virgen para alcanzar su protección, contestó: “Cualquiera, por mínima que sea, con tal que se haga constantemente.” Por lo mismo añado aquí al fin simple y sucintamente varias devociones que podemos hacer a nuestra Madre para conseguir su gracia, las cuales forman, a mi ver, la parte más útil de esta obrita. Pero no encargo tanto a mi amado lector que las practique todas, cuanto que practique con perseverancia las que eligiere, y que las practique con temor de perder la protección de la divina Madre si después se olvida de continuarlas. ¡Ah!, ¡cuántos se hallan ahora en el infierno que se hubieran salvado si hubiesen continuado haciendo a María las devociones que una vez habían empezado!

OBSEQUIO I

Del Ave María

La Virgen Santísima agradece mucho esta salutación angélica, porque entonces parece que se le renueva el gozo que experimentó cuando San Gabriel le anunció que sería Madre de Dios. Por esto, y a este fin,

⁴ Lib. 2, p. 48.

debemos saludarla con frecuencia con el *Ave María*. “Saludadla con la Salutación angélica —dice Tomás de Kempis—, porque oye esta voz con mucho gusto”⁵. La misma divina Madre dijo a Santa Matilde que no podía dirigírsele una Salutación mas agradable. El que saluda a María, será a su vez saludado por ella. San Bernardo oyó una vez de un modo muy inteligible que una imagen de la Virgen le saludaba diciéndole: Dios te salve, Bernardo”⁶. “La salutación de María —dice San Buenaventura— consiste en alguna gracia con que ella corresponde siempre a quien la saluda. Nos saludará gustosa con la gracia, si con agrado la saludamos con el *Ave María*”⁷. Y Ricardo añade: “¿Por ventura podrá negar la gracia al que se llega a la Madre del Señor diciéndole: *Ave María*?” La misma Virgen prometió a Santa Gertrudis tantos auxilios en la muerte, cuantas *Ave Marías* ella le hubiese dicho. El beato Alano afirmaba que así como al decirse esta oración el cielo se alegra, así tiembla y huye el demonio; y Tomás de Kempis atestigua por experiencia que al decir *Ave María*, luego huyó el demonio que una vez se le había aparecido⁸.

La práctica de este obsequio consiste:

1.º En decir cada mañana al levantarse, y por la noche al acostarse tres *Ave Marías* postrado en tierra o a lo menos arrodillado, añadiendo a cada una aquella breve oración: “Por vuestra pura e inmaculada con-

⁵ Serm. 31 ad Nov.

⁶ Marc. 20 Ang.

⁷ Vide Auriem. off Scamb. t. 1, c. 6.

⁸ Serm. 1 ad Nov.

cepción, oh María, purificad mi cuerpo y santificad mi alma"; pidiendo luego la bendición a María como Madre nuestra, conforme lo hacía siempre San Estanislao; y poniéndose en fin bajo la protección de Nuestra Señora, rogándole que nos guarde de pecar en aquel día o noche que sigue. Al efecto es bueno tener junto a la cama una hermosa imagen de la Virgen.

2.º En decir el *Angelus Domini*, etc., con las tres *Aveurias* de costumbre por la mañana, mediodía y noche. El primero que concedió indulgencias a esta devoción fue Juan XXII en ocasión, según refiere el padre Crasset⁹, de que hallándose un reo condenado a la hoguera, por haber invocado a María en la vigilia de su Anunciación, quedó ileso en medio de las llamas hasta en sus vestidos. Ultimamente Benedicto XIII concedió cien días de indulgencia al que rezare el *Angelus*, y al cabo del mes indulgencia plenaria confesando y comulgando. El padre Crasset habla de otras indulgencias concedidas por Clemente X al que al fin de cada *Ave María* añada: "Gracias a Dios y a María"¹⁰. Antes todos se arrodillaban cuando sonaba la campana para rezar el *Angelus*, de lo que parece se avergüenzan algunos ahora. Pero San Carlos Borromeo no se ruborizaba de apearse de la carroza o del caballo para rezarlo en la calle, y algunas veces en medio del lodo. Refiérese de un religioso que no queriéndose arrodillar al toque de las *Ave Marias* vio que el campanario se inclinó tres veces, oyendo al propio tiempo una voz que dijo: "Tú no haces lo que

⁹ Tom. 1, tr. 6, part. 2.

¹⁰ Loc. cit.

practican las criaturas insensibles.” Es de advertir que, según ha explicado Benedicto XIV, en el tiempo pascual en lugar del *Angelus* se reza en pie la antífona *Regina coeli*, etc., y desde las vísperas del sábado y todos los domingos del año se dice el *Angelus* también de pie.

3.º En saludar a la Madre de Dios con el *Ave María* cada vez que se oye sonar la hora en el reloj. Alfonso Rodríguez saludaba a María cada hora; y de noche los Angeles le despertaban a fin de que no dejase esta devoción.

4.º En saludar a la Virgen con el *Ave María* al salir de casa y al entrar en ella, para que fuera y dentro nos preserve de pecados, besándole cada vez los pies, como acostumbran hacerlo los religiosos Cartujos.

5.º En reverenciar con el *Ave María* las imágenes de la Virgen que encontremos; y al efecto el que pueda haga colocar en las paredes exteriores de su casa una hermosa imagen de María, a fin de que las personas que pasen por la calle la saluden. En Nápoles, y más aún en Roma, se ven hermosísimas imágenes de Nuestra Señora por las calles, puestas por los devotos.

6.º La Santa Iglesia ordena que todas las horas canónicas del oficio empiecen con la salutación angélica, y que también terminen con ella; por lo que será útil que en el principio y en el fin de cada acción se diga siempre un *Ave María*. Digo de cada acción, ya sea espiritual, como la oración, la confesión, la comunión, la lectura espiritual, el oír el sermón y otras semejantes; ya temporal, como el estudio, el dar consejo, el trabajo, el ir a la mesa, el acostarse, etc. ¡Dichosas las acciones que estarán encerradas entre dos *Ave Marías*!

Asimismo al despertarse por la mañana, al cerrar los ojos para dormir, en cualquiera tentación, en todo peligro, en cualquier ímpetu de cólera y otros semejantes, dígame siempre una *Ave María*. Practica, pues, mi amado lector, esta devoción y verás la grande utilidad que reportarás de ello; advirtiéndole que por cada *Ave María* se ganan veinte días de indulgencia¹¹. Además, el padre Auriema refiere² que la Virgen Santísima prometió a Santa Matilde una buena muerte si rezase cada día tres *Ave Marías* a su poder, sabiduría y bondad; y dijo también la misma a la beata Juana de Francia, que el *Ave María* le era en extremo agradable, especialmente diciéndola diez veces en honor de sus diez virtudes, como puede verse en Marracio, el cual habla de las muchas indulgencias concedidas a estas diez *Ave Marías*¹³.

OBSEQUIO II

De las Novenas

Los devotos de María celebran con mucha atención y fervor las Novenas de sus festividades, en las que la Santísima Virgen dispensa con el más acendrado amor sus innumerables y especialísimas gracias. Santa Gertrudis vio un día debajo el manto de la divina Madre una multitud de almas, a las que la excelsa Reina

¹¹ Ap. Viva, de Indul., pár. últ.

¹² Loc. cit.

¹³ Ap. Marrac. p. 25.

contemplaba con mucho afecto, y comprendió que aquéllas eran las que en los días anteriores se habían preparado con ejercicios devotos para la fiesta de la Asunción. Los ejercicios que pueden practicarse en las Novenas son los siguientes:

1.º Hacer oración mental por mañana y tarde, visitar al santísimo Sacramento, añadiendo nueve *Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patri*.

2.º Hacer tres visitas a María delante de alguna de sus imágenes, dando gracias al Señor por los privilegios que concedió esta Señora, pedir cada vez a la Virgen alguna gracia especial y en una de estas visitas leer la oración que se halla arriba y va continuada al fin de cada una de sus fiestas.

3.º Hacer muchos actos de amor (a lo menos ciento o cincuenta a María y a Jesús), pues no podemos practicar cosa que sea más de su agrado que amar a su Hijo, como ella mismo lo dijo a Santa Brígida: “Si quieres obligarme, ama a mi Hijo Jesús.”

4.º Leer cada día de la Novena durante un cuarto de hora algún libro que trate de las glorias de la Virgen.

5.º Imponerse algunas mortificaciones exteriores, como el cilicio, la disciplina u otra semejante, con el ayuno o absteniéndose en la mesa de frutas u otro manjar delicado, a lo menos en parte, mascando también alguna yerba amarga; y después en la vigilia de la fiesta ayunar a pan y agua; pero todo esto debe hacerse siempre con licencia del padre espiritual. Las mejores mortificaciones que pueden practicarse con estas Novenas son las interiores, como abstenerse de mirar y oír por curiosidad, estar retirado, guardar silencio, obedecer, no contestar con impaciencia, sufrir

con resignación en las adversidades y otras cosas semejantes, que pueden practicarse con menos peligro de vanagloria y mayor mérito sin necesitarse la licencia del confesor. El ejercicio mas útil consiste en proponerse desde el principio de la Novena el corregirse de algún defecto a que suele ser más propensa la persona que la hace. Para conseguirlo es bueno en cada una de dichas tres visitas pedir perdón de las caídas pasadas, renovar el propósito de no caer más, e implorar el auxilio de María. El obsequio más agradable a la Virgen es el imitar sus virtudes; por lo que a más de esto será útil en cada Novena proponerse imitar alguna virtud especial de María, la que se adapte más al misterio, como por ejemplo, en la fiesta de la *Concepción*, la pureza de intención; en el *Nacimiento*, la renovación del espíritu saliendo de la tibieza; en la *Presentación*, el desprendimiento de alguna cosa a la que conozcamos tenemos más afición; en la *Anunciación*, la humildad en sufrir los desprecios, etc.; en la *Visitación*, la caridad con el prójimo, haciendo limosnas, etc., a lo menos rogando por los pecadores; en la *Purificación*, la obediencia a los superiores, y en la *Asunción*, en fin, practicar el desprendimiento de las cosas terrenas y prepararse para la muerte procurando vivir como si cada día fuese el último de nuestra vida. De este modo las Novenas producirán muy buenos resultados.

6.º Además, después de la comunión en el día de la fiesta, es bueno pedir con más frecuencia el permiso al padre espiritual para comulgar durante el curso de la Novena. El padre Señeri decía que no podemos honrar mejor a María que estando con Jesús. Y la misma

Virgen reveló a una alma santa, como refiere el padre Crasset¹⁴, que no se le puede ofrecer cosa más agradable que la sagrada comunión, porque allí Jesucristo recoge en las almas el fruto de su Pasión. Parece que la Virgen Santísima está suspirando porque comulguen sus fieles siervos, y les convida a este banquete diciéndoles: *Venid y comed mi pan y bebed el vino que os tengo preparado.*

7.º Por último, en el día de la fiesta, después de la comunión, debemos ofrecernos a servir a esta divina Madre, pidiéndole la gracia de la virtud que nos hayamos propuesto en la Novena u otra gracia especial. Y es bueno destinar cada año entre las otras alguna festividad de la Virgen, a la que tengamos mayor devoción y afecto, y prepararse en ésta de un modo particular a fin de poder dedicarnos nuevamente, y de un modo más especial, a su servicio, eligiéndola por nuestra Reina, Abogada y Madre¹⁵. Y entonces le pediremos perdón de las faltas en que incurrimos sirviéndola el año pasado, y le prometeremos hacerlo con mayor fidelidad para el año siguiente. Le rogaremos, en fin, que nos acepte por siervos y nos alcance una santa muerte.

¹⁴ Tom. 2, tr. 6, part. 6.

OBSEQUIO III

Del Rosario y del Oficio Parvo

Nadie ignora que la devoción al Santísimo Rosario se la reveló a Santo Domingo la misma Madre de Dios. Triste y afligido el Santo, al ver los estragos que los herejes albigenses causaban a la Iglesia, se lamentaba en presencia de María. La Soberana Señora le dijo un día: “Esta tierra permanecerá siempre estéril mientras no la riegue el rocío del cielo”. Al mismo tiempo entendió el Santo que la lluvia a que aludía la Virgen era la devoción al Santo Rosario, que él debía propagar. Así lo hizo, y con sus predicaciones consiguió que la abrazaran todos los católicos; por manera que en la actualidad no hay devoción, ni más universal, ni más generalmente practicada por los fieles, que esta del Santo Rosario.

Los herejes modernos, tales como Calvino, Bucero y otros, han hecho grandes esfuerzos para desacreditarla, y nada han conseguido; porque harto conocidas son de todo el mundo las singulares ventajas que se reportan de esta devoción nobilísima.

¡Cuántos, merced a ella, se han visto libres de sus pecados!, ¡cuántos han comenzado a llevar vida santa!, ¡cuántos por este medio alcanzaron una buena muerte y se salvaron! Bastará leer los libros que tratan de esto; mas para nosotros debe bastarnos el saber que esta devoción está aprobada por la Santa Iglesia y que los Soberanos Pontífices han enriquecido con muchas indulgencias.

Para ganar las indulgencias del Rosario es menester que mientras se reza se mediten los misterios, según van señalados en muchos libros de piedad; los que no lo saben, bastará que mediten algún paso de la vida y pasión de Jesucristo, como la flagelación, la muerte, etc. Es necesario también rezar el Rosario con devoción; pues según una revelación hecha a la B. Eulalia, la bienaventurada Virgen prefiere que se recen cinco decenas despacio y con devoción, que los quince con precipitación y ningún fervor.

Por esto no estará de más el rezar el Rosario de rodillas y delante de alguna imagen de María, comenzando cada decena con un acto de amor a Jesús y a María, pidiéndoles a la vez alguna gracia especial. Adviértase además que es más provechoso rezar el Rosario en compañía de otros que en particular.

El Oficio Parvo de la Virgen dicen que lo compuso San Pedro Damiano. A los que lo recen concedió Urbano II muchas indulgencias. También le es muy agradable el rezo de las *Letanías*, así como el himno *Ave Maris Stella*, que cada día rezaba Santa Brígida por orden de la Virgen; y, sobre todo, el cántico del *Magnificat*, puesto que al rezarlo alabamos a Dios con las mismas palabras que Ella empleó para glorificarle.

OBSEQUIO IV

Del ayuno

Muchos son los devotos de María que suelen ayunar en su honor los sábados y las vigiliass de sus fiestas principales. La Santa Iglesia ha dedicado el día del

sábado a honrar de modo especial a María; porque, como dice San Bernārdo, “la Virgen Santísima perseveró constante en la fe, el sábado que siguió a la muerte de Jesús, y por eso convenía que la Iglesia celebrase de especial manera en honor de María todos los sábados del año”. Apoyados en esto los siervos de esta augusta Señora la obsequian en este día con alguna particular devoción, especialmente ayunando.

Tengo yo para mí que difícilmente se condenará el que practique esta devoción, no porque si llega a morir en pecado mortal le libre la Virgen del infierno por un milagro, como acaeció al capitán de bandidos, que estos prodigios de la divina misericordia raras veces acontecen, y fuera locura insigne el apoyar en ellos la esperanza de nuestra eterna salvación; lo que digo es que los que honran a María con este obsequio fácilmente alcanzarán la perseverancia final en la gracia de Dios y una buena muerte.

Todos los miembros de nuestra humilde Congregación, a lo menos los que tienen fuerzas para ello, ayunan todos los sábados a pan y agua en honor de María. Digo los que se sienten con fuerzas, porque si alguno, por motivos de salud, no puede ayunar con tanto rigor, bastará que se contente los sábados con un solo plato, o bien que ayune como de ordinario, o se abstenga de frutas o de otros manjares sabrosos al paladar.

A estas abstinencias convendría añadir los sábados algunos especiales obsequios en honor de la Virgen, tales como oír la santa Misa, o comulgar o visitar alguna imagen de María, y otros semejantes. En las vigiliās de las siete fiestas principales de la Virgen sus

fieles devotos deben procurar ayunar como mejor puedan, atendidas sus fuerzas corporales.¹⁶

OBSEQUIO V

De las visitas a las imágenes de María

Dice el padre Segneri que el demonio, para compensarse de las pérdidas que ha sufrido con la destrucción de la idolatría, no ha hallado mejor medio que excitar a los herejes a perseguir las sagradas imágenes; mas la Santa Iglesia las ha defendido hasta con la sangre de sus mártires, y la Madre de Dios no ha cesado de multiplicar sus prodigios para manifestarnos cuán de su agrado es el que honremos y visitemos sus sagradas imágenes.

Cuando a San Juan Damasceno le cortaron la mano por haber defendido con sus escritos las imágenes de María, esta augusta Señora milagrosamente se la restituyó. Refiere el padre Spinelli que había en Constantinopla una imagen de María cubierta con un velo, el cual se descorría por sí solo al comenzar las vísperas del viernes, y por sí solo se tornaba a correr después de las vísperas del sábado. Estando cierto día San Juan de Dios ante una imagen de María, se abrió por sí solo el velo que la cubría; mas creyendo el sacristán que el Santo era un ladrón, le dio un puntapié, pero el pie le quedó seco en el acto.

Todos los devotos de María tienen la piadosa cos-

¹⁶ También este obsequio penitencial tiene vinculado indulgencia parcial, lo mismo que la limosna.

tumbre de visitar con grandes demostraciones de afecto y devoción las imágenes de María y las iglesias dedicadas a su culto. Estas son las verdaderas ciudades de refugio, dice San Juan Damasceno, donde estaremos al abrigo de las tentaciones y de los castigos merecidos por nuestros pecados. Lo primero que hacía el emperador San Enrique, al entrar en una ciudad, era visitar alguna iglesia de María. El padre Tomás Sánchez jamás volvía a su convento sin haber antes visitado alguna iglesia dedicada a la Virgen.

No debemos, pues, considerar como cosa de gran trabajo el visitar todos los días a nuestra augusta Reina en alguna iglesia o capilla o en nuestra propia casa, en donde no estaría de más el erigir a su imagen un pequeño oratorio en un lugar retirado, adornado con flores y colgaduras y provisto de lámparas o cirios, y rezar en su presencia las letanías, el rosario y otras oraciones. Con este fin he compuesto un librito, impreso ya ocho veces, para hacer todos los días del mes la visita al Santísimo Sacramento y a María Santísima. Es también muy de alabar que los devotos de la Virgen mandaran celebrar en alguna iglesia o capilla con cierta solemnidad las fiestas principales de María, haciéndolas preceder de una novena con sermón y exposición del Santísimo Sacramento.

Creo que será de gran provecho el trasladar aquí lo que refiere el padre Spinell en el número 65 de su obra *Los milagros de la Virgen*. En la vigilia de Pentecostés del año 1611 se había reunido gran concurso de gente en el célebre santuario de María, llamado *Montevergine*. Habiéndose entregado la multitud a bailes, embriagueces y deshonestidades, quedaron profanadas

las fiestas religiosas. De repente estalló un formidable incendio en la casa donde los profanadores se habían reunido, y, como era de tablas, en menos de hora y media quedó reducida a cenizas, muriendo en la catástrofe más de 1.500 personas. Cinco que sobrevivieron depusieron, bajo fe de juramento, que habían visto a la Madre de Dios con dos antorchas encendidas poniendo fuego al edificio.

Suplico, pues, con mucho encarecimiento a los devotos de María que se abstengan de ir a tales romerías y procuren disuadir a otros el asistir a semejantes fiestas; porque en ellas más provecho saca el demonio, que honra y gloria la Madre de Dios. El que tenga devoción de visitar los santuarios de María, que lo haga cuando entienda que no hay concurso y aglomeración de gentes.

OBSEQUIO VI

Del Escapulario

Así como los grandes del mundo tienen a grande honra y gloria el que otros hombres lleven su librea, así también María Santísima se complace en que sus devotos y fieles servidores vistan su escapulario, para dar testimonio de que están consagrados a su servicio y que pertenecen a la familia de la Madre de Dios. Los herejes modernos se ríen maliciosamente de esta devoción; pero la Santa Iglesia la ha aprobado por muchas Bulas, y la ha enriquecido con el tesoro de las indulgencias.

Hablando del Escapulario del Carmen, Lezana y el padre Crasset dicen que por los años de 1251 se apareció la Santísima Virgen a San Simón Stock, natural de Inglaterra, y dándole el escapulario le dijo que los que lo llevasen se verían libres de la condenación eterna. “Recibe, hijo mío amadísimo — fueron las palabras que le dirigió la Virgen —, recibe este Escapulario de tu Orden en señal de alianza conmigo, y como privilegio para ti y para todos los religiosos del Carmelo. El que muera vistiendo este hábito, no padecera los eternos tormentos del infierno”.

Refiere además el padre Crasset que en otra ocasión se apareció la Virgen al Papa Juan XXII y le mandó que hiciese saber a todos los que llevasen este santo hábito que se verían libres del Purgatorio el sábado siguiente al día de su muerte.

OBSEQUIO VII

De las Cofradías de la Santísima Virgen

Gentes hay que reprueban las Cofradías, diciendo que a las veces engendran discordias y que muchos entran en ellas por miras humanas. Mas así como no se reprueba el entrar en la iglesia y recibir los sacramentos, no obstante el abuso que algunos hacen de ellos, así tampoco se han de condenar las Congregaciones marianas. Los Soberanos Pontífices, lejos de reprobirlas, les han tributado grandes elogios y enriquecidolas con muchas indulgencias. San Francisco de

Sales exhortaba con mucho encarecimiento a los seglares que se alistasen en las Cofradías. ¿Qué no hizo San Carlos Borromeo para fundarlas y multiplicarlas? En las instrucciones sinodales que compuso, insistiendo sobre este punto exhorta a los confesores que con todas sus fuerzas persuadan a sus penitentes que se inscriban en alguna Cofradía. Sobrada razón tenía para obrar así, porque estas Asociaciones piadosas, especialmente las que tienen por fin honrar a María, son otras tantas arcas de Noé, en las cuales hallan los pobres seglares un lugar de refugio que los preserve del diluvio de tentaciones y pecados que inundan al mundo. En nuestras misiones hemos palpado, como con la mano, la utilidad de estas Congregaciones. Ordinariamente hablando, peca más un hombre solo que no pertenece a ninguna Cofradía, que veinte que las frecuentan.

Puede con toda verdad decirse que las Congregaciones son como la torre de David; y *y la torre de David* —dice la Escritura—, *que está ceñida de baluartes, de la cual pueden mil escudos, arneses todos de valientes* (Cant. 4, 4). Esta es precisamente la razón por la cual se saca tanto provecho de las Cofradías, porque los congregantes hallan en ellas muchas armas para combatir al infierno y ponen en práctica, para perseverar a la gracia de Dios, muchos medios que fuera de las Congregaciones con gran dificultad ejercitarán los seglares.

1. Uno de los principales medios de salvación es meditar las verdades eternas. *Acuérdate de tus postrimerías* —dice el Espíritu Santo—, *y nunca jamás pecarás* (Eccli. 7, 40). Y si son tantos los que se condenan, es porque no piensan en ellas. *Está horrorosamente*

desolada toda la tierra —dice Jeremías—, *porque no hay nadie que reflexione en su corazón* (Jer. 12, 11). Por el contrario, los que frecuentan las Congregaciones tienen costumbre de pensar en las grandes verdades de la fe, por las lecturas y meditaciones que hacen y por los sermones que oyen. *Mis ovejas* —dijo Cristo— *oyen mi voz* (Jn. 10, 27).

2. Para alcanzar la salvación es también necesario encomendarse a Dios. *Pedid y recibiréis* (Jn. 16, 24), dice Jesucristo, y en las Cofradías hacen esto los cofrades con mucha frecuencia, y Dios atiende a sus ruegos con especial complacencia, pues ha prometido a la oración hecha en común más abundantes gracias. *Si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos* (Mt. 18, 10). Sobre estas palabras dice San Ambrosio la siguiente reflexión: “Muchos que, separados, parecen débiles y flacos, unidos entre sí se tornan fuertes y poderosos, y es imposible que Dios no escuche las oraciones de muchos que a la vez imploran su favor.

3. En las Asociaciones piadosas hay más facilidad de frecuentar los sacramentos, tanto por virtud del reglamento, cuanto por el buen ejemplo de los demás asociados. Con esto se obtiene más fácilmente la perseverancia en la gracia de Dios; pues según declaración del Sagrado Concilio de Trento, “la santa Comunión es como un antídoto que nos libra de las faltas ordinarias y nos preserva de las mortales”.

4. Además de la frecuencia de sacramentos, en las Congregaciones se ejercitan las virtudes de mortificación, humildad, caridad para con los pobres y con los

cofrades enfermos. No estaría de más que en todas las Cofradías se introdujera la costumbre de asistir a los enfermos pobres de la localidad.

OBSEQUIO VIII

De la limosna en honor de María

Los devotos de María acostumbran, especialmente en el día del sábado, a hacer limosna en honor de la divina Madre. San Gregorio habla en sus *Diálogos* de un santo zapatero, llamado Deodato, quien el sábado distribuía entre los pobres todo lo que había ganado en la semana; por lo que una alma santa vio, en una visión, un suntuoso palacio que Dios preparaba en el cielo para este siervo de María, y que no se construía sino en el día del sábado. San Gerardo jamás negaba cosa alguna que se le pidiese en nombre de María. El padre Martín Gutiérrez, de la Compañía de Jesús, hacía lo mismo, por lo que después confesó que no había pedido gracia alguna a María que no se la hubiese alcanzado. Habiendo este siervo de María sido muerto por los Hugonotes, la divina Madre apareció a sus compañeros con algunas vírgenes, a las cuales hizo envolver el cuerpo con una sábana, y se lo llevó¹⁷. Lo mismo practicaba Eberardo, obispo de Salisburgo; y por esto un santo monje le vio en figura de un niño en los brazos de María, la cual le dijo: “Este es mi hijo

¹⁷ Ap. P. Pepe, tom. 5, lec. 245 in fin.

Eberardo, que jamás me negó nada.”. Lo mismo hacía Alejandro de Ales, el cual, instado en nombre de María por un lego de San Francisco para que se hiciese franciscano, dejó el mundo y entró en esta religión¹⁸. Complázcanse, pues, los devotos de la Virgen en dar cada día en su honor una pequeña limosna, y en aumentarla el sábado. Y si sus facultades no se lo permitieren, hagan a lo menos por amor de María alguna obra otra obra de caridad, como asistir a los enfermos, rogar por los pecadores, por las almas del purgatorio, etc. Las obras de misericordia son muy agradables al corazón de esta piadosa Madre.

OBSEQUIO IX

De la frecuente invocación a María

Yo afirmo que entre todas las prácticas de devoción ninguna es tan agradable a nuestra Madre como que acudamos con frecuencia a su intercesión pidiéndole su auxilio en todas las necesidades particulares, como para tomar o dar consejo, o en los peligros, en las aflicciones y tentaciones, especialmente en las tentaciones contra la pureza. Entonces la divina Madre nos librará ciertamente de ellas acudiendo nosotros a rezar la antífona: “Bajo tu amparo” o el *Ave María*, o invocando solamente el santo nombre de María, que tiene una fuerza particular contra los demonios. El beato

¹⁸ P. Auriem., tom. 1, cap. 12.

Santi, franciscano, en una tentación contra la pureza, acudió a María, y apareciéndosele luego la Virgen le puso la mano sobre el pecho y le libró. También aprovecha entonces besar o estrechar el rosario entre las manos, o el escapulario, o mirar alguna imagen de la divina Madre. Sépase también que Benedicto XIII concedió cincuenta días de indulgencia al que pronuncia los nombres de Jesús y de María.

OBSEQUIO X

Por décimo y último obsequio reúno aquí otras varias prácticas que pueden observarse en honor de María.

1.º Celebrar o hacer celebrar, o a lo menos oír misa en honor de la Virgen. Es verdad que el santo sacrificio de la misa sólo puede ofrecerse a Dios, a quien principalmente se ofrece en reconocimiento de su supremo dominio; pero esto no impide, como dice el sagrado concilio de Trento¹⁹, que pueda ofrecerse al propio tiempo a Dios, para darle gracias por los favores que ha dispensado a los Santos y a su divina Madre, a fin de que celebrando su memoria se digne interceder por nosotros. Y por esto se dice en la misa: “Para que a ellos les sirva de gloria y a nosotros nos aproveche para nuestra salvación.” Este obsequio de la misa, así como el de decir tres *Padre nuestros*, *Ave Marías* y *Gloria* a la santísima Trinidad, en acción de gracias por las conce-

¹⁹ Sess. 22, c. 3.

didadas a María, le agrada particularmente, como lo reveló ella misma a un alma piadosa; porque no pudiendo la Virgen dar suficientemente gracias al Señor por todas las prerrogativas que le concedió, aprecia mucho que sus hijos la ayuden a practicarlo.

2.^o Reverenciar a los Santos más allegados a María, como San José, San Joaquín, Santa Ana. La misma Virgen recomendó a un noble la devoción a Santa Ana, su madre²⁰. Venerar también a los Santos más devotos de la divina Madre, como San Juan Evangelista, San Juan Bautista, San Bernardo, San Juan Damasceno, defensor de sus imágenes, San Ildefonso, defensor de su virginidad, etc.

3.^o Leer cada día algún libro que trate de las glorias de María. Predicar, o a lo menos insinuar a todos, especialmente a sus allegados, la devoción a la divina Madre. Un día dijo la Virgen a Santa Brígida: “Haz que tus hijos sean hijos míos.” Rogar cada día por los vivos y difuntos más devotos de María.

Hay otras muchas indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices a los que honran de varias maneras a esta Reina del Cielo.

1.^a. Al que dijese: “Sea bendita la Santa e Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María”, están concedidos cien años de indulgencia; y cuando después de la palabra *inmaculada*, se añade *y purísima*, según dice el padre Crasset, hay concedidas otras indulgencias para las almas del purgatorio.

2.^a Cuarenta días a la *Salve*.

3.^a Doscientos a las *Letanías*.

²⁰ Barry. Par. ap.

4.^a Veinte días al que inclinare la cabeza a los santos nombres de Jesús y de María.

5.^a Al que dijere cinco *Padre nuestros* y *Ave Marías* a la Pasión de Jesús y a los dolores de María, diez mil años. Para comodidad de las almas devotas quiero notar aquí otras indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices a otras devociones.

1.^a Tres mil ochocientos años al que oyere misa.

2.^a Al que hiciere los actos cristianos con el propósito de recibir los Santos Sacramentos en vida y a la hora de la muerte, Benedicto XIII concedió siete años; y continuándolos por un mes, indulgencia plenaria aplicable a las almas del purgatorio, y a sí mismo en el artículo de la muerte.

3.^a Al que rezare quince *Padre nuestros* y *Ave Marías* por los pecadores, la remisión de la tercera parte de los pecados.

4.^a Al que hace media hora de oración mental al día, el papa Benedicto XIV concedió muchas indulgencias, y plenaria una vez al mes confesando y comulgando.

5.^a Al que rezare la oración *Anima Christi*, etc., trescientos días.

6.^a Al que acompañare al Viático, cinco años, y seis si lo hiciese con luces, y si no pudiere, rezando un *Padre nuestro* y *Ave Marías*, cinco días.

7.^a Al que se arrodillare delante del santísimo Sacramento, doscientos días.

8.^a Al que besare la cruz, un año y cuarenta días.

9.^a Al que inclinare la cabeza al *Gloria*, treinta días.

10. A los sacerdotes que antes de la misa rezaren: *Ego volo celebrare missam*, etc., cincuenta días.

11. Al que besare el hábito de los religiosos, cinco años. Se pueden leer otras indulgencias en el padre Viva²¹. Procure, pues, cada uno disponerse para ganar estas indulgencias con un acto de contrición.

Omito otras devociones que se hallan en varios libros, como de los *Siete Gozos*, de los *Doce Privilegios de María* y otras semejantes, y concluyo esta obra con las bellas palabras de San Bernardo²²: “¡Oh mujer bendita entre todas las mujeres, Vos sois la honra del género humano, la salud de nuestro pueblo! Vos tenéis un mérito sin límites, y un entero poder sobre todas las criaturas. Sois la Madre de Dios, la Señora del mundo, la Reina del Cielo. Sois la Dispensadora de todas las gracias, el ornamento de la santa Iglesia, el modelo de los justos, el consuelo de los Santos y la raíz de nuestra redención. Sois la alegría del paraíso, la puerta del cielo, la gloria de Dios. He aquí cuanto hemos podido decir en vuestra alabanza. Os suplicamos, pues, oh Madre de bondad, que supláis nuestras flaquezas, que disimuléis nuestro atrevimiento, que aceptéis nuestros servicios y que bendigáis nuestras fatigas, imprimiendo en el corazón de todos vuestro amor, a fin de que después de haber honrado y amado a vuestro Hijo sobre la tierra, podamos alabarle y bendecirle eternamente en el cielo. Amén.”

Y con esto, lector mío querido y hermano amante de nuestra Madre María, te dejo y digo: continúa alegremente en honrar y amar a esta buena Señora; procura también hacerla amar de cuantos puedas, y no

²¹ Append. Indulg. in calce Trat., pár. últ.

²² Serm. 61.

vaciles; confía seguramente en que si perseverares en la verdadera devoción a María hasta la muerte, indudablemente te salvarás. Concluyo, pues, no porque no me quede todavía que decir de las glorias de esta gran Reina, sino para no molestarte más. Lo poco que he escrito, bien puede bastarte para que te enamores de este gran tesoro de la devoción a la Madre de Dios, a lo que ella no dejará por cierto de corresponder con su poderoso patrocinio. Agradece, pues, el deseo que me ha animado en esta obra y de verte salvo y santo, y convertido en hijo amante y devoto de esta amabilísima Reina. Y si conoces que este libro mío haya contribuido algún poco a ello, por caridad te ruego que me encomiendas a María, y que le pidas para mí aquella gracia que yo para ti le pido, a saber, que algún día nos veamos juntos en el Cielo a sus pies, reunidos con todos los demás hijos suyos.

Y vuelto finalmente a Vos, Oh Madre de mi Señor, o Madre mía María, os suplico que os sea agradable este mi pobre trabajo, y el deseo que he tenido de veros alabada y amada de todos. Vos no ignoráis cuánto he deseado concluir esta obrita de vuestras glorias antes que se acabara mi vida, la que ya se aproxima a su fin. Ahora digo que muero contento, dejando en la tierra este libro que continuará en alabaros y predicaros, como he procurado hacerlo siempre durante estos años de mi conversión que por vuestro medio he alcanzado de Dios. ¡Oh María Inmaculada! os encomiendo todos los que os aman, y especialmente los que leerán este libro, y más particularmente los que tendrán la caridad de encomendarme a Vos. Dadles, Señora, perseverancia; hacedles

a todos santos, y conducidnos a todos a alabaros juntos en el Cielo. ¡Oh mi dulcísima Madre!, es verdad que soy un infeliz pecador; mas yo me envanezco de amaros, y espero de Vos grandes cosas, y entre otras el morir amándoos. Espero que en las angustias de mi muerte, cuando el demonio me pondrá delante mis pecados, la Pasión de Jesús y después Vuestra intercesión me han de confortar para salir de esta miserable vida en gracia de Dios, para ir a amarle y daros gracias a Vos, Madre mía, por los siglos de los siglos. Amén. Así lo espero, así sea.

Señora, di por nosotros a tu Hijo: No tienen vino. ¡Cuán esclarecido es el cáliz de este vino que nos embriaga! El amor de Dios nos hace despreciar al mundo, nos enardece, nos fortifica; nos adormece para las cosas temporales y nos despierta para las invisibles²³.

Tú eres el campo lleno, colmado de virtudes y de gracias. Tú te elevaste como aurora brillante y rubicunda, porque exenta del pecado original naciste esplendente con el conocimiento de la verdad, y rubicunda con el amor de la virtud: el enemigo no puede causarte lesión alguna, porque te defienden mil escudos y todas las armas de los fuertes. No hay virtud que no resplandezca en ti, y tú sola posees todo lo que reunieron cada uno de los Santos.²⁴

Oh Señora, mediadora y abogada nuestra, recomiéndanos a tu Hijo. Haz, oh bendita, por la gracia que has merecido, que el mismo que por tu medio se

²³ S. Bern. u otro autor in Salv. Reg. Serm. 4.

²⁴ S. Bern. u otro autor in Salv. Reg. Serm. 4.

dignó participar de nuestra debilidad y miseria, por tu intercesión nos haga también partícipes de su bienaventuranza y gloria.²⁵

Bella rosa, si piadosa
Tú me amas, y me inflamas,
Haz que un día el alma mía
En tu amor pueda expirar.
Concededme, Señora, la suerte
De que os ame yo siempre, y en la muerte
Que el alma entregue exclamando: / Dulce María, esperanza mía,
Tú eres aquella feliz estrella,
Que al puerto eterno me ha de guiar.

²⁵ Idem ibid.